
Tracy Ryan
APRENDIZAJE
DE UNA
REINA
MARGARITA, REINA DE NAVARRA, Y JEHANE, LA HIJA
DE UN IMPRESOR, DOS MUJERES QUE DESAFÍAN LAS REGLAS
MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

En memoria de Mhairi G. Burden

Fragmentos del *Heptamerón*, de Margarita de Navarra

Pero si nosotros los hombres les mostramos nuestro corazón tal como es, muchos de los que ahora somos bien acogidos entre las damas nos encontraremos con que ellas nos retiran el trato. Ocultamos nuestro demonio tras el ángel más encantador que hallamos. Y así ocultos, antes de que se nos reconozca, recibimos muchos favores.

SAFFREDENT, CUENTO XII

… hay hombres que aman tan profunda y perfectamente que preferirían morir antes que experimentar un deseo contra el honor y la conciencia de sus amadas…

DAGOUCIN, CUENTO XIX

Sé muy bien… que todos nosotros necesitamos la gracia de Dios, puesto que todos estamos atrapados en el pecado; no obstante, nuestras tentaciones no son las mismas que las de vosotros los hombres, y si pecamos por orgullo, ninguna tercera parte sufre debido a ello… En cambio, vuestro placer reside en deshonrar a las mujeres y vuestro honor en matar a hombres en la guerra, actos ambos que en rigor contravienen la ley de Dios.

PARLAMENTE, CUENTO XXVI

Personajes de ficción

Jehane Poulain, después Josse, hija de un oficial impresor
Su madre viuda
Su padrastro Thibault
Su hermanastro Antoine Thibault
La viuda Bonamy
Marion, una aldeana
Isotta, una fugitiva
Narcisse Tachet, un mercader de papel
La familia de impresores Arnauld: madame, su hijo Achille, su hermano Odet
Barthélemy, un oficial impresor
Marin, poeta y *correcteur* (corrector de pruebas de imprenta)
Los impresores del taller El Caballo Alazán

Personajes reales

Casa de Valois

Ana de Francia, llamada Madame la Grande, hermana de Carlos VIII y regente durante la minoría de edad de este entre 1483 y 1491, suegra de Carlos III, duque de Borbón
Carlos VIII, llamado el Afable, rey de Francia hasta 1498

Casa de Valois-Orleans

Ana de Bretaña, esposa primero de Carlos VIII y después de Luis XII
Luis XII, llamado el Padre del Pueblo, duque de Orleans, rey de Francia 1498-1515
Renata de Francia, hermana de la reina Claudia, casada posteriormente con el duque de Ferrara
Casa de Valois-Angulema

Carlos, conde de Angulema, primo de Luis, duque de Orleans
Luisa de Saboya, su viuda, madre de Francisco I y Margarita de Angulema
Margarita de Angulema, hermana de Francisco I, duquesa de Alençon, después reina de Navarra
Su hija Juana con Enrique de Albret
Francisco I, nacido Francisco de Angulema, llamado el de la Gran

Nariz, rey de Francia desde 1515
Claudia de Francia, hija del rey Luis XII y Ana de Bretaña, esposa de Francisco I
Sus hijas Luisa, Carlota, Magdalena, Margarita
Su primer hijo varón, el delfín Francisco; su segundo y tercer hijos varones, Enrique y Carlos

Soberanos, nobles, gente respetable y clérigos, también personajes reales

Ana Bolena, doncella de honor inglesa de la reina Claudia de Francia, posteriormente de Margarita
Anne de Montmorency, amigo de la infancia de Francisco I, después mariscal de Francia, gran maestre de Francia y condestable de Francia
Anne de Pisseleu d'Heilly, amante de Francisco I
Archiduquesa Margarita de Austria, regente de los Países Bajos de los Habsburgo en Malinas, tía de Carlos V
Artus Gouffier, señor de Boisy, tutor de Francisco I en su infancia, posteriormente gran maestre de Francia
Aymée Motier de la Fayette, la *baillive* de Caen, viuda y dama de compañía de Margarita
Carlos III, duque de Borbón, condestable de Francia, al final traidor; su esposa, Susana
Carlos IV, duque de Alençon, primer marido de Margarita
Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano, de la casa de Habsburgo
Clément Marot, poeta, no «de alta cuna», pero instalado en la corte Françoise de Foix, amante de Francisco I; y su hermano, Lautrec
Gaston de Foix, duque de Nemours, sobrino del rey Luis XII y comandante militar
Guillaume de Briçonnet, obispo de Meaux, reformador evangélico Guillaume Gouffier, señor de Bonnivet, hermano de Artus Gouffier, amigo de la infancia de Francisco I, posteriormente almirante de Francia
Enrique de Albret, también Enrique de Navarra, segundo marido de Margarita
Enrique VIII de Inglaterra
Jacques Lefèvre d'Étaples, erudito, teólogo, traductor de la Biblia Leonardo da Vinci
Madame de Châtillon, institutriz de Margarita, posteriormente su dama de compañía
María Bolena, hermana de Ana, que aparece solo brevemente en estas páginas
María Tudor, reina de Francia, hermana del rey Enrique VIII de Inglaterra

Filiberta de Saboya, hermanastra de Luisa de Saboya

Philippe Chabot de Brion, también amigo de la infancia de Francisco, almirante de Francia después de Bonnivet

Suffolk (Charles Brandon, duque de Suffolk), militar y amigo de Enrique VIII

Tomás Bolena, diplomático inglés

Volsey (Thomas Wolsey), hombre de estado y eclesiástico inglés, primero arzobispo y luego cardenal

1

En el que la hija del oficial impresor es expulsada

Poco después de nacer, me bautizaron con el nombre de Jehane, que por entonces se escribía así, Jehane, un nombre normal y corriente. Pero ahora me llamo Josse y recorro el mundo como hombre, así que nadie conoce mi historia.

Ahora contaré esa historia, pese a que nunca pensé que sería necesario. Es una historia real: solo vosotros podréis juzgar si es veraz. Si a alguien ofendo, es por tratar no de complacer, sino de dar a conocer los hechos, y para ello confío en vuestra paciencia.

Aunque en efecto soy grande y fuerte para mi edad y sexo, mi padre no tuvo ocasión de ver que sus palabras se hacían realidad. Cuando yo era aún una niña, murió en el taller junto con sus hermanos impresores a causa de un incendio. Con motivo de un encargo muy urgente, habían alargado el día trabajando a la luz de las antorchas de brea hasta muy tarde, ya bien entrada la noche, mucho más tarde de lo debido, y al caer una antorcha nada pudo hacerse, porque enseguida ardieron los papeles y los cajetines de madera…, y también los hombres. Solo un aprendiz, desfigurado por las quemaduras, escapó para dar cuenta del desastre.

No tengo palabras para expresar nuestro dolor, el mío y el de mi madre, cada una por sus propias razones, solas como estábamos, porque todos los hijos de la familia Poulain, tanto los que eran mayores que yo como los que eran menores, habían abandonado también este mundo. No puedo describir el vacío que se formó dentro de mí al imaginar el sufrimiento de mi padre, y por el hecho mismo de su ausencia.

Algunos dijeron que ese sufrimiento ocasionado por el fuego, equiparable a ciertos padecimientos del purgatorio, había librado a personas ya fallecidas, ayudándolas en su tránsito al cielo. Otros sostuvieron que Dios, en su sabiduría, había enviado el fuego para recordarnos que éramos polvo, y en polvo nos convertiríamos. Yo nada sabía de esas ideas elevadas, como lo de ese purgatorio cuya existencia ahora algunos ponen en tela de juicio, se considere o no una herejía. Yo solo sabía que mi padre había muerto en la práctica de su oficio.

Así y todo, y gracias a ese oficio, aprendí las letras lo suficiente para pronunciar las palabras en silencio, sin mover los labios, una viajera

tanto por dentro como por fuera, y si bien no podía darles forma con la mano, salvo a la J que indica mi nombre, sabía que eso podría abrirme muchos caminos.

A la sazón, los únicos caminos que conocía eran las calles, los callejones y los pasadizos secretos de mi ciudad natal, delimitada por nuestros dos grandes ríos. Dos ríos y dos montes: sin embargo, para no cansar al lector, no me dilataré en mi descripción de esa buena ciudad —ya que su fama se extiende a lo largo y ancho de este mundo— conocida por todos, desde campesinos hasta príncipes, en especial por sus grandes ferias, que atraen a mercaderes de muchos países. Y en más de una ocasión el rey Francisco, el primero de su nombre, pasó por Lyon de camino a las regiones italianas, como todos recuerdan, e incluso pernoctó alguna vez, para gloria de nuestra ciudad.

Mi primer barrio, el distrito que perdería tras perecer mi padre, albergaba las casas y los talleres de aquellos que se dedicaban a la ardua tarea de imprimir —carteles, láminas y libros maravillosos—, desde la larga y recta rue Mercière, donde mi padre trabajó y murió, cerca de los muelles del Saona, hasta nuestra modesta morada en la cercana rue Raisin, con el río Ródano a nuestras espaldas.

Para mí, el mundo se reducía a la península formada entre los dos ríos. Antes de que las cosas cambiaran, casi nunca salía de allí, aunque en alguna ocasión me alejé hasta el puente del Saona, y me complacía imaginar lo que se extendía más allá. Al otro lado, decía mi padre, los habitantes de la ciudad habían encendido hogueras para recibir al nuevo rey a su entrada en Lyon, en el año 1515, el de mi nacimiento, y los pobres de la ciudad habían distribuido pasquines en protesta por tanta dilapidación.

Tampoco nosotros éramos ricos, ya que mi padre solo era un oficial sin recursos para llegar a maestro. Aun así, al oír hablar de las quejas expuestas en esos pasquines, mi madre dijo que nuestro Señor y Redentor había afirmado: «Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis».

Y mi padre me contó que él había replicado: «Quam difficile, qui pecunias habent, in regnum Dei intrabunt!».

Aprendí a repetir sus palabras: «¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino del Señor!».

Mi padre nos había enseñado esa y otras partes de la Biblia, porque sabía latín y algo de griego, que había aprendido debido a su oficio.

Ahora que él ya no estaba, ese oficio no le servía de nada a mi madre, quien no compartía la veneración y el orgullo que mi padre sentía por su trabajo, y muchas noches, en nuestra morada, ella suspiraba y cavilaba a medida que nuestros recursos menguaban, sin saber cómo saldríamos adelante sin él.

No estábamos solas en nuestras penurias. La cosecha del año anterior había sido mala, y el precio del grano era alto.

—Puedo trabajar para mantenernos —dije yo un día, pero ella negó con la cabeza, consciente de que las pequeñas tareas que me venían

encargando hasta ese momento nunca bastarían.

—Si te casas bien… —me interrumpió.

Me levanté y anduve por la exigua habitación donde comíamos y dormíamos, dividida mediante colgaduras para separar la cama que había compartido con mis difuntos hermanos, hasta que mi madre me rogó que volviera a sentarme. Junto al pequeño fuego, su semblante parpadeaba, a veces oscuro, a veces iluminado, como si tuviera dos caras. Me quedé en la penumbra.

¡Casarme! Aún no había cumplido los catorce años. Tal vez los reyes y las reinas contrajeran matrimonio a esa edad para asegurar o expandir sus dominios, pero no las personas como yo. Mi madre sabía bien que pocos estarían dispuestos a pedir mi mano, a lo sumo aquellos que buscaban una ayuda para las labores del campo, porque yo no era delicada y femenina, sino fuerte, como ya he dicho. Y si bien tenía un rostro claro y luminoso como la que más, no había heredado de ella la apariencia angelical de tez pálida, mejillas sonrosadas y cabello radiante tan admirados por todos.

Quizá esa fuera la causa de que mi madre a veces disintiera de mí, como si hubiera preferido que yo me pareciese a ella en lugar de guardar parecido con la familia de mi padre.

—Si entrara a trabajar como aprendiz… —dije, pero ella cabeceó.

—No empieces otra vez con esas fantasías. Podrías casarte con un impresor, pero no serlo. Las jóvenes no se dedican al oficio de impresor, ni como aprendices ni como nada; hacen trabajos de mujeres.

—La viuda Pernette tiene un taller.

—Por su difunto marido, que era maestro; eso es distinto. Ella puede continuar con el negocio de él.

—Lo que demuestra que sí puede ser un trabajo de mujer.

Mi madre suspiró y desvió la mirada. Desde el fallecimiento de mi padre, le habíamos dado vueltas a ese mismo problema muchas veces, sin llegar nunca a una conclusión. Sentí el impulso de marcharme a algún sitio, de huir de la candente sensación de injusticia. Pero era de noche, y no había ningún lugar donde pasear más que dentro de aquella habitación, que en ese momento parecía más estrecha y peor ventilada que cuando la ocupaban más personas. Bajo tan gran presión, discutíamos sin cesar. A menudo, incluso en vida de mi padre, era una guerra entre ella y yo.

Pero esa noche habría paz.

—Terminemos el trabajo, Jehane, para que al menos tengamos esas pocas monedas y comamos un día más. —Y se inclinó hacia el fuego para prender una vela de junco, que colocó en un taburete entre nosotras, para no cansarnos la vista. La suya ya flojeaba, pero la mía, insistía ella, no tenía por qué padecer si me la cuidaba.

Era cierto que yo tenía la vista fina, pero no lograba centrar el corazón en la labor, que, aun siendo útil, no captaba la atención de la mente. Mi madre siempre decía que me ocupaba demasiado la mente.

«Dios me ha dado una mente —respondía yo—, y voy a usarla. Encontraré un medio de vida para nosotras, y sin necesidad de casarme, no te quepa duda.»

Casarse equivalía a enterrarse para siempre en un mismo sitio y parir un niño tras otro, como yo ya había visto, y eso si una tenía la «fortuna» de sobrevivir o de vivir más que ellos. Y mientras vivía, debía confiar en que el pan le llegara de parte de un único amo, y rezar para que este fuera benévolo. Me constaba que no había muchos tan benévolos como mi padre. No, yo debía buscar un medio más seguro que ese sin depender de nadie más que de la hija del oficial impresor. Es decir, de mí misma.

Al día siguiente, cuando llevé las labores de costura a maese Nivelle abriéndome paso por los estrechos callejones hasta su taller, me armé de valor y pedí un encargo de mayor envergadura.

—No tengo nada más para ti —contestó—, pero puedo decirte algo: ayer mismo maese Thibault, el mercader de telas, me contó que su hijo está gravemente enfermo y que necesitan con urgencia a alguien que lo cuide, porque el padre lleva muchos asuntos entre manos y por desgracia, pese a su prosperidad, es viudo, como ya sabrás.

—Yo no sé cuidar enfermos — respondí.

Maese Nivelle se echó a reír.

—¡Tú! Pensaba en tu buena madre. Si está dispuesta a ocuparse de la tarea, puedo recomendársela a Thibault.

—¡Mi madre!

—¡Una mujer capaz, y que, después de todo lo que ha pasado, conserva aún la energía juvenil! Ha cuidado a muchos enfermos a lo largo de su vida, y todo el mundo sabe con qué esmero los ha atendido, por más que Dios decidiera llevarse a sus pequeños.

Yo no había contemplado nuestras pérdidas desde aquella perspectiva, en muchas familias como la nuestra sobrevivían solo uno o dos hijos; ahora me daba cuenta de que lo mismo podía ocurrirle a un mercader acaudalado. Recordé las palabras de mi padre sobre los ricos y me asaltaron las dudas.

—Gracias de todo corazón —respondí—. Se lo diré y volveré con el mensaje.

De regreso a casa me demoré y reflexioné: desde luego, debía comunicárselo a mi madre, pero ¿qué pasaría si conseguía el empleo?

Tomé un camino distinto del habitual con la intención de recorrer la rue Mercière en toda su longitud y detenerme donde antes estaba el lugar de trabajo de mi padre. Un espacio en el que pensar. Todavía era una cueva ennegrecida entre otros edificios, como una mella en una mandíbula cuando los dientes empiezan a caerse, e igual de dolorosa: donde él había perecido junto con mi padrino, el otro oficial de la imprenta, y me había dejado sin protector ni patrocinador. El suelo seguía cubierto de escombros, como si nadie hubiera querido retirarlos. Sin embargo, alguien construiría allí y la vida continuaría, como había continuado la nuestra pese a menguar la familia.

No tenía sentido lamentarme de no poder pedir opinión a mi padre. Si él hubiera estado vivo, ese trabajo de cuidadora no se habría cruzado en el camino de mi madre. Por entonces no éramos muchos, pero gozábamos de seguridad económica. Aun así, me asaltó el deseo de hablar con él tal como la gente reza a los santos muertos —por más que los nuevos reformistas digan que no debemos—, y me quedé allí largo rato pensando en las maneras de proceder que él me había enseñado.

¿Debía mi madre ir a casa de un extraño y cuidar de su hijo por dinero? Y, si el niño no se recuperaba, ¿le echarían la culpa a ella? ¿O dirían «Dios ha decidido llevárselo»? ¿Podía confiarse en un rico?

Desde la muerte de mi padre, yo no sabía ya muy bien si podía confiar en alguien. También tenía la opción de callar, y así todo seguiría igual. Pero ¿y si moríamos de hambre o perdíamos nuestra morada? La vida resultaba muy costosa. Según algunos, se debía a la escasez de alimentos; según otros, era porque los más ricos los acaparaban. Estos últimos juraban que en la ciudad había existencias de grano ocultas. Sea como fuere, nos hallábamos en una situación apurada. Y si mi madre se enteraba de esa oferta por otro lado y de que yo se lo había ocultado…

¿Por qué no podía dedicarme al oficio de mi padre? Si conseguía ascender y tal vez llegar algún día a ser maestro impresor, superando incluso a mi padre, mi madre podría descansar de un trabajo como ese.

Mientras mantenía la mirada fija en el espacio vacío donde antes estaba el taller, un objeto cobró forma entre los cascotes del suelo. Lo reconocí: era una fuente, una pieza metálica usada en la imprenta mediante la cual el operario componía una palabra. ¡Y no se había fundido en el incendio! Sin duda ese era un hecho increíble.

La recogí y vi que era la letra latina **I**. Tal vez fuera una señal de mi padre, porque no solo era la primera letra de mi nombre, sino también la del suyo, ya que lo habían bautizado como Jerome. Lo pronuncié en voz alta: Jerome Poulain. Pero ¿significaba la señal que en efecto yo debía dedicarme a su oficio pese a ser mujer?

Se habían observado señales y prodigios mayores que ese, incluso en Lyon, la primavera anterior: teas encendidas surcaron el cielo echando llamas en el río Saona y siguieron su camino hacia tierras suizas. Eran, según algunos, un presagio de conflicto y sedición en las iglesias de aquellos lares. Otros dijeron que cada cual interpreta las señales como le viene en gana, o que las señales no están concebidas para que nosotros las entendamos.

Desde luego, yo no comprendí el hecho asombroso de que aquella letra, que parecía quemarme la palma de la mano, se hubiera conservado. Pensé: «No, no seré impresora, porque no es así como funciona el mundo, y tengo que aceptarlo. Debo renunciar a lo que mi madre llama "fantasías". Debo comunicarle esa noticia urgente: la propuesta de cuidar del hijo del mercader».

No obstante, guardé la fuente en la bolsa y, para recuperar el tiempo perdido, volví a casa corriendo a fin de que mi madre no se preocupara.

Al principio, mi madre solo iba a la casa de Thibault de día y regresaba a última hora para dormir en nuestra morada. Esas noches no discutíamos, porque apenas nos veíamos antes de la hora de acostarnos. Pero conforme evolucionaba la enfermedad del muchacho —en realidad ya no era un muchacho, sino casi un hombre—, se vio obligada a pasar allí la noche, y pronto empecé a quedarme sola en casa, donde me reconcomía la preocupación por el riesgo de que ella contrajera las mismas fiebres, de que entrara en el mismo declive.

«Me necesitan», se limitaba a decirme cuando yo le hacía partícipe de mis temores, y tan pronto como ella se trasladaba a la casa de Thibault, ya nadie oía mis quejas, excepto yo misma y aquellas cuatro paredes.

Deseaba decirle «también yo te necesito», pero en lugar de eso seguí ocupándome de la costura y de nuestro pequeño huerto. También hacía recados y la colada para otras familias, y, a veces, aunque sabía que se trataba de un antojo, vagaba sola por las calles, sin rumbo fijo, triste y, sí, enfadada por el riesgo y también —en un sentido egoísta— por la idea de que podía perder a la última persona que me quedaba.

Los domingos y festivos concedían a mi madre permiso para volver a casa —solo brevemente, porque la enfermedad no descansa en días de fiesta—, y advertí que ella no solo no enfermaba, sino que se la veía más fuerte, incluso pletórica, pese al arduo trabajo. Elogiaba la amplitud y las comodidades de la casa de Thibault, y a veces me traía dulces, tartaletas, confituras, golosinas que yo solo había visto en días especiales, pero apenas había probado. La gente a nuestro alrededor no tenía harina para el pan, pero en las casas de los mercaderes, incluso los menores como Thibault, había bollos y pastas. Se me hacía la boca agua y al mismo tiempo me asqueaba pensar que esa gente «acaparaba», como decían.

Así transcurrieron varios meses, hasta que un día mi madre anunció, tan repentinamente como si no fuera más que un ligero cambio en el tiempo que presagiara la llegada de la primavera:

—Jehane, Dios ha sido bueno con nosotras.

Guardó silencio por un momento. Era verdad que comíamos bien, las sobras de la mesa del rico. Pero, con la boca casi llena del pan tierno que ella había llevado, me pregunté a qué podía referirse, habida cuenta de las muchas desgracias que habíamos padecido hasta la fecha y de esa reciente separación.

—El hijo de maese Thibault está casi curado, y en resumidas cuentas puede decirse que ese joven ha sido el instrumento de una gran bendición.

—Una bendición, ¿en qué sentido?

Fue la primera vez que vi ruborizarse a mi madre.

—Porque su padre me ha pedido la mano.

Se alisó el cabello dorado y se tocó la mejilla, notándose la piel caliente.

Tragué saliva y dejé el resto del bollo, que ya no me sabía a nada.

—No puedes hacer una cosa así.

—Ya he terminado el duelo. No hay ningún obstáculo.

Esa vez fui yo quien se ruborizó.

—¿Qué diría mi padre?

De pronto, irritada, reaccionó de manera cortante, como si ya hubiera previsto mi oposición.

—¿Qué diría tu padre, que en paz descanse? Se alegraría de que se te brindara semejante hogar. Deberías dar gracias, no discutir.

Me aparté de ella y me desplomé en un taburete. Confusa y aterida de frío, no supe qué decir. Ciertamente, en esos tiempos no morirse de hambre era un hecho afortunado. Desde hacía ya una estación o dos, las quejas al respecto resonaban tanto en Lyon como en las casas de labranza de los aledaños de la ciudad. Parte de mí sabía que tenía razón. Pero otra parte se sublevaba, indignada ante la perspectiva de vivir entre desconocidos, de abandonar los vestigios calcinados del mundo de mi padre y adentrarme en un territorio ignoto: el del mercader de telas, el amante del dinero. No pude controlarme.

—Eso es peor que la simonía —susurré.

—¿De qué hablas? ¿A qué vienen ahora los asuntos de la Iglesia? ¿En qué sentido es una simonía?

—Porque vendes algo sagrado.

Mi madre se abalanzó hacia mí con ademán de pegarme, pero se contuvo.

—Eres una niña ociosa que no sabe nada de la realidad —dijo en voz baja—. Harás lo que se te diga y te considerarás afortunada. Este matrimonio no es decisión tuya.

—¿Por qué quiere ese hombre casarse contigo? ¿Qué puede obtener de nosotras?

—¿Tan horrenda soy, Jehane? Pese a su éxito en el comercio, no es de más alta cuna que yo. Siente un profundo agradecimiento por los cuidados que he prodigado a su hijo, y hemos pasado mucho tiempo juntos. Es natural que nuestra relación se haya estrechado.

Crucé los brazos ante el pecho.

—No pienso ir a esa casa. No me fío de esa gente. Seguiré viviendo aquí, donde vivió mi padre.

—Necia. ¡Como si pudiéramos mantener viviendas separadas!

—Esta la… La pagaré yo.

—Con los ingresos que ganes como impresora, supongo.

Pero mi madre sabía que la sorna no haría más que aumentar mi resistencia. Aguardó un momento y a continuación habló con más delicadeza.

—Jehane, sé que es un cambio difícil, pero debes confiar en mí y

también aprender a confiar en los demás. Ya verás que esto es para bien.

Permanecí en silencio, pues no tenía nada bueno que decir.

—En cualquier caso —prosiguió—, me esperan en la casa, y tú vas a acompañarme para conocer a la familia.

—No pienso ir.

Se rio abiertamente.

—Pues cuando se lleven nuestras pertenencias y los nuevos inquilinos te cierren las puertas, no tendrás otro sitio adonde ir si no es allí.

—Muy bien. —Me puse en pie, recogí la capa y me envolví en ella como si fuera una armadura—. Sin embargo, ten presente que tal vez mi cuerpo te acompañe, pero no así mi corazón.

Mi madre levantó su capote con caperuza, ya que los días eran aún frescos.

—Todavía eres muy joven, Jehane. Es posible que descubras que tu corazón es más voluble de lo que crees.

Se acerca la parte más difícil de mi relato.

Si ofendo, reconoceréis que solo cuento lo que de verdad ocurrió.

No me extenderé acerca del dolor que sentí al abandonar nuestro hogar de la rue de Raisin; he comprobado que esa clase de sentimientos son como colocar una piedra fría bajo el forro de una capa: es mejor guardar allí sustento, o tesoros que uno pueda trocar por un bocado para aprovisionarse en el viaje y no acarrear un peso inútil.

Nuestra casa nueva —no puedo llamarla hogar—, la casa de los Thibault, ya que mi madre ahora era una Thibault, se alzaba en la otra orilla del Saona, donde vivían y trabajaban muchos hombres del gremio textil. Yo podía contemplar la península por encima del cauce del río, pero mi vida ya no transcurría allí.

Mi madre, al casarse, nos había proporcionado una relativa abundancia, pero no una vida ociosa. Los Thibault tenían intereses en muchos ámbitos y querían entrar en otros muchos: su reciente marido se quejaba de las sedas italianas y juraba que algún día viviríamos de las buenas manufacturas francesas.

El caso es que nuevas habilidades ocupaban nuestros días. Ella se aventuró a confeccionar guantes y griñones, y me enseñó a mí a hacer delicadas cintas, tarea en la que persistí, pese a que no centraba en ello la atención, excepto para preguntarme qué grandes damas usarían algún día esos adornos y si en alguna ocasión se detendrían a pensar en las manos que los habían elaborado. Aquellas cintas eran como las confituras y las pastas: les correspondía un lugar que yo no podía imaginarme fácilmente.

Pero, entre todas esas habilidades, la que a mí más me costó dominar fue encontrar un hueco en la casa de los Thibault.

Por primera vez disponía de una habitación en la que dormir, modesta, es cierto, pero al menos no la compartía con nadie. Tenía

una cama y un dosel con colgaduras de colores, y tapices en las paredes. Nunca había disfrutado de tanta luz y calidez, y en mis ensoñaciones concebía la posibilidad de pasarme allí toda la noche leyendo libros y panfletos, en caso de que los hubiera en la casa de los Thibault. Pero aquel no era el mundo de mi padre.

Tenía, además, ese padrastro, un hombre de ávida ambición —por quien intenté sentir aprecio, pese a que él parecía verme como una molesta incorporación—, y un hermanastro, Antoine. Aunque ya bastante recuperado y muy seguro de sí mismo, seguía siendo delgado para su edad —uno o dos años mayor que yo—, y mi madre, siempre que podía, le insistía en que comiera. El primer día que lo vi apenas pude creer que fuera mayor que yo. No obstante, lo que le faltaba en fuerza física lo compensaba con argucias, como veréis.

A pesar de nuestras comodidades materiales recién halladas, esa primavera trajo consigo grandes tumultos en la ciudad de Lyon, incluido nuestro barrio. Una noche mi padrastro llegó a casa con el semblante encapotado, como si fuera una acumulación de espesos nubarrones por encima del monte Fourvière.

—Una algarada de vuestros colegas impresores —nos dijo a mi madre y a mí. A menudo lanzaba pullas contra los impresores, quienes «tenían un concepto demasiado elevado de sí mismos». Al igual que yo, eran un recordatorio de la vida de mi madre anterior a él. Nos arrojó una hoja de papel arrugada—. Es un mal augurio para la buena gente de esta ciudad.

—¿Qué dice? —preguntó mi madre sin alzar la vista.

—Un individuo que firma como El Pobre invita a la chusma a reunirse con él en Les Cordeliers. Mañana habrá alborotos; esto no es más que codicia y rebelión, os lo aseguro.

—Desde luego, no será aquí —dijo ella con desasosiego—. Nosotros no tenemos víveres ocultos ni hemos acaparado grano.

Mi padrastro deambuló por la sala.

—Esa clase de chusma actúa al margen de la razón y el orden. He arrancado esta hoja, pero las hay por todo el distrito. Debemos reforzar la casa y la tienda, y estar preparados para proteger lo que es nuestro.

—¿Qué pueden echaros en cara a vos? ¡No pertenecéis al Consulado!

Thibault entrecerró los ojos.

—Todavía no. Pero esos individuos impíos no se andan con sutilezas.

No pude contenerme.

—Pero es un hecho que algunos pasan hambre… ¿Qué otro recurso les queda?

Mi padrastro, sorprendido, se volvió hacia mí. No realizó ademán alguno, pero enrojeció y no pudo ocultar su disgusto. Dio la impresión de que fuera a borrar mi nombre de una página, como quien tacha un pedido anulado.

—¿Acaso justificas a aquellos que desafían a la ciudad y al reino tal

y como el cielo los ha concebido?

Pero entonces intervino mi madre.

—Disculpadla, señor mío. Todavía es muy joven. No alberga mala intención contra la ciudad o el reino. —Dirigiéndose a mí, añadió—: Jehane, hay una gran diferencia entre defender tu causa de manera justa ante Dios y los hombres e incurrir en fechorías y alborotos. —Me instó a guardar silencio con la mirada.

Ahora yo ya sabía lo que era vivir en la casa un mercader. «Y, sin embargo —pensé—, las Sagradas Escrituras nos dicen que quienes oprimen a los pobres insultan a su Hacedor.» Tenía esas palabras en la punta de la lengua, pero Thibault asintió, satisfecho con la explicación de mi madre.

—Todas estas fechorías venían cociéndose desde hacía un tiempo, y a saber cómo acabarán.

De hecho, durante varios días la gente se limitó a recorrer las calles y las plazas de Lyon, sobre todo en el barrio que mi corazón aún anhelaba, la península, pero los rebeldes camparon ampliamente por las calles y saquearon muchas casas de mercaderes, incluso las que no guardaban grano en las buhardillas.

No nos atrevimos a salir por miedo a vernos arrastradas hacia el desastre. Sin embargo, al mismo tiempo, yo pensaba en quienes habían compuesto los carteles. Pese a que nunca había pasado hambre, comprendía la incertidumbre de no saber si uno comería al día siguiente o si tendría un techo que lo cubriera; conocía el repique de alarma de la campana de la iglesia de esa península tañida por los rebeldes como si fuera mi propio idioma.

Con todo, si simpatizaba mínimamente con su causa, no osé volver a expresarlo allí, en mi nueva casa. Además, no podía aprobar el pillaje y los saqueos.

Thibault salía a menudo con otros vecinos de su gremio para mantener el orden en nuestra zona; Antoine, en cambio, superada tan recientemente su dolencia, no se movía de su habitación. A eso lo llamaba «cuidar de las mujeres». Pese a que se lo veía casi del todo reestablecido, mi madre siguió prodigándole atenciones, y en cualquier caso era poco lo que se le exigía. A ojos de su padre, era incapaz de maldad alguna. Aun así, apenas respetaba a su padre. «El mercader solo entiende de dinero», decía entre dientes a espaldas de Thibault cuando este se alejaba, cuidándose de que mi madre no lo oyera. «Nunca he sabido lo que era tener una madre», era otra de sus cantinelas, lo cual no podía ser cierto, porque bien tenía que acordarse de ella. Yo suponía que era un intento de granjearse compasión o de captar mi atención. Repitió una vez más:

—¡El mercader solo entiende de dinero!

—Pero su dinero te paga la manutención y todo lo que tienes.

Antoine torció el gesto.

—¡Ojalá no fuera así! Soy muy consciente de mi vergüenza. Desprecio el oficio y todo lo que conlleva. En lo más hondo de mi

alma, me considero digno de la nobleza, y, sin embargo, aquí estoy.

Su razonamiento me pareció muy confuso.

—No hay por qué avergonzarse de haber nacido conforme a la voluntad de Dios —empecé a decir, pero me interrumpió.

—¡Mercachifles y tratantes dedicados a promover su mercancía! Gente que ve el mundo solo como ganancias y pérdidas. Mi padre debería comprar tierras, pero no concibe cómo podríamos medrar realmente. Mi educación me ha preparado para algo mejor.

—En ese caso, eres afortunado.

No pude convencerlo. Si defendía la virtud de una jornada de honrado trabajo, me reprochaba que tenía la mentalidad estrecha y convencional de una burguesa, y que mi baja cuna saltaba a la vista.

—Al menos, escuchas —dijo—. Mi padre cree que escucha, pero ni siquiera me conoce.

Antoine tenía por costumbre levantarse tarde por la mañana, y de día se entretenía a su antojo. Pero de noche se aburría y a menudo buscaba más conversación. Yo casi siempre andaba ocupaba en alguna tarea doméstica, incluso después de que oscureciera, pero él insistía en que le contara anécdotas, que, con toda seguridad, escuchaba solo a medias, porque parecía tener la cabeza en otra parte.

—Ven a hablar conmigo otra vez, Jehane…, ¿o ya puedo llamarte hermana? —Indiferente al ruido de la calle y a nuestra creciente inquietud, se sentó a la lumbre y atizó el fuego hasta que saltaron chispas.

—No conozco más anécdotas —dije, convencida de que intentaba sorprenderme en algún desliz, igual que ahora su padre recelaba de mis opiniones sobre casi cualquier tema. Tenía la sensación de que no pisaba terreno firme.

—Háblame de los herejes —insistió mi hermanastro—. ¿Los impresores no son todos herejes? ¿No procedes por nacimiento de una fuente de sedición?

No sé qué gracia le veía Antoine a aquello, pero la idea parecía divertirlo infinitamente. A veces yo tenía la mentalidad convencional de una burguesa; otras veces había surgido de un nido de turbulencias.

—Necesito compañía —susurró.

Pretexté que estaba ocupada, pero mi madre me dirigió un gesto de asentimiento para comunicarme que debía seguirle la corriente. Me senté más cerca, pero mantuve las manos activas, ya que de hecho teníamos muy pocos asuntos comunes de que hablar.

Aunque tan ocioso como siempre, estaba más inquieto que nunca.

—Los ahorcarán y azotarán por lo que han hecho —musitó, y al principio pensé que se refería a los presuntos impresores herejes, pero en realidad hablaba de los rebeldes: se lo había oído decir a su padre.

Observó mi rostro en espera de una reacción: permanecí imperturbable. En igual medida que detestaba el caos y los saqueos, me disgustaban los ahorcamientos y las palizas.

Antoine continuó haciendo comentarios, yo apenas despegué los

labios, hasta que él se rio de mí.

—¡Esta chica no se deja arrastrar! No tiene opiniones, pues. Vamos, Jehane, solo te estoy tirando de la lengua. Pero, por lo visto, no obtengo la respuesta que busco.

En ese momento mi padrastro llegó a casa y enseguida nos instó a que nos preparáramos para retirarnos a nuestras habitaciones.

—Se ha acabado —se limitó a decir, y mi madre dejó escapar un profundo suspiro.

Unas horas más tarde, en mi alcoba, incapaz de dormir por lo mucho que me inquietaba el destino de esos rebeldes y de dónde sacaría la gente su sustento, oí que llamaban suavemente a mi puerta y que Antoine pronunciaba mi nombre.

—¿Qué pasa?

Entreabrió un poco la puerta, pero no se asomó.

—Ven a hablar conmigo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Shhh. Deprisa.

Me asusté, pero tomé la determinación de ser fuerte. Tal vez en realidad los disturbios no habían terminado aún. Me eché una pañoleta por encima del camisón y salí. Antoine ya no estaba.

—Jehane —me llamó de nuevo en un susurro. La voz procedía de su habitación.

Me acerqué a la puerta, que de pronto se abrió, y Antoine tiró de mí. Yo nunca había estado en su habitación. A la luz de la vela, solo le veía la cara, extrañamente tensa.

—¿Qué sucede?

—¡No hables tan alto! —exclamó a la vez que se llevaba un dedo a los labios. De repente me estrechó entre los brazos y casi se me cortó la respiración.

—Antoine, no. ¿Qué..., qué haces?

Intentó besarme y, cuando aparté la boca, deslizó la mano hacia las partes prohibidas, y supe que me hallaba en un gran peligro ante ese falso hermano. Lo empujé con fuerza para escapar y, revolviéndome, me zafé de cintura para arriba, con lo que pude proferir gritos y chillidos. Aunque por dentro me sumí en la vergüenza, también sabía que tamaño agravio solo podía detenerse poniéndolo al descubierto.

Al oír mis alaridos, Antoine me soltó y salí corriendo de la habitación.

Los primeros en aparecer por el pasillo fueron las dos criadas, seguidas por mi padrastro Thibault, candil en mano. Me miró atónito y, sin mediar palabra, entró en la habitación de su hijo tras despedir a las criadas. No obstante, ellas permanecieron en las sombras.

En el rellano, me estremecí. Deseaba la compañía de mi madre, pero también volver a mi alcoba, esconderme y no salir nunca más. Todavía temblorosa pero incapaz de llorar o pedir ayuda, avancé a trompicones hacia mi cama. En la otra habitación oí una disputa y exclamaciones.

Mi padrastro apareció en el umbral de la puerta, ahora acompañado

por mi madre.

—Vete de aquí.

Levanté la cabeza y lo miré fijamente.

—Traes la deshonra a nuestra casa y a cuantos vivimos en ella.

Me incorporé en la cama.

—No entendéis…

—Sé todo lo que necesito saber. Eres más que despreciable.

Me volví hacia mi madre.

—Yo solo me he defendido.

Ella desvió la mirada.

—Has ido… Has ido a su habitación.

—Porque él me ha llamado. —Ahora oía a Antoine, que sollozaba y gemía en su lecho: lágrimas falsas de un hermano falso—. ¡No puedes creerle a él!

Thibault intervino.

—Basta ya de charla: no hay palabras para describirte. No vivirás más bajo este techo. Te expulso y quedas a merced de tus propios recursos, y ya nunca más de los míos.

—No puede salir en plena noche —suplicó mi madre, aferrándose a su brazo—. Os lo ruego…

—Os aseguro —dije— que no soy yo la culpable de esta mala acción. Preguntadle a vuestro hijo cuál es la verdad. —Yo seguía temblando, y no solo por el frío de la noche.

Pero era imposible aplacar la ira de Thibault.

—¿Te atreves a hablar? ¡Ser abyecto! Te acogí en mi casa y así me lo pagas… ¡Y a mi hijo, en el estado en que se encuentra! El tuyo es un comportamiento contrario a la naturaleza, lo vi desde el primer momento. —Miró a mi madre y después otra vez a mí—. Se marchará de aquí por la mañana. Hasta entonces no saldrá de esta habitación.

Con un gesto brusco, entregó el candil a mi madre y sacó unas tijeras de las que ella utilizaba para sus labores.

—No, por favor —exclamó mi madre, pero antes de que pudiera moverse, Thibault me agarró el pelo, que me caía suelto por la espalda, y me lo cortó de un tijeretazo.

Sentí el roce de las puntas cortas y ásperas en la nuca. Me habían despojado de mi honor.

—Ahora cargarás tú con tu vergüenza, y todos se enterarán…. si se atreven a preguntar. O busca un fraile con quien confesarte.

Mi madre sollozó, pero no me defendió. Me desplomé en la cama, temerosa y aturdida. ¿Cómo podía ser la justicia tan parcial? ¿Iba a verme privada de todo, incluso de mi forma corporal?

«No soy mi cuerpo —dije para mis adentros al ritmo de los sonoros latidos de mi corazón—. Soy más que eso.»

—¡Jehane! —dijo mi madre con voz débil a la vez que intentaba tender las manos hacia mí, pero su marido la retuvo.

Cerró la puerta y oí que la atrancaba por fuera.

El Bearne, 1534

La reina de Navarra dejó a un lado el manuscrito, cogió la lámpara y se dirigió de mala gana a su cama. Pese a que aquella era una lectura absorbente, la reina Margarita debía dormir, porque no tardaría en amanecer. Ese escrito la desbordaba. Las palabras de la hija del oficial impresor despertaban recuerdos dolorosos, en especial ahora que se hallaba separada de su hermano —alejada por decisión de él—, y por una vez rogó que no la asaltara ningún sueño durante lo poco que quedaba de noche.

1500 - 1515

De *La nave*, poema de Margarita de Navarra

… En una guirnalda nos trenzó de niños el amor;
y ese lazo tanto en él como en mí se reforzó,
hasta formar una cuerda gruesa como un roble,
más fuerte que la muerte, y cada vez mayor.

Ese día los niños, Margarita y Francisco, reciben lecciones de su madre, pulcra y sobria con su vestido y su caperuza oscuros en sus aposentos del castillo de Amboise. Los Angulema tenían tutores que les enseñaban Filosofía, Latín, Historia Bíblica…, pero la condesa viuda Luisa de Saboya dominaba el italiano y el español y deseaba compartir las lenguas personalmente con sus hijos.

Margarita, dos años mayor que su hermano, adoraba todas las lecciones y, por lo general, seguía leyendo cuando terminaban. Tenía a mano la excelente biblioteca de su difunto padre y nada se interponía en su camino.

En la casa, algunos —a espaldas de Luisa— se reían de que la niña recibiera las mismas enseñanzas que su hermano. Pero Luisa lo consideraba una inversión. Si la predicción del italiano, un hombre santo, se hacía realidad, ¡Margarita sería hermana de un rey! Debía aprender el comportamiento propio de los príncipes, el arte de la diplomacia, para estar en condiciones de prestarle apoyo a él. Lo único que importaba era el futuro de Francisco.

«Las mujeres pueden tener tan buen cerebro como cualquier hombre», insistía siempre Luisa. En ese momento les dijo:

—Debéis copiar estas páginas y escribir debajo la traducción. —Y les dio papel de vitela y tinta.

El pequeño Francisco protestó.

—¿Copiar? Puedo leerlo sin necesidad de usar la mano.

Tenía un ojo puesto en el resplandor del sol al otro lado de los cristales de la ventana; pese a que dentro el ambiente era oscuro y

lúgubre, y los paneles diminutos, el día parecía prometedor. Como niño grande y robusto que era, enseguida se aburría de la vida entre esas cuatro paredes.

—En cualquier caso —dijo Luisa—, esto ha de anteponerse a cualquier diversión.

—Yo te ayudaré —susurró Margarita a su hermano—. Repasaré cada frase para que no tengas que volver a copiarla.

Francisco le dirigió aquella radiante sonrisa suya ante la que todos se derretían, más reluciente que el sol que brillaba fuera. Cuando su madre les diera la espalda, Margarita lo ayudaría para acabar antes. ¿Por qué no? A ella la tarea le resultaba muy fácil, y lo hacía más deprisa y mejor. Estaba bien y era apropiado que ella echara una mano a Francisco en todo.

Margarita vio, encantada, que los textos para copiar eran poemas. Era su tarea preferida. A medida que avanzaba con su ejercicio, se interrumpía de vez en cuando para ayudar a su hermano. Mientras esperaba a que él terminara, escribió en la hoja siguiente un poema concebido por ella misma, buscando rimas en español y trazando hermosas volutas como las que había visto en el Libro de las Horas.

Luisa se acercó, se colocó detrás de ellos y echó un vistazo a sus textos.

—Tienes buena letra, hijo mío —comentó—, y una comprensión precisa. —Se situó junto a Margarita—. Muy bien.

La niña tragó saliva.

—También he escrito un poema. Un poema mío.

Su madre asintió.

—En español.

Su madre volvió a asentir.

—Quizá habrías aprovechado mejor el tiempo si hubieras revisado el trabajo de tu hermano, porque es más pequeño y podrías ayudarlo. Veo que su versión es la más exacta.

Eso era cierto, porque Margarita la había rectificado sobre la marcha.

Luisa cogió la hoja con el poema en español de Margarita y la guardó en una caja.

—Parte de la disciplina del aprendizaje consiste en hacer exactamente lo que se te pide, y no más. No obstante, habéis trabajado muy bien los dos, y tú, Francisco, puedes ir a ejercitarte un poco al aire libre.

El niño salió como una flecha sin recoger siquiera sus útiles de trabajo.

Una corriente gélida recorrió la sala a pesar del sol. Margarita, en cambio, se quedó porque anhelaba la atención de su madre, pero Luisa guardaba ya sus cosas. Margarita se acercó a ella brincando y, tras alisarse la caperuza y sacudirse la falda, carraspeó.

—¿Algún problema? —El rostro terso de su madre permanecía siempre impasible.

—¿Aprobáis mi poema? ¿Es bueno?

—¿Acaso no eres tú la más indicada para juzgar tus propias aptitudes? ¿Tú qué opinas?

Margarita nunca dejaba de sorprenderse por la forma en que su madre podía humillar a alguien cuando parecía estar elogiándolo. ¿Debía quitarle importancia o defenderse?

—Creo que no está mal. —Margarita siempre buscaba el término medio—. Pero ¿qué pensáis vos?

Luisa la miró sin parpadear y, a la vez que se arreglaba la manga ancha y arrugada, chasqueó con la lengua al ver unas manchas de tinta.

—Creo que no debes intentar superar a tu hermano. —Se encaminó hacia la puerta, pero se volvió antes de salir—. Si has acabado con tus otras tareas, te conviene tomar también el aire aprovechando que hace buen tiempo.

A Margarita todavía le quedaba un poco de labor de costura, pero eso podía esperar. Solo había una persona capaz de aliviar su malestar. Salió corriendo en busca de su hermano. Como no se reunía con él al aire libre muy a menudo, no quería perderse ninguna ocasión, aunque él se dedicara a sus propios juegos con sus amigos.

En el patio del palacio, en lo alto de un promontorio rocoso por encima del río Loira, Francisco jugaba a la guerra con unos cuantos niños, correteando de aquí para allá y arremetiendo contra los arbustos que bordeaban el patio. Solo verlo aliviaba su inquietud. Cuando eran pequeños, y su madre lo llamaba «césar mío», Margarita siempre decía: «También es *mi* césar…». La mejor manera de captar la atención de su madre era elogiarlo a él.

—¡Francisco! —exclamó en voz baja al ver la losa torcida antes que él, pero ya era tarde. Su hermano acababa de golpearse un dedo del pie y había caído de bruces con gran estrépito.

Pero cuando Margarita llegó hasta él, ya se había puesto en pie.

—Ni una sola palabra a nuestra señora madre —dijo él con una sonrisa.

—Si te has hecho daño…

—¡Pero si yo nunca me hago daño! A estas alturas ya deberías saberlo.

—Entonces ¿por qué estás lleno de moretones y cicatrices?

Francisco hizo un mohín.

—Es que no quiero que nuestra madre se preocupe.

Margarita supo a qué se refería, pero su madre tenía buenas razones para preocuparse.

—No quiere que te rompas la crisma como le pasó al pobre rey Carlos. —Dándole una palmada a su hermano en el brazo, Margarita añadió—: Descuida, no te delataré.

Recordaba el incidente mejor que el fallecimiento de su propio padre, porque ocurrió más o menos cuando ella cumplió los seis años. Carlos VIII había muerto inesperadamente tras golpearse la cabeza en

el dintel de piedra de ese mismo castillo de Amboise. Ni siquiera había cumplido los treinta años y no había dejado hijos, porque estos, a su vez, habían muerto antes que él.

Margarita no podía olvidar los efectos del accidente en su madre. En cualquier caso, su hermano pequeño seguía sano y fuerte, y estaba a un paso más cerca del trono… Aún podía cumplirse el futuro presagiado por el italiano. ¡Siempre y cuando Francisco pudiera eludir todos los accidentes, dolencias y heridas que acontecían a muchos niños!

Luisa debía conseguir que llegara sano y salvo a la edad adulta, y sin embargo, esta conllevaba aún más riesgos.

> El día de la Conversión de san Pablo, el 25 de enero de 1501, unas dos horas después del mediodía, mi rey, mi señor, mi césar y mi hijo, cerca de Amboise, atravesó los campos en un coche de caballos que le había regalado el mariscal de Gié, y el peligro era tan grande que las personas presentes lo consideraron irremediable. No obstante, Dios, protector de las viudas y defensor de los huérfanos, en previsión de acontecimientos futuros, no quiso abandonarme, a sabiendas de que si el azar me hubiera privado tan repentinamente de mi amor, yo habría sido sobremanera desventurada.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

Sin embargo, Francisco no era el siguiente en la línea sucesoria. Lo precedía Luis, primo del difunto rey Carlos, ahora rey Luis, el duodécimo con ese nombre, quien había acogido en Amboise a los tres Angulema tras llevárselos de su más humilde residencia. El rey Luis y su esposa, Ana de Bretaña, no tenían heredero… todavía. Sí tenían descendencia, pero era «solo una niña», como a menudo decía Luisa. La pequeña princesa Claudia no representaba una amenaza, ya que en Francia las mujeres no podían reinar por derecho propio. Ese no era forzosamente el caso en otros países.

«¡Quizá en otros países yo sería reina solo por mi nacimiento!», se dijo Margarita mientras observaba a los niños cruzar el patio como una exhalación y embestirse mutuamente. Pero acto seguido se preguntó qué conllevaba en realidad ser reina, y si esos otros países de verdad le habrían gustado. La región del Loira era apacible y hermosa; vivían entre libros, arte y música, y tenían todos los criados que necesitaban. Margarita no habría podido pedir más, y, sin embargo —según decía su madre—, tendrían mucho, mucho más, todo por mediación de su hermano. Incluso ella podría ser algún día reina por vía del matrimonio, aunque eso era improbable si Francisco no llegaba a rey.

En cualquier caso, de lo que no cabía duda era de que algún día se casaría. Eso lo sabía ya desde muy niña, cuando el rey Luis la ofreció al joven príncipe de Gales, del otro lado del estrecho, y luego a su hermano, y los enviados la consideraron «encantadora y sensata para

su edad». Pero la oferta había sido rechazada: no tenía rango suficiente para esos Tudor. «Eso es lo que os pensáis», caviló, convencida como su madre de que el viejo Luis no dejaría herederos y su hermano Francisco llegaría a rey, como se había augurado.

El rey Luis, primo también del difunto padre de Margarita, permanecía atento a los tres Angulema o, como decía Luisa, encargaba a sus espías que los vigilaran. La cercanía al poder no proporcionaba libertad.

En el otoño posterior al decimotercer cumpleaños de Margarita, el rey Luis instaló a la familia en uno de sus castillos próximo a Blois, y Margarita sintió que el futuro se le echaba encima como una ráfaga de aire frío.

—Nunca podemos elegir con quién nos casamos —dijo la institutriz, y suspiró mientras aguardaban en una alcoba del castillo—. Pero el rey no olvidará vuestros intereses, que siempre coinciden con el destino de Francia.

—Sí, eso es lo que me preocupa —contestó Margarita, y dejó el libro en el que, por una vez, estaba solo medio absorta. Se había formado una idea totalmente distinta de cómo podían comportarse los hombres y las mujeres cuando estaban juntos, una vaga mezcla de pasión, intensidad, destino…, pero quizá esa idea procedía solo de los relatos de otros tiempos. Su sino sería distinto. E iba a anunciarse de inmediato, no le cabía la menor duda. ¿Quién no sentiría inquietud con esa perspectiva a la vista?

—Pero puede que sea una sorpresa grata. —Madame de Châtillon siempre procuraba tranquilizarla.

—¡No puede ser grata si una ha depositado sus afectos en otra persona! —Margarita miró con aspereza a la institutriz.

Pero madame era imperturbable.

—¿A los trece años? Vamos, mi señora, os gusta *creer* que amáis, y sin embargo os asustáis cuando Gaston de Foix se os acerca. Preferiríais su retrato a su persona.

—Gaston es muy apuesto, pero son sus cualidades morales lo que admiro.

—La mitad de ellas están solo en vuestra cabeza. —Madame sonrió —. Cualquier otro serviría igual de bien.

—He ahí el problema: cualquier otro. ¡Están negociando sin mí! Y ya se alargan demasiado.

En la cámara real, Luisa estaba reunida con Luis y el embajador inglés, enviado en nombre de su rey, Enrique Tudor, para pedir la mano de la propia Luisa. Viudo desde hacía dos años, Enrique, el séptimo rey inglés con ese nombre, estaba impaciente por volver a contraer matrimonio («pese a ser un viejo de cuarenta y ocho años», pensó Luisa con ánimo lúgubre; ella tenía veintinueve, y hacía solo unos días había rechazado al rey español, mayor aún)… y «sería un honor para él».

«De pronto, ahora que estamos ya tan cerca del trono —pensó Luisa

—, se nos considera lo bastante dignos. Ahora al rey le conviene a causa de España, y finalmente ya no somos tan insignificantes.»

—También a mí —dijo— me honran las atenciones del rey inglés, y transmitidle fervientemente nuestros agradecimientos y mejores deseos. Pero, por desgracia, no puedo separarme de mi hijo, como sin duda se entenderá.

Lord Herbert no exteriorizó ninguna emoción, guardó silencio por un momento y respondió:

—En ese caso, estoy autorizado a pedir la mano de vuestra hija Margarita.

Luisa, con su gran sentido de la diplomacia, no manifestó estupefacción, aunque sí necesitó todo el dominio de sí misma. Debería haberlo previsto; no era un insulto personal. Le constaba que él había probado con otras en los últimos días. Una princesa apropiada podía servir tanto como cualquier otra, siempre y cuando la fertilidad fuera posible.

Reflexionó al respecto con rapidez. Tal diferencia de edad podía salvarse con el ingenio y la discreción adecuados. ¿Acaso ella misma no había tenido que pasar por eso? Si alguna muchacha era capaz de afrontar la situación, esa era Margarita.

Alzando las cejas ligeramente, Luisa adoptó una postura de deferencia a su rey.

Luis acogió con no poca satisfacción el cambio de propuesta.

—Le concederemos una dote a Margarita como si fuera nuestra propia hija —afirmó solemnemente, y el trato quedó zanjado.

La noticia voló a Inglaterra, y el siguiente embajador solo quiso cerciorarse de cuál sería la cuantía de la dote.

Mientras tanto, quedaba la cuestión secundaria de Margarita, tan tensa que parecía a punto de estallar.

Ya de regreso en Amboise, Luisa y madame de Châtillon abordaron el asunto. Una muchacha tan sensata no requeriría el menor esfuerzo de persuasión: ¡entendería lo que significaba ser reina de Inglaterra!

Margarita inclinó la cabeza, pero no doblegó el espíritu.

—Puede que sea rey de Inglaterra —empezó a decir—, pero es un viejo, ¿y no debería encontrar un marido mejor? Ni siquiera hablo su idioma. Y he oído muchas cosas sobre su país, que se encuentra al otro lado del mar, y yo no deseo cruzarlo. Está lejos y cubierto de bruma, y no tengo ninguna intención de vivir allí.

¡Intención! Las dos mujeres enmudecieron. A todas luces, esa no era su Margarita sensata y plácida, aleccionada conforme a las mismas pautas de comportamiento que su madre había adquirido antes que ella de madame la Grande. Esta era la hija del anterior rey, llamado también Luis, que la había descrito como «la mujer menos necia de Francia». Luisa había sido criada por madame tras perder a su propia madre a una tierna edad. Luisa, con el pleno conocimiento de cómo se acordaban los matrimonios de alta cuna, había inculcado en Margarita todo el sentido de la justicia y la prudencia recibido en casa de

madame la Grande.

¡Y ahora a la niña se le ocurría rechazar al rey inglés! Luisa percibió que la sangre le subía a las sienes.

Pero Margarita aún no había terminado.

—Dicen que allí en Inglaterra el sol se esconde durante días seguidos. ¿Cómo iba yo a vivir en un país así, separada de mi hermano, que es el mismísimo sol que propaga luz y calor sobre nuestras vidas? —Miró de soslayo a su madre—. Con las perspectivas de mi hermano, no me cabe duda de que se me encontrará un marido excelente y rico sin necesidad de poner un mar de por medio.

Madame de Châtillon desvió la mirada para no posarla en las otras dos mujeres.

Luisa quedó boquiabierta por un segundo.

En ese preciso momento, pese a la estación, un rayo de sol traspasó la pequeña ventana de la cámara e iluminó el suelo allí donde se hallaban las damas. Margarita esbozó una ligera sonrisa.

—Preguntad a mi hermano si quiere que me vaya. Él coincidirá conmigo.

Cuando miró a Luisa a la cara, supo que la táctica había surtido efecto. Francisco no querría. Tal vez los deseos de Margarita contaran poco, pero Luisa no podía contrariar a su hijo…

—Muy bien —contestó Luisa—. Se lo transmitiré al rey.

Sin embargo, Margarita no podía salirse con la suya en todo. No siempre tendría a su hermano a su disposición. A los doce años prometieron a Francisco con la hija del rey, Claudia, un poderoso futuro matrimonio «cuando les llegue la edad», y el rey lo emplazaba cada vez con mayor frecuencia, obligándolo a abandonar Amboise, donde sus ocupaciones habituales se orientaban a prepararlo para su probable elevada misión: juegos con los otros muchachos, elegidos estos entre los mejores para ser sus compañeros, o clases con su tutor privado.

Margarita seguía unida a él, pero ya no era lo mismo. Ya no memorizarían poemas juntos ni leerían los libros inapropiados que por lo visto su madre no sabía que formaban parte de la colección de la biblioteca: las *Cent nouvelles* ante las que los hermanos, tendidos uno al lado del otro, se reían o ahogaban exclamaciones de horror. ¿Cómo podía uno volver a fiarse de un monje o sacerdote después de leer esos relatos? Los hermanos se maravillaban por la forma en que los hombres y mujeres se comportaban unos con otros en ese libro. Ambos juraban que nunca serían tan viles; sin embargo, no podían contener la risa.

Todo eso era cosa del pasado. Cuando Francisco estaba en casa, en Amboise, los muchachos aprendían juntos a bailar, cabalgar, justar; practicaban el tiro con arco y la caza, jugaban al tenis, a los dardos e incluso a la guerra. Luchaban y se embestían, y Margarita, muy digna, solo podía quedarse mirando, si es que no debía ocuparse de alguna labor dentro de casa.

En general, los muchachos se complacían en impresionarla, sobre todo Guillaume, señor de Bonnivet. Aunque muy joven, era ya un hombre, y había viajado a Amboise con su hermano mayor, Artus, un noble tutor de Francisco. Bonnivet, pese a ser varios años mayor que Francisco, se había instalado ya en su círculo de amigos, junto con Gaston de Foix y otros jóvenes nobles. Siempre encabezaba las hazañas del grupo, sobre todo para atraer la atención de las damas.

La buena presencia de Bonnivet era admirada por todos. De pómulos dibujados con delicadeza y facciones regulares, tenía los ojos grandes, de color azul claro, y muy separados, y los párpados, un poco caídos, le conferían un aire ensoñador, pese a que siempre estaba alerta. Aun así, no era Gaston de Foix…

—¿Habéis visto cómo he descabalgado a vuestro hermano? —preguntó con cierta sorna Bonnivet, que corrió hacia Margarita mientras ella se paseaba por el patio de Amboise para verlos competir.

—Antes podría apagarse el sol que fallarme a mí la vista —contestó ella con jocosidad—. Además, Francisco nunca se verá descabalgado en mi estima; ahí no hay cabida para nadie más.

—No es eso lo que yo he oído.

Margarita, sorprendida, se detuvo, pero enseguida volvió a sonreír. Bonnivet era muy aficionado a la broma. No podía compararse con su venerado Gaston en seriedad y nobleza, y quizá él lo sabía. Sin embargo, por alguna razón, Bonnivet siempre despertaba afecto en ella.

En ese momento, al sentirse blanco de la atención del joven, se le erizó el vello de la nuca. Sintió el impulso de confiarse a él otra vez, quizá para hacerle unas cuantas preguntas más sobre Gaston. Pero en ese instante apareció junto a ellos su hermano.

—¡Otra ronda! —exclamó Francisco, refiriéndose a su justa ficticia.

—¿Por qué no entramos a tomar un refrigerio y jugar un rato al ajedrez? —Eso le gustaba más a Margarita, porque con el ajedrez podía ser algo más que una espectadora.

—Pero yo quiero que veas cómo derribo a este muchacho —dijo Francisco, y entre risas señaló a Bonnivet con el mentón. Era corpulento para su edad y sin duda podía defenderse.

—No tienes que demostrarme nada, porque yo ya he elegido de qué lado estoy. —Margarita señaló con la cabeza a Bonnivet con fingido desdén—. «No sigo a nada inferior.» —Había leído esa frase de Virgilio y la había convertido en una especie de lema, que en ese momento arrojó al rostro a Bonnivet. Le complacía verlo menos seguro de sí mismo, aunque fuera solo por un instante.

Por un lado, ese cosquilleo en la nuca de Margarita no mentía: Bonnivet ejercía cierto efecto en ella, y se debía al interés que le mostraba. Por otro lado, como ella bien sabía, era un hombre lo bastante astuto y ambicioso como para arrimarse a la hermana de alguien tan cercano al trono, por más que los viera todavía como a niños. Quizá porque, efectivamente, eran aún muy jóvenes: Margarita

tenía solo catorce años. Sin embargo, Bonnivet era de menor rango que ellos, y su familia no tenía tanto abolengo como otras. Había cortejado y conquistado a una de sus damas, Bonaventure, también de rango superior a él… para estar siempre cerca de Margarita, a ella no le cabía la menor duda. No se apartaba de ella.

Esa agradable tarde de verano, después de que Margarita ganara la tercera partida al ajedrez y los jóvenes caballeros, irritados, decidieran salir afuera a buscar refrigerios, Bonnivet la siguió hasta que se acercaron a un rincón privado. Sin mirarlo a la cara, se apresuró a acomodarse en un asiento instalado en un entrante del grueso muro. Pero no consiguió quitárselo de encima.

—¿No os vais a tomar el aire con los demás? —preguntó ella.

—Ahora que estoy casado —contestó él—, puedo veros cuanto quiera, ya que mi esposa pertenece a esta casa. ¿Por qué no habríamos de ser los más íntimos amigos? ¡Soy marido de vuestra dama de compañía! Eso no tiene nada de malo.

—¡Vergüenza debería daros! Bonaventure es mi amiga. Y habláis como si no fuera más que… un medio para ganar mi favor. Deberíais atenderla más en lugar de venir en pos de mí de esta manera, y, para colmo, solo.

Bonnivet simuló un mohín y luego se rio.

—Solo pretendía contaros alguna cosa más sobre Gaston. En vista de que os complace tanto oír hablar de él… y yo conozco todos los detalles…

Margarita alzó la mirada hacia él y volvió a desviarla. Ese juego empezaba a cansarla a medida que los motivos se hacían más evidentes.

—Pero, ahora en serio, mi señora Margarita, no podéis olvidar que algún día nos marcharemos a la guerra, y lamentaría ausentarme sin tener la certeza de que cuento con vuestro afecto y amistad. Sabéis que, si me he casado, solo ha sido para estar cerca de vos. ¡Debéis saber lo mucho que os amo!

De pronto el pánico asaltó a Margarita.

—Guillaume, no debéis ofender mi honor.

—Jamás heriría vuestro honor por mi propio placer. Venero vuestra bondad y vuestra virtud. Me malinterpretáis. Solo os pido que nunca me retiréis vuestro favor.

—¿Por qué pedís lo que ya tenéis? Si vuestro amor es tan puro y noble, ¿qué queréis?

Él, impacientándose, habló con voz ronca.

—Que reconozcáis lo siguiente: ocurra lo que ocurra en la batalla, sean cuales sean las hazañas que yo afronte, será todo solo por vos.

Ensordecida por el fragor de su propio pulso, Margarita sintió rechazo por el hecho mismo de que le complaciera ese sentimiento.

—Deberíais hacerlo todo por vuestra esposa.

—Pero ¿al menos me escribiréis durante mi ausencia?

Ella se puso en pie. Debía reunirse con el grupo, ahora no le cabía

ya la menor duda.

—No podéis hacer oídos sordos a mi petición —dijo Bonnivet.

Por fin ella sonrió, decidida a mantener la situación bajo control. Él pronto se marcharía y no habría pasado nada.

—Ah… Bueno, si llega ese momento, y si escribís con regularidad a vuestra esposa, puede que yo añada unas líneas en sus respuestas. ¿Qué os parecería eso?

—Pues que sois más lista de lo que os conviene —contestó Bonnivet, pero sonrió e inclinó la cabeza.

Margarita debería haberse negado rotundamente. Pero cuando por fin llegó la guerra y Bonnivet fue llamado a filas, ella cumplió su palabra y en las cartas que le enviaba la dama Bonaventure siempre le escribía unas breves líneas con novedades: nada por propia iniciativa suya, solo una nota o dos al pie. Pero ni él ni el cautivador Gaston acaparaban todos sus pensamientos. Siempre tenía el corazón puesto en sus estudios o en su hermano Francisco, cuyo destino parecía cada vez más cerca.

Dos veranos después de la declaración de Bonnivet, la familia se hallaba en su residencia parisina. El viejo rey Luis —ya bien pasados los cuarenta años— había estado muy enfermo de manera intermitente y deseaba asegurar el futuro por si no sobrevivía, ya que seguía sin tener un hijo varón. Así pues, había ordenado a Francisco que se incorporara indefinidamente a su corte en Blois.

Luisa se sintió desolada y a la vez complacida. Su hijo siempre había vivido cerca de ella; aun así, era un paso más hacia la gloria.

Los hombres del rey ya lo habían obligado a abandonar las dependencias de su madre, motivo por el que Luisa se había llevado un disgusto. Mantenía cerca a sus hijos, comprendió Margarita, no solo por amor, sino también para proteger a Francisco de cualquier ataque…

Para su hermana, ese traslado había representado el fin de los murmullos nocturnos, de tantas confidencias íntimas. Habían acabado así las cavilaciones sobre la verdad y la filosofía, las disquisiciones sobre las grandes ideas extraídas de sus lecciones y sus lecturas; Francisco siempre la había complacido en eso. No habría más ensoñaciones sobre los lugares adonde irían ni sobre las aventuras que correrían, o al menos las que correría él. Ahora lo apartarían de lo que él consideraba su hogar —el hogar de su madre, adondequiera que ella viajaba—, porque él se debía, sobre todo, a Francia.

¡A menos que el rey Luis consiguiera tener un hijo! Pero eso era cada vez menos probable. Su esposa Ana, aunque todavía lo bastante joven para proporcionarle un heredero, sufría abortos y daba a luz, uno tras a otro, a niños muertos.

—Esta noche vuelve a hablar con tu hermano sobre la necesidad de un comportamiento sensato —instó Luisa a Margarita la noche antes

de que Francisco partiera hacia Blois—. No estará bajo nuestra influencia y deberá andarse con cuidado. Los pequeños accidentes y temeridades tienen que terminarse. Está a solo unos pasos de su futuro. Cuando yo no esté presente para velar por él, ya no oirá de mí todas esas cosas; debes recalcárselo.

—Estamos todos en manos de Dios, señora —contestó Margarita en voz baja y con tono neutro. El corazón también le latía con fuerza ante la idea de que su hermano viviera en otro lugar. Aun así, no podía pasar del todo por alto la contradicción inherente al amor obsesivo de Luisa cuando recordaba lo dispuesta que estaba su madre a pegarle a ella, a golpearla una y otra vez si la disgustaba y, por el contrario, lo mucho que se preocupaba siempre por la menor herida en el preciado cuerpo de su hermano.

No obstante, esa noche Margarita fue en busca de Francisco para hablar con él antes de que se retirara. Lo hizo tanto para tranquilizar a su madre tanto como a sí misma. Esperaba encontrarlo acompañado, pero estaba solo en un pasillo, contemplando el patio iluminado por la luna.

Francisco se rio al verla llegar desde la cámara de Luisa.

—¿Por qué vienes en mi busca a estas horas? ¿Para un último sermón moral?

—Nuestra madre solo vela por tu seguridad.

—¡Vienes, pues, únicamente porque te lo exige nuestra señora madre!

Francisco alzó la vista al techo; era una especie de gesto compulsivo, y Margarita tuvo un estremecimiento, pues sabía que la gente murmuraba sobre esa costumbre de su hermano. «Cuando sea rey —se dijo a sí misma—, no se atreverán a decir cosas así en voz alta.»

Le producía vértigo solo de pensar en todo lo que él haría y sería. Ya se le permitía todo, y por el momento era únicamente el duque de Valois y el heredero presuntivo. ¿En qué se convertiría cuando hubiera llegado a lo más alto? En sus adentros percibía el conflicto entre la admiración que sentía por él y el rechazo ante la idea de que tanto poder recayera en una sola persona. ¡Su hermano! Pero ese orden era voluntad de Dios; sencillamente debía dar gracias por el lugar que ella ocupaba en él.

Francisco la observaba.

—¿Me echarás de menos, a mí y mi maravilloso despliegue de sabiduría? —Sonrió. Era una broma común entre ellos; ella aún lo ayudaba con el latín—. ¿Y mi destreza física?

A ese respecto Margarita sabía que él, más que bromear, se jactaba, ya que poseía una fuerza descomunal y sobrepasaba en estatura a los demás jóvenes. Algunos sostenían que eso era señal de su condición de elegido, que gozaba del favor de Dios y de los hombres. A punto de cumplir los catorce años, era ya un hombre y se esperaba que actuara como tal. A pesar de que ella era mayor y se consideraba también alta, no podía compararse con él.

—Claro que te echaré de menos… No me imagino… —empezó a decir, pero se sintió confusa cuando su hermano se acercó.

En un primer momento Francisco hizo ademán de abrazarla, pero de pronto se apretó contra ella con una expresión extraña que incomodó a Margarita. Esa era una situación sumamente inapropiada. Francisco enrojeció y se puso tenso. Acercó una mano a la mejilla de Margarita, y aunque ella apartó la cara, él se la acarició, y con algo más que afecto: con una avidez posesiva. Eso era algo nuevo en él. Por primera vez, vio en sus ojos lo que había visto en los de otros hombres. Sintió miedo, pero no debía exteriorizarlo.

Francisco deslizó la mano por su cuello.

—¿Cuánto me echarás de menos?

—No —contestó ella. Utilizaba esa palabra solo en muy raras ocasiones, pero sabía exactamente cuándo y cómo hacerlo. Si manifestaba la menor duda, las consecuencias serían desastrosas para ella. *No* al rey de Inglaterra y sus hijos; *no* al que aún no era el delfín de Francia.

Francisco volvió a sonreír y apartó la mano.

—¿No imaginas…? —Le dio unas palmadas en el hombro, ahora en un gesto más propio de él, y rio como de costumbre, como si todo hubiera sido en broma—. Dejémoslo, bien hecho. Superas cualquier prueba… Te deseo buenas noches, hermana, y mañana empezaré a dejar huella en un nuevo mundo y este quedará muy atrás. No pienses en peligros o accidentes: no tengo miedo, no tengo miedo terrenal a nada. ¿Qué clase de hijo de los Valois sería yo? Puedes decir a mi señora madre que has cumplido tu misión.

Ya en su alcoba, Margarita se frotó las manos y el rostro hasta que tuvo la piel en carne viva. El calor y la vergüenza no se le irían por más agua que se echase; necesitaba comprender aquello, pero no tenía a quien recurrir. Por nada del mundo le contaría a su institutriz la forma en que Francisco la había abrazado, y menos aún a su madre. No tenía acceso a las fuentes de consejo habituales, salvo el Todopoderoso. Los reyes y los casi delfines podían ser poderosos, pero el Señor era todopoderoso.

Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me. «Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado.»

Rezó en susurros mientras se restregaba la nuca y la garganta, atormentada de pronto al tomar conciencia de los riesgos que una mujer corría, de cómo podía incitar a un joven a adoptar una actitud incorrecta, pero… ¿a su propio hermano? ¿Cómo podía él malinterpretar las emociones de ella? Francisco había tratado luego de restarle importancia, de hacerle creer que solo la había puesto a prueba.

Estaba segura de que él no albergaba malas intenciones. Debía de haber ocurrido por lo mucho que ella le importaba. A eso debía

añadirse la presión de la marcha, de la nueva vida que se abría ante él, del gran puente que estaba a punto de cruzar sin volver la vista atrás. A partir de ese momento tenía que ser un hombre hecho y derecho, sin ella. ¿Cómo podían ambos vivir el uno sin el otro?

—¿Qué hacéis? —exclamó madame de Châtillon cuando entró a la alcoba dispuesta a prepararla para acostarse.

Margarita tenía el rostro enrojecido y húmedo.

—Estaba acalorada —pretextó, y tragó saliva—. Necesitaba refrescarme la piel. —Aun así, no se sentía limpia.

—¿Me ocultáis algo?

—Ciertas cosas no deben preguntarse.

—¿Tan grave es? ¿Os ha insultado alguno de los jóvenes señores?

—No digáis tonterías. —Margarita intentó esbozar una sonrisa—. Sencillamente, es un momento difícil.

La institutriz enjugó las mejillas y la frente de Margarita con un paño limpio y chasqueó la lengua.

—¡Un momento trascendental! Tenéis que dormir, mi señora. Todos necesitamos descansar y olvidar durante un rato. Demasiadas emociones nunca van bien, por importante que sea la ocasión. Se avecinan muchos cambios.

—Demasiados cambios —musitó Margarita.

—Esa es la única certeza —comentó madame de Châtillon.

> El 3 de agosto de 1508, en tiempos del rey Luis XII, mi hijo se marchó de Amboise para entrar en la corte y me dejó totalmente sola. …
> El día de la Transfiguración, 6 de agosto de 1508, un domingo, entre las siete y las ocho, después de la cena, en un jardín de Fontevaux, mi hijo recibió una peligrosísima pedrada en la frente. …
> El jueves 14 de diciembre de 1508, a eso de las doce de la noche, mi hijo enfermó gravemente, pero poco después se curó…

LUISA DE SABOYA *Diario*

Cierto cambio aconteció a Margarita al año siguiente. Fue su madre quien se lo anunció, pero quien intentó ayudarla a reconciliarse con la noticia fue madame de Châtillon.

Margarita se lo veía venir. Acordar y zanjar esos asuntos llevaba su tiempo, pero durante el proceso parecían irreales y con frecuencia lo eran. Todos los jóvenes a quienes conocía habían sido prometidos en matrimonio en algún momento, y posteriormente los planes se habían cancelado, alterado o postergado. Era una cuestión volátil y pragmática, como una jugada de ajedrez. Pero, también como en el ajedrez, más allá de cierto punto una sabía que ninguna táctica podía ya salvarla. Ni siquiera un arrebato ante su madre, y en presencia del rey y la reina, podía librarla.

¡El duque de Alençon!

—Es muy adecuado —dijo madame de Châtillon.

Margarita, refugiada en un asiento junto a la ventana, se resistía a hablar, pero prestaba atención a su institutriz, que trató de predisponerla ofreciéndole una bebida caliente con especias.

—¿En qué sentido es «muy adecuado»? ¡Tiene sangre de príncipe, sí, pero no hay nada entre nosotros, no tenemos nada en común!

—No todos los pretendientes son de tan alta cuna y de edad tan cercana a la vuestra. Eso ya es mucho en común. Recordad que, teniendo en cuenta vuestro rango y situación, las cosas podrían ser muy distintas. Alençon no está muy lejos de aquí. — Ante eso, Margarita hizo una mueca—. Y allí estaréis muy cómoda, no lo dudo.

—Como si mi comodidad contara para algo. Ya sabéis qué clase de hombre es: nunca posa la mirada en un libro si puede evitarlo, ni en ninguna clase de pintura u obra de arte. ¿Cómo vamos a encontrar siquiera un tema del que hablar? No, esto no tiene que ver en absoluto con él ni conmigo. Más bien, es una cuestión de Armañac. Me doy cuenta de cuál es la finalidad de esto: voy a ser… ¡Voy a ser objeto de trueque como la solución a un litigio!

—El rey solo desea la paz y buena voluntad entre su casa y la facción de Alençon —señaló madame—, y ser el instrumento de la paz es sin duda una gran misión.

¡Una gran misión! «Instrumento» era la palabra adecuada: Margarita era un utensilio, algo que utilizar. Dijera lo que dijera, la decisión la tomarían ellos.

«Si mi hermano ya fuera rey —pensó—, no me haría algo así.»

Había logrado eludir a Arturo el inglés, y a los dos Tudor, Enrique el viejo y Enrique el joven, y ahora el joven era rey, el octavo con ese nombre, corpulento como su hermano y apuesto, según decían. Y sus damas a veces bromeaban con Margarita: «¡Reina de Inglaterra! Fijaos lo que os habéis perdido. ¡Y ahora tienen una reina española, que había sido esposa de su hermano!».

Y Margarita se reía también y decía: «Seguro que no lo lamentaré».

De hecho, seguía alegrándose. Pero este otro asunto se había ultimado sin contar con ella.

—Preferiría… ¡Preferiría la muerte al señor duque de Alençon!

—No lo decís en serio.

Margarita se echó a llorar, y madame de Châtillon, apoyando una mano en su espalda, le recordó que una o dos de sus damas la acompañarían, que todo seguiría como antes.

Madame era muy consciente de que Margarita se sentía una figura secundaria en la familia, insignificante; sabía qué argumentos esgrimir.

—Disculpadme, mi señora, pero ni siquiera vuestro hermano tiene en realidad la posibilidad de elegir a su futura esposa; eso no solo nos ocurre a nosotras, las mujeres. Es señal de vuestra importancia, no de lo contrario. ¡Una persona sin importancia podría casarse con quien le viniera en gana! Debemos someternos a la voluntad de Dios, Margarita. De más está que os lo diga.

La muchacha pasó por alto el argumento sobre su hermano; en el caso de los hombres no era lo mismo, como madame bien sabía. Se enjugó los ojos con la manga, una manga que incluso ahora, a sus diecisiete años, presentaba las manchas de tinta de las horas que dedicaba a escribir. La dulcísima tarea de escribir, su único consuelo en todas las situaciones, aunque nadie fuera a leer sus textos. Siempre podía refugiarse en eso.

«Soy la misma persona que cuando componía mis poemas infantiles y corría libremente detrás de mi hermano —pensó—. Y seré la misma persona incluso cuando se me obligue a ser la duquesa de Alençon.»

—Sí. De acuerdo. La voluntad de Dios. Dios debe ser alabado en todas las circunstancias.

Se puso en pie con súbita determinación y, en ese momento, empezó a sangrarle la nariz. Ahora tenía manchas de color rojo vivo donde antes había tinta, así como en la pechera del vestido.

La institutriz cogió un paño y la obligó a sentarse de nuevo, con la esperanza de detener la hemorragia, pero la sangre traspasó la tela.

—Si creyera en los augurios… —dijo Margarita—. Lo que he dicho sobre la muerte…

—Pero no sois supersticiosa. Tampoco yo.

—¡A diferencia de *madame ma mère*! No, los augurios son estupideces. Es solo el golpe que ha recibido mi espíritu —musitó Margarita—, igual que un golpe en la cara. Contengo las lágrimas y por eso me sale sangre. Pero sobreviviré. Y seguiré siendo yo misma.

—Seguro que sí.

—Y me trae sin cuidado lo que digan los demás: me llevaré mis libros.

Madame de Châtillon movió la cabeza en un gesto de aprobación.

Margarita, ingeniosa como era, intentó por todos los medios a su alcance postergar su destino. No obstante, cuando guardó cama en las siguientes semanas, con la excusa de que se encontraba indispuesta, no fingía del todo. «Contenerse», como ella lo había expresado, daba lugar a las más diversas dolencias, desde la jaqueca hasta la flojera en piernas y brazos. Pero no podía provocarse hemorragias de nariz letales a voluntad, y conforme se acercaba el día, tuvo que esforzarse cada vez más para justificar su letargo, hasta que ya no le vio sentido.

—Si vas a ir a esa boda, más vale que lo hagas en condiciones —dijo su madre, y tiró de su brazo para sacarla de entre las sábanas y guiarla hasta las damas que la vestirían para la ceremonia en el castillo de Blois. Ya era casi de noche, y todos los nobles y grandes de Francia la esperaban, además del rey y la reina Ana, y Guibé, el cardenal de Nantes, que oficiaría en la boda.

—Pero es que no *quiero* hacerlo ni remotamente.

—Ninguno de nosotros vemos satisfechos nuestros deseos —dijo Luisa.

—Algunos, sí. —Margarita la miró con expresión desafiante, como si la retara a adivinar a quién se refería. Un césar siempre se sale con la suya…

—Para mí, fue mucho más difícil —prosiguió Luisa sin cambiar de tono, negándose a aceptar el desafío—. A los once años, y con un hombre que podía ser mi padre. Y me entregaron a él como castigo, ¡ni siquiera fui deseada!

Margarita torció el gesto; sabía que eso era cierto. Después de resistirse ambos a su anterior compromiso, su padre y Luisa habían sido obligados a contraer matrimonio para impedir que él se casara mejor. Porque había formado parte de los que se opusieron a la anterior regencia de madame la Grande. Luisa, aunque fue *novia* a los once años, había luchado por el derecho de no entrar en su cama hasta los catorce y había ganado. Incluso de niña, debió de ser temible.

Luisa le apoyó una mano en el hombro.

—Pero recibiré mi recompensa a través de mi hijo… De mis hijos. Plantéatelo así, Margarita. Serán tus hijos quienes te den un buen nombre. A eso deberás tu importancia, no a tu marido. —Esas cuatro palabras las susurró al oído de su hija—. Un marido puede no significar nada en absoluto.

¿No era el lema de Luisa *«libris et liberis»*? Por mis libros y mis hijos…

Sin embargo, la Iglesia decía que el matrimonio era un sacramento: debía de ser eso lo que más importantes nos hacía, el uno para el otro y los dos juntos ante Dios.

Nada en absoluto. Una esposa también podía no significar nada en absoluto.

Margarita, apática, se dejó vestir. Las galas especiales, las joyas y los delicados adornos no le aportaron el menor júbilo; bien podrían haber sido una mortaja fúnebre de seda dorada. Reprimió los sollozos, pero no pudo contener las lágrimas, que le resbalaron por las mejillas y cayeron al suelo, bajo un oscuro cielo invernal, de camino a la iglesia de Saint-Sauveur. «El Salvador —pensó—. ¡Si alguna vez he necesitado salvación…!»

—¡Lágrimas de alegría! —Su madre saludaba con la cabeza y una sonrisa sombría cuando pasaban ante los cortesanos y los asistentes a la boda que esperaban—. Lágrimas de alegría, ¡no se puede creer que haya llegado este día tan maravilloso!

El mismísimo rey Luis, muy digno, con una expresión tierna en su rostro alargado y serio, casi como si compadeciera a Margarita, la acompañó al altar. Conforme a su función de hermana del heredero presuntivo, se le concedió el trato de hija del rey. La reina había asumido todos los gastos, y estaba previsto que los festejos, el banquete y las celebraciones se prolongaran durante cuatro días.

«Eso debería bastar para que te sientas importante», había dicho la madre de Margarita con sorna durante sus semanas de «enfermedad».

Entonces, ¿por qué no podía Margarita contener las lágrimas?

Respiró hondo, despacio, decidida a controlarse.

El novio la observaba: Carlos, duque de Alençon y conde de Perche, cuyo antepasado lejano había sido hermano del rey Felipe, el sexto con ese nombre. Esa ascendencia se unía a la de ella, ¿y qué significaba eso para él? Si se conmovió al verla, si tembló ante la idea de tal premio, no se traslució en su actitud. Si ella era de algún modo importante, desde luego no lo era para él. Eran dos desconocidos.

Margarita miró de soslayo su tez lechosa, la desdibujada línea de la mandíbula y el leve asomo de bigote. El duque contaba veinte años; ella, diecisiete. Se acordó de su antiguo afecto juvenil por Gaston, el sobrino del rey, quien recientemente había ayudado a Luis a alcanzar la victoria ante los venecianos en Agnadello. ¿Por qué no había podido ser Gaston el que estuviera en ese momento junto a ella? Todo el mundo lo admiraba. Como admiraba al también héroe Bonnivet, por quien se le había erizado el vello de la nuca, que había anhelado su favor… Mientras que *ese otro* hombre no tenía la menor chispa. También él había estado en Agnadello, pero no había desempeñado un papel destacado.

El duque apartó la mirada y se volvió hacia el cardenal, que los uniría a ambos para siempre.

«Puede que una nuestros cuerpos —decidió Margarita—. Pero mi alma es mía.»

Rodeada por aquellos hombres poderosos, recibió la bendición con agua bendita mientras notaba que se mezclaba con sus lágrimas, y luego aceptó la alianza.

La reina había ofrecido un banquete oficial, y Margarita ocupó un asiento a unos cuantos sitios a la derecha de ella en el gran salón, con un altísimo techo abovedado. La mesa, casi tan larga como ancho era el salón, estaba adornada con vajilla de plata y exquisitas copas. Allí solo se servía en sus propios platos a la reina, la novia y madame la Grande: platos de oro, utilizados también para los embajadores. En el otro extremo del salón, en otra mesa, se hallaba el novio, junto con Francisco, los príncipes de sangre y la mayoría de las damas.

—Celebro vuestro gran día —dijo la reina Ana a Margarita—, y debéis saber que, al margen de mis diferencias con vuestra madre, mantengo intacta mi aprobación por vos. Si algo puedo hacer…

Margarita se tensó ante el comentario sobre su madre. Luisa, a unos asientos de distancia, no las oía, pero Margarita no quería que se la considerara desleal. Los continuos equilibrios, la lucha de poder, eran agotadores. ¿Y qué podía hacer la reina Ana salvo financiar ese magnífico festín? Su influencia era limitada, como la de cualquier otra mujer. Ella misma había tenido poco que decir en sus propios matrimonios, primero con el difunto rey Carlos y después —como le exigía su contrato, tras el repentino accidente fatal de su esposo, si ella no había tenido ningún hijo varón— con su heredero, Luis. También a

ella la habían trocado por territorio, para anexionar el ducado de Bretaña a Francia.

Ana era una mujer menuda, sobre todo al lado de la alta y esbelta Margarita, pero sentada era igual que cualquiera, a pesar de las habladurías crueles sobre la cojera de sus piernas desiguales, insinuándose que eso era «impropio de una reina».

«Como si solo fuéramos nuestros cuerpos —pensó Margarita—, y solo sirviéramos para criar. Sin duda somos algo más; sin duda a alguien le importa que seamos algo más.»

Miró a la reina Ana con aprensión, como si se viera en un espejo. Sin embargo, Ana tenía una bonita cara ovalada —aunque inexpresiva, por prudencia y cautela— y una frente amplia todavía tersa pese a las preocupaciones y las pérdidas, las vidas de sus hijos, que se le habían escurrido entre los dedos una tras otra: media docena con el difunto rey, y unos cuantos más con el rey actual.

Ana no había cumplido aún los treinta y tres años, y todavía albergaba la esperanza de tener un heredero. Eso sería la perdición de Francisco, y la de Luisa. Por eso Luisa detestaba a Ana. ¿Cómo cambiarían las cosas para Margarita si Ana lo conseguía? Seguiría siendo una princesa menor y, desde ahora, por vía matrimonial, también duquesa. «Es a través de tus hijos —había dicho Luisa—, pero ¿y si una no tiene hijos, o si todos perecen?»

Margarita se ruborizó al recordar que, según murmuraba el vulgo, su madre, Luisa, había recurrido a la brujería para truncar las posibilidades de Ana y sus hijos: otra vez la superstición. La idea le disgustaba, y sin embargo, de algún modo, era una impresión justificada: su madre se regodeaba de esos bebés sin vida. Inconcebible. Margarita sintió crecer dentro de sí la rabia contra su madre.

Cuando una era de noble cuna, pisoteaba continuamente su conciencia, fuera por sus propios actos o por los de otras personas. No había escapatoria: una no podía huir de quién era. No querría hacerlo, si eso significaba vivir «como la plebe». Así que había que permanecer en silencio y fingir que no se veía nada malo.

—Y ahora, comed —animó la reina a Margarita al ver que desplazaba con el tenedor por el plato de oro los trozos de comida como si fueran plomo fundido—. Necesitaréis todas vuestras fuerzas y vuestro valor para afrontar lo que tenéis por delante.

—He necesitado todo mi valor para llegar hasta aquí —respondió Margarita en voz muy baja.

—Pensáis que nunca más volveréis a disfrutar de la comida —dijo la reina, casi sin mover los labios, y Margarita al principio dudó de lo que había oído.

—Mi señora reina ha sido muy generosa —intentó protestar, pero Ana, con una sonrisa, ya había cogido un bocado y se lo había acercado a Margarita.

—Abrid la boca —dijo, como si hablara con una niña, e introdujo la

comida entre los labios de Margarita.

A ella pareció quemarle cuando la tragó, al igual que las miradas de aquellos que lo presenciaron.

Luisa las miró indignada, pero no podía oír su conversación.

—¿Lo veis? Es así de sencillo —añadió la reina con voz baja e inalterable, solo para Margarita—. Quizá incluso encontréis el amor. —Y apartó la mirada de la muchacha con firmeza, adoptando de nuevo una actitud formal—. Nos convertimos en lo que podemos, como es nuestro deber —añadió de un modo críptico y lacónico.

En la otra mesa, el novio, que comía sin cesar y bebía en abundancia, era un hombre parco en palabras. La comida y la bebida disimulaban su falta de atención. Sobrellevaba todo aquello con la misma cautela que Margarita. No había visto cómo la reina obligaba a comer a la novia. No le interesaba; parecía inexpresivo, aunque cierto era que se hallaba lejos.

Margarita no pudo evitar estremecerse al imaginárselo cerca.

Pero otros la distrajeron con grandes discursos y elegantes cantos. Margarita se relajó cuando empezó a sonar la música y el abundante vino ejercía su efecto. Se tensó de nuevo cuando el bufón del rey, Triboulet, que lucía su gorro con cuernos y cascabeles, se puso en pie para ensartar sus chanzas.

Por lo general, Margarita prorrumpía en carcajadas con los mejores bufones. Todo el mundo se complacía en recordarle la anécdota de que había nacido con una sonrisa en los labios. Veía el humor en casi todo, y en su escasa vanidad sabía que una sonrisa iluminaba un rostro poco agraciado, pese a que la gente sostenía que a los diecisiete años todas las mujeres eran hermosas…

Pero en ese momento, obligada a fingir, a interpretar un papel, temía la forma de exponer la verdad propia de los bufones, que era como arrancar la carne del hueso. ¿Qué podía decir de ella? O, peor aún, ¿diría quizá algo a costa de su hermano o de su madre? Margarita sabía que su madre despertaba una antipatía generalizada, y Triboulet se había visto envuelto en más de una escaramuza con la muerte como consecuencia de sus pullas sagaces y cáusticas.

—Por favor —dijo Margarita a la reina—, esta es ciertamente una ocasión solemne. No tenemos que…

La reina acercó un dedo a los labios de Margarita.

—Todo el mundo tiene que divertirse hoy —susurró—. El rey así lo desea. Proporciona cierta distensión.

«Dios bendito —suplicó Margarita—. Líbralos de la mofa. Me someteré, lo haré, pero no avergüences a mi hermano y a mi madre a la vez que me veo apartada de ellos.»

Todos los invitados guardaron silencio. Triboulet, haciendo girar los brazos y dando brincos, recitó una larga lista de títulos honoríficos de todos los presentes.

—Aunque disfrutamos de un festín —continuó—, me apuesto lo que sea a que no queda nada en las arcas de Alençon, ya que mi amigo, el

fraile, me ha hablado de uno que vendió todo lo que tenía a cambio de una *perla de gran valor*. Pero ahora el duque de Alençon tiene en su poder la perla de todas las princesas, que lo resarcirá holgadamente y llenará de nuevo esas arcas.

Y el bufón saludó a Margarita con el gorro multicolor, ya que su nombre significaba «perla». Se sonrojó: debía de haberse hablado de su dote, las sesenta mil libras, pero ella no sabía con seguridad quién conocía los detalles. ¿Y eso de que «lo resarcirá holgadamente»? ¿Era desdén o lástima lo que transmitía esa cara redonda y rubicunda?

En ese momento el bufón señaló con la barbilla al rey y al duque de Alençon.

—Pero el fraile también me dice: «No eches tus perlas a los cerdos». —Triboulet saltó de aquí para allá y gruñó como un cerdo. De pronto se detuvo y dijo—: Si el rey echa sus perlas a los cerdos, solo es para que los cerdos tengan algo que comer a falta de su bazofia. ¡Bazofia para todos! ¡O que coman perlas! Y es que solo ayer me preguntaron si había hambruna en el país, si los graneros estaban casi vacíos, y contesté: «Sí, ciertamente debe de haber escasez, ya que el rey y sus comensales toman solo siete comidas al día».

Los presentes en el gran salón prorrumpieron en carcajadas: incluso el propio rey sonrió, y alzó su copa en celebración del comentario jocoso del bufón. Triboulet recitó una rima de alegre enhorabuena y expresó un deseo de abundancia para ambas casas.

Después de la broma sobre la hambruna, Margarita sintió aún menos apetito. Triboulet había expuesto una verdad que avivaba la conciencia y a la vez la tranquilizaba. También él era un temible espejo, aunque no en el mismo sentido que la reina. Él procedía de la plebe, así que sabía lo que de verdad significaba la escasez, y, sin embargo, había conseguido que los cortesanos y el rey se rieran y se avergonzaran al mismo tiempo.

Sonó una trompeta y se inició el simulacro de justa del bufón.

—Habéis visto, Margarita, habéis salido bien librada.

La reina esbozó una severa sonrisa. En realidad, esa boda no era asunto suyo; los dardos se reservaban en gran medida para otros participantes. El matrimonio era una transacción: por eso Dios, mediante la Iglesia, lo había constituido en sacramento, para santificar aquello que los hombres, por lo demás, convertían en algo vil. El bufón no hacía más que reflejar el aspecto vil.

En los días posteriores, tendrían lugar auténticas justas, y Gaston y Francisco, resplandecientes con sus paños dorados, saldrían victoriosos. Ahora Gaston le parecía un espectro, procedente de otro mundo remoto, pero su hermano era sólido, siempre triunfante, y Margarita se consumiría de placer y pesar mientras ella misma, junto a la reina, repartieran los trofeos. De momento, Ana entregó a sus heraldos una gran olla dorada, que ellos acarrearon por el salón exclamando «¡Dádivas! ¡Dádivas!» para que los asistentes la llenaran de monedas que luego se distribuirían entre la plebe.

Después llegaron los juglares y empezó la danza, y Margarita fue la primera en salir, acompañada por el joven embajador de Aragón, a quien luego siguieron otras parejas. ¿La observaba su marido, el duque? ¿Llegaría incluso a bailar con ella? Ese día Margarita pertenecía a todos, como una hija de Francia.

Pero esa noche… sería de *él*.

Todo eso, significara lo que significara, iba a abandonarlo por un lejano castillo en el frío norte, lejos de las apacibles orillas del Loira que serían el centro del mundo de su hermano.

El frío norte de su marido. «Me someteré.» Miró de soslayo al duque de Alençon y pensó: «Quizá debería compadecerlo a él tanto como me compadezco a mí misma».

Pese a la distancia que la separaba de su madre y su hermano, su nuevo hogar en Argentan no estaba tan mal. La nueva duquesa, como descubrió, tenía muchos asuntos que era necesario atender en el ducado de Alençon, y su suegra, la duquesa viuda, que también se llamaba Margarita, era una mujer sincera, que gustosamente la animó a realizar obras de caridad. La mujer no vivía lejos y a menudo iba a Argentan a pasar unos días. Su ejemplo era inspirador.

—Es muy distinta de mi señora madre —dijo Margarita a su marido, quien rompió a reír. Luisa tal vez aparentara devoción externamente; en cambio, esta mujer demostraba un compromiso absoluto.

¿Podía Margarita asumir una función como esa, de modo que su vida le importara a alguien? De ese modo, con el tiempo, la insensibilidad —incluso la apatía— en la relación entre Margarita y su marido pronto no le parecería a esta más que ruido de fondo.

Al fin y al cabo, era poco lo que había cambiado con el matrimonio. Si ella había previsto tormentas o estrellas o cometas, no cabía esperarlos de Carlos, duque de Alençon. Pero él se mostraba bastante amable, y la dejaba en paz casi todas las noches.

En su primera noche, ni siquiera la abordó como esposa.

—¿A qué os referís? —preguntó madame de Châtillon, sin mirarla a los ojos, cuando hablaron de ello, sentadas una junto a la otra ante sus labores de costura. Madame había ido a vivir a la casa de Alençon como primera dama de honor de Margarita ahora que no necesitaba institutriz.

—Pues a que, desde entonces, me hace breves visitas, pero siempre se apresura a volver a su propia alcoba a dormir. —Todo el deseo de contacto de Margarita, la nueva sensación de que *eso* ahora le estaba permitido, no servía para retenerlo. ¿Entendía madame esa sensación? ¿La experimentaban todas las mujeres?

—Quizá habéis mostrado poco interés —dijo madame—, o demasiado.

¿Cuánto era demasiado? Sus agujas de coser avanzaban con rapidez; no se detenían al hablar. La labor era una pantalla para ocultar la

vergüenza. No habría hijos a menos que le dedicaran cierto esfuerzo. Tal vez Margarita se había resistido a la idea de que la vendieran para criar, pero no le gustaba verse rechazada a ese respecto.

—Estoy segura de que no es por nada que yo haya hecho. Madame, si hubiera algo en mí que lo repeliera físicamente, ¿cómo lo sabría?

—¡Vamos, eso es absurdo! Habéis frecuentado la compañía de otras damas, que se lavaban y vestían y desvestían, para saber que no tenéis ningún defecto. Sois plenamente aceptable. —No dijo: «Sois hermosa».

Margarita dio furiosas puntadas como si arremetiera contra su aletargado marido.

—Lo que he visto hasta ahora no me induce a desear más. A decir verdad, ni siquiera estoy muy segura de que su manera de proceder dé lugar a la concepción de hijos.

Madame de Châtillon soltó la aguja.

—Quizá eso sea más de lo que necesito saber, mi señora. Habláis con demasiada franqueza. Lo único que puedo aconsejaros es paciencia. Procurad congeniar lo máximo posible con él.

—Ah, congeniamos bastante… ¡Casi nunca está en casa!

Margarita se rio. Puede que Carlos no hubiera sido valeroso en la guerra, pero sin duda le apasionaba la caza, así como inspeccionar sus tierras. Ella casi podía olvidarse de la existencia de su marido la mayoría de los días.

> El día 22 de junio de 1511, aquejaron a mi hijo unas fiebres tercianas, y el 27 llegó a Romans, en el delfinado, y allí sufrió el cuarto acceso de dichas fiebres, que le sobrevinieron el día 28, a eso de las once, repentinamente, después de la comida.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

Así transcurrieron sus primeros años de matrimonio. Aunque aislada, y ansiando a menudo noticias de su hermano, a quien veía solo de vez en cuando —preocupada por él casi tanto como su madre—, Margarita no estaba del todo sola. Tenía sus libros, su Petrarca, su Dante, como había sido su deseo, y un pequeño grupo de amigos que en ocasiones disfrutaban de veladas bastante sobrias en el castillo. Con frecuencia gozaba de la compañía de su suegra, un alma verdaderamente bondadosa, y de madame de Châtillon.

Fue madame quien la previno un día cuando apareció en el horizonte un visitante imprevisto, precedido por unos mensajeros.

—El *seigneur* de Bonnivet viene hacia aquí —informó a Margarita.

La duquesa viuda, que leía un devocionario, dejó el libro a un lado y sonrió a su nuera a la vez que se ponía en pie.

—Vuestra madre se ha deshecho en elogios de ese excelente caballero —dijo—. Será un placer para nosotras darle la bienvenida.

—Por supuesto —contestó Margarita, pese a sentir un desasosiego premonitorio—. Debo ir a hacer algunos preparativos antes de su

llegada.

«Si lo veo desde lo alto y a distancia —pensó—, me será más fácil controlar mis sentimientos cuando esté aquí.»

Así pues, subió a una torre del castillo ducal y observó la familiar figura a lomos de su hermoso corcel, seguido por algunos de sus hombres. Cuando ya desmontaba, y las otras mujeres la llamaron para que bajara, ella se dirigió hacia las puertas por una escalera oscura de la parte de atrás, a fin de que nadie le viera el rostro. Aunque no estaba haciendo nada malo, prefería encubrir sus sentimientos. Bonnivet era un viejo amigo, y no resultaba impropio que se detuviera allí en su camino de regreso a casa.

Era un día cálido; los campos y los bosques que rodeaban Argentan, ahora resplandecientes, nunca habían ofrecido un aspecto más bello. Margarita no había pensado en su propia apariencia; tenía el corazón totalmente puesto en ese hombre que se parecía tanto a su hermano, que poseía la misma energía despreocupada, la misma temeridad…; en las anécdotas que compartirían, las risas que Bonnivet traería a esa casa solemne. Sería un encuentro alegre, como en Amboise durante su infancia; él era un puente que la llevaba de vuelta a casa y alguien a quien debía acoger.

Y eso hizo con toda naturalidad, guiándolo para reunirse con los demás, tanto con aquellos a quienes conocía como con aquellos que aún no habían disfrutado de su ingenio.

—¡Así que estos son vuestros dominios! —exclamó Bonnivet, extendiendo el brazo de modo que casi rodeó los hombros a Margarita. Estaba cambiado, y tenía alguna que otra cicatriz, pero eso no mermaba su gallardía—. ¿Y dónde está Alençon, el más afortunado de los caballeros?

—Mi hijo lamentará no veros; está atendiendo ciertos asuntos en otro lugar del ducado —intervino la duquesa viuda—, pero si podéis quedaros uno o dos días con nosotros, él tendrá ese placer.

—Cómo no. —Bonnivet le dirigió un solemne gesto de agradecimiento y sonrió a Margarita—. Es muy generoso por vuestra parte.

> El día de la Pascua de Resurrección, 11 de abril de 1512, mi señor de Nemours, Gaston de Foix, derrotó a los ejércitos del rey de Aragón y del papa Julio II, ante Rávena; pero murió allí, junto con varios hombres de alto rango, lo cual fue muy de lamentar.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

Ante una copiosa comida, Bonnivet obsequió a todos con anécdotas de Italia, esmerándose en elogiar el valor de los combatientes franceses, sin extenderse sobre la lamentable pérdida de Gaston de Foix —consciente de que Margarita estaba ya enterada, y de que eso reavivaría su dolor—, y en hablar siempre bien de su marido.

Bonnivet la miraba a los ojos cada vez que se mencionaba el nombre

del duque. Ella se daba cuenta de la clase de ausencia que él percibía; aun así, no podía por menos que disfrutar de su conversación. Lo mejor fue cuando él se explayó con afecto sobre los viejos tiempos en Amboise, a más de cien millas de allí y, se le antojaba, en otra vida. Margarita habría seguido hablando de eso de buena gana, pero los demás desviaron la conversación hacia otros asuntos, y lamentó no disponer de Bonnivet para ella sola. «No obstante, si lo invitara a mis aposentos, solo para departir —pensó—, se interpretaría mal.»

«Debéis saber lo mucho que os amo», había dicho él. Había pasado ya tiempo desde entonces, y, sin embargo, no tanto.

Por la tarde, todos se retiraron a descansar, y Margarita organizó entretenimientos para la velada: música y recitales de poesía. Si asistían unos cuantos invitados más y las damas de la casa, se congregaría gente más que suficiente para disfrutar de una buena fiesta. No podía competir con las atracciones de la corte ni con la belleza de su río Loira, pero sí conseguir que Bonnivet se sintiera como en casa allí, junto a las aguas marrones y menos atractivas del Orne, ya que esas eran sus posesiones.

Después de la cena se retiraron, tras asegurarse Margarita de proporcionar a Bonnivet el mejor alojamiento. Mientras se preparaba para acostarse, un criado se acercó a la puerta.

—Señora, vuestro invitado se siente indispuesto y reclama vuestra atención.

Margarita miró a su primera dama de honor, que enarcó una ceja y frunció el ceño.

—Es posible que el *seigneur* de Bonnivet haya contraído unas fiebres, mi señora —prosiguió el mensajero—. Y solicita vuestra ayuda.

—En la cena se lo veía bien —observó madame de Châtillon.

—Puede que le haya sobrevenido después. —Margarita se envolvía ya en un manto para ir a verlo. Se volvió de nuevo hacia su dama—. Si necesitamos ayuda, os lo haré saber…: una enfermera o incluso un médico.

—Aunque pueda parecer una necedad decirlo, si de verdad está enfermo, andaos con cuidado, ¿queréis?

—Pero debo ir a ver qué le ocurre. No ha estado en tierras donde hubiera peste… ¡No correré el riesgo de contraer sus fiebres!

—No me refería a eso. ¿No pueden atenderlo sus hombres?

Margarita quedó atónita. Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Podría tratarse de algo grave —dijo, y despidió al criado al salir.

Había un ayudante en la cámara del invitado, pero Bonnivet se hallaba tras las colgaduras que circundaban la gran cama. Margarita, que no temía las enfermedades desde que sobrevivió a la viruela, apartó la cortina y entró. Acercó una silla a la cama.

Bonnivet intentó levantarse y finalmente lo consiguió, pero parecía demasiado débil para tenerse en pie. Cuando ella tendió los brazos para guiarlo de regreso a la cama, él se aferró a ella como para no caerse. De pronto, deslizó una mano entre las vestiduras de Margarita

y trató de rodearle la cintura, de tocarle los pechos.

—¿Qué hacéis? —dijo en voz baja pero áspera a la vez que se apartaba—. ¡Gilles! ¡Gilles! —llamó al ayudante, que se hallaba a cierta distancia al otro lado de la cortina—. Ve a por un poco de vinagre a la alacena de abajo. ¡Y que sea fuerte!

Cuando el hombre se hubo marchado, Margarita le dijo a Bonnivet:

—¿Os habéis vuelto loco? No volváis a tocarme así nunca más. ¡Con lo preocupada que yo estaba por vos! Fiebres, sin duda. Creo que os han afectado el cerebro.

Él se recostó en la cama y se echó a reír.

—Con toda certeza, nos entendemos. Sabéis que os amo desde hace mucho tiempo… —dijo él. Margarita, horrorizada, desvió la vista—. Y he respetado vuestra honra. Pero ahora que estáis casada, es distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—La honra de una mujer casada está cubierta… Sus libertades son otras. ¡Sobre todo cuando el marido está tan claramente ausente! Puede que estéis casada con él, pero no lo deseáis, ¿verdad? Vuestro corazón y vuestro cuerpo me pertenecen por un lazo muy anterior, ¿o no es así?

—¿Me habláis de un lazo? ¡Y de honra!

—Pero me amáis —insistió él.

Margarita suspiró; el ayudante no tardaría en volver y no debía oír esas palabras.

—Mi amor por vos… Os amo con la conciencia tranquila y sentido de la virtud. Es un amor honrado y cristiano. Pero después de lo que acaba de suceder, debo pediros que no volváis a buscar mi compañía.

Bonnivet torció el gesto y la sujetó por el brazo.

—Sabéis que este rechazo servirá solo para que os ame aún más. La única razón… es lo *buena* mujer que sois… Solo quería cerciorarme de eso, y lo habéis demostrado…

—No me lo creo —repuso ella, y se volvió para marcharse. ¿A quién le había oído decir eso antes? A Francisco, cuando la había «puesto a prueba». Entendió entonces que algunos hombres encubrían sus actos de una manera u otra, usando las mismas estratagemas de siempre. Bonnivet quería algo, y ella era el medio para conseguirlo, no la meta. De eso estaba segura.

—Aquí está el vinagre —dijo Margarita, y dio las gracias al criado, que de pronto se había asomado desde el otro lado de la cortina—. Seguro que esto lo revivirá. —Volviéndose hacia Bonnivet, susurró—: Creo que en cuanto os veáis capaz, debéis encontrar razones urgentes para reanudar vuestro viaje. Para regresar junto a vuestra esposa.

Tras apartar las colgaduras, Margarita regresó a buen paso a sus aposentos.

Madame estaría esperándola; debía pensar deprisa qué decirle, qué no decirle. Bonnivet la atormentaba y la confundía. Había pensado que un hombre de valor, que la conocía tan bien desde la infancia, la respetaría. En cambio, la había tratado como a una muchacha

corriente que podía haber conocido durante una expedición. ¡Cómo se le ocurría atraerla mediante un truco! Ahora había salido ya de su engaño. Todo ese parloteo sobre los viejos tiempos: ¿un amante cortés y anhelante que había prometido lealtad, sus hazañas solo por ella…? Madame también la había prevenido, y la propia Margarita había pensado que lo tenía todo bajo control. «Él no es así —se había dicho —, o al menos no conmigo.»

Era un error que no deseaba dar a conocer. Decidió no decir nada a madame ni a su familia. Había dejado las cosas muy claras a Bonnivet… ¡Le había parado los pies! No podía haber mayores consecuencias. Él era uno de los principales favoritos de su hermano; no convenía quejarse de él a nadie. Además, en realidad no quería que la gente pensara mal de él.

No volvió a ver a Bonnivet hasta pasado mucho tiempo, cuando él iba camino de la corte del rey Luis. Margarita había ido a visitar a su madre, en el valle del Loira. Era ya entrada la noche cuando Bonnivet se presentó y pidió que lo acogieran como invitado por un tiempo. Luisa comunicó la noticia y le dijo a Margarita que se preparase.

—Puedes esperar en la alcoba, y yo lo enviaré.

Margarita se quedó atónita: ¡la alcoba!

—Él y yo hemos hablado de ti a menudo —dijo Luisa en voz baja.

Margarita se marchó. Sin embargo, fue al oratorio, se arrodilló a solas y rezó. Se había sometido con frecuencia a la voluntad de su madre, pero aquello no se lo esperaba. Remontándose a la infancia, recordó la compañía preferida de Luisa, los nobles que habían prestado servicio en la casa; la forma en que el rey y sus «espías» habían apartado al chambelán de su madre, Saint-Gelais, por ejemplo, y la colérica reacción de Luisa, que tanto afecto le tenía, que tanto dependía de él.

De pronto, Margarita lo entendió. «Un marido puede no significar nada en absoluto», le había dicho su madre, quien prefirió no volver a contraer matrimonio, sino centrarse en el futuro de sus hijos, de su hijo. Eso no quería decir que no hubiese habido hombres; sencillamente, no tenía marido.

En la fría losa, junto a las rodillas de Margarita, había una esquirla de piedra. En su rabia y desesperación, la cogió para abrirse la carne de las mejillas y los labios hasta que le sangrara. El dolor fue purificador, hizo brotar la oscuridad que anidaba en su interior. La habían trocado como una mercancía en el matrimonio y ahora, para colmo, la trataban como una ramera. Todo el mundo menospreciaba a su marido. ¡Su madre era una celestina! ¿Qué quería Luisa de Bonnivet a cambio? A continuación, Margarita, llorando, anheló la presencia de Francisco. ¡Él la habría protegido!

Luisa ya podía enviar a Bonnivet a buscarla a la alcoba vacía donde debería haber un marido. Quizá el ardor de Bonnivet se enfriara al

verle la cara.

Al cabo de unos minutos, Luisa apareció en el umbral de la puerta del oratorio.

—¿Por qué no has hecho lo que te he dicho? Has abochornado… —Se le tensaron los labios cuando Margarita volvió hacia ella su rostro ensangrentado—. ¡Necia, más que necia! ¡Sigues siendo la misma de siempre! ¡Nunca has sabido lo que te convenía!

Agarró a Margarita por el brazo y la llevó a la barbería para que le vendaran los cortes.

—Ahora tengo que atender unos asuntos antes de que nos retiremos a dormir —dijo Luisa—. Hemos recibido a Bonnivet en mis aposentos. Puedes ir allí a reunirte con los demás y mostrarle al menos un poco de cortesía hasta que yo termine mis quehaceres.

—Pero ¿y mi cara?

—Has tropezado y te has caído en el oratorio… Nadie se extrañará si adoptas una expresión alegre. ¡Han visto cosas mucho peores en la batalla!

Luisa le alisó el cabello a Margarita mientras hablaba y le sujetó la barbilla como para arrancarle una sonrisa. A continuación, le hincó los dedos con fuerza en el brazo para guiarla hacia el pasillo. Tras señalar la puerta con la cabeza, la soltó.

«Soy una mujer adulta y casada y sigue mandando mi madre.»

Cuando entró en la cámara, Bonnivet se hallaba solo: ¿dónde estaban esos «otros» de quienes había hablado su madre?

—¿Qué os ha pasado? —Bonnivet cogió entre sus manos el rostro vendado de Margarita.

Ella se negó a decir que había tropezado y se había caído; permaneció en silencio. Si su rostro le inspiraba algo, si sentía repulsión, tanto mejor. Ninguna otra cosa había surtido efecto. Lo único sobre lo que ella tenía alguna autoridad era su propia carne…

Sin apartar la mano de su cara, Bonnivet la atrajo hacia sí y le susurró al oído a la vez que le deslizaba la mano por la espalda hacia la cintura. Ella intentó zafarse, pero él la estrechó con más fuerza. «No soy yo lo que quiere. ¡Quiere a la hermana del heredero del rey!»

Pero no era eso lo que indicaba la tormenta de fuego que ardía en los ojos de Bonnivet. Sin embargo, no era amor, sino algo más infernal. Él intentó besarla en los labios, que aún le sabían a sangre.

—Avisaré a mi señora madre —dijo Margarita.

Él se echó a reír.

Ella, aunque intimidada, hizo acopio de valor y logró alzar la voz para llamar a Luisa.

Bonnivet la soltó y se llevó las manos a los oídos.

Luisa no debía de estar lejos, puesto que apareció al instante, seguida por sus damas. Les indicó que se fueran.

—¡Qué demonios! ¿A quién se le ocurre gritar así? A estas horas, cuando otros ya duermen.

Margarita la miró fijamente.

—Me he asustado.

Antes de que pudiera continuar, Bonnivet terció:

—No es nada. Ha sido culpa mía. Le he pedido que me dejara besarle la mano, y cuando ha puesto reparos, se la he agarrado igualmente. No he visto nada de malo en ello, puesto que somos amigos desde hace mucho. Y, molesto, he actuado así para dárselo a entender… Pero si no ha habido intención de insultarme, lo acepto. Os pido disculpas, señora, y por supuesto también a vos, señora duquesa.

Las dos mujeres guardaron silencio.

—Y os deseo buenas noches. —Inclinó la cabeza y abandonó la estancia.

Luisa permaneció allí inmóvil largo rato, evaluando a su hija y viendo una vez más sus defectos. Por fin dijo:

—Bonnivet ha sido un gran y leal apoyo para tu hermano, y para el actual rey, y algún día desempeñará un papel importante…

Algún día: no precisó cuándo, porque madre e hija sabían a qué se refería, de quién era el futuro en cuestión.

Era cierto que Bonnivet había combatido y sufrido por el reino de Francia, quizá con mayor destreza —aunque Margarita ni siquiera se atrevía a pensarlo, y menos aún a decirlo— que su propio hermano, cuya experiencia militar en el sur, de momento, había sido limitada y no había tenido grandes efectos. De hecho, Francisco no había recuperado la zona sur de Navarra tras invadirla Fernando de Aragón. ¡Pero Bonnivet, por mucha que fuese su destreza militar, no podía hacer con ella lo que le viniera en gana!

—Cuando llegue el día en que nuestro césar esté plenamente al mando —dijo su madre—, puedes tener la certeza de que Bonnivet se hallará a su diestra. No importa que sea de más baja cuna que tú; deberías procurar no ofenderlo.

—¿Ofenderlo yo? —empezó a decir Margarita, pero su madre abandonaba ya la estancia—. ¡Nunca más podré confiar en ti! —exclamó, y las risas de Luisa resonaron en el pasillo.

Era imposible escapar de su madre. No podía consultar con su hermano, a pesar de que siempre que se veían, él le hablaba de sus propias hazañas amorosas. Luisa le había contado a qué habían dado lugar esas aventuras: a su «enfermedad en la parte secreta». Margarita tenía ahora grabada en el rostro su propia vergüenza; la de él, en cambio, permanecía oculta. Quizá había superado el mal: se lo veía aún fuerte y sano, y así había seguido en la guerra en Picardía.

Dolencias aparte, Margarita había mostrado indulgencia ante esa clase de anécdotas cuando atañían a su hermano y otras mujeres. Otra cosa muy distinta era ser partícipe de esas aventuras, y con la complicidad de su madre. Al parecer, los hombres vivían solo para dos cosas: para hacer estragos en las mujeres y hacer estragos en otros hombres en la guerra.

Cuando Enrique, el del otro lado del canal, sitió y tomó Thérouanne —¡Margarita se estremeció de nuevo al pensar que podía haber sido la

novia de Enrique o de su padre!—, Bonnivet actuó también allí con valor. Luisa repetía que el momento de Francisco aún no había llegado.

«Ojalá nunca llegue», pensó Margarita, o su hermano no viviría más de veintitantos años, como el pobre Gaston en Rávena. Ella había apreciado la valentía de Gaston, su afán por la guerra, ¿y adónde lo había llevado eso? Decían ya que su gran nombre pasaría a la historia. Era mejor sobrevivir que pasar a la historia.

Por supuesto, sabía que, si Francisco accedía al trono, habría más guerras. Las conquistas de su antepasado Visconti les daba derecho sobre Milán, y ahora la habían perdido otra vez. Todos los nobles que habían luchado por la ciudad bajo las órdenes de Luis desearían resarcirse. En cuanto Francisco estuviera en situación… Margarita no se atrevió a pensar en esa situación. Un rey podía coquetear con mujeres y consentir a aquellos de sus amigos que actuaban del mismo modo, pero también debía ser un guerrero. Desear el trono para su hermano era también desearle la guerra…

Quería pensar que Francisco castigaría a Bonnivet si se enteraba. Pero temía que, como su madre, se echara a reír.

Ese invierno, crudo y gélido, hija, madre e hijo volvieron a reunirse en el viejo castillo de Coñac, al que se había trasladado Luisa durante unos meses. Margarita y su marido, casados ya desde hacía cinco años, habían previsto pasar la Navidad con Luisa.

Cuando Francisco llegó al día siguiente, Margarita salió a caballo a recibirlo en su entrada formal.

—¡La casa a la que perteneces! —dijo ella mientras se abrazaban, pese al hecho de que para él su casa era la corte real, y para ella, estar al lado de su marido, que ahora guardaba reposo a causa de una herida. No obstante, los tres sabían cuál era su verdadera casa. Los tres Valois-Angulema: un triángulo perfectamente equilibrado.

—Y se acerca una nueva era —presagió Francisco—. Presiento que se aproxima el cambio.

A ella le pareció gracioso.

—Hablas como mi señora madre —respondió, ya que Luisa solía detectar augurios favorables para ellos—. En cualquier caso, solo con ver cómo ha salido a saludarte hoy la gente en Coñac, cabría pensar que ya eres rey.

Pese al frío, los habitantes de la ciudad se habían agolpado para ver el espectáculo, para atisbar al que llamaban delfín, pese a que no era el hijo del rey.

—¿Aún no tienes ninguna novedad que anunciarnos en cuanto a ti? —murmuró él a la vez que señalaba su cintura con el mentón.

Ella negó con la cabeza. ¿Podía acaso Francisco adivinar el problema? ¿O en realidad el problema residía en ella?

—Solo que el duque estará fuera de combate por un tiempo —

respondió ella con tono funesto—. Se cayó del caballo al volver de Boutiers y se dislocó el hombro.

—Un hecho lamentable. —Francisco frunció el entrecejo.

—No fue culpa suya. Lo tiró el caballo. Y le duele.

—A ese respecto lo compadezco… Pero creía que era un jinete mejor y más fuerte de lo que, como se ha visto, en realidad es. No sé si me entiendes. —Francisco le sonrió pero no añadió ninguna otra insinuación.

A Margarita el corazón le latía al ritmo de las sacudidas del caballo al trote. En presencia de Francisco, se sentía transparente, como si él fuera el dueño de ella y de los detalles de su vida, pese a que sus caminos solo se cruzaban cuando la guerra y la vida cortesana lo permitían. ¿Quién le habría hablado de su matrimonio, de su temor de no tener hijos? ¿Había sido Bonnivet, ahora en el séquito de su hermano como chambelán? Recordó lo que su madre había dicho que Bonnivet, algún día, desempeñaría un papel importante.

¿Hasta qué punto su vida le pertenecía a ella?

Todos despreciaban a su marido, como si este no contara para nada pese a su alta cuna; y sin embargo, Carlos y ella habían encontrado una forma de convivir, sin entrar en la vida interior del otro. Aunque no había amor, sí había afecto, y al menos no había odio. Era más de lo que podía decirse de algunos, a juzgar por las historias que le llegaban y las quejas de personas de su ducado de Alençon, que la abordaban en busca de compensación y defensa. Si alguien escribiera esas historias, ¿quién les daría crédito? La forma en que los hombres y las mujeres se trataban era horrenda.

A la semana siguiente se congregó en Coñac una multitud de hombres y mujeres, y se sucedieron los festejos y la algarabía. Se organizaron juegos y entretenimientos entre amigos y dignatarios locales deseosos de ver a la familia.

Por supuesto, Bonnivet estaba presente y se comportó como si nada impropio hubiera ocurrido entre ellos.

—Encantado de veros, mi señora Margarita —saludó, e inclinó la cabeza, antes de reunirse con el resto de los invitados y actuar como era debido, lo que la llevó a preguntarse si habría encontrado un interés amoroso en otra parte desde su último y conflictivo encuentro, cosa que en todo caso debería alegrarla. No era hombre que perdiera el tiempo.

Tal vez tuviera información de primera mano y supiera que al final Margarita no sería la hermana de un rey. De un tiempo a esa parte corrían rumores de que la reina Ana se sentía indispuesta; algunos insinuaban que había otro bebé en camino. ¿Por qué, si no, guardaba cama?

Luisa se rio al oír el chismorreo.

—Tonterías.

Margarita se indignó.

—¿Y cómo sabéis vos que no está encinta? ¿Habéis visto alguna

señal secreta en las estrellas?

—No te burles. Esas cosas me han sido muy útiles. Además, ¿de qué bando estás? ¿Quieres que un recién nacido usurpe el lugar de tu hermano? Esa mujer está en las últimas, eso es seguro.

—Tengo que ir a ver cómo está Carlos. —En momentos así, cualquier cosa era mejor que estar con Luisa.

Carlos seguía postrado en cama; Margarita le llevó dulces en una bandeja. Se hallaba sentada junto a él cuando su madre irrumpió con una carta y le leyó una frase.

«La reina, Ana de Bretaña, ha muerto.»

—¿Qué te había dicho yo? —Luisa se marchó con un contoneo.

Margarita lloró, y el duque le cogió la mano desde la cama. Al menos podía contarse con que él no hablara.

Temía reunirse con su madre y su hermano. Fuera cual fuese la forma que adoptara la conmoción y el dolor de ambos, tenía otra vertiente, una que ella misma sentía palpitar como un torrente subterráneo dentro de su propia persona. Y sin embargo la contuvo. Francisco y el trono. ¡Una reina muerta ya no podía dar herederos! Eso sería lo primero que pensarían todos, incluso el rey, en medio de su aflicción.

Pero las damas de su madre estaban ya ante la puerta de la alcoba.

—La señora solicita vuestra presencia —la instaron.

—Por supuesto. —Margarita dio un apretón a su marido en la mano, se enjugó los ojos y se calmó antes de levantase—. No tardaré en traerte más medicinas —le dijo en voz baja, y salió detrás de las damas.

Luisa y Francisco se hallaban de pie junto a la gran chimenea contigua al salón de mañana, ya que era aún muy temprano; el mensajero había viajado desde Blois durante toda la noche. Los dos se volvieron hacia Margarita al mismo tiempo. Ella vio su contención, absoluta en el rostro de su madre, menos firme en el de su hermano: no sonreír, no mostrar alivio en presencia de las damas y los ayudantes.

Diez días de sufrimiento, había explicado el mensajero, dolores de estómago, piedras que no pasaban, una agonía hasta el final. Ana no tenía aún treinta y siete años, pero su cuerpo se había debilitado a fuerza de tantos embarazos. Tras perder a todos sus bebés, solo le quedaban dos hijas: Claudia, de catorce años, y su hermana pequeña, Renata.

—Es un momento muy triste para Francia —dijo Luisa. Cerró los ojos y abrazó a su hija.

—Para todos nosotros —dijo Margarita con un gesto de asentimiento. «Y especialmente para Bretaña, y para las dos niñas.»

Francisco se alejaba del fuego una y otra vez, se daba media vuelta y volvía a acercarse para calentarse las manos.

—La cuestión ahora es cuándo… —Se interrumpió y dejó de pasearse—. Cuándo partiremos hacia Blois.

—El rey estará desolado —empezó a decir Margarita—. Necesitará…

—Imagino, me temo, que no tardará en seguir a su querida reina —dijo Luisa, y, guiando a sus hijos, salió del salón y los llevó a sus aposentos.

Cuando los tres se quedaron a solas, Luisa cerró la puerta maciza y dejó escapar un profundo suspiro. Ahora su rostro volvía a ser el de siempre. Francisco se sentó en un taburete junto a la ventana, la mandíbula laxa, la boca abierta en una expresión mezcla de conmoción y aturdimiento.

—Pasaremos por Angulema —dijo Luisa con firmeza—. Primero una entrada formal en la ciudad, todos nosotros. Luego seguiremos adelante. Para recordárselo a la gente. Dentro de poco tiempo, hijo mío, te casarás con la hija del rey, como se prometió; conservaremos Bretaña, y tu camino quedará expedito. Todo se hará de una manera correcta y decorosa.

«Decorosa», repitió Margarita para sus adentros.

Lo peor de todo era su propia emoción creciente, unida a una sensación de vergüenza por la falta de conciencia que ellos dos demostraban. Su madre había estado en lo cierto desde el principio al creer que ese momento llegaría. Era inevitable. Lo habían dicho las estrellas al nacer Francisco: el hijo de un simple conde podía estar destinado a reinar, si uno creía en esas señales.

Por lo visto, la gente al menos así lo creía, porque los tres y su séquito recibieron una cálida acogida cuando llegó el momento tanto en Angulema como al volver a entrar en Coñac.

—¡Muchos personajes de alto rango, que antes se mantenían a distancia, ahora me tratan de manera más adecuada! —comentó Luisa.

Esta nueva deferencia continuó cuando llegaron a Blois. Ni siquiera el rey parecía ver futuro para sí mismo. «¡Que la tumba sea ancha! Antes de que termine el año estaré con ella, para hacerle compañía», aseguraba.

Normalmente el luto real se guardaba con vestimentas blancas, pero el rey Luis, para honrar a su difunta esposa, ordenó que todos vistieran de negro, a la manera bretona. Ana yacía en Blois sobre unas andas forradas de paño dorado, vestida de terciopelo y armiño, con un aspecto tan perfecto como en vida. Monjes y monjas circundaban su lugar de descanso con antorchas y largos cirios y rezaban en voz alta por su alma.

Líbrame, Señor, de la muerte eterna, en ese día terrible
cuando el cielo y la tierra tiemblen,
cuando vengas a juzgar al mundo con el fuego…

Había llegado la noticia, junto con dibujos para demostrar el prodigio, de una señal aparecida en el cielo el día de la muerte de Ana, sobre la localidad de Suzes, visible incluso en lugares tan lejanos como Saboya y el Piamonte. «Cuando el cielo y la tierra tiemblen.» Eso provocó un

temblor y un escalofrío entre la muchedumbre, que la guardia suiza mantuvo a raya a fin de que los dolientes de alcurnia no sufrieran sus empujones.

Margarita se estremeció. Permaneció en el cortejo junto con los demás en cuanto se procedió a trasladar las andas a la iglesia de Saint-Sauveur: Francisco, su madre Luisa, su marido el duque de Alençon y Ana de Francia, conocida como madame la Grande, que había criado a Luisa y lucía un vestido de cola larga, tan larga como ninguna otra que Margarita hubiera visto antes. La seguían todas las damas de su casa, sollozando y lamentándose.

Luisa no sollozaba. Pero su semblante tampoco delataba nada.

Madame la Grande, solemne y refinada, consoló una por una a todas las damas, besándolas y tranquilizándolas cuanto era posible. Algunos decían que tenía una personalidad áspera, pero era una mujer que nunca perdía la compostura.

«Cosa que mi madre ha intentado aprender de ella», pensó Margarita.

¿Era ella capaz de semejante dominio de sí misma? Aceptó el abrazo, a pesar de que madame no era amiga de ellos. Todas las mujeres cercanas al poder permanecían aisladas en su propia esfera; no existía verdadera confianza entre ellas. Luisa mantenía la mirada fija en Margarita. Todos mantenían la mirada fija en ella: su madre, su hermano… El día de su boda, en esa misma iglesia, poco imaginaba que volvería a visitarla por un motivo tan distinto y tan terrible.

«Así es como termina», pensó, y sollozó quedamente.

—No hace falta que exageres —susurró Luisa, y le pasó un pañuelo —. Modérate un poco.

Pero Margarita se acordaba del banquete ofrecido por la reina en su boda: «Quizá incluso encontréis el amor». ¿Qué papel había desempeñado el amor en la vida de la difunta reina? ¿El amor de Dios? ¿Bastaba con el amor del pueblo? Desde luego el pueblo había amado a Ana, como amaba a Luis. Sin embargo, eso ya no le servía de nada a la reina.

«No sabemos el día ni la hora»… Normalmente estar en una iglesia la reconfortaba. En ese momento, en cambio, Margarita deseaba poder marcharse sin más, abandonar incluso su propia vida… pero para ir ¿adónde? No quería una vida como la de Ana.

A los veintidós años, Margarita estaba en la plenitud de su salud y sus fuerzas. A esa edad, como ella sabía, la difunta reina había tenido y perdido seis hijos. El viaje de Margarita no era comparable ni remotamente, pese a todo lo que compartían ambas como mujeres.

«Nací con una sonrisa», se dijo para contener las lágrimas.

Con todo, lo que era un final para unos, era un florecimiento para otros… En la iglesia vio que Luisa mantenía el rostro vuelto a un lado como para ocultar su dolor cuando en realidad lo que la embargaba era una sensación de triunfo. Todo el mundo sabía que detestaba a Ana, su principal obstáculo.

> Ana, reina de Francia, pasó de la vida a la muerte el 9 de enero de 1514, dejando en mis manos la administración de sus bienes, de su fortuna y de sus hijas… tarea que he realizado de forma honorable y amistosa: todo el mundo lo sabe, la verdad lo reconoce, la experiencia lo demuestra, como también el renombre público.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

Una vez desaparecida Ana, la pareja de prometidos no tenía motivo para seguir esperando. Ella había confiado en evitar que su ducado de Bretaña fuera absorbido por Francia. Pero a nadie le importaban los deseos de una muerta.

En mayo de ese año de 1514, todavía en pleno duelo, en Saint-Germain-en-Laye, junto a extensos robledales y hayedos, a menos de un día de París, Francisco se casó con Claudia, ahora duquesa de Bretaña.

Bajo el enorme rosetón de la Sainte-Chapelle, bajo los siete bustos de piedra de antepasados reales que observaban desde lo alto, Margarita, de luto, miraba mientras la dispar pareja intercambiaba los votos. Francisco, enorme, de diecinueve años, vestía de damasco negro con guarniciones de terciopelo; la diminuta novia, de catorce, también iba de negro. Igualmente, todos los príncipes y damas de alta cuna iban de negro. El rey Luis no quería manifestaciones de júbilo inapropiadas.

—Dudo que el júbilo pudiera llegar a ser un problema —había comentado Francisco sarcásticamente a su hermana antes de entrar en la iglesia.

—¡Francisco! Al margen de lo que sientas o dejes de sentir por ella, casarte con una Hija de Francia convierte tu futuro en una certidumbre. —Esa era una frase de Luisa que Margarita repitió para disimular sus propias dudas—. Y aunque tú no la quieras, el pueblo sí la quiere. Bien merece tu amor, hermano.

Él se echó a reír.

—*Mignonne*, tengo amor para dar y regalar, no te preocupes. Eso no le faltará.

Margarita no se refería precisamente a eso. Se ruborizó, pese a estar acostumbrada a las actitudes de su hermano. Al igual que ella, debía casarse con quien convenía, no con quien le dictaran sus sentimientos. Aun así, qué distinto era el resultado para un hombre. Su esposa sería una opción más entre muchas, no la totalidad y la finalidad de su vida, sino una adquisición como cualquier otra.

Era cierto que el pueblo quería a Claudia, porque había querido a la difunta reina, pero los nobles y la gente respetable no tenían claro que fuera una delfina adecuada. «¿Qué herederos pueden nacer de una novia así?»: era el cotilleo dominante después de la ceremonia. No era la primera vez que Margarita oía esas murmuraciones. «Nos juzgan por nuestros cuerpos.» Sí, Claudia era menuda, pero también lo eran muchas mujeres que, pese a ello, habían resultado ser fértiles.

Renqueaba porque tenía una pierna más corta que la otra, y era bizca, pero ¿cómo podía reprochársele eso?

Nadie era perfecto; muchos reyes y reinas, como sabía Margarita, despojados de sus galas, eran menos dignos de ser contemplados que un campesino vulgar y corriente, como solía decirse. Un pintor de la corte sabía que se le castigaría si creaba un retrato feo. En los propios retratos de Margarita no asomaba el menor rastro de la viruela a la que había sobrevivido en su adolescencia. Representaban al sujeto en función de la remuneración pagada.

Ciertamente, lo que era una persona no venía determinado por su apariencia. En cualquier caso, su nueva hermana era un ángel. ¿Por qué no bastaba con eso para retener a un hombre? Quizá todos eran como Bonnivet, incapaces de conformarse con una sola mujer. O como Carlos, sin interés alguno…

Un día, poco después de la boda, cuando su hermano se preparaba para un viaje, Margarita preguntó:

—¿Adónde vas?

—Puedes quedarte tú en compañía de ángeles —le contestó con una sonrisa—, pero yo tengo otros asuntos que atender. París me espera.

—No creo que el rey…

—Da igual el rey. Mi señora madre está aquí para llevar las riendas, en caso de que se me necesite para algo. Tengo una cuestión que tratar con un abogado…

—Disomme —susurró Margarita, horrorizada—. O más bien madame Disomme, su esposa. ¡Otra vez! Hermano, ¿es eso sensato? Tienes una esposa desde hace solo unos días y una obligación contraída con ella.

Francisco se limitó a reírse.

—Un rey tiene obligaciones en muchos sitios… y al mismo tiempo puede necesitar asesoría jurídica. Los negocios y el placer pueden ir de la mano.

Margarita contuvo la respiración; no podía decir lo obvio, porque era una frase prohibida entre ellos tres, los Angulema: «Pero tú aún no eres rey».

Por su forma de comportarse, y por la de su madre, desde la muerte de Ana de Bretaña, cabía pensar que Francisco ya había sido ungido y coronado. ¡Y cómo derrochaba el dinero! La mitad lo gastaba en ropa, aunque, para ser justos, también compraba telas y accesorios suntuosos para su séquito, no solo para él; y zapatos y camisas para sus numerosos pajes: paños de plata y oro, terciopelos, delicados linos y gorros y joyas, todo con una risa siempre a punto y un gesto despreocupado.

—¿No te parece que te quedaría bien una prenda como esta? —preguntó Francisco a su hermana, sosteniendo una capa de terciopelo contra la mejilla de ella.

Margarita permaneció inmóvil por un momento, sin poder evitar sonreír. Pero enseguida se apartó. El aliento de él en su cuello…

Recordó su proximidad física en aquella única ocasión y no quiso correr más riesgos.

—Me gusta estar limpia y tener buen aspecto —contestó ella—. Lo demás no me interesa.

Él se limitó a reír y acercar una mano a su mejilla. Pero era solo afecto, ¿o no?

—En fin —dijo él—, si tuvieras que vivir para las *damas*…

Era verdad que su hermano debía causar buena impresión en las muchas reuniones que ya mantenía —pese a que el rey seguía en el trono— con embajadores y otros visitantes destacados. Luis le había hecho algún que otro comentario sobre esos asuntos, como si considerara que Francisco estaba hipotecando su futuro. Retiraba fondos en grandes cantidades, que prometía devolver al tesoro cuando ocupara el trono.

«Este grandullón lo echará todo a perder», decía el rey una y otra vez.

Le había caído una reprimenda, y había recibido otra gran donación para atajar futuros préstamos, con la advertencia de que las cosas no podían seguir así.

Ahora Francisco se proponía descuidar a su esposa: alejarse de ella tan poco tiempo después de casarse. Se había ido a cazar justo después de la boda, y esto era otro tipo de cacería: se iba a París para reunirse con una amante, la esposa de otro hombre.

¿Qué podía hacer Margarita con respecto a él o con respecto a su madre? Luisa podía dirigir advertencias a Francisco, y le preocupaban los accidentes por temeridad, pero en último extremo lo consentía.

Margarita siempre había intentado ser la guía y la amiga de su hermano, además de su hermana. Sí, contaba con su atención. Pero solo en la medida en que sus palabras coincidieran con la voluntad de él, con su interés inmediato. Según las habladurías, el casi delfín estaba dominado por dos mujeres, y ninguna era su esposa, pero ¿quién tenía el poder en realidad?

Ella era consciente de que lo que él llamaba «sermones morales» nunca harían mella en su hermano. Intentó ser pragmática.

—Pero París es peligroso de noche. ¡Hay maleantes! ¡Y rateros! —Se escondían en el bosque y el monte y rondaban por la ciudad para robar en la oscuridad.

Como si el miedo fuera a disuadirlo de sus aventuras. Él se rio y volvió a darle unas palmadas.

—¡Me acompañan mis caballeros!

Junto con su banda de partidarios y protectores, Francisco montó en su caballo y se alejó.

Entretanto, su joven esposa Claudia se quedó en el castillo de Blois, sin su marido. Margarita se armó de valor y escribió a Bonnivet para que presionara a su hermano: «Como sois su sincero amigo y vos mismo

hombre casado, entenderéis la necesidad de que vuelva». Pero no fue hasta julio cuando Francisco, saciado de sus andanzas parisinas, regresó a casa para reunirse con Claudia.

—Me temo que sobrevaloráis vuestra influencia sobre él —dijo madame de Châtillon.

—¡Sin embargo ha vuelto a casa! Y era necesario, por lo que he oído.

Últimamente se hablaba de una posible paz con Inglaterra, que desde hacía unos años estaba aliada con el emperador Maximiliano y Fernando de Aragón contra ellos. Pero esos aliados acababan de retirarse. Ahora Inglaterra se enfrentaba sola a Francia, y quería poner fin a esa situación.

Luisa sabía lo que se avecinaba: habría un nuevo tratado. Impaciente, había estado haciendo planes para cuando Francisco ocupara el trono; ahora las cosas empezaban a cambiar. El rey ya había advertido a Francisco sobre sus intenciones, y Luisa tenía sus espías, por si había algo más.

Leyó el despacho y se lo lanzó a Margarita.

—Parece que el rey Luis se propone volver a casarse… ¡con una inglesa!

Margarita lo leyó ella misma: «María Tudor, hermana del rey Enrique», treinta y cuatro años más joven que el rey Luis.

Luisa había palidecido a causa de la conmoción y la ira. La paz con Inglaterra era una cosa; una reina joven que le diera herederos era otra muy distinta, e innecesaria. Era un golpe, y debía de ser intencionado. Si al menos hubiera contenido a Francisco solo un poco, masculló, ¡e impedido el dispendio! A todas luces el anciano había perdido la fe en él como heredero y probaba por otra vía… Tenía que haber alguna forma mejor de alcanzar la paz.

Luisa no podía tolerar que aquello siguiera adelante.

—Para colmo, pesa una amenaza contra mi vida.

—Eso no lo sabéis —señaló Margarita, pero su madre no se dejó convencer.

En Blois, hacía poco el suelo se había venido abajo en la habitación de Luisa; ella salió ilesa, pero le bastó con eso.

—¡Hundirse así, de pronto! ¿Y cómo ocurrió exactamente? ¿Había manipulado alguien las vigas?

—Era un suelo viejo, *ma mère*. —Aunque quizá los accidentes no siempre lo eran, en realidad. Margarita no se atrevió a pensar demasiado en ello.

—¡Podría no haber salido nunca más de Blois! —exclamó Luisa con ironía—. No podemos quedarnos aquí ni un momento más. Interpretaré ese desmoronamiento como una señal. Tengo que sostener el peso de toda la casa sobre mis hombros, está todo a mi cargo. Ahora nos iremos a nuestras tierras, a nuestro querido Angoumois y luego a Romorantin. Debemos aislarnos y reflexionar. Debemos hacer planes.

Cuando surgían tensiones u obstáculos, su madre se retiraba a su

territorio privado, donde siempre había tenido sus asuntos bajo control; lugares en los que el suelo no se viniera abajo de forma repentina…

Margarita no podía abandonar a Luisa en tal estado de agitación, pese a sus propias obligaciones en Alençon. Además, le encantaba ver su castillo de Romorantin, enclavado en una región de bosques, lagos, tierras pantanosas y brezales, al sudeste de Blois. Había sido uno de los hogares de su infancia y a menudo el refugio de la familia en tiempos de pestes.

Francisco, tras volver junto a su esposa, las acompañó. Iba a caballo con su séquito mientras las tres damas los seguían en una litera. El viaje debería haber sido rápido, pero Luisa sufrió un acceso de dolor en el camino. Francisco, sin darse cuenta, había seguido adelante.

—Madame está alterada; tal vez sea eso lo que ha provocado este malestar —susurró Claudia, con lo que alteró aún más a Luisa.

Era cierto que un dolor así podía ser tanto de la mente como del cuerpo. Margarita recordó sus propias hemorragias nasales, hacía cinco años, antes de su boda: cómo reprimir los sentimientos podía causar una dolencia.

—¡Mis piernas! —exclamó Luisa con voz ahogada—. Esto acabará conmigo.

—Detened la litera —ordenó de inmediato Margarita—. E id a por el caballero dueño de esa casa que se encuentra junto al camino. *Ma mère*, yo cuidaré de vos.

El caballero les dio cobijo, y Margarita mandó llamar a un médico. Instalaron a Luisa en un diván del salón y, pese al día veraniego, le ofrecieron una manta. Pero no soportaba el menor peso o contacto sobre las piernas.

—Es como si me las hubieran desgarrado animales salvajes —se quejó entre dientes—. ¡Ay! No vayas de un lado a otro, Margarita. Noto la vibración de tus pasos, de tan fuerte como pisas.

La joven se detuvo de inmediato.

—¡Hijo mío! —llamó Luisa con voz débil—. ¿Dónde está? Ay, si al menos él estuviera aquí.

«Él, él, él. Si al menos él.»

«Él pisa más fuerte que yo —pensó Margarita—. ¿Qué podría hacer él por ayudarla que yo no haga?» De momento, lo mejor era que Francisco no estuviera presente. Podía alterarse mucho… También la propia Margarita estaba asustada, pero le demostraría a su madre su temple.

—Ha llegado el médico —anunció—. Ahora procurad conservar la calma, y veamos qué puede hacer.

Le acarició el brazo a su madre, y aunque Luisa dio un respingo, pronto se serenó. No le gustaba la indignidad. Por norma, nunca permitía hablar de enfermedad y muerte en su casa. Si un sacerdote mencionaba esos temas en un sermón un domingo, ella insistía en buscar otro sacerdote o en cambiar de iglesia; si aparecían en un libro,

lo abandonaba y elegía otro.
—Es podagra, o gota —dictaminó el médico después de un discreto examen—. Puedo darle a la señora una mezcla que le alivie el dolor, pero debe descansar y esperar a que pase lo peor.
—¿Se pondrá bien?
—Seguramente. Sin embargo, es probable que el ataque se repita.
Luisa no era la primera en su amplia familia que padecía esa afección. De hecho, el propio rey había sufrido un grave ataque recientemente, y seguía con molestias. Pero él tenía cincuenta y dos años, y Luisa solo treinta y ocho. ¡No era una anciana!
—Llama a mi hijo, manda a alguien a buscarlo —ordenó—. Querrá estar aquí.
—Seguro que podemos curarte sin él —musitó Margarita—. No me separaré de ti ni un momento.
—Tonterías. ¡Manda a alguien a buscarlo!
Pero pasaron las horas, y Francisco no apareció.
Luisa cambió de táctica.
—Por favor, avisa a Francisco de que finalmente no es necesario que venga; estoy mucho mejor. ¡No es necesario en absoluto! —Siempre encontraba excusas para el comportamiento de su hijo—. Podemos seguir adelante… Margarita, no quiero que te preocupes por mí.
—No, mi señora madre —contestó Margarita con firmeza—. No nos marcharemos hasta que se os pase el dolor.
Cuando llegaron a Romorantin al cabo de unos días, Francisco no estaba en absoluto preocupado.
—¡Acababa de recibir vuestro primer mensaje cuando llegó el segundo! Para entonces ya no tenía sentido ir a ninguna parte, así que esperé. Mi señora madre…
Luisa lo contempló con adoración, olvidándose ya de que no había vuelto junto a ella.
—¿Qué te parecen mis reformas? —le preguntó.
Desde hacía unos años, Luisa venía destinando mucho dinero a renovar y ampliar el castillo de Romorantin. Se hallaba a orillas del Sauldre, y sus cuatro torres redondas se alzaban sobre las casas con entramado de madera del pueblo que se arracimaba a sus pies. Aunque algunas partes del castillo eran muy viejas, ahora se había convertido en una residencia cómoda y modernizada. Se habían añadido muchas ventanas para dar mayor claridad allí donde antes había aspilleras, y Luisa había creado un hermoso jardín.
—Porque algún día esto debe ser digno de un rey —le dijo a Francisco.
Él estaba contento y relajado desde que su madre se había recuperado. Por lo general, cuando la saludaba, se arrodillaba y se destocaba, mientras que ahora se mostraba informal, tranquilo y sosegado.
—Mi señora, en cuanto a la gota, los médicos nunca saben nada. Estoy seguro de que las sacudidas de la litera no os sentaron bien, y

ahora que estáis en casa, os sentiréis perfectamente. No hablemos más de ello.

Con Margarita sí habló de ello, por supuesto; intentaban tranquilizarse mutuamente. Fuera, a solas, en lo que llamaban el «jardincito», podían disfrutar de la apacible tarde de verano. En realidad, el desasosiego se debía a ese «matrimonio entre Francia e Inglaterra», como lo llamaban las personas cercanas al asunto. Estaba implicado ese tal Volsey o Wolsey, del que tanto se oía hablar en los últimos tiempos. Era evidente que ese hombre iba a ser un factor importante en los tratos con Inglaterra: era insoslayable.

—Debemos ayudarla a prepararse para esto —propuso Margarita—, ya que ha apostado por tu acceso al trono durante toda su vida. ¿Quién habría imaginado que el rey daría semejante paso?

—Yo no estoy muy preocupado. Pongamos que, en el peor de los casos, contrae matrimonio con esa María Tudor. ¡A él mismo no le queda ya mucho tiempo de vida! Sabes tan bien como yo que tiene mala salud para su edad: la gota, sí, pero también diarreas y otras dolencias. A saber si aún puede tener hijos.

—Supongo que de nada sirve que señale lo impropio de tus palabras. Margarita hablaba con moderación: era imposible cuestionar la forma en que su madre y su hermano hablaban incluso de parientes cercanos cuando nadie los oía.

—Con mala salud o no, su mujer puede engendrar un heredero, y el curso de los acontecimientos no está claro.

—Pero cualquier hijo que el rey pudiera tener sería aún un niño cuando por fin él muriese, y por lo tanto yo sería el regente. Pase lo que pase, gobernaré. —Cogió un guijarro y lo lanzó al foso del castillo, como en un gesto de despecho contra los dioses, para desafiarlos con sus palabras. De pronto parecía otra vez un niño, y acto seguido un hombre malévolo: se echó a reír y guiñó un ojo a su hermana—. Además, quizá se fatigue en sus esfuerzos, ya me entiendes, cuando intente complacer a su esposa, y se quede en la estacada.

—¡Francisco, basta!

—*Mignonne*, hablo en broma… ¿Qué quieres que diga, si no? Nuestra señora madre cree que seré rey, y por lo general tiene razón.

A primeros de agosto, el rey Luis se casó por poderes. Su nueva esposa seguía en el palacio de Greenwich, al otro lado del Canal. La aparente despreocupación de Francisco ante ese giro en los acontecimientos no era compartida por su madre. Nada lograba sacarla de su estado de ánimo: sumida en el pesimismo, refunfuñaba, sopesaba las probabilidades, deambulaba. Margarita temía que ese humor provocara otro ataque de gota.

Una magnífica noche después de la cena, Luisa salió al gran jardín de Romorantin, ubicado en la zona boscosa, a dar un paseo con sus damas y uno o dos de sus caballeros. Al regresar al castillo, tenía las mejillas enrojecidas y la mirada extraviada.

—¡He sido la primera en verla!

Margarita se alarmó: últimamente Luisa rara vez mostraba tal agitación.

—¡Una gran luz ha cruzado el cielo como un cometa! Margarita, me he quedado aterrorizada, pero luego todos los demás la han visto también, y, como si algo celestial hablara a través de mí, he gritado: «¡Los suizos, los suizos, los suizos!», en voz tan alta que todo el mundo lo ha oído, pero procedía del más allá…

Margarita debió de mostrarse escéptica, porque su madre dio una patada en el suelo.

—¿Qué pasa con los suizos? —preguntó Margarita en voz baja.

—Mi hijo, mi césar…, tendrá tratos importantes con los suizos. Es un presagio.

—Una señal clara, ¿o…?

Luisa asintió.

—Clarísima. Estaba escrita en el cielo.

Por lo general, Margarita ponía en duda esas señales y, sin embargo, esta vez guardó silencio. Al menos había sacado a Luisa de su pesimismo.

—Bueno, yo no me precipitaría a la hora de decírselo a él, o se irá en busca de esos suizos. Retengámoslo en Francia un tiempo más.

Y, en efecto, poco después se solicitó su presencia, porque la nueva esposa del rey Luis zarparía de Dover con un enorme séquito, y se esperaba que todos acudieran a darle la bienvenida. Se pidió al marido de Margarita que fuera a recibir a los invitados ingleses; también ella viajaría al norte.

Luisa reaccionó con desdén.

—Yo me mantendré a distancia tanto tiempo como pueda.

El día de otoño en que María llegó a Francia resultó lluvioso y peligroso y, según rumores, se perdió uno de los barcos, aunque no en el que viajaba la reina de Francia. El suyo llegó a Boulogne, pero encalló, de modo que fue necesario trasladar a María en volandas por el agua hasta la playa.

Margarita sentía curiosidad, porque, según decían, María Tudor era la mujer más bella que existía: alta, pálida y radiante, con el pelo dorado y los ojos grises. Alguno que otro, con un gesto de asentimiento y una sonrisa, especulaba con la idea de que Inglaterra la hubiera enviado para fulminar al rey francés. Pero ¿y si resultaba ser fértil y a corto plazo?

«Indudablemente, despertará el interés del rey y nosotros cargaremos con las consecuencias —había dicho Luisa con aire sombrío—. ¡Y a su edad!»

Francisco, en cambio, parecía encantado de recibir a la recién llegada. En cuanto María se secó su vestimenta inglesa, montó en su palafrén blanco y viajó bajo un palio, seguida por una multitud de damas en literas y a pie, y atendida por muchos ingleses y franceses. Al final de todo la seguía una gran colección de bienes valiosos. Francisco no apartaba la mirada de ella. Iba vestida con paño dorado a

juego con su cabello dorado natural, y la seda carmesí del corpiño y del sombrero realzaban su piel pálida. La tarea principal de Francisco era cabalgar a su lado y darle conversación.

—Vuestro hermano debe andarse con cuidado —le dijo su marido a Margarita en voz baja después del acontecimiento—. Basta verlo en compañía de la reina.

Margarita no tuvo que preguntar a qué se refería. También ella lo había observado.

—No me refiero solo a que eclipse al rey Luis —prosiguió el duque de Alençon—. Imaginad lo que podría ocurrir si…

—No digáis ni una palabra más —atajó Margarita—. No sería tan tonto.

O al menos ella no lo reconocería ante su marido. ¿Se atrevería él a criticar a su hermano? Sin embargo, otros también empezaban a darse cuenta.

Desde Boulogne, todos habían viajado al sur hasta Abbeville para celebrar la boda real íntegra en octubre, que confirmaría la ceremonia por poderes de dos meses atrás. Más adelante, cuando ya se acercaba el oscuro invierno, mientras perduraban los recuerdos del gran baile, la misa nupcial y las imponentes joyas de la reina, obsequio de su anciano marido, tuvo lugar la coronación en Saint-Denis. Allí, Francisco portó la corona por ella y la sostuvo justo por encima de su cabeza, puesto que pesaba demasiado para posarla sobre aquellos cabellos dorados. Todos veían que se deleitaba al estar cerca de María.

Luisa había viajado a París poco antes de la ceremonia, acompañada de un séquito de caballeros. Ahora estaba decidida a recobrar cierto grado de control.

—Puede que María sea una gran belleza —le dijo a Margarita a regañadientes en París después de presentar sus respetos a la reina—, pero razón de más para tenerla vigilada. Creo que quizá otro, y no el rey, sea objeto de sus afectos…

—No os referiréis… —empezó a decir Margarita, pero su madre levantó una mano.

—No, me refiero a un inglés nombrado duque no hace mucho, un tal Suffolk, en quien quizá ella tiene ya puesto su corazón. ¡Sería un desastre que ese hombre proporcionara el heredero que falta! Hay que vigilarla, te lo aseguro.

Margarita pensó: «Cuando yo era joven y suspiraba por el pobre Gaston, ya fallecido, deseaba ser hermosa por él. Y, sin embargo, la belleza es una trampa y una carga».

El mundo entero admiraba a María, y aun así había tenido que casarse con alguien a quien no amaba. La belleza era solo una especie de mercancía. Y, pese a todo, agradaba. ¿Habría amado el duque de Alençon a Margarita si fuera hermosa, habría sido la vida de esta como en los cuentos de antaño?

«Pero, en realidad, no soy fea —reflexionó—. Soy como muchas otras.»

La idea le preocupaba solo en abstracto; tampoco podía decirse que ella anhelara que él acudiera a su cama.

Luisa pensó que Margarita seguía cavilando sobre Francisco.

—No te preocupes por las intenciones de tu hermano. Ya he hablado muy seriamente con él al respecto. «Podrías quedarte sin trono por tu propia necedad si engendraras un hijo con esa mujer», le he dicho. Eso lo ha hecho entrar en razón.

—Pero sigue…

—Olvídalo. No hará nada que me contraríe. Y tenemos nuestros propios planes.

Era verdad que Francisco siempre obedecía a Luisa, fueran cuales fuesen esos planes.

Sin embargo, cuando llegaron los festejos, los bailes y las justas posteriores a la entrada formal de la reina María en París días después de su coronación, donde de nuevo lució diamantes y paño de oro, Francisco cabalgó a su lado y no pudo resistirse, pese a las advertencias de Luisa, al comportamiento que salía de él de la forma más natural: la jactancia.

En el desfile, a lo largo del camino, la gente había entonado:

Tal como hace tiempo se fraguó la paz
entre Dios y los hombres
gracias a la Virgen María,
ahora los burgueses de Francia
nos quitamos un peso de encima
porque con nosotros se casa María

Al fin y al cabo, Inglaterra se había casado con Francia, y coronado aquí.

Francisco lucía sus más exquisitas telas de terciopelo, oro y plata. Adoptaba poses, aparentemente para captar la atención de la reina, como diciendo: «Podríais haber tenido esto, pero, por desgracia, ya veis lo que tenéis…».

¡Y el propio Francisco estaba casado!

«No puede evitar parecer superior, porque realmente lo es», pensó Margarita, observando sus exhibiciones en la liza contra los ingleses en la palestra.

No obstante, ella también conocía los límites de Francisco. Cuando crecía a su lado, a menudo compartió con él las grandes dudas, le consultó sus opiniones. Pero ahora le correspondía servirle, no necesitarlo. Convertirse en una mujer adulta consistía en parte en tomar conciencia de que una solo contaba consigo misma y con Dios, y si tenía suerte, insistían algunas mujeres, con su madre.

«Pero mi madre no es como las otras mujeres…»

Ni Francisco era como los otros hombres. Aunque en Les Tournelles algunos ingleses lo superaban en las justas y los juegos, ninguno parecía tan maravilloso como su hermano, ni siquiera cuando resultó

herido. Tanto él como el duque de Alençon abandonaron el torneo con honores.

—Si los ingleses se han llevado los trofeos —dijo Margarita a su marido—, no ha sido por fallos de mi hermano. Ha sido por pura mala suerte.

El duque frunció el entrecejo.

—Si vuestro hermano pierde, lo justificáis. Si gana, ¡todo el mérito es suyo!

Margarita se irritó.

—Pronto tendréis que reservaros para vos esas opiniones —dijo entre dientes.

Su marido se echó a reír, y ella supo qué había detrás de esa risa: «¡Pronto! Todavía no es rey, y puede que nunca lo sea».

El rey había contemplado las justas desde un asiento con cojines, reclinado para mayor comodidad, porque lo aquejaba de nuevo la gota. Según las malas lenguas, se había excedido en sus esfuerzos con su reina mucho más joven. Ella permanecía a su lado, incansable y resplandeciente. No podía ser el resplandor del amor. Quizá se debía a la admiración de los hombres. Incluso Carlos de Alençon lanzaba miradas hacia el podio entre pase y pase, y no era a su mujer a quien buscaba.

Para Margarita, María era un enigma: una joven dama muy leída e instruida cuyo terso rostro debía de ocultar muchos pensamientos singulares y rebeldes, ya que ¿qué mujer inteligente no los tenía? Ese rostro era una maniobra de distracción. Detrás de él, María podía estar tramando cualquier cosa.

Más tarde, de vuelta en sus aposentos, Margarita se examinó el rostro en un espejo de mano: no era perfectamente ovalado, ni radiante como el de María. La barbilla, la nariz —como las de su hermano— eran mucho más pronunciadas que las de María; el cabello de textura gruesa, los ojos de un azul violáceo. Sendas arrugas bajo los párpados inferiores insinuaban un perspicaz sentido de lo absurdo o, siendo más generosos, sentido del humor. Era imposible eliminar esas arrugas; reflejaban el temperamento. «Mi rostro, a diferencia del de María, muestra quién soy, pensó. ¡Le guste o no al duque!»

Cuando llegó su marido, se apresuró a apartar el espejo. Carlos, simple, impasible y monótono, había supuesto inicialmente que su esposa carecía de vanidad mundana; más adelante pensó que le encantaban las fiestas. Él iba a volver a caballo a Romorantin; ella viajaría en la litera de su madre.

Margarita no podía quitarse de la cabeza la preocupación por lo que María tramaba, ni cuáles eran sus razones. A veces Luisa y Francisco la excluían de sus conversaciones —pues Margarita podría plantear objeciones morales—, así que su única opción era abandonarse atemorizada a sus cavilaciones.

—Quizá el rey esté de verdad indispuesto en estos momentos —le dijo a su marido en un susurro—. Tal vez no se encuentre en

condiciones de atender las exigencias de este matrimonio. —Algunos, naturalmente, confiaban en que eso fuera así.

Alençon la miró de soslayo e hizo una mueca de desdén por si aquello era una insinuación dirigida a él.

—Hablo en serio —insistió ella—. No parece que el rey mejore. Los médicos…

—Él sostiene que «cruzó el río» tres veces en su noche de bodas —comentó el duque con ironía—. Pero vuestro hermano afirma que de eso no puede salir ningún vástago. Ha investigado, según parece.

Margarita abrió y cerró la boca: la verdad era que no quería saber más.

—Nosotros mismos…

Alençon se llevó un dedo a los labios.

—Nunca me he quejado de que no me hayáis dado un heredero —dijo, y apoyó una mano en su hombro con delicadeza—. No es culpa vuestra. Acepto la voluntad de Dios en todo, como sé que también vos la aceptáis.

«Dios me asista», pensó Margarita, y se mordió la lengua una vez más. Se dejó dar un abrazo de despedida y tensó todos los músculos del cuerpo para reprimir un escalofrío. Carlos no pareció darse cuenta.

Ya durante el viaje en la litera, se planteó hablar abiertamente con su madre sobre las aflicciones del matrimonio: con ella, que había optado por seguir viuda; que se vestía de sobrio color negro como una monja. Su madre estaba de mal humor: los destellos de los diamantes de la reina María habían sido como cuchillos para sus ojos. Para Luisa existía solo una melodía: *Francisco y el trono*. Margarita sabía que no era amor lo que su madre anhelaba. Su sentimiento maternal existía solo para promover a hijos que serían un instrumento hacia el poder.

—Si yo tuviera hijos —empezó a decir Margarita, y dejó las palabras flotando en el aire por un momento mientras avanzaban por el camino. «¡O hijas! Una hija, Dios mío, por favor». Pero eso no lo añadió. Necesitaba consuelo, afecto, valor, es decir, cierta sensación de que contaba para los demás pese a no haber dado a luz—. Si yo tuviera hijos…

Luisa apartó la mirada de los documentos que estaba leyendo.

—Pero no los tienes. ¡Y después de cinco años! A menos que estés intentando decirme otra cosa.

¿Acaso eso le importaba a su madre? Cualquier hijo de Margarita estaría más lejos del trono que Francisco.

De pronto Luisa preguntó:

—¿Te trata mal Alençon? ¿Es algo así?

—No. No, en absoluto.

Luisa volvió a inclinar la cabeza.

—De momento, pues, no hay nada que decir. Confío en tu ingenio y tu sentido común para ocuparte de eso. —Enrolló los documentos. La luz invernal declinaba; el día sería corto—. En cuanto tu hermano sea rey, tu vida cambiará por completo. Tengamos paciencia. Yo siempre

he sido paciente. Adquirirás la importancia con la que siempre has soñado…

Margarita se quedó boquiabierta. «¡Piensa que yo sueño con ser importante!»

—He soñado con muchas cosas —le dijo a su madre—, pero no soy la mujer que, según parece, crees que soy.

Luisa se echó a reír.

—Ya veremos. Eres mi hija, ya lo sabes.

Margarita se quedó con un regusto desagradable. Fingió dormir durante el resto del viaje.

> El 29 de noviembre de 1514, mi hijo, en liza en el palacio de Tournelles, resultó herido entre las dos primeras articulaciones del dedo meñique, unas cuatro horas después del mediodía.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

Romorantin no era un mal sitio donde pasar el invierno; se estaba mejor que más al norte, en Alençon o Argentan. Otra vez allí, y casi un año después de recibir conmocionadas en ese mismo lugar la noticia de la muerte de la reina Ana. Ese año Francisco no las acompañaba, y se inquietaron cuando, en diciembre, apareció en el recinto un mensajero suyo.

Luisa miraba desde una ventana cuando llegó la noticia.

—¡Espero que no haya que lamentar aquella herida suya!

Margarita exhaló un suspiro. ¡Las justas!

—Fue solo una herida insignificante, y hace muchas semanas; ya se habrá curado.

Su madre siempre había exagerado cualquier mal que Francisco sufriera, como si los padeciera en sus propias carnes. A veces Margarita los padecía en las suyas.

Cuando entregaron la carta, asomó un brillo a los ojos de Luisa.

—La salud del rey está empeorando. Van a marcharse de Saint-Germain-en-Laye y trasladarlo a Les Torunelles para ver si eso sirve de algo. En fin, antes mantenía sus horarios de comidas y de sueño, pero el matrimonio lo ha alterado todo. —Dejó escapar un suspiro—. Ya te decía yo que esto acabaría mal.

Margarita sintió en los oídos los latidos de su pulso: no soportaba ese tono exultante. Aun así, algo le impidió decir: «Pero quizá la reina ya esté encinta». Tal vez fuera por cobardía. No deseaba que su madre la abofeteara de nuevo, en la cara o en las orejas, como en la infancia.

A partir de ese momento, Luisa no disimuló su entusiasmo. «Cualquiera de estos días…», repetía una y otra vez, como si fuera el fragmento de una oración.

Poco después Francisco envió otro mensajero a Romorantin, esta vez desde Les Tournelles, con cartas para Luisa y Margarita. Luisa fue la primera en leer la suya. Margarita contuvo el aliento. «Ojalá sea. Ojalá

no sea. Si ha de ser, que sea.»

—¡Francisco! —exclamó Luisa—. ¡Qué obsequio! ¡Por fin se solicita nuestra presencia!

Os insto a qué vengáis con toda premura para auxiliarme con vuestros consejos…

Margarita desplegó su propia misiva, en la que leyó lo mismo.

El rey ha muerto. Larga vida al rey.

2

En el que Jehane se convierte en Josse

1529

Probablemente nunca se les ocurrió, ni a mi madre ni a mi padrastro, que abandonaría aquella habitación atrancada en contra de su voluntad. El tirano no había tenido en cuenta la ventana, porque yo estaba en la primera planta. Pero la casa de los Thibault tenía aberturas mayores que la vivienda donde yo me había criado, y lo único que tuve que hacer, después de vestirme, fue abrir los postigos y salir al aire de la noche deslizándome a través de la ventana. Aunque hacía rato que había sonado el toque de queda, estaba decidida a marcharme. Era como si hubiera perdido la razón.

No tenía intención de esperar a que llegara la mañana y la expulsión. Buscaría por mi cuenta un lugar seguro, aunque eso significara no tener un techo sobre la cabeza. La indignación ante la injusticia que habían cometido me llevó a actuar sin pararme a pensar en cómo encontraría alimento y dinero, y dónde me cobijaría. Una no piensa con claridad cuando ha sido acusada falsamente, despojada de su decencia, arrojada del único hogar que le queda.

Cogí mi ropa y me eché al hombro la bolsa con el dinero que había sobrado después de ir al mercado. Me la prendí bien y me remangué para poder descolgarme por la fachada, que tenía pocos salientes a los que aferrarme. Estaba a una altura considerable, y solo pude soltarme y dejarme caer a medio camino, antes de llegar al suelo. Se me resintieron un poco las piernas del golpe. Pero cuando una es joven y fuerte, enseguida se recupera.

Ni siquiera volví la vista atrás para mirar la casa, donde supuse que ellos seguían durmiendo. Tal vez mi madre durmió mal, agitándose y gimiendo; tal vez yo quería que fuera así, porque no se había puesto de mi lado. Pero, si ese era el caso, del interior no llegó ningún sonido.

Una vez fuera, eché a correr. Seguía sin meditar apenas en mi destino. Solo sabía que debía alejarme de la casa de los Thibault y buscar un lugar donde pasar las horas oscuras hasta que la luz del día trajera posibilidades reales.

Mi ciudad natal es un laberinto de torres y túneles. Las casas se amontonan en calles largas sin callejones laterales entre ellas. Pero hay pasadizos cubiertos que todos los vecinos conocen, y accedí a uno de

esos. Allí dentro encontré protección del frío de la noche y un rincón donde intentar dormir un poco. Como no había luz, tuve que avanzar a tientas, y pronto me acurruqué junto a un montón de fardos de retales y otros desperdicios, como si fuera un polluelo todavía sin plumas.

Ese nido apestaba, y durante la noche oí un correteo: es probable que fuesen ratas. Me quedé inmóvil, como si así fuera a ahuyentarlas.

El amanecer empezó a penetrar por la entrada de mi túnel, y con él el correteo de los humanos.

—¿Qué tenemos aquí? Una dama joven y bella, ciertamente. —Un viejo encorvado, plantado ante mí, me miraba con lujuria. Me retiró la caperuza y se rio—. Pero si en realidad es una ramera con el pelo cortado o un muchacho mal disfrazado. ¡En cualquier caso, podrías ser útil!

—¡No sois quién para tocarme! —exclamé, y lo aparté de un empujón.

A pesar del dolor en las piernas, me puse en pie y, antes de que él pudiera decir o hacer nada, salí como una flecha del pasadizo cubierto a las calles de Lyon mientras la ciudad cobraba vida. Dejé atrás talleres y panaderías, y carretas llenas de mercancías que iban camino de la orilla del río para descargarlas. ¿Adónde iría y qué podía hacer? El vagabundeo estaba penado, y sabía que no tardarían en descubrirme si daba la impresión de que andaba sin rumbo. El estómago, débil y hambriento, ya empezaba a traicionarme.

No podía ir a «casa». Podía comprar un trago de orujo o vino, y un panecillo o una pasta en una tienda de comestibles con las pocas monedas que llevaba encima. Después de eso, ¿qué haría para poder comer? Podía vagar por la ciudad todo el día, procurando pasar inadvertida la mayor parte del tiempo, y buscar otro sitio donde dormir al caer la noche. Pero nada me protegería de un intruso como el viejo, ¿y qué habría pasado si hubiera sido un hombre más joven y fuerte?

Vagar era una pérdida de tiempo. Necesitaba un plan si no quería meterme en problemas con las personas honradas y las personas que no lo eran tanto: los muchachos fanfarrones, por ejemplo, que sonreían y gritaban cosas en su jerga tosca e incomprensible de camino al río. En su caso, nadie cuestionaba su libertad: por pobres y rastreros que fueran, eran dueños de las calles de la ciudad, no como yo. No era su fuerza o inteligencia lo que les daba vía libre, comprendí, puesto que en ese sentido yo estaba a su altura. Era su vestimenta.

Si me deshacía de mi blusón y mi falda, que era larga y me estorbaba, y podía cubrir mi anatomía femenina con un jubón más corto, unas medias o un calzón, ¿quién me reconocería? Tenía las piernas fuertes y lo bastante rectas, y un cuerpo casi sin curvas.

Diréis que debería haber sabido que obrar de este modo era ilegal, pero hace cinco años esa idea ni se me pasó por la cabeza, pues no había oído nada al respecto por entonces.

Ya entrada la noche siguiente, a pesar de lo débil que me sentía por

la falta de alimento sólido y líquido, volví furtivamente a casa de los Thibault para llevarme lo que era mío. No pediría nada ni vería a nadie. Sabía dónde encontrar las mejores ropas de mi difunto padre, su traje de reserva, guardado en un baúl de mi madre para dárselo a los criados y luego olvidado en la prosperidad del segundo matrimonio.

Con el Saona a mi derecha y el gran puente ante mí, pronto descubrí la manera de volver allí, y sabía cómo acceder al sencillo cobertizo de la parte de atrás del edificio en el que los criados entraban y salían a todas horas. Solo tenía que permanecer atenta a sus idas y venidas y elegir el momento idóneo para colarme. Haría un intercambio justo: mi vestimenta por su indumentaria de hombre.

Aunque se acercaba la época más cálida del año, revolví en el baúl hasta que también encontré su jubón: todo lo que pude conseguir, ya que tarde o temprano lo necesitaría. Conservé la bolsa con las escasas monedas; en ella llevaba también la fuente I de imprenta, que había guardado como recuerdo de mi padre. No había zapatos entre sus enseres, porque ya se habían donado a alguien, por lo que tuve que conformarme con mis chanclos.

Rápidamente me despojé de mis prendas femeninas, del mismo modo en que se dice que un alma abandona el cuerpo en su viaje al cielo. Las metí arrebujadas en el baúl y me vestí con la camisa, el calzón y el jubón. Era ropa áspera y marrón, porque mi padre nunca tuvo prendas delicadas. Pero mejor así, porque habría menos probabilidades de llamar la atención. Aunque no disponía de un gorro, estaba privada de mis trenzas e incluso destocada pasaría por un chico.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¿Cómo te atreves a entrar aquí?

Era Barbette, una de las criadas, que apareció de pronto a mis espaldas. Me aferró con presteza por el cuello de la camisa.

—No soy un ladrón —dije a la vez que me zafaba de ella—. Solo cojo lo que es mío.

Pero Barbette no me reconoció ni siquiera por la voz.

—¡Socorro! *Voleur*! ¡Al ladrón!—gritó.

Al ser yo mucho más fuerte que la criada, me libré fácilmente de ella. A decir verdad, me alegré y me reafirmé en mi decisión. Me bastó con el hecho de que ella no me reconociera, de que la palabra *voleur* demostrara que me había tomado por un hombre. Sabía que a partir de ese momento sería libre.

Barbette y unos cuantos criados me persiguieron. Gracias a Dios, pude dejarlos atrás y perderlos serpenteando por una calle tortuosa. Para entonces ya no tenía los tobillos resentidos, y la indumentaria masculina era mucho más apta para correr. Por primera vez, mi cuerpo se movió como si realmente me perteneciera, sin pedir disculpas.

En la zona de los muelles encontré un lugar donde refugiarme; otros muchachos, acurrucados en torno a una fogata, compartían la comida. Uno me indicó con un gesto de la cabeza que me acercara y comiera

con ellos. Iban mugrientos y andrajosos, pero eso no podía echárselo en cara; no obstante, tenían la mirada turbia y no parecían buena compañía. Aunque yo misma no fuera una ladrona, tal vez me hallaba entre ellos, pero ¿cómo iba a resistirme cuando de lo contrario quizá me muriese de hambre? No bajaría la guardia.

«He sobrevivido a Antoine Thibault —me dije—, y debo creer en mis propias fuerzas.

Me senté con ellos, no demasiado cerca, pero sí lo suficiente, sin temor, para aparentar naturalidad.

—A ti no te hemos visto antes por aquí —comentó el joven que antes me había hecho la señal.

—Solo estoy de paso. —Al decirlo, me di cuenta de que, en realidad, así era. No podía quedarme allí, en el lugar donde había nacido.

—¿Ah, sí? ¿Camino de dónde? —Me tendió una botella de arcilla para que echara un trago, e intenté no hacer una mueca al llevármela a los labios. Aquella bebida ardía y tosí. Se echó a reír.

—La ciudad de Nevers —inventé en ese mismo instante—. Tengo parientes allí.

Eso también era verdad, si es que aún vivían. Mi padre nació allí, no en Lyon; que yo supiera, tenía mucha familia en esa ciudad. ¿Por qué no iba a ir allí y buscar su protección? ¿Por qué quedarme en el sitio del que me habían echado? Podía desandar el camino recorrido por mi padre hacía mucho tiempo y buscar su lugar de origen, si es que sabía cómo llegar hasta allí.

—Pero, por tu manera de hablar, pareces de aquí —señaló el joven, frotándose el mentón.

—Hablo más de una lengua. —También eso era cierto: era imposible criarse en una ciudad fronteriza como Lyon sin conocer otros idiomas. Todo el mundo pasaba por allí, sobre todo gente de tierras italianas. En Lyon se mezclaban muchas personas, mercancías y palabras…

—Si vas en esa dirección —prosiguió él—, no te conviene coger un barco aquí.

—¿Hacia dónde debo ir?

—Debes seguir recto y salir por la puerta de Pierre Scize, donde ahorcarán a los rebeldes, ¡pardieu! Por carretera hasta Ruan, y luego hasta el río Loira, ese es el camino más rápido. —Debió de notarme confusa, porque añadió—: Eso debería saberlo cualquier ciudadano de Nevers.

—Ha… Ha pasado mucho tiempo —dije. Para mis adentros, me alegré porque había dicho «ciudadano», no «ciudadana». No tenía la menor sospecha de que yo era la hija de un oficial impresor.

El muchacho me ofreció un pedazo de su pan moreno, y procuré no engullirlo sin masticar.

—También ha pasado mucho tiempo desde la última vez que comiste —señaló—. ¿Cómo te llamas?

De repente todos los demás guardaron silencio y me miraron.

—¿Por qué quieres saberlo?

Él se encogió de hombros.
—Por pura amabilidad. No nos vendría mal contar con otro par de manos y ojos que tengan la vista fina por la noche. —Con una sonrisa, se volvió hacia sus compañeros—. Depende de lo rápido que seas.
El corazón me latía con fuerza en los oídos. Sabía que intentaba captarme para su banda de maleantes. Cuando se volvió, vi el destello de la navaja que llevaba al cinto y pensé: «No debo perder la compostura, o será mi final. Sobre todo, no deben pensar que soy una chica».
Los demás jóvenes se acercaron.
Me puso en pie.
—Gracias por darme de comer. Ahora tengo que marcharme, me esperan.
—Ya, seguro —dijo él.
Se disponía a agarrarme por el hombro, cuando uno de los otros avisó entre dientes:
—¡Los vigilantes nocturnos! ¡Corramos!
Desaparecieron al instante. Cuando eché una ojeada alrededor, vi que se acercaban unos hombres con faroles y garrotes.
Cuando yo también eché a correr, advertí que al que se había mostrado cercano conmigo se le había caído la bolsa de víveres. La recogí sin detenerme. Tal vez él regresara a por ella, pero para entonces yo ya me habría ido. Diréis que eso es una forma de hurto, y quizá lo fuera, aunque él mismo era un ladrón, y si se hubiera acercado a mí, se la habría devuelto o le habría pagado en especie. Pero nunca volví a verlos, ni a él ni a sus compañeros.
Podía comer el pan de los ladrones, pero decidí que no era necesario convertirme en uno de ellos. Estaba resuelta a sobrevivir, pero honestamente y con honor.

La famosa puerta de Pierre Scize era fácil de encontrar. Se hallaba bajo un enorme promontorio de roca sobre el que se alzaba el castillo del mismo nombre, por encima de la ciudad, no poco intimidatoria para alguien que nunca antes había tratado de salir de Lyon. Por esa puerta había entrado el muy cristiano rey con toda su grandeza; por ella entraba y salía a diario una multitud de mercaderes, trabajadores, viajeros con un cometido, pero ¿y los que vagaban sin rumbo como yo?
En las puertas impedían a los vagabundos entrar en Lyon, pero ¿qué pasaba con los que salían? Yo no poseía bienes ni mercancías, aparte del morral del ladrón que llevaba colgado a la espalda. Aunque quizá los vigilantes me habrían reconocido y permitido moverme a mi antojo, después de vivir mis catorce años en Lyon, no me reconocerían vestida de hombre.
Por la mañana se había congregado ya una muchedumbre cuando sonó la trompeta desde la torre de Fourvière y se abrió la puerta.

Apenas había espacio para tanta gente entre el río y el monte que se elevaba más allá de la puerta. En medio del caos, pasé sin llamar la atención y me vi arrastrada junto con un grupo de viajeros. Tras subir por la cuesta que salía de la ciudad, pronto llegamos a los campos y los viñedos. ¡Ya podía respirar! No miré atrás; temía ver el patíbulo, pues, según había dicho el ladrón, tal vez ahorcaran allí a los rebeldes, y yo no deseaba echar una última mirada a la ciudad.

Por primera vez, había dejado atrás todo lo que me había tenido encerrada, como si la propia ciudad me hubiera empujado más allá de sus murallas y yo fuera una recién nacida. Se anunciaba un cálido y agradable día, no había nadie que me molestara y un espacio infinito parecía extenderse ante mí. Y, sin embargo, al mismo tiempo ¿quién iba a ser yo si no una hija —no, un hijo— de Lyon?

Caminé y caminé sin impedimentos, por trechos a veces empinados y a veces llanos, y a eso del mediodía pensé que me convenía encontrar un lugar donde detenerme, beber y comer, y planear mi viaje. Esa sensación de libertad resultaba muy agradable, lejos de las paredes opresivas de la casa de los Thibault y de las calles estrechas, pero era como la ebriedad causada por un vino fuerte.

Mis pensamientos iban en todas direcciones. «Al llegar a Nevers, puede que sí encuentre a mis parientes. Pero ¿sabrán siquiera de mi existencia? ¿Puedo decir más de unas cuantas palabras en su idioma? ¿Me presentaré como Jehane o conservaré este disfraz de hombre hasta el momento indicado? ¿Puedo confiar en ellos? ¿Diré que soy hijo de mi padre, para mantenerme a salvo de agresores como Antoine, que intentarían deshonrarme? ¿Debo seguir siendo un muchacho, como recurso para llegar a aprendiz, para encontrar a un impresor que me acepte?»

Posiblemente no había impresores en Nevers. Solo había oído hablar de los de París, aunque seguro que también se hacían libros en otros sitios. Pero primero, antes de todos esos grandes planes y sueños, debía llegar al final de ese día y de otros muchos iguales.

El morral olvidado por el ladrón me hizo un buen servicio. Contenía una pequeña vasija de madera que podía usar para beber, unos restos de pan y cebollas, e incluso un nabo. No parecía que dentro de la bolsa hubiese nada valioso que pudiera ser un botín obtenido por medios ilícitos. Quizá los ladrones habían tenido una noche poco provechosa, interrumpida por los vigilantes.

En un pueblo del camino encontré una fuente sin restricciones donde pude llenar la vasija más de una vez, confiando en que el agua estuviera limpia y no contaminada. Luego me dirigí a un hueco entre los arbustos para descansar y comer lo que pudiera aprovechar. Seguro que se me resentiría la boca con esos restos duros y afilados, pero no tenía otra elección. En algún momento, por el camino podría coger fruta.

Allí, en ese hueco, vacié el contenido de la bolsa, y al fondo encontré dos cosas que no reconocí. La primera era una extraña piedra

negra, similar a una caja delgada y dura, con muchas rayaduras en distintos tonos: eso no era escritura, sino solo trazos rectos de diversos tamaños, pero a todas luces significaba algo. Decidí guardar la piedra en mi bolsa más pequeña, junto con la fuente de imprenta, hasta que averiguara su significado, si es que ese momento llegaba. Junto con ella había un haz de púas metálicas cada una con su número correspondiente, unidas como llaves con una argolla, pero largas y delgadas y ligeramente distintas entre sí. También eso era un misterio.

En cualquier caso, aunque tal vez tuvieran algún valor, no parecía que fueran objetos que pudieran venderse o trocarse por alimentos. Si quería comprar comida, una vez consumidas mis escasas provisiones, debería mendigar o trabajar en algo.

—¡Adam!

Sorprendida, reuní mis pertenencias y me levanté para ver quién llamaba. Era una mujer, quizá un poco mayor que mi madre, encorvada más por las preocupaciones que por los años, cargada con una canasta de leña. Moví la cabeza en un gesto de negación y me dispuse a seguir adelante.

—¡Adam! —repitió.

—Yo no me llamó así. Soy Josse.

La mujer dejó la canasta en el camino, se limpió las manos en la falda y las tendió hacia mis hombros, como para enderezarse ella misma y también mi propia postura.

—Habría jurado por la Virgen que eras él, pero mi mala vista me engaña, o quizá el grano me ha sentado mal y veo visiones.

Aunque era frágil y yo podía huir y aventajarla fácilmente, me asustaba.

—Claro, no puede ser —prosiguió—. Se fue hace cuatro veranos, desde los horribles combates, siguiendo los pasos del *seigneur* y los hombres del rey. Sería mucho mayor que tú, ya no un muchacho. Pero tú eres su doble y parece que tienes su buen carácter, y solo verte me parte el corazón.

—Lo siento.

Supuse que el muchacho se había ido a Italia, tal vez incluso para luchar en la batalla por la que el rey acabó prisionero del emperador durante tanto tiempo en España, aunque ahora ya nos lo han devuelto, por la gracia de Dios. Pero muchos de los que lo siguieron no regresaron, hombres de alta y baja cuna. Que descansen en paz las almas de aquellos que perecieron. Otros siguieron bregando mientras las guerras continuaban, porque nadie podía saber con certeza cuándo se acababan, fueran cuales fuesen los acuerdos firmados por los grandes y los poderosos.

—Mi único hijo. Bueno, el único que aún vivía. Pero ya no vive, me temo. Y sigo adelante como buenamente puedo, sin ayuda de nadie. Él habría cargado con esta leña por mí… De hecho, no me faltaría de nada… —Me miró con expresión compungida, y supe lo que debía hacer.

—Yo cargaré con la leña, si me indicas el camino.

Se trataba de la viuda Bonamy, y vivía en una casa pequeña en el otro extremo del pueblo. Allí tenía un huerto que le daba de comer y un pequeño terreno que alquilaba a otros para que guardaran sus animales. Su hijo Adam se había ido tras los hombres del rey. Para pesar de la viuda, no iba armado y tampoco lo habían emplazado como a un noble o a un soldado de oficio. Sin más, se fue a batallar por el rey. Ella desconocía qué había sido de él, pero si hubiera sobrevivido, seguramente a esas alturas ya habría regresado. Por eso al verme, escondida entre los arbustos, me había tomado por Adam: era simple esperanza.

Deposité la canasta de leña en la casa, y ella me ofreció una bebida extraña y una galleta seca. Aunque a mi edad no debería haber creído en esas cosas, temí que fuera una bruja o algo así, porque tenía en la cara tres lobanillos. Conrad, el hijo del aguador de nuestra península, decía que esa era la marca del demonio, y que tres era como la impía Trinidad. Pero me acordé de que mi padre decía que esas creencias populares eran solo para los crédulos; es más, la mujer me dio pena.

Me dijo que podía pagarme si me ocupaba de unas cuantas tareas de hombre en la casa, ya que esta se había deteriorado desde la marcha de Adam. El muchacho que la ayudaba se había fugado hacía unas semanas, y solo disponía de una chica de la aldea que a veces iba a servirla.

—Hay que arreglar parte del tejado antes de que llegue el frío. Y dos de los postigos se han aflojado.

A decir verdad, no deseaba quedarme con esa viuda ni beber su brebaje amargo, que podía ser veneno o una pócima mágica. Pero sí deseaba dinero o víveres, y me complacía que me confiaran tareas de hombre. Yo no tenía la menor idea de cómo reparar tejados o postigos, pero aprendería sobre la marcha.

A la hora de la cena compartió conmigo su sopa, y empecé a pensar que, después de todo, no era más que una mujer corriente y no había nada que temer.

Colocó un saco mullido en el almacén, fuera de su pequeña casa, y dijo que podía pasar la noche allí si lo deseaba.

—Puedes coger las mantas de la cama de mi hija si tienes frío.

—No tengo frío —contesté, pero me las trajo igualmente—. ¿Y con qué se tapará tu hija?

—Richarde se ha marchado para ayudar a una parienta que está de parto. Si puedes quedarte hasta que ella vuelva, me serás de gran ayuda.

—Yo… ¿Y eso cuándo será? Estoy de viaje y no debería quedarme mucho tiempo.

Ella sonrió.

—Solo unos días.

Pero esa noche soñé que la mujer era realmente una bruja y que arañaba una y otra vez con sus dedos la piedra negra y plana de mi

bolsa, que escribía sortilegios para retenerme junto a ella, trazando líneas que me transformaban primero de Jehane en Josse y luego en Adam. Soñé que era su hijo y desperté asustada. En ese momento me dije: «Cuando amanezca, me iré sigilosamente, y esta viuda no encontrará ni rastro de mí».

Al sentirme de nuevo dueña de mi destino, me sumí en el más profundo sueño… hasta el punto de que, a pesar de mis intenciones, el alba pasó y solo volví en mí cuando el olor de unas gachas burbujeantes me dio los buenos días.

—Oye, tendrás que madrugar más para hacer las tareas que hay pendientes —dijo la viuda Bonamy—, pero, como es lógico, estabas agotado del viaje, así que esta mañana haremos una excepción.

Empecé a trabajar para esa viuda. Pasaron las semanas y yo seguía durmiendo en su almacén. Cada día me juraba que me iría y, sin embargo, cada día me resistía más a causarle un disgusto. Pensaba en mi propia madre, en que, si no se hubiera vuelto a casar, habría dependido de mí; en que, de hecho, había dependido de mí antes de que los Thibault entraran en nuestra vida. Pero enseguida apartaba la idea de mi cabeza, puesto que solo era motivo de pesar.

La viuda me aseguraba que Richarde volvería pronto, pero que quizá, insinuaba la mujer, ni siquiera entonces yo deseara marcharme, porque imaginaba que nos haríamos grandes amigos, su hija y yo. En susurros comentaba lo buena y lista que era Richarde, además de muy guapa.

Yo intentaba pasar por alto esas insinuaciones y realizaba las tareas que se me exigían. No obstante, estas fueron disminuyendo con el paso del tiempo, y en realidad se me pagaba en especie, con comidas y más o menos un techo sobre mi cabeza, ya que si bien la familia Bonamy había sido próspera en otro tiempo, era evidente que no le sobraba el dinero.

Richarde no regresaba… Así que recurrí a los trabajos que encontraba entre los vecinos del pueblo: acarreaba leña y agua, y más adelante ayudé con la escasa cosecha que hubo y, llegado el momento, con la recolección de heno. Al final, me conocía todo el mundo, pero nadie se interesó en mi historia. Estaban acostumbrados a la gente de paso, y algunos vecinos también habían viajado lejos, de peregrinación o por otras causas menos santas.

Para ellos, yo era Josse, el muchacho que ayudaba a la viuda, que le acarreaba la leña y el agua, que iba a recoger la harina a la carreta del molinero y que le llevaba el pan al horno del pueblo. Si coincidían conmigo en la fuente o en la iglesia, no cuestionaban mi presencia, sino que me saludaban con la cabeza y me dirigían las habituales frases hechas. Pronto me consideraron un muchacho solitario o algo así, que no acostumbraba a beber con los otros peones de granja ni a perseguir a las bellezas locales de mi misma edad. Cuando percibieron, como era inevitable, que yo carecía de experiencia y habilidad en las labores más pesadas del campo, lo atribuyeron a que procedía de una

ciudad, como admití. Aprendía deprisa, cosa que valoraron. Y si a veces la viuda Bonamy se olvidaba y me llamaba Adam, nadie hacía el menor comentario al respecto, y yo no podía reprocharle que ella tuviera la sensación de que, de algún modo, volvía a estar con su hijo.

La vida era monótona, pero no desagradable. Desde luego, nadie me acosaba como había hecho Antoine Thibault; allí, en el campo, estaba relativamente a salvo. ¿Por qué, entonces, sentía el velado impulso de seguir mi camino?

Por lo general, después de misa, una o dos jóvenes me saludaban y caminaban a mi lado. Yo era siempre cortés pero distante, pese a que me provocaban, sobre todo cuando las confundía y pensaba que Manon era Marion, y viceversa, y ellas fingían ofenderse.

Un día regresaba sola a mi refugio, ya que la viuda no había ido a misa por un dolor en el pecho, una molestia que, por lo visto, la aquejaba a menudo. Marion me acompañó parte del camino, y me sobresalté cuando de pronto preguntó:

—¿Cómo es que has ocupado el lugar de Adam Bonamy?

En otro tiempo, Marion había ayudado a veces a la viuda como criada, y nombró a Adam de una manera que al instante puso de manifiesto el aprecio que sentía por él. Aunque yo era un mal sucedáneo, ella no podía evitar cierto apego.

Aun así, contesté con un tono neutro:

—Ah, en modo alguno ocupo su lugar, pero la viuda cree que me parezco a él, supongo, y eso le sirve de consuelo.

Marion dio un tirón a una flor marchita de un arbusto junto al que pasamos. Arrancó uno por uno sus últimos pétalos mustios hasta que quedó solo el tallo y lo tiró.

—Y un consuelo para ti también, al parecer… Algunos dicen que codicias su casa y su tierra —dijo con naturalidad, observándome—. Que te las arreglarás para convertirte en su heredero.

Eso me sentó como un golpe en el estómago.

—Nada más lejos de la realidad. Trabajo para ella y para otros con el fin de ganarme lo que necesito para seguir mi viaje. En cualquier caso, me quedaré solo hasta que vuelva su hija, Richarde.

Marion tomó aire, como si fuera a reírse, pero se interrumpió.

—¡Pues entonces esperarás hasta que suene la trompeta del Juicio Final!

Me quedé mirándola.

—No te entiendo.

—Richarde Bonamy yace en el camposanto desde hace dos inviernos. ¿Cómo puedes decir que va a volver, a no ser que tengas tratos con el demonio o lo que sea?

Incómoda, Marion sonreía; probablemente no tenía malas intenciones, pero se la veía inquieta, y de inmediato supe que decía la verdad. A todas luces, la viuda Bonamy estaba confundida, o mentía para retenerme allí. Pero yo no quise que los vecinos se enteraran, por temor a que la acusaran también a ella de algo siniestro y extraño.

—No, no, debí de entenderlo mal. Seguramente confundí el nombre. Creo que la viuda se refería a una sobrina o alguna otra parienta.

Marion titubeó, pero, al parecer, decidió que no tenía importancia. Como muchos de los vecinos del pueblo, parloteaba sin ton ni son sobre trompetas y demonios, como si tal cosa. Por lo visto, no tenía la menor idea de las complicaciones a las que podía dar lugar esa clase de charla. Yo, en cambio, había visto los conflictos que habían ocasionado en Lyon las cuestiones de la fe, la superstición, la Reforma… ¿y acaso no había corrido la noticia de que en París, hacía solo unos meses, habían condenado a un impresor a morir en la hoguera por una supuesta herejía? ¡Y eso a pesar de la protección de mi señora Margarita, la muy ilustre y muy poderosa reina de Navarra!

No, debía protegerme de cualquier conversación sobre demonios y herejías. Podía preocuparme por las brujas, pero jamás hablaría de ellas. Podía querer leer las Sagradas Escrituras en mi propia lengua, solo por entenderlas, pero jamás lo diría… A ese respecto no podía confiar en nadie: tenía que contar solo con mi propia mente.

—¡Bueno! —dijo Marion, y tiró de otro arbusto como si se propusiera destrozarlo todo a su alrededor—. Seguro que para mí no cambia nada si vienes o vas. —Se sonrojó—. Y yo, personalmente, no creo que te parezcas mucho a Adam. Él era más alto, con diferencia. Y mucho más varonil.

Me arrojó los jirones de hoja y se alejó al trote hacia su casa.

Yo, aflojando el paso, seguí por mi camino, sin saber cómo tratar esa cuestión con la viuda Bonamy. La mente me empujaba en dos direcciones opuestas. Una era marcharme en el acto, idea alimentada también por el temor y el dolor que me causaba la falsa acusación que, como ahora sabía, algunos vecinos esgrimían contra mí. ¡Convertirme yo en heredero de la viuda!

Sin embargo, ahora me veía a mí misma con los ojos de ellos: vestida a veces con la ropa de Adam, calzada con un par de zapatos que él había dejado porque le quedaban pequeños, comiendo a la mesa de su madre. Poco les importaba que yo le proporcionara consuelo a la mujer; a ellos solo les preocupaba qué pretendía yo sacar de todo eso. ¿Cómo podía defenderme de semejante calumnia? Si me marchaba de inmediato, verían lo mucho que se equivocaban. Y yo estaría a salvo.

Pero la otra cara de la ira y la indignación era la pesadumbre. Tanto si la viuda me había mentido como si estaba loca y pensaba realmente que Richarde aún vivía y regresaría a casa, ¿cómo podía yo abandonar a una persona tan sola y necesitada? A pesar de mi juventud, estaba familiarizada con los forcejeos de la conciencia. «Esa mujer no es responsabilidad mía», razoné al plantearme abandonar el pueblo al amanecer sin decir una sola palabra y seguir mi camino.

Con todo, también sabía lo que era perder a la familia, saber que nunca la recuperaría y que no había nadie —como se había demostrado desde la aparición de Thibault— que cuidara de mí, me auxiliara, me protegiera. Y me acordé de un predicador de Lyon —uno

a quien consideraban hereje porque pensaba que debíamos disponer de la Biblia en nuestro idioma corriente— que había dicho que todo lo que hiciéramos contra el más humilde de nuestros hermanos o hermanas se lo hacíamos al propio Jesús…

De modo que no era cierto que la viuda no fuera responsabilidad mía. La palabra de Dios, según ese predicador, sostenía que la religión pura consistía en cuidar de los huérfanos y las viudas. ¿No era yo acaso una semihuérfana? Y ella, como la madre que me había rechazado, era una viuda.

Si me quedaba, tenía dos opciones. Podía plantearle la verdad a la viuda Bonamy, por si me había mentido… Pero, de ser así, ¿por qué motivo lo había hecho? Solo por contar con mi compañía y mi ayuda, razón por la que debía darme lástima. O podía presuponer que la mujer tenía la mente trastornada por la aflicción, y, en ese caso, aún debía darme más lástima.

Mi conciencia y las palabras del predicador me impulsaron de regreso a su casa. Y menos mal, porque cuando entré, la encontré desplomada en el suelo junto al hogar, donde había intentado levantar una olla muy pesada.

Creí que había muerto y estuve a punto de gritar, pero de pronto gimió.

—Adam… Josse…, ayúdame, ha sido solo una caída absurda.

Con delicadeza, le deslicé un brazo por debajo de la cabeza y los hombros y la ayudé primero a incorporarse y después a sentarse.

—¿Puedes llegar hasta la cama apoyándote en mí?

Ella asintió, casi sin aliento. La levanté para que se sostuviera en mí y, a trompicones, avanzamos lentamente como una criatura de múltiples extremidades hasta la pequeña habitación donde ella dormía. Yo nunca había entrado allí, y era como estar en el espacio de una iglesia donde hay que inclinar la cabeza: el espacio silencioso que contenía todas sus horas de soledad.

—Iré corriendo a por el médico, si puedes valerte tú sola en mi ausencia.

—¡No hace falta! —insistió, pero esperé a que se tranquilizara y se relajara, y luego salí a buscarlo.

El médico se encontraba fuera del pueblo atendiendo a una persona de las tierras del *seigneur*, y quizá tardaría días en volver, así que le dejé un mensaje urgente a su criado y conseguí unos cuantos remedios que me aconsejaron las mujeres del pueblo. Me quedó claro, mientras atendía a la viuda, que, si bien tenía magulladuras por el golpe, aquello era algo más que una «caída absurda». Empecé a preguntarme por el malestar que sufría en el pecho, y si su salud no estaría empeorando a causa de la enfermedad. En verano, con el buen tiempo, me había llevado a engaño al suponer que no se trataba de la clase de dolencia invernal que acababa con tantas personas. Pero las enfermedades aparecían de muy distintas formas y en cualquier momento. ¿Acaso no decía la palabra de Dios: «Porque vosotros sabéis

perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche»?

Temiendo a ese ladrón, velaba a la viuda todas las noches. Como yo sabía, la gente decía que era una bendición librarse de los dolores terrenales e ir a reunirse con el Sumo Hacedor, pero yo, por más que pueda ser una herejía, nunca he creído que por ello debamos rendirnos. Permanecía en vela para darle agua si se le secaba la garganta, para sentarme junto a su lecho por si necesitaba cambiar de postura a causa de la incomodidad o que yo le respondiera a cualquier otra solicitud suya.

Al tercer día, cuando no hacía más de una hora que había salido a toda prisa en busca del sacerdote, la pobre viuda Bonamy exhaló.

Me arrodillé a su lado y recé por su alma, aunque tenía la certeza de que ella, en su bondad, subiría al cielo sin demora. Por aquel entonces, nadie ponía en duda aún la existencia del purgatorio, y poco después el sacerdote envió a un niño a que tañera el toque de difuntos para que otros pudieran ir a interceder por el alma de la viuda.

Pronto empezó a llegar un goteo de vecinos.

—Él tiene los ojos secos, eso sin duda —oí decir a una mujer, que me señaló con la cabeza.

Nunca he sido dada al llanto, pese a que siento tan intensamente como el que más, pero no deseaba explicarlo. Así que me aparté a un lado para dejar que los vecinos se acercaran al lecho de la difunta.

Cuando se llenó la habitación, me retiré al almacén donde dormía. La sangre me palpitaba en los oídos, recordándome: «Tú, tú, tú estás viva, pase lo que pase, y debes actuar». Ya no había ninguna razón para quedarme allí, pese a que por delante tenía solo incertidumbre. Aunque sin energía, recogí mis pocas pertenencias. No podía permanecer allí para el entierro de la viuda, para ver cómo la depositaban junto a la hija que había perdido.

Estaba a punto de salir cuando oí voces de mujeres.

—¡Por Dios Santo! Ese muchacho le ha dado un veneno de bruja, podéis estar seguras.

—Ah, Marion me contó que tiene tratos con el más allá, que pretendía traer a Richarde a este mundo para casarse con ella y quedarse con todos los bienes de la viuda.

—Y se cebó en su mente de esa manera para que pensara que su hijo había vuelto de la guerra.

—Su Adam lo habría echado de un solo golpe… si nuestro Señor hubiera considerado oportuno salvarlo.

Siguieron parloteando sobre el desaparecido Adam, de quien nadie sabía dónde yacía o si volvería a casa; sobre las guerras de Italia, sobre la nueva Paz que se había firmado en verano, y que Dios quisiera que esa vez durara; sobre quién prepararía el cuerpo de la viuda, quién iría en busca de velas, quién proporcionaría la comida y la bebida.

—Habrá que ocuparse de ese Josse. Ha traído la muerte a la Bonamy, pero no destruirá nuestro pueblo con sus siniestros engaños.

El buen padre tendrá algo que decir al respecto… ¡Debemos ponerlo sobre aviso!

Oí sus sonoras pisadas cuando volvieron hacia la casa. Yo podría haber salido en ese momento, podría haberme enfrentado a ellas y haberlas desafiado, haber echado por tierra sus necedades sobre el «más allá» y el disparate de las pócimas de bruja. Les habría gritado: «Si aquí hay brujería, está en el hechizo que esta pobre mujer, haciéndose pasar por mi madre, echó sobre mí, esta viuda que veía a los muertos como si caminaran entre nosotros y yo fuera uno de ellos. Era ella quien obraba magia, si magia es aquello en lo que uno cree…».

Pero me contuve. Eso habría sido cruel y falso, y nadie habría escuchado a una semihuérfana expulsada como yo. Solo podía depositar mi confianza en Dios.

La única solución era marcharme. En el acto. Antes de que nadie se diera cuenta siquiera. ¡Antes de que esas mujeres crédulas enviaran al sacerdote tras mis pasos!

Si no me hubiese detenido allí nada más empezar mi viaje, tal vez ya habría llegado a Nevers; se hallaba solo a unos días de viaje. ¿Por qué había perdido de vista mi objetivo, mi destino? Sin duda, la familia de mi padre velaría por mi seguridad y me recibiría no como a una desconocida, sino como a una de los suyos.

Iba vestida con ropa de Adam y también con ropa de mi padre; tenía la bolsa del ladrón y mi propio dinero, una pequeña suma. Quizá no bastara para el invierno que se avecinaba, pero tendría que ser suficiente. Pronuncié otra oración por la difunta viuda y su confusión, y eché una última ojeada a su casa.

¿Dónde se hallaba ahora la viuda? En cuanto exhaló el último aliento vi que ya no estaba presente. Nunca sucumbiría al temor a la muerte, aunque me invadió como tantas otras veces. Que la ilumine la luz eterna, y que la luz terrenal, incluso la débil luz del inminente otoño, me guíe en mi camino. Ahora se reuniría con su difunto marido, su Richarde y su Adam, pero debía dejar marchar a Josse. Eso no era contagioso: la tumba no se extendería hasta alcanzarme.

Salí a plena luz del día y me crucé con la pequeña procesión de vecinos que aún se dirigía hacia la casa de la viuda Bonamy. Era inocente y no agacharía la cabeza ni me escondería: atravesaría rápidamente la región. En Lyon me habían acusado de una mala obra que yo no había cometido; no permitiría que eso volviera a ocurrir.

Caminé cuesta arriba y seguí hasta que dejé atrás la última casa y salí a los amplios campos. Luego tomé lo que supuse era el camino hacia Ruán. Si me persiguió algún acusador, no llegué a saberlo, porque no volví la vista atrás.

El Bearne, 1534

No volver la vista atrás… Era imposible no hacerlo. A cada palabra que leía atentamente, la reina de Navarra se sentía transportada a otro tiempo y otro lugar. Habían sido tantos los lugares: siempre en movimiento, siempre en el camino, igual que la joven de esa historia.

> Tan joven, nacida en el año en que nos convertimos en la Trinidad. El triángulo perfecto: madre, hijo e hija, a quienes nadie podía separar. El año de Marignano, cuando Francisco parecía invencible…

Margarita deseaba seguir leyendo, pero también postergarlo, detener el flujo de los acontecimientos, interrumpir el implacable viaje hacia delante. Al final, tenía qué decidir qué hacer. Y se sentía atrapada, como a flote en un río de aguas rápidas cuyo avance se veía de pronto obstaculizado por algo invisible y oscuro, por lo que ocultaba la corriente: «un mal que no es obra mía».

1515 - 1520

El día de la conversión de san Pablo, mi hijo fue ungido y coronado en la iglesia de Reims. Por eso estoy sumamente agradecida a la divina misericordia, gracias a la cual he sido ampliamente recompensada por todas las adversidades y los inconvenientes que me acaecieron en mis primeros años y en la flor de la juventud. La humildad me hizo compañía, y la paciencia nunca me abandonó.

LUISA DE SABOYA, *Diario*

Señor, es ella la que lo controla todo, y bien puede hacerlo, ya que nunca he visto a una mujer como ella, por su ingenio, dignidad y honor.

CHARLES BRANDON, duque de SUFFOLK,
carta a Enrique VIII sobre Luisa de Saboya

Como Margarita sabía, el pueblo y los nobles lo advirtieron, se dieron cuenta de todo, de que Francisco actuó con premura y gastó poco en el funeral del difunto rey Luis en comparación con lo que se había hecho por reyes anteriores. Aunque, como delfín, vistió debidamente de color púrpura en la misa previa al entierro en Saint-Denis, al norte de París, ni a él ni a su madre se les empañaron los ojos mientras el resto de Francia lamentaba la pérdida del que llamaban el Padre del Pueblo. El espíritu había abandonado a ese rey durante la peor tormenta que se recordaba en la ciudad de París; no pudieron dejar de comentar la calma y la ecuanimidad de su heredero.

Ya poco importaba, puesto que Francisco sería rey de inmediato, incluso antes de ser ungido y coronado. Además, el pueblo no cabía en sí de júbilo por tenerlo como rey. Joven, apuesto, alto, enérgico: representaba un magnífico contraste con lo que habían conocido de un soberano. ¿Cómo no iban a alegrarse? Y más después de un rey

anciano cuyos esfuerzos en el lecho conyugal, según decía todo el mundo, lo habían llevado a su fin. Eso y el descontrol de los horarios nocturnos —cuando Luis había tenido por costumbre un régimen estricto antes de la boda—, y las comidas suculentas contra las que lo habían prevenido los médicos pero a las que se habían entregado los recién casados…

Ya solo quedaba la cuestión de la viuda reina María.

—¡Hay que vigilarla! —decía Luisa con preocupación—. De hecho, habría que custodiarla. Se la ha de confinar en el Hôtel de Cluny hasta que haya pasado el peligro.

«Peligro», pensó Margarita: era una manera extraña de describir la posibilidad de que María estuviese encinta, ¡que tuviera un heredero que podía anteponerse a Francisco! Pero, para Luisa, ese era el mayor temor.

Margarita no podía por menos que observar las cosas desde el otro punto de vista, aunque no la beneficiara. Era terrible estar confinada si una no había hecho nada malo; era espantoso ser importunada e interrogada y estar bajo vigilancia, con el cuerpo sometido a una continua inspección. Pero esa era la costumbre en Francia, y el futuro del reino dependía de ello.

—¡El futuro de tu hermano y el tuyo también! —insistió su madre.

En medio de París, a corta distancia del sur de Notre-Dame y del río Sena, se hallaba el Hôtel de Cluny, un castillo compacto con tejados inclinados y pequeñas y elegantes ventanas, además de una muralla exterior almenada. Era un lugar retirado y muy adecuado para ese fin. ¡Verse recluida allí sola con sus damas de honor durante cuarenta días, a los dieciocho años! Cuando poco antes parecía que toda Francia estaba a los pies de María.

—La visitaré, eso por supuesto —dijo Margarita, decidida a aliviar el malestar de la reina viuda.

—Sí, para observarla e interrogarla, ¡con la mayor sutileza! Cualquier señal de que haya tenido contacto…

Margarita miró a su madre con el entrecejo fruncido.

—¿Contacto con quién? ¿Cuando solo están presentes sus damas? Y Claudia está con ella día sí, día no.

—No subestimes nunca a una mujer —replicó Luisa con aspereza.

El único hombre que la visitaba, aparte de algún que otro fraile, bajo supervisión, era Francisco, y eso ocurría todas las tardes, de hecho con demasiada frecuencia. Eso inquietaba a Margarita. Sin embargo, decidió no hacer preguntas ni presionar a la joven inglesa, que ya debía de estar bastante afligida. Si es que en realidad lamentaba la pérdida del difunto rey; algunos consideraban que había sido un alivio. Así y todo, era notable la conmoción, el cambio de fortuna.

María vestía de blanco, conforme a la costumbre francesa para las viudas reales, y tenía la habitación a oscuras en señal de duelo. Todas las cortinas estaban corridas y, a la luz de las velas que apenas

iluminaban, Margarita solo vio fatiga e impaciencia en el angelical rostro de aquella reina viuda. Corría el rumor de que María se había ensanchado la silueta con cojines, ya fuera para provocar a sus interrogadores franceses o a modo de broma; pero no fue así como la encontró Margarita. Cuando entró, Claudia se levantó para ausentarse un rato. ¡Sin duda era agotador estar de guardia para cerciorarse de que ningún hombre podía llegar hasta María!

—Deseo marcharme a casa —dijo la joven viuda con delicadeza en un francés rudimentario.

—Ya no falta mucho tiempo, estoy segura.

—No deseo volver a casarme con un francés.

Margarita se sobresaltó.

—Algo así no se propone tan pronto, ciertamente.

Esperaba que su hermano Francisco no hubiera planteado propuestas necias por propia iniciativa, con la idea de dejar de lado a su pobre esposa Claudia, cuando esa misma esposa montaba guardia para proteger su acceso al trono. En principio, el propósito de todo aquello era asegurarse de que no había heredero y de que nadie volvía a María contra ellos forjando una nueva alianza.

Como si María le leyera el pensamiento a Margarita, dijo:

—Pero no sería del agrado de Francia que me volviera a casar en favor de Inglaterra.

Margarita debía andarse con cuidado y tener mucho tacto. Por más que la compadeciera, lo que allí estaba en juego no tenía que ver con los sentimientos: estaba en juego el reino. Su hermano tendría su propia estrategia, sus propias razones para lo que fuera que hubiera propuesto a María. Margarita no contestó.

—Y me duele la cabeza y una muela.

¡Dolor de cabeza! Eso y el apagado estado de ánimo de María podían deberse a su encierro allí… o a que tenía que venirle el período y entonces no habría bebé. Toda la familia Angulema observaba y esperaba a que a María le viniera el mes. Era irónico: la situación contraria a la de la propia Margarita, que ansiaba un bebé y lamentaba que le llegase el período.

—Cuesta guardar cama —dijo Margarita en voz baja—, pero esto no durará eternamente.

—Estoy agotada de tanto llorar.

¿Lloraba por su difunto marido el rey o por su situación? Todo el mundo sabía ya que María amaba a Suffolk, como Luisa había afirmado. Se decía que el hermano de María, el rey Enrique de Inglaterra, le había prometido que, en caso de un segundo matrimonio, sería ella quien elegiría marido, y que el elegido era Suffolk. Nada obligaba a Enrique a mantener esa promesa; Margarita bien sabía lo que era ser la hermana en tales circunstancias. Un rey podía tener sus propias intenciones con respecto a su hermana. Podía ser que Francisco incluso utilizara eso en su provecho, en particular si así conseguía la ayuda de Suffolk para recuperar Tournai, por ejemplo,

ahora en manos de los ingleses.

Ellos tres, la Trinidad, el perfecto triángulo, podían aunar sus cabezas y lograr ese resultado. Pero Margarita tenía la inquietante sensación de que ya se había fraguado un trato: algo entre su madre, su hermano y María, de lo que ella había quedado excluida.

El frío le recorrió las piernas y todo el cuerpo, pese al ambiente cargado de la cámara con las cortinas corridas. Miró fijamente a María: la belleza podía ocultar verdades terribles.

—Vos sois la más razonable —dijo de pronto María—. Podéis convencerlos para que actúen.

—¿En qué sentido?

—Para acelerarlo todo cuando envíen a mi señor de Suffolk, como en efecto lo enviarán, para llevarme de regreso a Inglaterra. —María se ruborizó y tiró de la fina colcha de su ancha cama—. Sois una mujer que entiende estas cosas; entendéis el amor…

Margarita sintió una especie de aguijonazo, pese a que no había asomado a los ojos de María el menor sarcasmo. Era evidente que solo pensaba en ese tal Suffolk.

—Sí…, supongo que sí. Pero también entiendo el deber.

La reina viuda arrugó la frente.

—He cumplido con mi deber, como prometí, y espero lo que me corresponde.

Eso resultaba confuso. Podía deberse a las dificultades de María con el idioma, o era tal vez una alusión a alguna promesa de Luisa… Ese acuerdo que Margarita sospechaba.

—¿Habláis en general? ¿A qué os referís?

—¡Si no lo sabéis ya, no estoy dispuesta a explicároslo! —María parecía irritada.

—Su Alteza está muy cansada, aunque agradece vuestra amabilidad.

Margarita, sorprendida al oír esa voz, se volvió y se dio cuenta de que los ojos oscuros y brillantes de una joven doncella de honor la habían estado observando en todo momento. Era un tanto insolente que la doncella tomara la palabra de ese modo, pero su actitud era encantadora y, para su sorpresa, precoz.

—Habláis muy bien francés para ser inglesa.

Aunque la doncella agachó la cabeza, percibió su sonrisa. Cuando Margarita se despidió de María, la muchacha la acompañó hasta la puerta cubierta de tupidas cortinas.

—Lo aprendí en la corte, con la reina regente en Malines, donde vivía anteriormente.

Margarita se detuvo y sonrió también ella.

—¡La *Régente*, la viuda de mi difunto tío! Que se crio con mi madre. Aunque sus caminos han divergido mucho desde la infancia… ¿Vos debéis ser mademoiselle Ana Bolena, pues?

—Sí, en efecto, y aunque sirvo gustosamente a su alteza la reina viuda, confío en quedarme en Francia, pase lo que pase.

—Quizá vuestro deseo se haga realidad, si tenéis paciencia.

Margarita tenía que actuar con diplomacia; aunque todo el mundo creía que gozaba de la atención del rey, no le correspondía a ella anunciar todas las decisiones… Aun así, algo en el vivo interés y el dominio de sí misma de aquella muchacha le había resultado llamativo. Bien podía encontrar un puesto para ella cuando María abandonara Francia; tal vez pronto podría cruzar unas palabras con Claudia al respecto…

La doncella de honor, una muchacha menuda, volvió a sonreír.

—Sí, solo es una cuestión de paciencia, ¿no? Una puede conseguir sus propósitos si tiene la inteligencia de ser paciente. Y… esperar la voluntad de Dios, claro está.

Margarita quedó desconcertada.

—No prometo nada —dijo.

Aunque se había sentido un tanto manipulada, ese último comentario reverente no era algo que a la doncella se le hubiese ocurrido de pronto sin más: esa muchacha de ojos oscuros se había informado acerca de Margarita y se había propuesto captar su atención, y conocía el interés de Margarita en la religión. Pero era sinceramente devota y lo bastante refinada para ser introducida, quizá junto con su hermana, en la corte de Claudia cuando su señora regresara a Inglaterra.

Ya no faltaba mucho para eso. Una vez descartada cualquier posibilidad de que María hubiera concebido un hijo del difunto rey, contrajo matrimonio en secreto con Charles Brandon, duque de Suffolk, en una breve y rápida ceremonia celebrada en el mismo hôtel de Cluny, donde había permanecido durante cuarenta días aproximadamente. Francisco lo supervisó todo, pese a que el rey Enrique de Inglaterra había exigido a Suffolk la promesa de que no haría precisamente eso. Francisco fingió no saber nada de la boda hasta después, para que Enrique no pudiera echarle la culpa.

—¡Será una traición por parte de Suffolk! —exclamó Margarita. Al hablar de ello con su hermano, se quedó helada. ¿Hasta qué punto se abstendría un rey de actuar contra su propia hermana si se desobedecían sus órdenes? —¡Desde luego, puede que sea un matrimonio muy breve!

—María ya tiene experiencia con un matrimonio breve —comentó Francisco haciendo una broma de mal gusto.

Margarita lo miró de soslayo: ¿habría intervenido él de algún modo en la muerte del rey Luis? Se negó a seguir pensando en ello.

—Ella y Suffolk tendrán que encontrar de algún modo su camino —prosiguió él—. María ha escrito a su hermano, y yo también le he escrito de mi puño y letra. El resto depende de él. ¿Cómo era eso que decía Virgilio sobre el amor?

Margarita sonrió pese a su malestar.

— *Omnia vincit amor*. ¿Se te ha olvidado el latín y quieres que yo te lo corrija como en otro tiempo?

—En cualquier caso, ella ha obtenido su recompensa. —Francisco

desvió la mirada y se mordió el labio inferior.

—¿Qué dices?

—Ay, *mignonne*, algunas cosas es mejor no preguntarlas.

Esas palabras causaron en Margarita muchas noches de angustia. Rezó a la Virgen; rezó a san Francisco, que llevaba el mismo nombre que su hermano. La culpabilidad siempre volvía a recaer en ella, la corriente subterránea de recelo: ¿habían su hermano y su madre organizado un crimen? Y en tal caso, ¿por qué tenía la sensación de que también ella era culpable?

Permaneció tanto tiempo arrodillada que le dolieron las piernas, pero de algún modo era lo apropiado: una penitencia. Acaso estuviera equivocada; la muerte del rey podía haber sido totalmente natural, o provocada por su propio comportamiento, como sostenía el vulgo. Si era así, la penitencia serviría para pagar por las viles dudas de Margarita con respecto a su familia… ¡y a la pobre María Tudor, que tal vez fuera inocente!

Nada de eso podía planteárselo al sacerdote. Se preguntó, no por primera vez, qué debía de reconocer su madre, una mujer tan rígida y devota, cuando se confesaba. En apariencia, Luisa nunca se sentía culpable de nada.

Pero la culpabilidad en Margarita no era nueva ni reciente: la perseguía desde que tenía memoria. Como si por el mero hecho de haber nacido hubiera obrado mal y tuviera que pagar por ello. Como si estuviera en deuda con alguien, y esta fuera tan grande que jamás pudiera saldarla.

«Haré más obras de caridad. ¡No puedo plantearle esto a mi director espiritual! Solo insinuarlo sería traicionar a mi hermano. Pero puedo compensar un sinfín de pecados si utilizo mi posición para hacer el bien.»

Ningún otro miembro de la familia ni nadie entre sus seguidores parecían preocuparse. Ahora el camino estaba despejado, y Francisco fue ungido y coronado. Hizo su entrada triunfal en París, la primera de muchas entradas en grandes ciudades francesas, vestido con paño de plata y un sombrero blanco con penacho. Margarita y su madre lo contemplaron, junto con Claudia, desde un balcón próximo a la puerta de Saint-Denis, bajo un palio azul adornado con una flor de lis dorada. Margarita no miró siquiera a su marido, quien, vestido de terciopelo carmesí, formaba parte del desfile, sino que tenía ojos solo para su hermano, que parecía un dios plateado al frente de un millar de seguidores: príncipes, duques, condes y hombres de armas.

Ahora comenzaría su nueva, su verdadera vida, aquella para la que los tres habían nacido.

Los bienes y las obligaciones del reino debían distribuirse, dividirse y asignarse a quienes rodeaban al nuevo rey, a fin de afianzar su derecho y conseguir que Francia permaneciera en paz en todas partes. Eso conllevaba cambios, pero no demasiados: tenía que encontrar un equilibrio. Francisco ascendió a hombres de su propia sangre, pero

también se mostró generoso con aquellos miembros de la corte cuyos méritos lo justificaban. Fue especialmente pródigo con su madre. Desde Compiègne, escribió cartas:

> Deseosos en particular de mostrar atenciones a nuestra muy querida y amada señora y madre, tenemos a bien concederle y aumentar su parte en los bienes y honores de nuestro reino.

Al marido de Margarita, y por lo tanto a la casa de su propia hermana, le otorgó los derechos de Armañac, las rentas de Berry y el gobierno de Normandía. El Parlamento —los legisladores de París— expresó su indignación por la donación de Armañac, insistiendo en que pertenecía a la Corona, pero Francisco se mantuvo firme. «El dinero de mi hermana —dijo— es exactamente como si fuera mío.»

A Margarita y su duque les concedió el derecho a ascender al grado de maestro en su oficio a cualquier hombre de toda Francia. A sus antiguos favoritos les otorgó fortunas y cargos. Duprat, el consejero de confianza de su madre, era ahora canciller; a su primo Borbón lo nombró condestable de Francia, a cargo de las necesidades del Ejército, y jefe de este en ausencia del rey. A otros, como Bonnivet y su hermano mayor, Artus, el tutor de Francisco en su infancia, nombrado ahora gran maestre, también les concedió grandes obsequios.

Margarita recordó con un escalofrío la advertencia de su madre de que Bonnivet ascendería bajo el reinado de su hermano, y ahora el propio hermano de Bonnivet estaba al frente de la Casa del Rey. ¡Pero Bonnivet apenas podía acceder a ella! Margarita, más alta, más fuerte, más segura de sí misma y más elocuente que la propia reina, Claudia, ocupó su lugar junto a Francisco en los actos públicos, como hizo su marido Carlos en las reuniones con embajadores en cuyas misivas, como ella sabía, rezaba: «Acceded al rey a través de su hermana, y presentad vuestros respetos a su señora madre».

Había tratos y pactos que confirmar, alianzas que forjar. Un matrimonio para su tía Filiberta, de diecisiete años, con el hermano del papa Médici. Un tratado que firmar con el Carlos flamenco, de quince años, nieto tanto de Fernando de Aragón como del emperador Maximiliano, por el que se le prometería la hermana menor de Claudia, Renata, tal como se le había prometido en otro tiempo a Claudia con la esperanza de hacerse con Bretaña, antes de que esta se ofreciera a Francisco. Aunque Renata no era más que una niña de cuatro años, al ser la hija menor del difunto rey, se la debía tener en cuenta a la hora de pactar los enlaces matrimoniales.

Después de eso, para resolver los asuntos con Enrique, al otro lado del estrecho mar, Francisco actuó con agilidad y astucia, consultando todo siempre con su madre y su hermana. Aunque no con Claudia, quien mostraba poco interés en los asuntos políticos y parecía a gusto con su vida retirada, lo cual era comprensible, porque estaba ya

encinta. ¿Cómo iba a encontrar tiempo o energía para participar en el gobierno del país cuando su cometido era proporcionar un heredero real?

> El quinto día de junio de 1515, mi hijo, de camino de Chaumont a Amboise, se clavó una espina en la pierna, que le causó grandes sufrimientos, como también a mí, puesto que mi profundo amor me indujo a experimentar un dolor similar.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

El primer embarazo de Claudia estaba ya muy avanzado cuando la corte del nuevo rey abandonó París la primavera de ese año de 1515, y en verano se hallaban todos otra vez en el castillo de Amboise. Era fácil pensar, mientras las damas atendían con gran agitación a la reina y disfrutaban del agradable clima de la alta llanura situada por encima del pueblo y el ancho Loira, que la vida seguiría así indefinidamente: en una situación de placer, diversión y contemplación; oyendo excelentes misas, organizando, gestionando, prometiendo en matrimonio, casándose y engendrando, ahora que por fin el trono estaba en manos de Francisco.

Pero un muy cristiano rey tenía otras responsabilidades aparte de las domésticas, como Margarita había temido. Él y sus nobles tenían un proyecto que concluir. En el reinado de Luis se había ganado y perdido el ducado de Milán y había que reconquistarlo.

—Tengo a bien partir a finales de este mes —anunció Francisco a su madre, a su esposa y a su hermana en junio mientras paseaban por los jardines del castillo. Cada tarde dejaba libre formalmente un breve rato que dedicar a su reina; por alguna razón, siempre acababan reuniéndose los cuatro, y Margarita, con sentimiento de culpabilidad, de vez en cuando se apartaba para que Claudia participara en la conversación.

—Tramáis algo —bromeó Margarita—. Veo la excitación en vuestra mirada, y no es la que provocan vuestras habituales jaranas.

Francisco se detuvo, y las damas formaron un círculo en torno a él.

—Voy a cazar un jabalí —contestó él.

—Habéis cazado a menudo para nuestros festines —dijo Luisa—. ¿Qué tiene eso de novedoso?

—No, no, no para el banquete. —Estaba a punto de celebrarse una boda de la nobleza en el castillo—. No. He pedido a mis hombres, mis *veneurs*, que traigan un jabalí, uno vivo, aquí al patio del palacio, ¡para que yo entre en combate con él! —Las damas ahogaron exclamaciones, pero él alzó una mano como para quitarle importancia—. Será todo un espectáculo e infundirá ánimo a quienes pronto se enfrentarán a la batalla. Conviene que vean de qué pasta está hecho el nuevo rey.

Claudia se mordió el labio; Luisa cabeceó.

Margarita se echó a reír.

—No lo dirás en serio. Es la mayor tontería que he oído en mi vida, *sire*.

—Sí, lo digo en serio, y es lo que voy a hacer. Levantaré la moral de la tropa. Ya lo veréis. Ya me he enfrentado a más de uno antes, en muchos bosques.

Luisa se aferró a su brazo como solo podía hacerlo una madre. Pero Francisco la miró con los ojos entornados. Ella lo desasió y masculló:

—Es demasiado peligroso, ¡no lo consentiré!

—En cuestión de semanas o meses me enfrentaré a hombres salvajes en tierras italianas. ¡Eso es mucho peor!

—Puede que a eso estéis obligado, a esto no —dijo Margarita con cautela. Por más que siguiera siendo su hermano menor, no le correspondía a ella decirle al rey qué debía hacer.

—Estoy de acuerdo —convino Claudia, y los demás la miraron sorprendidos.

Las tres damas entrelazaron los brazos a instancias de Margarita.

—No podemos consentirlo, nos inquieta demasiado. Nos negaremos a asistir, *sire* —afirmó.

—*Mignonne*, se te ha subido a la cabeza tu poder recién adquirido. —Francisco soltó una risotada—. ¡Como hermana del rey, esto, como hermana del rey, aquello! Pero no me impondrás tu voluntad, ya lo sabes.

Al final, se llegó a una solución intermedia: una modificación de la horrenda exhibición. En lugar de enfrentarse al jabalí el propio rey, se colocaron en el patio estafermos o *fantômes* para provocar al animal salvaje. Lo habían atrapado con cuerdas y trasladado en una carreta desde el bosque de Amboise dentro de un baúl de roble reforzado con grandes bandas de hierro.

Las galerías inferior y superior que daban al patio del castillo estaban abarrotadas de damas y caballeros, cortesanos e invitados que habían acudido para la ceremonia de la boda a finales de junio. Obstruían la escalera de acceso a la galería cofres pesados y baúles para que la bestia no pudiera abandonar el ruedo improvisado. En cuanto soltaron al animal, corrió enfurecido hacia las galerías inferiores, pero no estaban a su alcance.

La reina Claudia cerró los ojos, reconfortada por sus damas y doncellas. Las mujeres estaban tan asustadas que ni siquiera podían mirar, excepto la menuda Ana Bolena, que contempló impertérrita a la enorme criatura y siguió atenta todos sus movimientos.

«Tiene más temple que yo», pensó Margarita, pero ella misma mantuvo una expresión impasible, preguntándose si el temple era una virtud o un defecto. Algunas mujeres disfrutaban al ver combatir a los hombres.

El jabalí, con sus colmillos relucientes, embestía los estafermos. Unos hombres, a lo lejos, sacudían y hacían girar los estafermos con cuerdas para encolerizar al animal. Este, enloquecido, trazaba círculos

por el patio. La muchedumbre vociferaba y lanzaba exclamaciones al verlo pasar.

Margarita observó a su madre. El rostro de Luisa mostraba alguna emoción —o algo parecido al amor— solo cuando Francisco estaba en peligro, y Margarita no pudo evitarlo: esa expresión nunca asomaba para ella; a ella le llegaba solo en forma de reflejo, como el claro de luna.

«Cuando en la adolescencia tuve la viruela —pensó—, a mi madre solo le preocupaba mi cara, por miedo a que quedara desfigurada y perdiera mi valor. Habría podido morir, pero eso no era nada en comparación con cualquier chichón, rasguño o golpe que sufriera Francisco. ¿Y, sin embargo, lo exhorta a entablar combate realmente, a recuperar Milán?

El jabalí acometió de nuevo, y las damas chillaron, por lo que el animal se atemorizó aún más. Arrancó los estafermos que se interponían en su camino y los arrastró de aquí para allá.

—Esto sigue sin gustarme —musitó Luisa entre dientes, dirigiéndose a su hija—. Deberíamos haberlo impedido de buen comienzo. Le gusta el riesgo más de lo que le conviene.

Margarita temía que su hermano fuera a la guerra, a diferencia de su madre, que lo instaba a emprender la expedición italiana. Aun así, no pudo evitar decir con sorna:

—Pero como él dice, *madame, ma mère*, Milán representará un riesgo mayor. Sin embargo, vos siempre… *Nosotras* siempre hemos querido que fuera rey, y ser rey implica ser valiente. ¿No está hoy intentando mostrar valentía? Al enemigo de Milán no lo moverán con cuerdas de aquí para allá de este modo: serán hombres de verdad, no maniquís rellenos de paja.

Percibió la expresión angustiada de su madre, que esta enseguida controló.

—Pero el riesgo debe aportar una recompensa en la proporción debida —repuso Luisa, y se volvió para localizar a su preciado hijo, que se hallaba en la galería entre la gran puerta y los aposentos de la reina—. Este deporte, este espectáculo, es trivial. Milán es esencial, tenemos derecho a él por la línea de tu padre, pero sobre todo por la herencia de Claudia, y debemos borrar la vergüenza de haberlo perdido. ¡El usurpador Sforza será expulsado! Claudia se lo transferirá al rey. —Luisa desvió la mirada, y acto seguido volvió a fijarla compulsivamente—. ¡Y yo seré la regente mientras el rey no esté en Francia! Él ha accedido, así lo ha declarado. Su reina encinta no se encuentra en condiciones, por supuesto…

¿Era también eso lo que su madre venía esperando desde hacía tantos años? ¿Una regencia? Quizá sí, puesto que no podía acceder al trono siendo mujer.

—Si… perdemos a Francisco en Italia, esa regencia estará en entredicho —susurró Margarita.

Luisa sonrió.

—No lo perderemos; él no perderá, ¿acaso no recibí la señal del cielo? ¿No hago siempre lo que es mejor para él? —Entrelazó las manos en actitud devota—. Además, debemos amar su alma por encima de su forma corpórea, mientras él cargue con su cruz.

Margarita vaciló. Su madre volvía a tener el semblante bajo control. Nada podía aducirse contra el deber del muy cristiano rey de cargar con su cruz, pero desde luego su forma corpórea contaba. Cuando pensaba en la campaña que se avecinaba, el corazón le latía con fuerza en el pecho y se le hacía difícil soportarlo. A veces también le costaba soportar a Luisa.

A continuación, Margarita adoptó un tono cáustico, irónico.

—En ese caso, esta farsa del jabalí no carece de recompensa, mi señora madre. ¡Los nobles y el pueblo necesitan una señal de que reciben algo a cambio de su dinero, dado el coste de la campaña!

El coste era inmenso. Incluso habían tenido que fundir parte de su propia vajilla de oro, para sumarlo a los fondos obtenidos de todos los señores y sus territorios: más tributos en todas partes, excepto en las regiones donde pasaban hambre… Todo tenía un límite.

Se oyó un clamor y luego vítores. El jabalí había derribado y hecho jirones todos los estafermos, y la muchedumbre aplaudió.

De repente, la criatura se detuvo ante la escalera que ascendía a la galería del rey.

—¡Ay, me temo que hay una brecha en la barrera! —exclamó la joven *mademoiselle* Bolena a la vez que señalaba con el dedo.

El jabalí había separado dos pesados baúles y se había abierto paso por la escalera hacia donde se hallaba Francisco.

«Como si intuyera la presencia del ungido», pensó Margarita. Tuvo la sensación de que se le paraba el corazón.

Los señores y las damas que estaban en su camino saltaron por encima de las balaustradas para escapar, pero el jabalí iba solo a por el rey. Unos cuantos de sus hombres corrieron para interponerse entre él y el animal, pero Francisco se opuso; los obligó a situarse detrás de él.

Margarita le hizo señas y gritó:

—¡A los aposentos de la reina, deprisa!

Su hermano no se movió. Desenvainó la espada y la sostuvo en alto para que todos la vieran. ¡Estaba preparado para ese momento desde el principio!

—Creo que lo ha planeado, siempre con sus travesuras —le dijo Luisa en voz baja a Margarita—. ¡Quiere exhibirse en un cuerpo a cuerpo! Desde niño le ha gustado alardear.

Margarita se llevó un dedo a los labios. Por ridículo que pareciera —puesto que él seguía siendo su hermano, seguía siendo el hijo de su madre—, hablar contra él era traición…

Claudia se mareó, y sus damas se apresuraron a sostenerla. ¡Llevaba en su vientre al heredero!

En ese momento la bestia salvaje se abalanzó hacia el rey, cuya espada se hundió en el pecho con tal fuerza que lo traspasó. El animal

retrocedió tambaleante escalera abajo, dio media docena de pasos por el patio y cayó muerto ante los ojos de la muchedumbre.

—¡Alabada sea la Virgen y todos los santos, por la gracia de Dios! —exclamó Luisa, y corrió hacia su hijo.

Claudia fue conducida a sus aposentos, ahora que el camino estaba despejado.

Solo Margarita se quedó en su sitio, con la mirada fija en la bestia derrotada, olvidándose por un momento de su hermano. Aunque había visto muchas cacerías y degustado las piezas cobradas, se preguntó por primera vez si las bestias tenían alma. Había visto horrorizada a buenos hombres morir en el juego, en justas en las que no se pretendía hacer verdadero daño, y ninguno de ellos había exhalado el espíritu, como solía decirse. Si una bestia era igual que un hombre, ¿vería ella elevarse el alma de aquella masa desplomada, que solo un momento antes rebosaba poder y fuerza vital?

No asomó nada. Solo vio el charco de sangre en el que yacía.

Él partió un día de verano: el único «él» que contaba, incluso por encima del marido de Margarita, que estaría al mando de la retaguardia, o su primo Borbón, que comandaría la vanguardia con el disoluto Bonnivet entre sus hombres. Sin embargo, daba la impresión de que el sol se hubiera apagado por encima de Amboise, tan extraña resultaba la ausencia de Francisco, su rey, señor… y futuro padre. Parecía que los pájaros no emitían sus reclamos ni trinaban. No se percibía alegría en el resplandor de las hojas ni en el aroma del agua, ni en los sonidos procedentes del río que corría bajo el castillo.

Claudia, pesada y redonda, aunque todavía menuda y sin fuerzas, permanecía recluida en lo más hondo del castillo para reposar y prepararse antes del parto. Las ventanas de su estancia estaban cubiertas con cortinas y el ruido exterior se había amortiguado para crear un entorno lo más seguro posible de cara al nacimiento. Estaba atrapada, como sabía Margarita, en el temor a tres posibles muertes: la del niño que venía. Su propio posible final, al considerar los esfuerzos del parto para una mujer diminuta que aún no había cumplido los dieciséis años. Y el peligro que tenía por delante su marido, dispuesto a enfrentarse a los suizos por la conquista de Milán.

¿Y si él no sobrevivía para ver a su primogénito? La pregunta no asomaba a los labios de nadie. Expresarla sería dudar, de algún modo, de que el Dios del muy cristiano rey estuviera de su lado. El hecho de que se marchara estando su mujer encinta se debía a la seguridad que tenía en sí mismo, no a la indiferencia. Francisco siempre comentaba en broma —cosa que preocupaba a Margarita— que Dios, en definitiva, era un buen francés. Dios no permitiría que él no regresara.

—Pero tú estarás en casa en lugar de tu hermano —le dijo Luisa a Margarita mientras se preparaba para marcharse también ella de Amboise, en su litera y con su séquito de ayudantes—. Yo,

naturalmente, debo recibirlo en Romorantin a su paso…

—Podría acompañaros hasta allí. —Margarita deambulaba de tal manera que tenía gastadas las suelas de las zapatillas, como si hubiese recorrido a pie toda Francia, sin salir del recinto del castillo, para seguirlo—. No hay ninguna razón que me impida ir aún más lejos, para ser útil a mi hermano. Al fin y al cabo, yo no estoy encinta. —Su marido también se iba a la guerra, pero ella no lo mencionó.

Luisa frunció el entrecejo.

—No creo que debas jactarte de eso, ¡después de cinco años de matrimonio! Además, la guerra no es sitio para mujeres. No serías más que un estorbo.

—Haría todo lo que estuviera en mis manos por mi rey.

Ante eso su madre se echó a reír.

—Hija, ¿te ves a ti misma empuñando una espada, o disparando un arcabuz, o tal vez uniéndote a los piqueros? No puedes pensar que tenemos cabida allí, nosotras, las mujeres, que nos estremecemos al ver una magulladura o una hemorragia en nuestros hombres. Has leído y oído lo suficiente para saber qué es la guerra.

Era verdad. Habían mantenido conversaciones, cuando Margarita era más joven, cuando crecía en esa misma casa de Amboise, pero solo entre ellos tres, ya que no se atrevían a expresar esas cosas ante la corte. Ella era la culpable de esas conversaciones: ¿cómo era posible que el mismo Dios que imponía en sus mandamientos «No matarás» fuera no obstante un Dios de la guerra? Para sorpresa de Margarita, en aquel tiempo lejano, Luisa se había retirado de esas discusiones y las había dejado en manos del tutor de los niños, como si tuviera gran importancia meter en vereda a Margarita y hacerle entender la conveniencia de las contiendas, que se le inculcara el concepto de guerra justa y lícita. Que un príncipe o un rey podía enmendar los agravios, que su deber era procurar que nadie se opusiera a su legítima autoridad.

Francisco, por supuesto, había aceptado todo eso; su hermana necesitaba lecciones más matizadas. «Prudencia, Templanza, Fortaleza, Justicia.» Volvían una y otra vez sobre las mismas cuestiones, tratados y viejos ejemplos. Se podía contar con que el tutor la haría entrar en razón, discretamente. En esas ocasiones, Margarita no recibía los golpes maternales, sino que se sometía solo al examen, el martilleo de la doctrina. Era más importante que cualquier otro asunto.

Ahora ya no se trataba de la doctrina, sino de la realidad, y de la realidad inmediata de su hermano.

—No soporto verlo marcharse; tengo que hacer algo.

—La guerra es un asunto de hombres, como bien sabes.

—¡Pero vos sí vais!

—Solo por un breve tiempo, solo parte del camino —respondió Luisa, crispada por su impaciencia—. Y no lo olvides, soy la madre del rey. Tengo un papel que desempeñar.

Como Margarita ya sabía, si Luisa hubiera podido acompañarlo

hasta la mismísima batalla, lo habría hecho, pese a ser mujer. Luisa de Saboya de camino a la guerra, ¡entonces los suizos sí tendrían algo que temer! Por no hablar del papa, el rey español y el emperador, todos alineados contra la causa de Francia. Bastaría con concederle a Luisa las libertades de un hombre y darle rienda suelta: todos se acobardarían, a Margarita no le cabía la menor duda.

Después de tantos años de preocupaciones, ahora su madre parecía más entusiasmada que angustiada. La parada en Romorantin era en parte un compromiso, dado que Luisa era la anfitriona… ¡Si al menos Francisco no tuviera que seguir más allá! Pero había otros asuntos que atender. Pese al excelente y digno Consejo Real de Francisco, este no hacía nada sin consultarlo antes con Luisa, y estaba decidido a dejarla a cargo de todo. Aunque también inquirían a Margarita, esta debía quedarse fuera, pero quedándose dentro, entre las paredes del castillo del hermoso Amboise —en cualquier otro momento el lugar que mayor felicidad le proporcionaba—, para velar por su cuñada, la reina Claudia, hasta que Luisa volviera a reunirse con ellas.

Para ella no había viaje a Italia, pese a que su hermano había intentado quitar hierro a su incursión hablando de la belleza que podía verse en esas tierras. El arte que él había adorado desde su infancia y codiciado para sí mismo, los elegantes edificios y ornamentos descritos por aquellos que lo habían precedido, incluidos reyes anteriores, en la pugna entre Francia y las regiones italianas.

Lo peor de quedarse atrás era la constante espera de mensajeros. Sobre todo porque las cartas no iban dirigidas a Margarita —ni siquiera a Claudia, instalada entre almohadones y finas colchas, aguardando ociosamente todo el día, consentida en consideración a sus miedos—, sino a Luisa. Había regresado a Amboise y era oficialmente la *Régente*.

—¡Ya está en Lyon! —anunció su madre—. El Borbón llegó antes que él, como estaba previsto, y ha recibido su propia bienvenida por todo lo alto. Pero ahora mi César se ha reunido con sus tropas y la ciudad se inclina ante él y se regocija con su presencia.

Eso significaba que Francisco se hallaba en la frontera oriental de Francia, y el límite mismo de la seguridad.

Margarita deseó arrancarle a su madre la carta de la mano, pero debía esperar los detalles, palabra por palabra. Si bien a Luisa le temblaba la mano mientras leía, no era por miedo, sino porque se sentía exultante. La ciudad lo había agasajado; su emblema, una salamandra, se veía por todas partes. El poderoso Borbón, al frente de la vanguardia, fue alabado como Juan Bautista antes que Cristo. Para Luisa, cada día era un paso más a la mayor gloria de su hijo, y por tanto la suya propia. No dudaba de él, ni de sí misma.

Margarita, en cambio, se entregaba inquieta a la oración. ¿Era posible que nadie más temiera su derrota? El mero hecho de contemplar esa idea era traición: él debía triunfar. ¿Imaginar al rey derrotado no era acaso lo mismo que imaginarlo muerto? Sin

embargo, su reverenciado cuerpo, pese a tanto paño de oro y plata y terciopelo, pese a la magnífica armadura, era lo más cercano en este mundo al cuerpo de ella. Cuando era niño, Margarita lo había consentido, mimado, había jugado con él, lo había guiado para sacar lo mejor de su hermano… Todo el aprendizaje y la comprensión de Margarita eran para Francisco. Él era de ella. Como ella era de él.

La única persona más cercana a él físicamente era la reina Claudia.

En agosto, Claudia estaba a punto de salir de cuentas, mientras Francisco y sus hombres se preparaban para cruzar los Alpes por un paso secreto y coger desprevenidos a los suizos. Un millar de hombres lo precedían retirando rocas y tendiendo con rapidez puentes sobre un terreno escarpado.

—¡Así, al descender, sorprenderán a nuestros enemigos! — dijo Luisa, y asintió con la cabeza como si ella misma hubiera concebido el plan.

A su madre, pero no a su esposa, Francisco escribió:

> Estamos en las tierras más extrañas que ha visto ningún hombre de nuestra compañía, pero confío en llegar mañana a la llanura del Piamonte con la banda que encabezo, lo que será un gran placer para nosotros, ya que es una gran molestia llevar armadura en estas montañas, porque la mayor parte del tiempo debemos ir a pie y tirar de los caballos por la brida…

Entretanto, en Ambroise, Claudia sentía falsos dolores de parto de vez en cuando, pero nadie podía estar seguro, ya que era su primer hijo. Margarita la visitaba a diario y le detallaba posibles escenas futuras, todas maravillosas, porque cualquier invención valía con tal de eludir el tema de la guerra.

Amortiguaban los sonidos de la habitación tapices delicados con imágenes que no alteraran a la futura madre, colocados para evitar las corrientes de aire. Capas de alfombras cubrían el suelo, y todo estaba en penumbra.

—Es un poco deprimente —susurró Margarita—. *Ma soeur*, ¿no preferiríais tener un poco más de luz para poder leer, por ejemplo?

Pero Claudia negó con la cabeza. Además, sus damas se mantenían firmes: nada intenso debía afectar la llegada del niño real al mundo. Rodeaban el lecho de la reina solo imágenes de la Virgen María. Todo debía apaciguar a Claudia y distraerla de sus preocupaciones.

Luisa, a punto de cenar en el salón principal, donde en ese momento Margarita se reunió con ella, vivía con impaciencia todo ese alboroto en torno a su nuera. Aunque también Luisa albergaba la esperanza de que llegara un varón sano y salvo, ¡tantas contemplaciones dedicadas a la madre le parecían excesivas! Desviaba la atención de su propia posición, ahora que la mayoría de los hombres se habían marchado. *Régente*, por fin…

A Margarita le sirvieron comida que no le apetecía.

—Resulta tan extraño sentarse a esta gran mesa estando ausentes todos los hombres importantes —comentó. Solo se habían quedado las mujeres, los niños y los viejos—. ¡Echo de menos sus voces graves resonando en el salón!

—¿Algunas más que otras, tal vez? —bromeó Luisa.

Margarita la miró sorprendida, preguntándose a quién se referiría; seguramente no a Bonnivet.

—Bueno, echo de menos su ingenio y quizá… su admiración. No es coqueteo, *ma mère*, pero resulta entretenido y estimulante estar en compañía de los caballeros.

—¡Más aún desde el acceso al trono de nuestro césar! —Luisa se echó a reír—. Siempre y cuando las apariencias sean honorables, todo el mundo espera que las damas de alta cuna, en especial las casadas, tengan admiradores. Por devota que seas, no escapa a nadie que tienes muchos *serviteurs*.

—No hago nada que no deba —exclamó Margarita.

—De eso no me cabe duda —dijo Luisa con una sonrisa—. Pero, de momento, por lo menos, nuestros hombres de alta cuna tienen otras obligaciones.

Los que no habían partido hacia Milán estaban acuartelados en los pueblos de las fronteras oriental y sudoriental del reino de Francia.

—Pero es doloroso que le recuerden a una cuál es el deber de los hombres, la realidad a la que se enfrentan… ¡mientras que la reina Claudia se enfrenta aquí a otra clase de peligro!

Luisa, desdeñosa, se inclinó hacia ella.

—Yo era tan joven como Claudia cuando te tuve a ti —dijo en voz baja, y tras limpiarse las manos y la cara, apuró una copa de vino de un trago—. No hay ninguna razón para que no salga de esto ilesa. ¡Es la carga de todas las mujeres desde el pecado de nuestra primera madre Eva! Lo que cuenta es mi pequeño nieto…

—Aun así, para una mujer tan menuda... —Margarita solo podía juguetear con la comida; tensa, se le contraía el estómago a causa de su compasión por la reina.

—Bueno, es posible que su lado de la familia sea enfermizo, y su madre siempre fracasó en los embarazos. Pero nuestra línea, los Angulema, lo compensará. ¡Los hijos de mi hijo serán niños sanos y rebosarán vigor! Fíjate en vosotros dos, que habéis crecido mucho más que vuestros coetáneos.

Era verdad que Margarita y Francisco eran altos y gozaban de buena salud, como Luisa, aparte de la gota… En cambio, Claudia era una niña, y costaba creer que pudiera llevar un hijo dentro.

—Sois más dura con ella de lo que lo es mi hermano el rey —susurró Margarita—. Puede que no sea amor exactamente, pero él siempre trata a su reina con amabilidad y cortesía. Al fin y al cabo, es la hija del difunto rey, nacida más cerca del poder que nosotros.

—Tiene todo el amor que merece cualquiera… o recibe. ¡Debe

considerarse afortunada, y no lo contrario! —Luisa hizo chirriar los dientes blancos y bien conservados.

«Su plácida belleza es como una máscara —pensó Margarita—, que encubre su verdadera naturaleza.» En voz alta, dijo:

—Es muy posible que Claudia supere a su madre y dé muchos hijos al rey. La desventura de la reina Ana con los hijos varones… —en ese instante miró fijamente a su madre a los ojos, como para penetrar en sus profundidades en busca de la menor señal de culpabilidad— no significa que ese vaya a ser el destino de Claudia.

—¡Aun así es hija de su madre!

—¡Pero madre e hija no son una misma persona! Puede haber grandes diferencias entre ambas en todos los sentidos.

Luisa soltó una risotada.

—Desde luego esta noche tenemos la lengua afilada. Tal vez te pesa tu propia falta de… fecundidad al enfrentarte a este *accouchement*, a este alumbramiento. Pero no olvides que todas las mujeres nacen débiles, como Dios nos ha hecho, algunas mucho más que otras.

—¡Vos no sois débil! —Margarita torció el gesto ante esa afectada hipocresía—. ¡Vos misma decís que nunca hay que infravalorar a una mujer!

Llegó un sonoro gemido desde la alcoba de Claudia.

Luisa sonrió y se levantó de la mesa.

—Quizá en adelante veamos verdaderos avances. ¡Ya era hora!

La niña era robusta y lustrosa. Pese a la nariz achatada, Margarita no pudo por menos que ver las facciones de su querido hermano en ella. Todas las damas de Claudia, embelesadas, colmaban de atenciones a la recién nacida: cuándo se la bautizaría, a quién se parecería.

La cuestión de su sexo se la reservaban para cuando nadie las oyera. Pero Margarita sabía qué diría la gente. «Solo es la primera, habría sido mejor…, pero seguro que habrá más.» Luego risitas e insinuaciones sobre la lujuria del rey, nada demasiado descarado. «¿A cuáles de las damas tal vez habría abordado ya Francisco?», se preguntó Margarita. Algunas de ellas vivían con Claudia; algunas iban y venían, pero Francisco, que siempre se fijaba en las mujeres, las conocía a todas.

Estaba la hermosa y joven Diane de Poitiers, cuyo anciano marido, Louis de Brézé, él mismo descendiente de la amante de un rey, no se habría opuesto, pero tal vez fueran solo cotilleos.

O la seria, refinada y culta Anne de Graville: tenía más o menos la misma edad que Margarita, aunque era rubia y deslumbrante —y se había casado contra los deseos de su padre—, de quien Margarita esperaba grandes cosas, dada su inclinación por la poesía. Podían hablar horas y horas; eso Francisco lo valoraría.

Estaba Ana, la joven inglesa de ojos oscuros, que había demostrado ser lista, diligente, elegante, y su hermana María Bolena junto a ella…

Pero todas las damas de Claudia eran formales, discretas y devotas. La reina no toleraba la deshonra en su casa. Las mujeres no podían evitar especular sobre la circunstancia de que el bebé no fuera varón. ¿Acaso el difunto rey Luis no había descartado a su primera esposa, Juana, porque quería una más fértil? Ser «repudiada», menuda palabra.

La pequeña Ana Bolena, una muchacha que aprendía rápido, a menudo acudía a Margarita en busca de explicaciones, y le preguntó por la abominable palabra «repudiada».

—Según tengo entendido —respondió ella con cautela, procurando mantener la vista fija en su bordado—, el papa pudo anular ese matrimonio con Juana porque el difunto rey no lo había consentido y no llegó a consumarse.

Ana parpadeó y frunció el entrecejo.

—Pero ¿no llevaban casados mucho tiempo?

—Veintidós años.

—Entonces, ¿cómo…? —Ana se interrumpió, tal vez cauta porque Margarita no tenía hijos pese a llevar mucho tiempo casada.

—Se dijo que había sido un matrimonio por la fuerza y ambas partes eran demasiado jóvenes. Y que Juana tenía defectos físicos que impedían obtener el resultado deseado. —Margarita esperaba que la muchacha no pidiera más detalles sobre esos defectos.

Las damas más jóvenes aún tenían dificultades para entender esas contradicciones. El matrimonio era una obligación para las mujeres, pero los reyes podían cancelarlo con relativa facilidad, por lo visto, si representaba un obstáculo para un hijo y heredero. Lo que se aprendía en forma de doctrina y lo que se veía con los propios ojos a menudo no coincidían. Sin embargo, Margarita se estremecía por ello en igual medida que Ana.

—Pero, entonces, ¿la reina Juana no se negó? —Ana sostuvo un hilo para que Margarita lo cortara de la madeja.

—Desde luego que se defendió. Pero ¿qué mujer puede plantarle cara al papa?

—Yo sí encontraría la manera. —Ana echó hacia atrás la cabeza—. Era reina, ¿no?

Margarita sonrió. Ojalá fuera tan sencillo. Esperaba que su hermano hubiera dejado en paz a la pequeña Ana Bolena. Los hombres experimentaban pocas consecuencias; las mujeres a menudo acababan arruinadas por las simples habladurías. ¿Y corría alguna sobre ella misma? En su presencia, la gente decía que Margarita era un modelo de piedad, de pureza. Era cierto que nunca dejaba que sus pensamientos vagaran libres. Una o dos veces en sueños, pero eso no lo podía controlar; lo causaba la luna o el tiempo.

Tal vez su madre tuviera sueños premonitorios, pero los de Margarita eran terrenales: no los interpretaba como señales. Y había soñado… con Anne de Montmorency: un hombre valiente, de mandíbula angulosa, el atractivo Anne, primo de Bonnivet, así llamado

por su difunta madrina, la reina Ana, hijo de un barón que había servido durante largo tiempo al difunto rey… Anne, amigo de la infancia de Francisco… ¡Los sueños no se podían controlar!

Al recordar ahora ese sueño se sintió aturdida. Sobre todo porque durante el día jamás había pensado en él de esa manera. Era un Montmorency, su «primo», también su amigo, ¡no un hombre que hubiera dado señales de sentirse atraído por ella! ¿Por qué no había soñado que Carlos ponía una mano delicada en ella del mismo modo, o incluso las dos manos…? Pero, por favor, no su boca remilgada y sobria… Se rio cáusticamente solo de pensarlo.

En cualquier caso, su marido y Montmorency se habían ido junto con los demás: habían cruzado los Alpes, camino de Milán, unidos sus destinos a los de su hermano. Margarita no soportaba nunca la ausencia de Francisco, pero en un momento como ese…, ¡con su primera hija recién nacida!

Acosaba a su madre a diario.

—Tenemos que enviar un mensajero a Francisco.

—¡Va de camino a la batalla, y al triunfo!

Aun así, querría saber que tenía una hija; del mismo modo, debía querer saber que su esposa estaba sana y salva. ¿O no?

Luisa, muy ocupada con los asuntos de la regencia, apenas prestaba atención a una simple niña, por más que se llamara igual que ella. «A su debido tiempo», repetía cuando Margarita entraba en su cámara. Luisa leía los asuntos que presentaría ante el Consejo; en cuanto supo que el bebé era una niña, volcó su energía en otras cuestiones.

—¿Acaso la pequeña no es una noticia suficientemente importante? —preguntó Margarita con frustración.

Luisa la miró.

—Claro que es importante. Es una Hija de Francia y será vital para muy diversas negociaciones. De más está que te explique su valor estratégico en futuros compromisos, o incluso en un posible enlace matrimonial. Ya hemos hablado del tema.

—Pero no me refiero solo a eso, mi señora madre: es una persona. Es mi sobrina, carne de la carne de mi hermano. La querré como si fuera hija mía. —Margarita procuró que eso no sonara a reproche. Estaba pensando en sí misma de niña: también primogénita sin ser varón.

Sin inmutarse, su madre prosiguió con sus anotaciones.

—Así debe ser. Es la lealtad que debes a tu rey. Y es exigible, aun si no llegas a tener hijos propios. —Introdujo la pluma en el tintero de cuerno y apoyó una mano en el hombro de Margarita: un contacto poco común—. Yo me alegré mucho de tenerte, hija mía, pese a que no eras el hijo varón que esperaba. Él llegó a su debido tiempo.

Margarita enarcó una ceja.

—Eso no me lo habías dicho nunca.

—Ah. —Luisa sonrió y retiró la mano, como abochornada—. Me dije: «Dios ha enviado a esta pobre niña con el fin de allanar el camino

para mi hijo; de servirle en todo como ayudante, como Eva fue creada para Adán. Ese es tu papel en la vida, Margarita».

Se le contrajo el estómago. Eva para Adán: ¿tenía su madre la menor sospecha de lo que Francisco había intentado hacía muchos años? Y ella le había puesto freno con un «no».

—Eva fue la esposa de Adán, señora; ese debe ser el papel de Claudia, no el mío.

—Tú has de compensar aquello de lo que ella carece. Es una buena muchacha, a su manera, ¡Pero la bondad no basta! —Luisa recogió sus documentos y se puso en pie—. Ven, tenemos una reunión a la que asistir. Y después debemos hablar de devociones, y de una o dos peregrinaciones, para abogar por la causa de tu hermano.

> El 13 de septiembre de 1515, que cayó en jueves, mi hijo venció y derrotó a los suizos cerca de Milán… y ese mismo día me marché de Amboise con la intención de ir a pie a Nuestra Señora de las Fuentes, para encomendarle a quien amo más que a mí misma, que es mi hijo, el glorioso y triunfal césar, que ha subyugado a los helvéticos.
>
> Ese mismo día 13 de septiembre de 1515, entre las siete y las ocho de la tarde, se vio, en varios lugares de Flandes, una intensa antorcha tan larga como una lanza; y dio la impresión de que fuera a caer sobre las casas; pero brillaba de tal modo que cien antorchas no habrían dado tanta luz.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

> Señora:
>
> Con el fin de informaros acerca de las circunstancias de nuestra batalla, os hago saber que ayer, una hora después del mediodía, nuestra guardia, que se hallaba a las puertas de Milán, nos alertó de que los suizos salían en tropel de la ciudad para combatir contra nosotros…

La batalla de Marignano empezó al día siguiente del vigésimo primer cumpleaños del rey y dos días después del cumpleaños de su madre. La noticia de la victoria llegó rápidamente, pero solo al cabo de un mes conocieron todos los detalles.

—¿Está indemne? —A Margarita el resto no le preocupaba.

Luisa leyó detenidamente la carta y la resumió.

—¡Exhausto pero triunfal! —exclamó—. ¡Escucha! Gracias a Marignano, su nombre resonará en toda la cristiandad…

Francisco escribió con orgullo y en detalle sobre la batalla que se había prolongado desde las tres de la tarde hasta «entre las once y las doce de la noche, cuando nos abandonó la luna», y después, a la mañana siguiente, se había reanudado hasta las dos de la tarde.

Y creedme, señora, nos pasamos 28 horas a caballo, el casco en la cabeza, sin comer ni beber… Y nadie dirá nunca más que nuestros soldados son simples «liebres armadas», porque fueron ellos, con su comportamiento irreprochable, quienes lo lograron… en dos mil años no se ha librado una batalla tan orgullosa ni tan cruel… Señora, expresemos a Dios nuestra gratitud en todo el reino, por la victoria que ha tenido a bien concedernos…

Escrito en el campamento de Santa Brígida, viernes, 14 de septiembre del año 1515.

«Liebres armadas»: esa había sido la pulla de los ingleses en Picardía cuando los franceses huyeron… Ahora, tras Marignano, se habían redimido de su vergüenza y habían recuperado Milán.

Luisa, Margarita y Claudia, ya recuperada, partieron y cruzaron Francia con su enorme séquito de ayudantes, amigos y seguidores para reunirse con Francisco en su viaje de regreso. En todas partes pidieron al pueblo que diera gracias por la victoria y la gloria que ahora correspondían a su rey. Sin duda, Dios debía estar de su lado.

Por la noche, mientras Margarita rezaba a solas, sintió desazón. Esa gloria, esa enorme gratitud del pueblo francés, la derrota del usurpador Sforza, habían tenido un precio muy alto. «No matarás»: sin embargo, hubo más de diez mil muertos, sumando las bajas de ambos bandos. «Pero no mi rey y hermano», se repetía para acallar su conciencia.

Durante esos meses, allí adonde viajaba, la gente apelaba a ella, como hermana del rey, en busca de ayuda. Los conventos estaban sumidos en el caos por la corrupción y otras formas de mala conducta. Escribió cartas al Parlamento para que los disciplinaran; atendió las quejas locales. Para el pueblo, era casi una reina. ¿Por qué, pues, se sentía tan débil e inútil?

Durante el día Margarita viajaba y se distraía con la corte ambulante. Por la noche se enfrentaba a los forcejeos de su alma.

El 13 de enero de 1516, mi hijo, a su regreso de la batalla con los suizos, se reunió conmigo cerca de Sisteron, en la Provenza, a orillas del Durance, a eso de las seis de la tarde; y bien sabe Dios el alivio que yo, una pobre madre, sentí al ver a mi hijo sano y salvo, tras sufrir y sobrellevar tanta violencia por servir al bien público.

LUISA DE SABOYA, *Diario*

El reencuentro colmó todas las expectativas de las tres mujeres. De ahí en adelante compartieron la gloria del rey en su viaje en dirección sur hacia Marsella, visitando ciudades y haciendo peregrinaciones.

Francisco, tras nombrar a su gran primo Borbón, hombre de su confianza, teniente general a cargo de los asuntos de Italia, siempre se dejaba ver y ensalzar por su pueblo.

En Marsella se organizaron celebraciones y se escenificaron batallas donde los participantes lanzaban naranjas. A continuación, visitaron una de las islas, donde se había detenido un buque que transportaba, como obsequio para el papa, un extraño animal que llamaban «renossero», procedente del otro lado del mar. Como Francisco insistió en verlo, lo trasladaron a tierra.

«Como un Dios —pensó Margarita—. Todo lo que ordena se cumple.»

Siguieron hasta Aix, Arlés, Tarascón, Aviñón… Se atendieron numerosos asuntos y se celebraron numerosas ceremonias para promover los intereses del rey. Sus mujeres —madre, hermana, esposa— lo acompañaron a casi todas partes.

Cuando llegaron a la gran ciudad de Lyon a principios de 1516, Margarita se empeñó en ir a todos los emplazamientos sagrados, santuarios y lugares de oración de la hermosa ciudad. Se sentía aún abrumada por el regreso de su hermano.

—Tu fervor religioso empieza a comentarse en todas partes —dijo Luisa con mordacidad una noche cuando Margarita se disponía a salir para realizar sus devociones en la iglesia de SaintJean—. Mostrar agradecimiento es una cosa, pero, cuidado, no vaya a ser que des la impresión de que tienes algo que expiar.

—*Todos* tenemos algo que expiar —repuso Margarita, pero se rio a la vez que se abrigaba para salir a la ciudad en compañía de un pequeño grupo de damas.

Después de vísperas, se disponían a rezar una novena ante el crucifijo del presbiterio, cuando oyó que alguien se acercaba al sitio donde se hallaban arrodilladas. Un destello de luz en la oscuridad cerca del altar reveló que era una monja joven.

Margarita se levantó, se apartó de sus damas y se aproximó a ella.

La monja, sin percatarse de la presencia de Margarita, se arrodilló y, golpeándose el pecho, lloró.

—¡Dios, ten piedad de mí, pecadora!

Se puso en pie de un salto al ver a Margarita, que dijo de inmediato:

—Querida mía, ¿qué pasa? ¿Qué hacéis aquí?

La joven se enjugó las lágrimas con la manga.

—Mi pesadumbre es tal que solo puedo acudir a Dios, a quien pido —en ese momento se inclinó ante Margarita como persona de más alto rango— que alguien me presente a la hermana del rey, la duquesa de Alençon, porque he sabido que se encuentra en esta ciudad y solo a ella puedo decírselo… Sé que ella puede restablecer el orden.

«Eso es, pues, lo que piensan de mí», observó Margarita, pero debía contener el orgullo.

—Querida mía, podéis hablarme como si hablarais con ella, porque es gran amiga mía.

La monja, con el velo medio caído, negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo hablar con nadie más.

Margarita reveló entonces su verdadera identidad. La monja se postró de nuevo de rodillas, llorando, pero no tardó en recobrar la compostura lo suficiente para contar su historia:

En una gran ciudad cuyo nombre no puedo dar, yo pertenecía a un convento junto a un hospital, en el que estábamos unas quince hermanas con nuestra madre priora, y cerca de nuestro hogar había otra casa con un prior y siete u ocho hombres religiosos bajo su cargo. Esos hombres celebraban el oficio cada día; en cambio, nosotras las monjas solo rezábamos nuestros padrenuestros y las breves Horas de la Virgen, por el mucho tiempo que dedicábamos al cuidado de los enfermos.

Un día, un pobre hombre enfermo yacía en su lecho de muerte; habíamos hecho todo lo posible por su cuerpo. Todo fue en vano, y sabíamos que debíamos atender ya su alma.

—¡Ve a por uno de los sacerdotes —dijo mi hermana—, para que oiga su confesión y le dé la extremaunción!

El paciente tardó mucho tiempo en morir, y aunque había perdido el habla, pensábamos que aún nos oía, de modo que, turnándonos, nos quedamos a su lado para pronunciar palabras de consuelo. Sin embargo, al avanzar la noche, la fatiga nos venció a casi todas, y yo fui la única que, en lugar de acostarse, se quedó con él y lo atendió mientras moría. Me acompañaba un monje al que temía más que al prior, ya que su austeridad y su muy severa virtud eran bien conocidas tanto por sus palabras como por su manera de vivir.

Cuando amortajábamos al pobre difunto, y yo me estremecí de compasión y horror ante la muerte, el riguroso monje empezó a hablarme de los pesares de esta vida y las alegrías del más allá, y tan arrobado estaba que de pronto me estrechó entre sus brazos. Pese a lo extraño de la situación, al principio no sospeché mala intención, puesto que era un hombre muy devoto y de total confianza. Pero acto seguido procedió a servirse de mí de un modo más propio del demonio que de Dios. Yo, presa del miedo, no se lo impedí; apenas entendía lo que ocurría.

—¡Pero un pecado secreto no es un pecado! —dijo él después de lo que había hecho—. Y no hemos ofendido a ningún cónyuge, puesto que ninguno de los dos está casado, así que nadie tiene que saberlo. No hace falta que te confieses con nadie más que conmigo…

Una y otra vez, a instancias suyas, volví a él de este modo en ocasiones posteriores, a la vez que él me aseguraba que el agua bendita limpiaría cualquier pecado. Me decía que no debía desobedecer. Pasado un tiempo, me quedé en estado.

Entonces supe que debía acudir a la priora y pedirle que echaran al mal monje, ya que era ladino y astuto, y continuaría con sus

fechorías. Sin embargo, tanto ella como el prior se rieron. Dijeron que yo era ya bastante mayor para cuidar de mí —y más ahora que iba a ser madre—; además, ¿acaso no era el monje el más piadoso de todos los hombres?

Les supliqué, pues, que me permitieran ir en peregrinación a Roma, porque pienso que el Santo Padre podría devolverme la virginidad, y por eso me encontráis aquí en Lyon de viaje. Sé muy bien que me liberaron de la clausura para deshacerse de mí, con la intención de que no causara problemas en el convento, y acudo a vos, señora, en busca de ayuda. No puedo contárselo a nadie más, porque ¿quién iba a creerme a mí, una simple mujer?

Margarita se indignó. Esa joven monja, la muy necia, acaso se hubiera sometido por miedo y se equivocara al creer que el papa era capaz de hacer lo imposible. Pero no podía tolerarse a un monje así. ¡Vaya si era necesaria la reforma!

En ese asunto Margarita sí podía intervenir. Esa solo era la más extraña de las historias que le habían llegado hasta el momento —¡seducción en presencia de un cadáver!—, y sin embargo, la esencia era la misma. «Seamos de alta o baja cuna, todos nos hallamos al borde del mismo abismo», comprendió, y se le ensombreció el rostro al acordarse de Bonnivet. Cómo, en su orgullo, se había sentido tratada como una ramera: como si las mujeres de cualquier condición en la vida estuvieran obligadas a soportar aquello.

La idea acudió a Margarita en forma de destello: a ese respecto todas las mujeres eran como ella, y ella, como todas las mujeres. Antes de cruzarse con esa humilde monja, no era consciente de eso.

—¡No es necesario que vayas a Roma! —exclamó—. ¡Esto se acaba aquí! Debes decirme el nombre del pueblo, y yo me encargaré de que se expulse a ese hombre. Hace ya demasiado tiempo que ocurren estas cosas. Escribiré y lo resolveré.

Con certeza, el obispo tomaría medidas cuando viera el nombre de Margarita al pie de la página.

Luisa, cuando Margarita le habló de su indignación, se echó a reír y dijo:

—Acabarás recogiendo a todos los animales extraviados. ¿Y por qué andabas escuchando a escondidas en la iglesia? ¡Escuchabas las plegarias de otra persona! No tengo paciencia con ilusas como esa monja.

—Y yo no tengo paciencia con los explotadores de mujeres —espetó Margarita. Pensó en Francisco, ocupado con un sinfín de asuntos, y lo descartó—. En especial cuando actúan amparándose en la religión.

Luisa suspiró.

—Bueno, tenemos una causa común, cuando se trata de monjes indisciplinados… Créeme, ahora que tu hermano ha asegurado nuestros intereses ante el papa, las cosas serán muy distintas en lo que

atañe a la Iglesia. ¡Ahora tenemos al papa donde nos conviene! Los nombramientos deben quedar totalmente bajo el control del rey: se dejará claro a los obispos y sacerdotes cuál es su lugar.

—Y entonces podremos iniciar la reforma…

Luisa sonrió con su frialdad habitual.

—¡Una reforma que refuerce el reino y el poder del rey, por supuesto! Pero nada que se interponga en su camino.

Desde la victoria de Marignano, Francisco ya había mantenido reuniones con el papa León de Médici. Nápoles, en manos de Fernando de Aragón, había temido hasta dónde podía llegar el rey francés, después de conquistar Milán, con el consentimiento del papa.

—No me cabe duda de que ahora Francisco estará en buenas relaciones con León —dijo Luisa.

—Pero en realidad se necesitan mutuamente, ¿no? —reflexionó Margarita—. Un rey francés con control sobre un ducado italiano debe contar en alguna medida con el apoyo del papa.

No se trataba solo de Nápoles, aunque eso era una cuestión acuciante ahora que Fernando había muerto y había quedado como heredero Carlos, el joven flamenco… También había que tener en cuenta el poder dentro de la Iglesia francesa. Desde hacía casi ochenta años, la Pragmática Sanción de Bourges había establecido que la Iglesia francesa podía elegir a sus propios cargos y había reducido al mínimo el poder del papa sobre sus asuntos. Convenía tanto a León como a Francisco modificar esa Sanción.

Acaso eso también beneficiara a Margarita: era un medio para combatir los abusos religiosos que veía a su alrededor en todas partes. Acciones cometidas por hombres lascivos, acciones sobre las que la habían informado tanto mujeres pobres de origen humilde como mujeres de alta posición. La reforma de la Iglesia podía reforzar el reino de su hermano.

Luisa hablaba con orgullo de la «importancia» de Margarita; Dios debía de tener algún motivo para concederle ese don… Debía empezar por sus propios dominios en Normandía: los conventos donde parecían haberse olvidado las cuestiones espirituales. Después de eso, como ondas en la superficie del agua, seguiría por toda Francia, y a saber hasta dónde podía llegar.

Pronto empezaron a suceder grandes cosas procedentes del extranjero, muy en particular con la llegada de Leonardo da Vinci, a quien Francisco había acogido en la hermosa mansión de Cloux en Amboise, no muy lejos del castillo. Con él llegó la emoción de nuevas ideas artísticas, nuevos planes para edificios y formas de vida. Pero mientras la vida pública era un torbellino, la vida íntima de Margarita estaba estancada.

—Todos dicen, *ma mignonne*, que te entregas a causas… ¡políticas, religiosas!... por el frío de tu cama.

Francisco cruzaba cualquier línea roja que le viniese en gana; Margarita no podía tomarlo a mal.

—Eso son invenciones vuestras, con el fin de meteros en mis asuntos privados —repuso ella en broma—. Yo ya tengo mis propios espías para seguir el rastro de lo que se cuenta de mí.

—Pero deberías sacar el mayor provecho de su regreso… —Se refería a Carlos.

—Por supuesto. Doy gracias a Dios por que haya sobrevivido.

—Bien está. Pero ¿eso es solo lo que *debes* sentir? —Francisco le golpeteó de forma juguetona la cintura.

—Ojalá todos nosotros sintiéramos solo lo que debemos sentir… —dijo ella, y él se echó a reír.

El rey había sacado el mayor provecho de su propio regreso, y sin pérdida de tiempo, ya que, a finales de aquel año de 1516, la reina Claudia volvió a dar a luz en Amboise. De nuevo era una hija: Carlota, así nombrada por Carlos el flamenco, que ahora era Carlos I de España. Su hermana mayor Luisa, de doce meses, ya había demostrado su valía, y la habían prometido ese verano con Carlos I. Esa alianza prevista resolvía —o eso parecía— las aspiraciones sobre Nápoles que tanto Carlos como Francia reafirmaban.

Por consiguiente, cuando Claudia trajo al mundo un tercer hijo dos años más tarde —y era por fin un niño varón—, el éxito y el júbilo del rey parecían absolutos.

No importaba que el año anterior se hubieran congelado los viñedos por todo el país poco después de Semana Santa, ni la sequía en torno a París, causante de la pérdida de las cosechas y la carestía del heno y la avena, ni que el río Sena llevara tan poca agua en su cauce que las mercancías transportadas normalmente en barco eran también caras y escasas. Eso ahora podía parecer intrascendente, ya que Dios había dado un heredero al rey, de nombre Francisco como su padre, a quien Claudia envió un mensaje:

Decidle al rey que es incluso más hermoso que él mismo.

Eso podía compensar cualquier descontento, tanto entre el pueblo por sus sufrimientos como entre el clero francés y el Parlamento, que se resistían al nuevo Concordato entre Francisco y el papa. Margarita estuvo presente en las procesiones y las ceremonias de acción de gracias: sería la madrina del joven príncipe.

—¡Y el papa será el padrino, ya lo verás! —Francisco estaba eufórico. Enjugó las lágrimas de la mejilla de su hermana mientras estaban en la iglesia—. También tú tendrás un heredero a su debido tiempo —musitó—. Algún día tienes que conocer este triunfo.

Ella movió la cabeza en un gesto de negación.

—*Sire,* no es envidia; solo son lágrimas de alegría.

Recordó que, cuando lloró en su boda hacía muchos años, su madre, para encubrirlo, dijo que eran lágrimas de alegría.

Pero no era verdad. Ahora las lágrimas se debían a una circunstancia que no podía reconocer: ese gran acontecimiento por un hijo varón cuando las dos hijas anteriores de Francisco no habían sido más que felices decepciones para los planes de la realeza.

—Siempre querré y cuidaré de todos vuestros hijos como si fueran míos —susurró, y Francisco sonrió. Ella vivía para esa sonrisa radiante.

—Y yo siempre te mantendré a mi lado. Serás madre de… grandes hombres. Lo sé.

No dijo «reyes», claro, porque ahora ya tenía su propio hijo. Cualquier hijo que ella pudiera traer al mundo —¡como si fuera a traerlos!— sería solo un último recurso, muy alejado de la línea sucesoria, como lo había sido Francisco en su día.

Como el delfín Francisco nació en pleno invierno, no se lo bautizó hasta la primavera de 1518. Asistieron tantos invitados a la ceremonia que hubo que cubrir el patio de Amboise con un toldo por si llovía, para crear un salón provisional con cabida suficiente. Ese techo improvisado se adornó con flores de lis, y se colgaron de las paredes tapices de Troya y Jerusalén. Se veían por todas partes imágenes de delfines, un símbolo en alusión al *dauphin* recién nacido. Fue todo a instancias de Luisa, y el gran Leonardo se encargó del diseño y la supervisión.

Al atardecer, se apostaron a lo largo del recorrido hacia la capilla cientos de guardias y arqueros suizos, iluminando el camino para los músicos del rey, seguidos primero de los heraldos y después de todos los oficiales, nobles y príncipes. El bebé vestía una larga capa de paño de plata que sostenían detrás de él varios señores. Le acercaron todos los símbolos: la pila, la jarra, la cuna. El primo Borbón, recién llegado de Italia, llevaba la vela de cera, y el marido de Margarita, el salero. Esta iba en la procesión detrás de su madre, a quien escoltaba Enrique de Albret, el joven rey de Navarra.

De unos quince años de edad, apuesto y distante, con una sonrisa desdeñosa, Enrique vivía en la corte de Francisco, lejos de sus propias tierras. Estas incluían el Bearne y Navarra, solo la Baja Navarra, a este lado de las montañas, ya que el difunto rey español Fernando había invadido y ocupado la Alta Navarra más allá de los Pirineos. Su sucesor, el rey Carlos I, había prometido devolver Navarra a Enrique, pero eso aún no había ocurrido…

«Nos conviene —había dicho Luisa a Margarita— tener a este hombre cerca y que nos sea leal. Pese a su juventud, y a estar en cierta medida privado de sus posesiones, sigue siendo un gran señor cuyos intereses deberían alinearse con los de Francia. Algún día Francisco le encontrará una pareja adecuada para asegurarse de que así sea.»

Llegado el momento, quizá Margarita tuviera que atender esa cuestión, como su hermano le pedía a menudo. «¡Eres la más sagaz de

las casamenteras!», decía siempre él.

Su propia pareja *de conveniencia*, el duque de Alençon, que no le había dado hijos en nueve años, entregó el salero y retrocedió un paso. Margarita se dirigió al estrado, donde estaba la fuente, y se reunió con el duque de Urbino, soberano de Florencia y representante del papa, que se hallaba de visita y había llevado en brazos al valioso delfín. Ella permaneció tensa por la emoción mientras el cardenal De Boisy oficiaba la ceremonia. Francisco y su reina la observaban desde una galería lateral. Los acompañaba Bonnivet, su viejo amigo y enemigo, ahora almirante de Francia.

Bonnivet mantenía la vista fija en Margarita como si pudiera poseerla solo con los ojos. Ella procuró que sus miradas no se cruzaran. Él siempre la buscaba, incluso después de tantos años y de tantos infames devaneos que nunca había intentado disimular. El año anterior había enviudado y se había vuelto a casar, sin embargo, eso no le había impedido persistir en su actitud. Todo el mundo sabía que Bonnivet tenía queridas en Milán y probablemente por toda Francia. Pero la gente se lo consentía y perdonaba, igual que hacían con su hermano. La corte se reía de sus hazañas, de la forma en que engañaba a damas de alta cuna para satisfacer sus propios deseos. Lejos de avergonzarse, se enorgullecía.

Aunque Margarita hacía ver que sonreía cuando le repetían esas anécdotas, en el fondo de su alma bullía de humillación. Ella había eludido por poco el destino de esas mujeres, ¿y cómo se habría vanagloriado él si lo hubiera conseguido?

Margarita miraba con determinación hacia cualquier sitio menos a Bonnivet, pese a que este se encontraba justo al lado de su hermano, el rey. Se concentraba en sus oraciones.

Después de la ceremonia hubo celebraciones en el patio entoldado y en otras estancias del castillo. Los invitados escucharon una balada de un joven poeta cuyo padre, Jean, había sido anteriormente poeta de la corte del difunto rey Luis y ahora estaba con Francisco. El hijo de Jean, Clément, advirtió Margarita, empezaba a superar a su padre.

Con la concurrencia en silencio, empezó a recitar. Desde la primera estrofa, observó Margarita, el poeta abogó por la paz como el mejor regalo que podía traer el recién nacido.

CLÉMENT MAROT,
DESDE EL NACIMIENTO DE MI SEÑOR EL DELFÍN

Cuando Neptuno, poderoso Dios del Mar,
dejó de armar cada carraca y galera,
el pueblo francés inevitablemente lo amó,
y con entusiasmo sus saladas olas aclamó,
por su deseo de que en los valles reinara la calma…

Luego se impuso a los monstruos marinos,

y enseguida aplacó todos los temporales,
librando del temor a hundirse a los buques,
que por fin surcaron la marea con las velas lacias.
Los peces grandes saltaban y vociferaban,
pero los pequeños emitían un sereno llamamiento, u
nido su canto al de la sirena, de dulce belleza,
en reverente loa de este noble nacimiento,
dándole la bienvenida entre el majestuoso oleaje
al magnífico Delfín, tan anhelado en Francia…

—He ahí un auténtico poeta —comentó Margarita, sobrecogida, a su hermano después de la interpretación. Sí, los versos eran halagüeños, destinados a granjearse el favor del rey. Pero el deseo de paz del poeta parecía sincero, y su elaboración de las imágenes acuáticas era compleja… Se valía del juego con los dos significados de «delfín», igual que en los diseños de Leonardo.

¿Quiénes eran los peces grandes, y quiénes los pequeños? Ese poeta, por medio de un arte sutil, expresaba cosas que los demás no podían decir. Margarita pensó que debía modificar algunos de sus propios poemas, para imitar esa manera de prolongar la metáfora. Clément era un poco más joven que ella, ¡pero poseía grandes aptitudes y talento!

—Debo aprender de él —dijo.

Francisco, satisfecho y divertido, se volvió hacia ella.

—¿No son, pues, sus grandes ojos de ternero y su porte lo que atrae tu atención?

Era verdad que Clément, pese a su escasa estatura, era atractivo, conmovedor y reflexivo, pero en la corte había muchos hombres apuestos.

—No, no —contestó ella con picardía—, pero me gustan los hombres con sentido del ritmo.

Francisco enarcó las cejas.

—¿Alençon no ha probado, pues, con la poesía?

Margarita se rio.

—Creo que este joven poeta encajaría muy bien en tu casa —prosiguió Francisco—. He estado pensando que quizá le convendría un cambio. Es demasiado inteligente para seguir siendo paje o escribano durante mucho tiempo. Y pese a mis esfuerzos cuando dispongo de tiempo, *mignonne*, la verdad es que la poesía es más lo tuyo que lo mío.

—Sois demasiado modesto, *sire* —dijo ella, pero él insistió.

—¡No, te lo cederé! A ver qué provecho sacas de él, y él de ti… en cuanto acaben estos grandes acontecimientos.

Poco después del bautizo del delfín, se celebró la trascendental boda, la otra razón por la que el duque de Urbino había viajado a Francia. Padrino por poderes en la primera ceremonia, ese duque de Médici era sobrino del papa y estaba a punto de casarse en Amboise con una parienta lejana del rey francés, Magdalena, que era rica y

poseía muchas tierras. La unión corroboraría el acuerdo entre Francisco y el papa, pese a la gran oposición local al Concordato. Sellaba el apoyo papal que Francisco necesitaba para alcanzar sus objetivos en el extranjero y proporcionaba a los Médici una conexión con un personaje de alta cuna.

Con el bautizo y la boda, Amboise resplandeció con los festejos, las justas y los bailes. La noche se convirtió en día bajo las antorchas del patio entoldado. Primero se celebró un baile con setenta y dos damas enmascaradas, todas ataviadas de colores vivos conforme a las indumentarias propias de numerosos territorios distintos; a eso siguió una mascarada en la que participaron todos y que se prolongó hasta el amanecer.

Margarita, al ir a buscar un refrigerio, se encontró cara a cara ante Bonnivet, ambos enmascarados. Ni siquiera con el rostro cubierto podía esconderse de él. Al margen de lo que hubiera ocurrido entre ellos, ese hombre seguía siendo un elemento central en la vida de la familia.

Él se despojó de la máscara, inclinó la cabeza y susurró:

—¿Verdad que la novia es hermosa? ¡Y tan joven! No se imagina lo que le espera.

—Hace calor aquí. Voy a tomar un poco el aire.

Margarita se movió con rapidez, pero él se había situado ya frente a ella. Le apartó una cortina para dejarla pasar.

—Algunos sostienen que la pobre se casa con la mismísima avariosis —musitó él—. ¡Al novio se le ven las señales por toda la cara! Lo que los italianos llaman el mal francés, lo que nosotros llamamos el *mal de Naples*…

Nadie como Bonnivet para incurrir en comentarios inapropiados, pero Margarita no estaba dispuesta a dejarse abochornar y dijo:

—¡Os veo muy ducho en geografía! Yo no sé nada de eso.

—No —repuso él con sorna—, vos no podéis tener esa clase de preocupaciones. Estas son solo para aquellos de nosotros que vivimos en la carne, mientras que vos parecéis vivir en el aire…

Margarita no picó el anzuelo.

—Solo les deseo a los dos felicidad y una larga vida juntos.

—Puede que ella, con suerte, tenga una larga vida —Bonnivet soltó una mordaz risotada—, pero él está condenado.

—Todos estamos condenados, antes o después.

—Algunos antes que otros.

Margarita lo miró alarmada.

—¿No estaréis vos enfermo?

—¿Os importaría mucho si lo estuviera?

—No me gusta ver sufrir a nadie.

—Yo estoy sufriendo ahora, como siempre en vuestra presencia.

Bonnivet se acercó a ella; ella retrocedió.

—Es hora de que vuelva con mis damas.

—¿No con vuestro marido el duque? —dijo él en voz alta cuando

Margarita se alejaba, pero ella ya había cruzado la cortina.

Siempre tenía que haber algo desagradable, pensó, algo que pesaba en la conciencia, que aguaba toda forma de alegría. ¿Echaban a Magdalena en brazos del duque enfermo solo por servir a Francia? ¿Era Margarita culpable de eso de algún modo, ella, que era solo la hermana del rey? ¿Debería haberse opuesto? Y tenía que ser Bonnivet, cómo no, quien vertiera el veneno metafórico en la bebida de la fiesta… Margarita procuró apartárselo de la cabeza. Solo quería bailar y divertirse, como todos los demás.

En la reunión principal, el bufón Triboulet estaba en plena actuación cuando entró Margarita. No oyó qué decía el bufón, pero este, de pronto, dejándose llevar, dio una palmada al rey en el trasero.

Se apagaron las risas de toda la corte. Francisco se dio media vuelta, pálido de estupefacción. Tocar al rey se consideraba una agresión, pero ¡tocarlo ahí!

La mirada de Francisco se cruzó con la de Margarita. Ella no se atrevió a sonreír, pero lo miró con los ojos muy abiertos. «¡Pensad!» Hizo llegar la palabra a la mente de su hermano. Los dos apreciaban al viejo Triboulet, pero sabían que eso no podía quedar impune. Causaría indignación.

Francisco dirigió la vista hacia su madre, en busca de su perspicacia. Luisa estaba atónita.

—¡*Enfin*! —dijo el rey al bufón, que por una vez no temblaba de regocijo, sino de miedo—. Por menos de esto muchos bufones han perdido la cabeza. Sin embargo yo, con mi gran misericordia —se dio media vuelta abarcando a la corte con el vuelo de su túnica en un gesto de reconocimiento—, te perdonaré… Sí, te perdonaré, bufón, si consigues lo siguiente: cuéntame un chiste que sea incluso más ofensivo que lo que acabas de hacer.

Se oyeron unas risitas entre la muchedumbre vacilante.

—Naturalmente —exclamó Triboulet, siempre ingenioso—. ¡*Sire*! ¡Os pido perdón! Debéis disculparme, porque si os he tocado ahí, ¡es porque he pensado que erais la reina!

Francisco soltó una carcajada, la indicación de que todos podían reír y sentir alivio. Triboulet ejecutó unas volteretas y —aunque ya no era precisamente joven— coronó su triunfo doblándose hacia atrás con una contorsión en medio de un tintineo de cascabeles.

Nadie se atrevió a mirar a la reina Claudia, pero había pasado el peligro, y pronto se reanudaron el baile y la distribución de refrigerios. Claudia, contenida y callada, nunca se tomaba esas cosas a título personal. Había desarrollado la misma apariencia regia de su difunta madre, y la necesitaba, por los muchos insultos que tenía que oír durante las diversiones de su marido el rey.

Las ofensas no se limitaban a las pullas de los bufones, sino que últimamente incluían además a una querida instalada en la corte. Normalmente, Francisco mantenía sus aventuras en otros lugares. Ahora se trataba de Françoise de Foix, madame de Châteaubriant —

casada y madre—, de cabello oscuro y piel aceitunada, a quien la corte criticaba pese a reconocer su imponente belleza. Era aproximadamente de la misma edad que el rey. Algunos sostenían que nada había ocurrido aún entre ellos, pero Margarita conocía bien a su hermano. La hermosa Françoise tenía pocas posibilidades de resistirse.

A Luisa, por supuesto, no le caía bien. ¡La casa de Foix! Y una influencia no prevista en su césar que, además, se afanaba por conseguir favores para su familia. Margarita, en cambio, disculpaba a su hermano: ¿cómo podía contenerse ante la belleza de Françoise?

Aun así, Margarita estaba inquieta: Françoise de Foix, con el transcurso de los meses en su papel de querida, había empezado a burlarse de Bonnivet siempre que su nombre salía en la conversación. Lo hacía sobre todo si el rey se hallaba cerca. Era como una obsesión.

«Ciertamente se cree muy apuesto», decía Françoise, y las damas de Claudia y Margarita exageraban los comentarios jocosos y las anécdotas, cebándose en tal o cual rasgo de Bonnivet, pero Margarita sospechaba que había algo más detrás de todo eso.

Ese año, más adelante, uno de sus espías del palacio la informó:

—Desde luego mi señor de Bonnivet ha estado muy ocupado. En alguna etapa de este verano visitaba a la Châteaubriant con cierta frecuencia, pero parece que eso acabó mal.

—Cuenta, cuenta —instó Margarita, tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada.

—Disculpadme, pero no me atrevo a hablar de asuntos relacionados con la vida privada del rey, puesto que no los he observado ni los observaría nunca, ni haría comentarios al respecto.

—No temas. Prefiero saberlo.

El lacayo desvió la mirada.

—En cierta ocasión, el señor de Bonnivet tuvo que abandonar rápidamente la alcoba de la señora porque el rey se presentó inesperadamente. Se rumorea que Bonnivet entró corriendo en un salón y se escondió entre las hojas y ramas que, como sabéis, tenemos por costumbre acumular en las chimeneas durante el verano. Cuando el rey se marchó de la cámara de la señora y necesitó hacer aguas…

Margarita asintió.

—Ya entiendo. —Los hombres de la corte a menudo utilizaban esos grandes hogares como mingitorios; su hermano no era una excepción. ¡El mundo de los hombres!

—Bueno, quizá su Alteza el Rey no se diera cuenta… Las consecuencias para mi señor habrían sido nefastas —dijo el lacayo.

¡Por no hablar de la dama en cuestión!

—Mucho más nefastas que acabar empapado, eso seguro. ¡No me creo ni una palabra! La corte es un hervidero de habladurías fantasiosas… Madame de Châteaubriant goza del favor de mi hermano; le sirve y lo venera. Debes acallar ese rumor cada vez que lo oigas.

—Sí, *madame la Duchesse*.

Despidió al informador de su cámara. En cualquier caso, no la sorprendía. O bien era verdad —cosa del todo posible tratándose de Bonnivet, como ella sabía, y que orinaran encima de él le estaba bien empleado—, o bien era un hecho generalmente aceptado.

Se permitió un momento de risa muda.

Pese a la cautela de su espía, el asunto debía de haberse comentado en toda la corte, a espaldas de ellos, como Margarita bien sabía. Pero, en este caso, tanto el señor como la dama eran personas muy importantes para Francisco, y por tanto Margarita no podía plantear la cuestión… ¡en el supuesto de que se hubiera atrevido siquiera!

Aun así, observó que Bonnivet debía de estar muy dispuesto a socavar a su hermano, al menos en la alcoba. ¿Hasta qué punto era así también en otros terrenos? Margarita no lo sabía, pero debía permanecer muy atenta y guardárselo para sí, sin decir nada a su hermano…

Almirante de Francia y hábil diplomático, Bonnivet se había marchado a Londres a finales del verano para colaborar en la confirmación de la participación de Francia en el tratado que Volsey estaba promoviendo con todos los países de la cristiandad en favor de la paz y la protección mutua contra los otomanos. Inglaterra y Francia volverían a ser aliadas. Incluso había en marcha un plan para que los dos reyes, Enrique y Francisco, se reunieran algún día en persona. Volsey hablaba de una «paz duradera».

Sin embargo, antes de que llegara todo eso, una gran tristeza invadió la corte francesa en septiembre, al morir la pequeña princesa Luisa, de solo tres años.

«Aparta el rostro de mis pecados», rezó Margarita en silencio, convencida de que esa muerte era un castigo por su propio comportamiento.

De un tiempo a esa parte había estado leyendo nuevas ideas sobre el arrepentimiento: no solo los textos escandalosos procedentes del extranjero, de Lutero, sino también otros de su propio país, Francia. No hacía falta llegar hasta Lutero para replantearse supuestos tradicionales. Buen ejemplo de ello era el francés Lefèvre; desde hacía ya unos años Margarita estaba muy interesada en sus traducciones y comentarios sobre las epístolas de san Pablo.

Según algunos, esos nuevos pensamientos eran peligrosos. En cualquier caso, era interesante imaginar cómo sería partir de cero, directamente con Dios, dando la espalda a la vanidad de este mundo… Aun así, ¿cómo podía Dios llevarse la vida de niños pequeños? Margarita se debatía entre la culpabilidad y la ira por esa cuestión.

En cuanto a la abuela de la niña, Luisa de Saboya siempre era pragmática. Como la reina Claudia debía centrarse en su nuevo embarazo y sus dos hijos, Luisa actuaría por ella.

—Debemos reorganizar las cosas —dijo su madre—, para que el compromiso con Carlos I se traspase ahora a la princesa Carlota. Está previsto en el tratado que ya existe.

Envió una carta a Carlos I de inmediato para encarrilar el asunto.

El abuelo de Carlos I, Maximiliano, murió ese invierno, a comienzos de 1519. Ahora era difícil ver cómo se sostendría la paz duradera de Volsey, en especial para los franceses: al parecer, el creciente poder de Carlos I no tenía límites. Ya era señor de los Países Bajos y cosoberano de Castilla y Aragón, y a través de la corona de Aragón poseía algunos estados italianos. Con la muerte de su abuelo paterno, se añadía a todo eso la monarquía de los Habsburgo.

Pronto estaría entre los candidatos a emperador del Sacro Imperio Romano, como sucesor de Maximiliano. Pero Francisco también aspiraba a ese cargo, para el que hacía campaña, recaudaba fondos y se ganaba la voluntad de los electores: no soportaba la idea de que Carlos obtuviera la victoria. Luisa y Francisco se reunían a todas horas para analizar la situación, ya que querían desbancar a Carlos I y a sus hombres cuanto antes. Luisa hablaba de él con desdén: «¿Quién habría dicho que ese mequetrefe llegaría hasta este punto? ¡El que necesitaba nuestra alianza!».

La corte francesa pasó el invierno en París. El frío generado por el desastre de Carlos I persistió y se impuso a la feliz noticia, llegada la primavera, de que la reina Claudia había dado a luz sin percances a un segundo hijo varón.

El padrino del pequeño Enrique, duque de Orleans, fue el rey inglés Enrique. El embajador inglés Tomás Bolena, padre de la doncella de honor Ana, asistió en representación del rey al bautizo de Enrique, y Margarita fue de nuevo la madrina. Sintió lástima por el pequeño, enviado al palacio de Blois para ser criado junto con su hermano mayor. Un *segundo* hijo varón…

—Crecerá —susurró madame de Châtillon— bajo una hermosa sombra. Venerará a su hermano y lo servirá, como corresponde. Sin embargo, sabrá que nunca podrá ser el primero. —Dirigió una mirada escrutadora a Margarita. Aunque no mencionó su caso en concreto, primogénita pero mujer, la insinuación era clara.

Margarita se rio.

—Bueno, ¡a mí nunca me ha importado ser la segunda! ¿Quién quiere gobernar? Como mujer, dispongo de mi propio destino.

—Ya, pero para él, por ser varón, hay un inconveniente añadido: que habría podido ser delfín si no hubiese sido por el orden de nacimiento…

—Solo Dios sabe en qué se convertirá —repuso Margarita a la defensiva.

Pocas semanas después del nacimiento del pequeño Enrique, llegó desde la lejana Florencia la noticia de otro nacimiento: una hija de su parienta Magdalena con el duque de Urbino, con quien había contraído matrimonio en Amboise. La llamaron Catalina —Catalina María Rómula de Médici— y anunciaron: «Estamos tan contentos

como si hubiera sido niño».

Pero esta hija de Francia e Italia pronto quedó huérfana: sus padres enfermaron y murieron solo pocas semanas después de su nacimiento.

Margarita se estremeció, recordando la macabra broma de Bonnivet acerca de la avariosis del duque. La pobre Magdalena había sido trocada —como lo eran todas las mujeres de alta cuna— en interés de una alianza entre estados, y había pagado con su vida solo un año después de esa boda. Y lo único que quedaba era una niñita indefensa…, aunque rica.

—La pobre huerfanita —dijo a su hermano en privado—. Deberíamos criar a esa Catalina de Médici en Francia.

—Ya he enviado un mensaje. Esa niña nos será útil algún día.

Pero el papa se negó, y la pequeña huérfana Médici se quedó por el momento en Italia; quizá, pese a las apariencias, el papa no quería que la niña fuera útil a Francia.

Sin embargo, Francia necesitaría todo el apoyo posible, ya que en verano Carlos I se convirtió en Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano. Eso pese a los esfuerzos de Bonnivet, enviado para maniobrar en defensa de la causa de Francisco, y pese a los grandes estipendios para intentar ganarse el favor de los electores. Por otra parte, el almirante Bonnivet estaba organizando una gran reunión entre Enrique de Inglaterra y Francisco, con la esperanza de obtener una firme alianza contra el nuevo emperador, porque ahora este gobernaba sobre muchos territorios circundantes.

El invierno siguiente, la corte francesa se puso de nuevo en marcha; Francisco quería que todo el mundo viese las obras en sus edificios. Siempre estaba reformando las residencias reales. Había añadido un ala en Blois, señalada con su emblema de la salamandra, al igual que las ampliaciones en Amboise, el hogar de su infancia. Pero el palacio recién iniciado de Chambord, emplazado en un paraje de densos bosques y destinado a pabellón de caza, superaría en esplendor a todos los demás.

Después de Chambord, el rey y su séquito se trasladaron a Châtellerault para pasar las Navidades con su primo Borbón, el condestable.

—Desde aquí —dijo Francisco— iremos al hermoso castillo de Bonnivet cerca de Poitiers.

Margarita torció el gesto, pero era imposible no acompañar a su hermano a donde él quisiera, y su marido no iría. La casa de Bonnivet era una obra en curso desde hacía ya años. Todos los grandes hombres de la corte compartían el amor de Francisco por el arte y la arquitectura.

La construcción del castillo de Bonnivet, al menos la parte central, estaba ya lo bastante avanzada para alojar al núcleo del grupo real. El Borbón también los acompañó, puesto que la residencia de Bonnivet se hallaba cerca de sus propias tierras, y había tensiones entre el condestable y el almirante. Margarita sabía lo mucho que su hermano

deseaba ver esa residencia.

Todos los miembros del cortejo real ahogaron exclamaciones y mascullaron cuando se acercaban al castillo; Margarita, que viajaba junto a ellos, los oía.

—Vaya, vaya. —Francisco, sonriente, movió la cabeza en un gesto de asentimiento en dirección al Borbón—. ¿Qué os parece?

El Borbón se situó junto al rey con expresión adusta, las cejas en alto y los labios contraídos.

—Muy bonito, ¡salvo por un fallo!

—¿Dónde lo encontráis?

—Creo que la jaula es demasiado grande para el pájaro.

Francisco se echó a reír.

—¿No lo diréis por envidia? —Al Borbón le gustaba provocar.

Muchos decían que era el segundo hombre más grande del reino, alguien a quien había que tener en cuenta, ¡al igual que su suegra! Su esposa Susana era hija de madame la Grande, la antigua regente, quien había criado ella misma al huérfano Borbón.

Era un hombre irritable.

—¿Envidia? —repuso con sorna—. ¿Cómo iba yo a envidiar a un hombre cuyos antepasados tuvieron el honor de servir como *mozos de cuadra* en la casa de mi familia?

Margarita se apartó para no seguir oyendo las fanfarronerías del Borbón. Con la pérdida de todos sus hijos, se le había agriado el carácter. Recelaba de él.

De esa familia de *mozos de cuadra* no solo había surgido Bonnivet, sino también su hermano mayor, el gran maestre Artus, fallecido recientemente. Todo el reino lloró su pérdida, ¡y sin embargo el Borbón se mofaba de su linaje!

Allí, en el nuevo castillo, pese a estar inacabado, era evidente que la línea Gouffier de Bonnivet se había elevado por encima de las cuadras. En la cumbre de su éxito, acogía al rey en su propia casa. Los miembros del séquito real fueron agasajados a lo grande, alojados en los mejores aposentos, revestidos de tapices con escenas de vivos colores, provistos de chimeneas por todas partes y suelos alfombrados para dar calor.

Madame de Châtillon estaba impresionada.

—Dicen que este palacio tendrá cientos de habitaciones… y a vos se os ha concedido la mejor —le susurró a Margarita.

A su pesar, le gustó su habitación, así como las frutas en conserva y los dulces que le enviaron para la cena.

Los cortesanos y otros invitados se reunieron a charlar en el salón de Margarita, entre ellos Bonnivet, porque les complacía su ingenio y buen humor. Esa no era una situación cómoda, y menos en ausencia de su marido. Pero cuando Bonnivet estaba presente, ella se mostraba distante con él ante los demás desde hacía tiempo, y se mostraría más distante aún en su propia casa. Ahora era almirante de Francia, por más que ella fuese la hermana del rey… La gente decía que Bonnivet

era el *mignon* del rey, igual que ella era la *mignonne*. De algún modo, Margarita tendría que sobrellevarlo.

La cuarta noche, la última antes de que el séquito real siguiera su camino, tras marcharse los invitados de su habitación después de la habitual cena, Margarita dio las buenas noches a sus damas y acompañó a madame de Châtillon al pequeño tocador contiguo. Dejó una vela encendida durante un rato, para relajarse como hacía siempre con la lectura de un libro o dos.

Sin darse cuenta, se durmió profundamente. La vela debió de haberse consumido, porque la oscuridad era casi total cuando de pronto alguien la estrechaba en la cama: ¡un hombre encima de ella!

Eso no era una pesadilla. Inmovilizándola con fuerza, ese hombre le rasgó el camisón, se lo levantó por encima de las rodillas y recorrió a tientas su cuerpo.

Cuando ella gritó, él le metió la sábana en la boca y cruzó un brazo sobre su rostro y el otro sobre su pecho. Ella empujó y forcejeó y lo mordió. ¡El hombre quería forzarla! Margarita percibió el perfume de la delicada tela de su camisa y se le revolvió el estómago. No podía deshacerse de la mordaza, pero sí podía aullar, y eso hizo, y pese a la gran fuerza que él ejercía sobre ella, Margarita la igualó con sus bofetadas y arañazos.

Una y otra vez él intentó penetrarla con violencia.

Margarita, poseída por la furia, recurrió a una fuerza que ni siquiera sabía que tenía. Abrió heridas sangrantes con las uñas en las mejillas y la nariz del intruso, y él retrocedió de un salto a causa del dolor.

—¡Madame! —Por fin Margarita pudo llamar a su dama de compañía, que entró a toda prisa con una luz.

El agresor se apartó de un salto y, al instante, levantó la alfombra del suelo para huir a través de una trampilla.

Margarita se puso en pie, tambaleante.

—¡Rápido, más luz!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién era?

Margarita contuvo los sollozos y se limpió el rostro allí donde él había posado la boca y las manos.

—¡Se ha ido a través del suelo! No me explico cómo es posible. Me temo…

Madame de Châtillon palideció.

—¿No habréis perdido la honra?

—¡No! No ha sacado nada de mí, aparte de alguna que otra herida, os lo aseguro. ¡Lo he arañado y desgarrado! Su rostro mostrará las marcas de mis dientes. Pero hay solo un hombre en toda la corte de mi hermano…

—No digáis más. ¿Tan malvado puede ser?

—Registrad la habitación… Aquí no hay nadie más. Solo él ha podido organizarlo. Por la mañana… Por la mañana se lo contaré a mi hermano… ¡La trampilla! —Margarita apartó la alfombra con el pie en busca de la salida. Tenía la sensación de que el corazón iba a estallarle

—. ¡Ay, cuando se lo cuente! ¡Ese señor perderá la cabeza! ¡Su cabeza será la prueba de mi castidad!

Madame la guio con delicadeza de regreso a la cama.

—Esa cama me repugna… No quiero sentarme ahí. Apesta a él.

—Tranquilizaos… Tranquilizaos. Os traeré un asiento.

Las mujeres se sentaron una junta a la otra, y madame mantuvo las manos de Margarita entre las suyas hasta que los sollozos y suspiros remitieron.

—Mi señora, me alegro del amor que sentís por vuestra honra, tan grande que os lleva a no perdonar a un hombre que ha arriesgado su vida por ese extraño amor que al parecer alberga hacia vos.

—¡Amor! —dijo Margarita entre dientes.

—Pero debéis recordar que en el esfuerzo de aumentar vuestra honra bien podríais mermarla… Creo que más vale que me contéis qué ha ocurrido aquí exactamente. ¿Seguro que no se ha llevado más que arañazos de vos?

La ira de Margarita dio paso a la indignación.

—Por supuesto, y a menos que él cuente con los servicios del mejor y más rápido cirujano de toda Francia, mañana su rostro lo demostrará. ¡Menuda revelación! Ya no será tan hermoso como se lo considera.

—Me da la impresión —susurró con aire pensativo la dama de compañía— de que a un hombre tan orgulloso es mejor castigarlo con la vida; para él, cualquier forma de muerte sería una huida, por la vergüenza de haber intentado tal fechoría y haber fracasado. Ya sabéis cómo son los hombres.

Margarita seguía colérica.

—No os entiendo.

—Si buscáis venganza, será mucho mejor dejar que ese hombre continúe sumido en la lujuria y la vergüenza, ¡para su tormento! Consciente de su humillación, que solo nosotros tres conocemos.

—¡Pero debo reafirmar mi honra!

—Ya, ese es el problema. ¡De momento, podéis estar segura de que ese caballero, por una cuestión de vergüenza, no se jactará de esto ante nadie! En cambio, si se lo contáis a vuestro hermano y él impone un castigo, todos se enterarán y dirán: «¡Lo mataron por haber accedido a la hermana del rey!».

—Pero eso no sería verdad. ¿Por qué no iban a creerme?

—Recordad lo que dice en más de un libro el gran poeta de vuestra familia: «Oncques ne fut feu sans fumee»: no hay fuego sin humo, ¡o viceversa! Es posible que el fuego de este caballero haya despedido humo; no dejéis que el mundo piense que el fuego era vuestro. Muchos dirán que para ese hombre sería muy difícil acercarse tanto a vos sin vuestro consentimiento. Otros dirán: «¡Es hermosa, es joven, y siempre acoge su compañía!». Cuenten lo que cuenten, la gente cuestionará cuál ha sido vuestra participación.

Margarita apenas podía respirar.

—¿Queréis decir que no puedo contárselo a nadie? Soy la hermana del rey, ¿y no puedo hablar con…? —Recordó su orgullo cuando escribió al obispo en defensa de aquella monjita de Lyon. ¿A quién podía escribir en su propio nombre?

Madame de Châtillon movió la cabeza en un triste gesto de asentimiento.

—¡Con nadie! Vuestro mejor recurso es Dios. Dad gracias de haberos librado, de que ni siquiera un caballero tan excelente y atractivo haya sido capaz de arrastraros a la perdición.

—Aquí la cuestión no es si es atractivo o no. —Margarita estaba escandalizada.

—No os enorgullezcáis de vuestra resistencia. ¡Vuestra virtud procede de Dios, no de vos! En cualquier caso, no debéis permitir que ese hombre piense que habéis obtenido el menor placer con lo ocurrido.

—No lo entiendo. —Con frecuencia madame había sido su mejor consejera; en ese momento Margarita no estaba ya tan segura. ¡Placer! Estaba agotada, magullada y alterada; ya no sabía qué hacer.

—Distanciaos de él poco a poco. No tanto como para dar lugar a comentarios, pero sí para que el caballero se dé cuenta de lo que ha hecho. Esa será su condena. —Dio un apretón en la mano a Margarita y le acarició la frente—. Os traeré algo para beber, y debéis volver a la cama. Ya nos preocuparemos mañana por la mañana.

Ella obedeció.

—Pero quedaos a dormir cerca de mí, madame. No quiero estar sola.

Al día siguiente, cuando llegó el momento de que el grupo real se despidiera, su anfitrión Bonnivet envió al rey un mensaje para anunciar que se sentía indispuesto.

Francisco no pudo dar crédito.

—Ayer estaba perfectamente. Vaya cambio de tiempo: sin duda alguna tormenta se ha desencadenado sobre él.

—*Sire*, está enfermo y no puede venir a despedirse.

—Lo visitaremos en su cámara, pues. El almirante nos ha brindado tan excelente acogida que dejar de reconfortarlo…

—Insiste en que se encuentra demasiado mal para eso, y no querría que vuestra persona se expusiera a cualquier resto de la enfermedad que pueda quedar en el aire.

Francisco hizo un mohín y se encogió de hombros.

—Muy altruista, ciertamente. Os ruego que informéis al almirante Bonnivet de que esperamos que se reúna con la corte en cuanto le sea posible.

«En cuanto se le curen las heridas de la cara —pensó Margarita sombríamente—, si es que llegan a curarse.»

Cerró los puños para esconder las uñas, que, pese a habérselas restregado y hurgado para limpiárselas, aún sentía ensangrentadas: con la sangre de él. ¿Se habría deshecho de la excelente camisa —la seda y el hilo de oro de los que ella había tirado en la oscuridad, que

debían haber quedado manchados sin remedio— cuyo perfume aún le producía náuseas? Ese aroma seguía a Margarita como una mortaja flotante.

Imaginaba a Bonnivet contemplándose con satisfacción frente al espejo antes de trepar hasta esa trampilla. ¿Por qué no? Todo el mundo lo apreciaba, a excepción tal vez del envidioso Borbón. ¿Cómo podía habérsele pasado por la cabeza? Un agresor que se engalanaba antes de realizar su intento…, ¿qué debía de pensar ahora?

El perfume y la sangre, la sangre que ella había derramado en defensa propia, siempre la acompañarían, una horrenda combinación. Jamás se libraría de ella. Jamás podría limpiar la marca que él había dejado.

3

En el que Isotta es quien es, y Josse se convierte en Bradamante

En efecto, me equivoqué de camino, aunque tardé un tiempo en descubrirlo.

En mi aflicción y con la premura por huir de los falsos acusadores del pueblo de la pobre viuda, no me detuve a pedir indicaciones a nadie. Solo me impulsaban las emociones, lo cual nunca es conveniente, como he tenido ocasión de comprobar. Al cabo de no mucho tiempo, me encontré entre unas colinas desconocidas que más allá daban paso a unas montañas. Empezaba ya a hacer frío, y mis circunstancias eran cada vez más apremiantes, puesto que, sin verdadero cobijo y algún medio para ganarme el pan, perecería.

Una vez extraviada en aquel territorio montañoso, apenas me crucé con ningún otro ser humano a quien preguntar por el camino. Dormí entre la maleza y me tapé con hojarasca seca; desperté al alba.

Estaba sola y quizá más cerca de Dios, en aquellas alturas por encima de la tierra, pero por primera vez entendí hasta qué punto era cautiva de mi estómago. Tras consumir el escaso sustento que llevaba, habría podido revolcarme por el suelo y aferrarme a él, e incluso pedir alimento a gritos, solo que eso me habría demorado aún más.

Aquí y allá, conforme cambiaba el bosque, podía recolectar setas, y castañas que tendría que haber golpeado para abrirlas, pero carecía de fuego o pedernal para prenderlo. Ni siquiera los aguijonazos del hambre podían inducirme a comer aquello crudo, por miedo a la muerte o a la locura. Aun así, las acumulé en mi bolsa y seguí adelante. Disponía de agua de vez en cuando, lo bastante limpia para no hacerle ascos, pero no tenía nada sólido que me sostuviera.

Seguí caminando, convencida de que llegaría a algún poblado, sin dudar en ningún momento de mí misma o de mi criterio, pese a que había cogido una dirección equivocada. A media mañana sucumbí y engullí un puñado de bayas otoñales arrancadas de un arbusto deshojado que me resultaba familiar. Un poco ácidas, tal vez fueran nocivas —siempre me habían dicho que el sabor era una advertencia—, pero para entonces poco me importaba.

No había ya ningún camino propiamente dicho, sino solo algún que otro sendero de tierra entre los árboles. Pero al cabo de un tiempo también desaparecieron los senderos. Me hallaba en lo más hondo de

un pinar.

No sé cómo acabé tendida en el suelo a plena luz del día, aturdida y con náuseas. Solo sé que cuando alcé la mirada, asomaba por encima de mí entre los árboles el hocico aterciopelado de un enorme caballo alazán, ensillado y engualdrapado de carmesí, pero sin el menor rastro de un jinete. Parecía que el animal me miraba.

Revolviéndome, salí de debajo y me puse en pie, mareada.

—¿Quién es tu dueño, caballo? —pregunté, acariciándole el cuello. No era un caballo de trabajo, sino un animal bien cuidado.

—No pertenezco a nadie; soy mío.

—¿Y eso cómo es posible? —No me sorprendió tanto el hecho de que hablara como lo que dijo. Quizá lo soñé, pero olí su carne y sus exuberantes arreos, vi el aliento cálido de sus ollares en el aire frío.

—Toda criatura nace así —dijo—. La gente puede quitarnos la libertad, pero esa no es una nuestra verdadera naturaleza.

Me quedé pensativa por un momento. ¿Cómo podía yo saber si era verdaderamente libre?

—Pero ¿qué haces aquí, en este bosque?

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti.

—¡Me he perdido!

El animal se rio burlón.

—Súbete a mi lomo y te llevaré a donde quieras ir.

Negué con la cabeza, sintiendo los martillazos de mi corazón. Por supuesto, nunca había montado a caballo, y ese animal era enorme, como hecho para alguien tres veces más grande que yo.

Ante mis mismos ojos, agitó las crines y, encogiéndose, menguó de tamaño. También la silla se redujo, como para acomodarse a mí, y el caballo movió la cabeza, ahora pequeña.

—Debes aprender a confiar —dijo—, y a aceptar ayuda cuando se te ofrece.

A pesar de eso, me negué. Pero me dolía mucho el vientre; debía encontrar un lugar donde pudiera descansar y alimentarme.

—Caminaré contigo. A tu lado. Pero no montaré.

Así que caminamos, y sin embargo daba la impresión de que no nos movíamos, pese a que no estábamos ya donde antes nos hallábamos. Cuando por fin llegamos al linde del pinar, mi acompañante, el caballo, se negó a seguir. Agitó las crines una vez más y desapareció en la oscuridad del bosque. Las puntas negras de sus patas posteriores y su cola se sumieron en las sombras, como si nunca hubiera estado allí. Lo busqué con la vista, pero no lo veía por ningún lado.

¿Podría yo haber dicho sin dolor, como había dicho él: «No pertenezco a nadie; soy mía»?

El mareo causado por las bayas tóxicas remitía, pero aún me sentía débil. ¿Adónde me había llevado el caballo, o mi propia enfermedad? Desde esa media altura contemplé unas colinas al otro lado de un valle. A lo lejos veía el gran pico que llamamos Monte Maldito, en la región de Saboya, y en mi abatimiento me senté entre las rocas. ¡Debía

de haber vuelto más o menos en la dirección de la que procedía!

Mi madre siempre había dicho que en el Monte Maldito y los picos que lo circundaban vivían dragones y demonios; que semejantes altitudes devorarían a los hombres o los cubrirían de océanos de hielo. Yo conocía el Monte Maldito por ilustraciones, pero ella sostenía que, en días despejados, se veía desde la colina de Fourvière en mi ciudad natal. Así que debía de hallarme de cara al este, cuando mi meta era llegar a Ruán, al noroeste, y remontar el río Loira hasta Nevers, donde vivía la familia de mi padre. No obstante, en ese momento me convenía más descender desde ese bosque por aquellas pronunciadas pendientes y encaminarme hacia la población más cercana, o al menos un lugar donde pudiera comer algo, aunque fuesen sobras junto a una posada.

Cuando llegué al pueblo enclavado en el valle, era ya por la tarde. Como en la ilustración de un cuento, tenía un arco de entrada en la muralla y se hallaba en medio de tierras húmedas, donde un torrente descendía desde las montañas en las que me había cruzado con el caballo alazán. Pregunté a unos campesinos que cortaban leña fuera de la muralla cómo se llamaba el pueblo, y contestaron:

—Esto es Villefranche, claró está, ¡como todo el mundo sabe!

—¿Villefranche del Saona? —pregunté con desaliento.

—¡Ni más ni menos!

Me dieron la espalda y reanudaron su tarea, sin mostrar curiosidad, ya que ese era un pueblo por el que muchos transitaban, y quizá solo a un día a pie al norte de mi ciudad natal. De hecho, parecía mi ciudad en miniatura, con sus torres puntiagudas y sus fortificaciones, y las casas se extendían incluso más allá de las murallas, como si no cupieran ya dentro y se hubieran desbordado más allá de sus límites.

¡Así que no había pasado de Villefranche! Sentí una gran pesadumbre. Me encontraba, pues, en lo que antiguamente habían sido las tierras del Borbón, con su lema *Espérance*, pero ahora pertenecían a la madre del muy cristiano rey. ¡Y el Borbón había traicionado a nuestro rey! Yo había conocido en Lyon a muchas personas de ese pueblo y esa región entre los tejedores y vendedores de telas, y oído sus relatos.

Estaba avanzando en círculo. En cualquier caso, debía buscar cobijo para esa misma noche, ya que no deseaba dormir de nuevo en el bosque o la montaña, hubiera o no dragones y demonios. Los montes no me daban miedo, pero las carencias sí.

Algunos de los que cortaban leña enfilaron hacia la puerta del pueblo cargados con sus canastas llenas, y me uní a ellos, con la esperanza de que así pudiera entrar sin oposición y encontrar comida y un lugar seguro donde dormir; no sabía a qué hora cerraban las puertas.

A los vigilantes de la puerta no les gustó mi aspecto.

—¡Alto ahí!

Los portadores de leña se detuvieron, pero enseguida cayeron en la

cuenta de que no se dirigían a ellos.

—¿Va ese con vosotros?

¿En qué me distinguía de los demás?

El grupo, cuando le dieron acceso, se desentendió de mí, como era de prever. Uno de los vigilantes dijo:

—Se lo ve flaco y enfermo… ¿Tienes pruebas de buena salud?

—No, estoy cansado y tengo hambre; no padezco ninguna enfermedad. —Sabía que en tiempos de peste los viajeros debían llevar una señal para evitar toda sospecha, pero no había pestilencia en la región.

—¿Eres un vagabundo o un mendigo? ¿Tienes alguna prueba de tus intenciones?

Pruebas no tenía, y no me permitirían entrar. Contemplé el alto marco de la puerta, pero ni siquiera me permitieron echarle un vistazo a las calles del interior.

Así que me expulsaron de nuevo incluso antes de entrar. Me invadió la ira: porque no había ningún lugar que me recibiera, porque siempre sería la intrusa. Si había creído que mi indumentaria masculina me proporcionaría libertad, no había entendido que también podía negarme el acceso a lo que anhelaba. Villefranche fue a partir de ese momento una señal, y su muralla una barrera infranqueable… Hacia qué, no lo sabía.

El sol se pondría temprano en esa época del año, de modo que busqué un rincón donde refugiarme. Cerca de la puerta había un mesón, pero el escaso dinero que me quedaba de mis esporádicos trabajos en el pueblo tenía que durarme todavía un tiempo. Quizá hubiera sobras de la cocina en el montón de basura. En efecto, encontré corruscos de pan duro entre los desechos, que aun así eran mejores que las bayas dudosas que había engullido en el bosque de la montaña. Me escondí en un rincón del patio mientras roía los corruscos, y después seguí deambulando.

Más allá, en el lado exterior de la muralla, había un gran convento, una casa franciscana, tal vez fuente también de restos de comida. A pesar de que su voto de pobreza debería excluir los desechos, yo había visto en mi ciudad natal a no pocos de esos religiosos, portadores de una cuerda alrededor de la cintura, para saber que a menudo vivían a lo grande, contrariamente a lo que exigía su Norma. Por eso muchos en Lyon habían señalado esa clase de abusos cuando defendían la reforma. Sin duda esos hermanos me darían de comer si yo se lo suplicaba; aun así, prefería escarbar en su basura antes que pedir y que me consideraran un mendigo.

No veía nada de malo en la mendicidad, ya que conocía la historia de Lázaro el Pobre, a quien, después de la muerte, los ángeles habían transportado para llevarlo junto a Abraham, mientras que el rico tuvo que padecer tormentos. No, la razón por la que lo evité fue la siguiente: no debo depender de nadie. Debo permanecer libre, libre como, según el alazán, todos éramos en un principio, y no entregarme

a la caridad de unos monjes.

Y la elección mereció la pena, pues lo que encontré entre los desechos de los frailes era más suculento que los corruscos del mesón: trozos de masa de pastelería y unas cuantas manzanas un poco maduras. Me moría de ganas de comer algo caliente, pero con eso pasaría la noche. En ese momento lo que más necesitaba era dormir bien.

Ya oscurecía. No muy lejos vi una casa de labranza con un granero; me colé allí sigilosamente, en busca de calor. ¡Sí, había heno almacenado en el nivel superior! Y no se veía ni rastro del granjero. Siempre y cuando yo madrugara, él no tenía por qué enterarse de que había sido su visitante de paso… Me coloqué la bolsa en bandolera para mayor seguridad; no debía ni quitarme los zapatos para estar preparada por si debía ponerme en marcha. Me aventuré a subir por la escalera de mano.

Me abalancé sobre la profunda pila de heno y se oyó un tremendo chillido. De inmediato me encontré en medio de un forcejeo: ¡había alguien en el heno!

—¡Suéltame! ¡Aparta! —gritó una voz femenina, y yo rodé a un lado—. ¡Sal de encima o pediré socorro!

Asomó una figura y se incorporó. Como era de noche, apenas nos veíamos, pero estaba decidida a defenderse: agarrándome por el calzón, me inmovilizó.

—Te equivocas —dije en voz baja—. No era mi intención hacerte daño; solo buscaba un lugar donde pasar la noche. No llames a nadie, por favor. Me iré a otro sitio.

—Ya, ya, como que me lo voy a creer. No soy tonta, ¡y sé lo que te propones! —A continuación, se puso en pie con cautela, sin dejar de pisarme el calzón para que no pudiera moverme ni ella apartar la vista de mí—. ¿Dónde has empezado a seguirme? ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—No sé de qué me hablas. No te he seguido.

Yo podía levantarme, zafarme de ella, bajar corriendo por aquellos peldaños y alejarme, porque no era más fuerte que yo. Pero estaba paralizada. Esa joven, quizá de mi edad, ahora que la veía mejor a medida que la vista se me acostumbraba a la penumbra, hablaba a «nuestra manera», en el dialecto de mi región, aunque con otro acento. Su porte se diferenciaba del de otras personas, como si procediera de una familia acomodada o noble.

—Pero el hecho es que ella tiene espías, eso me consta, que llegan muy lejos.

Ahora yo estaba realmente atónita.

—¿Quién? ¿Estás en peligro?

La joven se echó a reír.

—Solo de patanes como tú. Pero sé defenderme muy bien. Si pretendes importunarme, atentar contra mi honor, piénsatelo mejor.

—Puedes apartar el pie. No voy a intentar nada contra tu honor.

—¡Y sin embargo te has lanzado encima de mí!

Esa vez fui yo quien se rio.

—No sabía que estabas ahí.

—No te creo. Sé por qué los hombres se comportan así.

—Pues sabes menos de lo que te piensas, porque no soy un hombre. —Ya estaba: lo había dicho.

—¡Ja! Puede que sea una noche oscura, pero te veo perfectamente.

—No tanto como tú crees. —Me zafé de su pie y me erguí cuan alta era. ¿Cómo podía demostrar lo que había dicho? Me ruboricé solo de pensarlo. ¿Y por qué se lo había dicho? Con eso podía haber causado mi propia ruina—. Tócame la cara. Verás que la tengo suave, no como la de un hombre.

Tendió la mano al frente, al parecer sin miedo, pero le temblaba un poco. Cuando me tocó la mejilla, me pareció sentir un escalofrío dentro de mí.

—Eso no significa nada. Solo eres un jovencito imberbe.

Sin barba: no lo dijo en el francés del rey, sino como en Italia, *im-ber-be*.

—Pues basta con que me creas, si no te ha quedado claro por el mero hecho de tocarme.

Retiró la mano, todavía trémula. El honor y la dignidad excluían otras formas de contacto que demostraran la verdad.

—Si no eres hombre ni espía, ¿por qué te has vestido de manera engañosa?

—Es una larga historia. Por mi propia seguridad.

Ella por su parte lucía un vestido largo y elegante, de un color que yo no podía determinar sin más luz, pero que emitía susurros cuando se movía.

—¡Seguridad! —exclamó—. ¿Cómo puedo tener la certeza de que no has venido a prenderme, a llevarme por sorpresa?

—¿Adónde iba a llevarte? ¿Y por qué?

Permaneció un rato en silencio, y por fin dijo:

—Bueno, me gustan las historias largas. Cuéntame dónde has estado, y adónde vas, y por qué.

—No a menos que tú también lo hagas —dije.

Nos sentamos en el heno.

Le conté la mayor parte de mi historia, cambiando solo los nombres; no estábamos muy lejos de Lyon y no quería que se hablara de mí por esos lares. Relaté la despreciable injusticia de que había sido víctima a manos de mi hermanastro, por la que me había visto expulsada de mi casa. Procuraba no delatar mi intensa emoción; me referí solo brevemente a mi etapa con la viuda Bonamy y a la pena que sentí por su fallecimiento.

Pensé que la joven dudaría de mi relato, pero se limitó a decir:

—¿Y ahora qué?

—Me dirijo a otro pueblo, en busca de la familia de mi padre, para iniciar una nueva vida.

—¿No aquí, pues? ¿Por qué has venido a Villefranche?

—Si te lo digo, no me creerás. A mí misma me cuesta creerlo.

—He visto muchas cosas extrañas —afirmó ella, y se rio.

Acto seguido, le hablé del caballo alazán y de todo lo que me había dicho, a sabiendas de que debía de parecer una loca.

Lejos de ridiculizarme, se entusiasmó.

—¡Seguro que ese es Baiardo! El que aquí llaman Bayard.

—¿Conoces a ese caballo?

—¡Chist!

Me empujó con delicadeza hacia abajo y me tapó la boca. Se percibía un ruido: tal vez el granjero, que nos había oído hablar y temía la presencia de intrusos. Fuera, a través de las grietas del granero: el movimiento de un farol. Nos ocultamos bajo el heno y esperamos a que pasara. La situación se prolongó durante lo que pareció una eternidad, y en ese rato permanecimos una al lado de la otra, inmóviles.

Finalmente me dio un codazo y susurró:

—Creo que ya se ha ido.

Fijé la mirada en la oscuridad.

—Bueno, cuéntame ahora cómo sabes el nombre del caballo. ¿Y cómo te llamas tú, por cierto?

—No diré mi verdadero nombre. Pero puedes llamarme Isotta, y atenderé a ese nombre.

—Isotta… Isotta, ¿cómo conoces a mi guía, el caballo?

—Solo por cuentos y poemas antiguos —contestó—, y otros más nuevos, que me veo obligada a guardar en la memoria, ya que no puedo prescindir de ellos. Es un animal mágico y vive en las páginas de los libros que he leído… ¡Tú, en cambio, lo has conocido!

—Es posible. O acaso fuera una falsa visión, efecto de las bayas que comí.

—Tú misma pareces salida de un cuento antiguo —prosiguió Isotta —, como si fueras Bradamante. A lo mejor eres una visión y yo estoy soñando contigo.

Yo no conocía a esa tal Bradamante, pero sí sabía que yo no era una visión.

—¿Quién es Bradamante?

—Una guerrera y una mujer caballero, a quien la gente toma por un hombre. Posee una lanza mágica con la que puede descabalgar a cualquier jinete. Tiene el cabello como tú —me alborotó el pelo corto en la nuca—. Aunque, como ya sabes, el cabello siempre vuelve a crecer mientras vivimos.

En un ademán rápido, le aparté la mano.

—No soy una guerrera. No me gustan las guerras. Solo traen dolor y sufrimiento.

—Eso es verdad. Pero hay otras formas de valentía, y otras formas de lucha, ¿no? ¿Eres valiente y fuerte como Bradamante? Porque así es como voy a llamarte a menos que también tú me digas tu nombre.

Podía yacer junto a ella; podía contarle mi historia, pese a haberla ocultado hasta entonces, e incluso conseguir que me creyera, pero no me atreví a decirle mi nombre. Todo eso lo entendió.

—Tenemos que dormir —dijo—. Este es el lugar que yo había elegido, pero bienvenida seas. —Tiró al suelo una pila de heno por el borde del altillo—. Si quieres, puedes dormir ahí abajo.

—Aún piensas que pretendo hacerte daño.

—No. No, ¡pero bien podrías robar mis pertenencias! —Se rio—. He llegado demasiado lejos y he corrido demasiados peligros para arriesgarme a eso. Seamos amigas, pues, y mantengamos una distancia prudencial hasta que nos conozcamos mejor.

Por la mañana despertó antes que yo. Me llamó en un susurro para sacarme de mi sueño, mirándome desde su lecho de heno. Sus trenzas enroscadas colgaban ante ella. Aunque la gente siempre había elogiado la belleza de mi madre, en realidad Isotta era la primera mujer hermosa que yo había contemplado. La visión de sus ojos, de un castaño intenso, de sus mejillas, de su lustroso cabello negro, por encima del borde del altillo, era como el amanecer dentro de aquel granero.

Pero su apremio interrumpió mi trance.

—¡Bradamante! Debemos levantarnos y marcharnos para que no nos descubran. O tendremos que rendir cuentas de nuestra presencia aquí.

Me erguí al instante, y ella bajó por los peldaños para reunirse conmigo. Ya abajo, se alisó el vestido y se recogió el cabello. Cargaba con una bolsa de terciopelo con un cordón, que se puso en bandolera, de modo que le quedó colgada a la espalda; llevaba faltriqueras a ambos lados de la falda. Se cubrió los hombros con una tupida capa para resguardarse del frío de primera hora de la mañana.

Me froté los ojos y reuní mis pertenencias, y salimos apresuradamente a campo abierto hasta que ya no se nos veía desde el granero y la casa de labranza. No muy lejos, encontramos una zona de matorrales, en una pequeña arboleda, lo suficiente para disponer de privacidad, y allí Isotta compartió conmigo su comida: galleta dulce y un tarro de fruta en conserva. Para la sed, tendríamos que buscar un arroyo. Pero esa primera comida de la mañana fue como algo caído del cielo.

—Puedo darte dinero a cambio —ofrecí.

—Ya tengo mi propio dinero. ¡Planifiqué este viaje!

Mientras hurgaba en mi bolsa, volví a preguntarme por el motivo de su viaje.

—En ese caso, puedo darte esto. Solo que no sé qué es.

Cogió la piedra plana y las púas que parecían llaves que había encontrado en la bolsa del ladrón y me habían desconcertado.

—¿Cómo ha llegado esto a ti? Es una *paragone*, una piedra de toque.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo lo sabes?

Isotta se encogió de hombros.

—Es para comprobar el valor de un metal. Cuánto oro o plata

contiene. Lo utiliza la gente que trata con objetos preciosos.

—Puedes quedártelo. No tengo nada más que darte a cambio de comida.

—¡No es necesario que me pagues por la comida! Si somos amigas, podemos compartir. Además, nuestra próxima comida la puedes buscar o conseguir tú. Es decir, en el supuesto de que vayamos en la misma dirección. Pero no has dicho qué camino vas a tomar; quizá nos separemos aquí.

—¿Tú en qué dirección vas?

—Camino de Lyon —contestó ella—. Desde allí, seguiré hacia el sur, quizá por el río. Podría encontrar un barco incluso desde aquí, pero en Lyon hay más. He viajado así antes y es el medio más rápido. Después de eso… Pero la verdad es que debo callar. —Me miró de soslayo—. Al igual que tú, busco a los míos, pero mi historia es muy distinta.

Isotta nació en algún lugar de Italia, me contó, y le habían dicho que era huérfana. A ella y a su hermana se las llevaron siendo muy pequeñas, tanto que no se acordaban, a la casa de una gran dama, donde las criaron como nobles. Por eso Isotta había aprendido a leer y escribir, a cantar, a bailar, a dibujar, a hablar otros idiomas y recitar poesía, además de todo tipo de conocimientos, y le habían dado de comer y vestido bien.

—¡Era una buena señora, pues! —exclamé, extrañada por las atenciones que esos italianos brindaban a los niños huérfanos—. ¡Has sido muy afortunada!

—Sí y no —dijo Isotta mientras guardaba las cosas en su bolsa—. En realidad no éramos huérfanas, y la dama solo nos quería para exhibirnos.

Esa dama, explicó, se complacía en alardear, en estar siempre a la vanguardia de cualquier moda, a fin de imponerse en su entorno. Era quien mejor vestía, quien más alabanzas recibía; todos los poetas buscaban su generosidad; todos los pintores, sus elogios. La dama había concebido la idea de que poseer y criar a niñas como Isotta, cuyos antepasados procedían de tierras africanas, despertaría más envidia y admiración. Desde luego, la dama quería exhibirlas, cuanto más, mejor, con la intención de mostrarse al mundo como persona singular e importante. Ya era importante por su riqueza y poder, pero al parecer no le bastaba con eso.

Enmudecí por un momento. Nunca había oído hablar de tales ideas, aunque en Lyon había conocido a muchas personas de tierras africanas, algunas nacidas en Francia y algunas en otros lugares; personas de toda condición social y de las más diversas familias, y con muy distintas formas de hablar. De pronto, esa dama me horrorizó.

—Pero ¿y tus padres? ¿Es que ella os raptó?

Eso era lo que había supuesto Isotta, tras deducir la verdad por mediación de otros niños como ella, ahora adultos, que también se hallaban bajo la influencia de la dama. Isotta y su hermana no eran las primeras niñas en busca de las cuales había ido esa dama anónima.

Habían vivido así durante muchos años, hasta que repentinamente la hermana de Isotta murió, y ella decidió no seguir soportando la protección de la dama, ahora que estaba, en el sentido más genuino, sola.

Planear la huida no fue tarea menor. Isotta aguardó a que una compañía de cómicos ambulantes visitara el palacio de la dama para fugarse con ellos y cambiar de vida. Cantó e interpretó música con el grupo, y así se ganó el sustento.

Algunas de las tierras italianas —Mantua, Ferrara, Génova— estaban en guerra con Francia, y la agitación iba en aumento. Isotta había rondado por todas partes, viajando por poblaciones suizas con otro grupo de actores y charlatanes talentosos, de quienes había aprendido muchas aptitudes para la supervivencia. Tras atravesar Franche-Comté para entrar en Borgoña, acabó en Mâcon. Allí, resuelta a probar suerte ella sola, abandonó al grupo y volvió a fugarse para que la dama no pudiera seguirle el rastro en ningún país. Iba camino de España o Portugal: eso era lo único que estaba dispuesta a decir.

—Valiente como Bradamante eres tú —dije—, pero la dama no tiene ninguna autoridad sobre ti, ni ningún derecho para obligarte a volver por la fuerza, si eso es lo que temes.

—Sí, lo temo —admitió Isotta—. Para ella, nunca fuimos personas; nos trataban como a criadas en todo salvo en la educación. Y solo porque ella quería *pulirnos*, convertirnos en personas dignas de su casa, del mismo modo que coleccionaba grandes obras de arte… Pero no permitiré que el miedo me detenga. No soy una pintura ni una estatua, ¡soy un ser vivo! Voy en busca de los míos, tengo una idea bastante clara de dónde están.

—Por eso utilizas otro nombre, para que no te encuentren.

—Exacto. ¡Un nombre que he elegido yo, y no la dama! —Se levantó para ponerse en marcha—. ¿Vienes, pues?

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—No quiero ir a Lyon. Voy en dirección contraria.

No le había hablado a Isotta de mi deseo de ser impresora; solo le había contado que buscaba a mi familia. No podía volver atrás.

—¿Vienes de Lyon?

Bajé la cabeza.

—Voy a Ruán. También yo busco un río, pero para viajar en sentido contrario.

—Supongo que eso significa que nos despedimos aquí.

No obstante, no se movió. Yo tampoco.

—O podríamos viajar juntas a pie —propuso—. Al menos un trecho. ¿No dice la palabra de Dios: «Adunque e meglio essere duoi insieme che uno»? ¡Dos son mejor que uno…! He oído predicar sobre eso, y me gusta la idea. Y «si dos yacen juntos, se darán calor», pero ¿cómo puede uno darse calor solo? Y es verdad que se acerca el invierno.

Sentí el golpeteo de mi corazón en el pecho. Eso no me lo esperaba.

Al fin y al cabo, Isotta era una total desconocida. No podía robarme,

puesto que yo no tenía nada y ella tenía más. No podía hacerme daño, ya que, en cuanto a fuerza física, yo, como mínimo, la igualaba. Sin embargo, algo dentro de mí temía la idea de que fuésemos *dos*, de enlazar mi sino al de otra persona. Podía sujetar mi morral firmemente y despedirme de ella…

—No necesito ayuda de nadie —dije por fin.

—Yo tampoco. Nos separamos, pues.

—¿Cómo viajaríamos? —pregunté con voz débil. Para mi sorpresa, temblaba.

—Pondremos un pie detrás de otro —respondió ella en broma—. Vamos, Bradamante, se requiere un poco de valor.

Entrelazó su brazo en el mío, y en el aire frío de primera hora de la mañana empezamos a andar.

Isotta no se aventuró a descender por el Saona hacia el sur y el mar; cruzó montes y valles conmigo hasta Ruán, que se hallaba a orillas del río Loira.

—Puedo ir contigo parte del camino y luego seguir mi propia ruta —dijo.

Pero lo cierto es que tampoco yo fui desde Ruán por el Loira hasta Nevers, como tenía previsto. No quise separarme de ella. Congeniábamos mucho.

Se nos echaba encima el invierno y nos convenía buscar una vivienda y esperar la llegada del buen tiempo para seguir adelante. Tras un largo recorrido, poco más allá de la ciudad de Clermont, en las laderas al pie de unos extraños montes puntiagudos, encontramos una cabaña abandonada y decidimos que nos serviría para el resto del invierno. Allí podíamos postergar la cuestión de si seguíamos o no por caminos separados y centrarnos en el objetivo más acuciante de la simple supervivencia.

Descubrimos cerca un arroyo y supimos que ese sería nuestro hogar en la época oscura del año. Cualquier mesón que pudiéramos pagar pronto se tragaría nuestro dinero, y necesitábamos administrarlo para comer. La casa se hallaba alejada de otras viviendas, y las tierras que la rodeaban no parecían interesar a nadie. La casa en sí era pequeña y estaba semiderruida, pero conservaba el tejado; sería refugio suficiente en comparación con el camino abierto, y disponíamos de aquel arroyo para abastecernos de agua. ¡Confié en que no se congelara en invierno!

—Es como la fuente mágica en la historia de Orlando —dijo, entre seria y divertida—. Pero ¿será la fuente que crea amor o la que lo destruye?

Yo no sabía de qué hablaba, hasta que aquella noche, junto al fuego que encendió con ayuda de su yesquera, me habló del libro que aquí se conoce como *Orlando furioso*. Me recitó su poesía, parte de la cual se sabía de memoria. Por supuesto, yo no sabía italiano suficiente para seguirla, pero cada vez que Isotta terminaba una escena, la repetía «a

nuestra manera» o a veces en francés, para que yo la entendiera. En otras ocasiones, me cantaba las tonadas que había aprendido como cantante callejera en sus viajes. Así pasábamos las horas cuando ya no podíamos trabajar.

La mayor parte del tiempo, incluso durante la inactividad del inverno, no lo dedicábamos a la poesía y los relatos antiguos. Debido a las escasas horas de luz, teníamos que trabajar con apremio para alimentarnos. Encontré trabajos sueltos ayudando a los carreteros que entraban en Clermont cargados de leña y agua y otros artículos, con lo cual a menudo me dejaban cruzar la muralla y entrar en la ciudad, donde podía adquirir cosas que necesitábamos, fuera con el dinero que ganaba o con el de Isotta. O si no, me pagaban con comida y leña, que a nosotras ya nos venía bien. No comíamos en abundancia, pero tampoco nos moríamos de hambre.

Isotta encontraba trabajo en tareas femeninas siempre que era posible. Se había llevado de Italia algunos objetos valiosos para venderlos en el camino, pero como ella a menudo decía, en un tono de gran trascendencia, quedaba «mucho camino por recorrer»… Todo el dinero que ganábamos o atesorábamos entre las dos debía durar.

A veces ella, por la noche, gritaba o sollozaba, pero no se despertaba. En esos momentos yo me preguntaba en qué pensaba, si podía ser realmente feliz en nuestra choza, por mucho que nos protegiera del frío y de la lluvia.

—Debes de estar acostumbrada a cosas mucho mejores que esto —dije un día mientras sacudía y ahuecaba los sacos en los que dormíamos, rellenos de hojas secas y otros materiales mullidos, y los cubría con la gruesa manta por la que había trocado mi piedra de toque en el mercado de la ciudad. El mercader pensó que salía ganando con el trato, pero una cama caliente en compañía de Isotta era mucho más valiosa para mí que un objeto como aquel. Ahora mi piedra de toque era ella.

—¿Mejor que esto? —repuso—. Sí y no. Los muebles suntuosos, los vestidos bien confeccionados y las comidas abundantes están muy bien, y no permitiría que le faltaran a nadie si estuviera en mis manos. Pero ¿conoces ese proverbio de las Sagradas Escrituras, que dice: «Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que de buey engordado donde hay odio?». Puedo dar fe de eso. Como nuestras legumbres, Bradamante, y duermo en nuestros pobres sacos encantada, si así soy libre y me encuentro entre verdaderos amigos.

Me fijé en que había dicho «amigos», aunque yo me consideraba por el momento su única amiga. Sabía que cuando escuchábamos misa en la enorme iglesia construida con piedra oscura en la ciudad, muchos la miraban, llamativa como era, sobre todo cuando lucía su elegante vestido, ya un tanto ajado tras sus viajes. Como si intentaran adivinar su historia…

Algunos incluso la saludaban o conversaban un poco; otros nos insultaban o volvían la cabeza. Pero yo nunca antes me había

preguntado dónde estaba Isotta cuando me dedicaba a transportar mercancías en las carretas o quién más podía entablar amistad con ella o descubrir dónde vivíamos. Eso se lo habíamos ocultado a todos, puesto que ella no quería que la localizaran, ni siquiera tan lejos de las tierras de la gran dama. Además, temíamos que el propietario de ese terreno nos echara.

Pero como era imposible evitar por completo a las demás personas y muchas se sentían atraídas por Isotta, ahora yo temía perder mi lugar a su lado. «Has tardado mucho», empezaba a decir si ella no regresaba a nuestra choza a la hora que yo preveía, o: «¿Has hablado con alguien cuando estabas fuera? ¿Qué te ha entretenido?».

Al principio, Isotta se lo tomaba con desenfado. «He tenido tantos compromisos que he perdido la noción del tiempo», contestaba en broma. «Me tenían que tomar las medidas para un vestido» o «He subido a la cumbre de la montaña cónica y he vuelto a bajar. He volado con el águila».

Pero, pese a que ella sonreía, mis temores no se disipaban tan fácilmente, y a mi miedo se añadió una creciente irritación. Una tarde, ya casi de noche, cuando yo había encendido ya el fuego en nuestra pequeña chimenea, ella entró, con la bolsa aparentemente repleta de productos del mercado —¡a pesar de que el mercado había cerrado hacía mucho!— perdí mi calma habitual.

—¿Ni siquiera se te ha ocurrido pensar que yo estaba aquí esperándote? —exclamé—. ¿Verdad que no son otros los que te cuidan y comparten las cosas contigo y mantienen el fuego encendido y la cama caliente para ti? ¿Qué ves en ellos que yo no te dé?

Esta vez Isotta no sonreía; parecía sorprendida.

—Está claro que nos cuidamos la una a otra, Bradamante. Eso no significa que seamos dueñas la una de la otra. Nunca perderé la libertad. ¿Acaso no es eso lo que te dijo tu caballo Bayard en el bosque? Siempre andas hablando de tu propia libertad. ¡A ti no te gustaría que yo te interrogara y te agobiara!

—¡Sí, me gustaría! Lo preferiría sin ninguna duda. —Aunque me di cuenta de que ella estaba al borde del enfado, no pude contenerme—. A ti te da igual dónde estoy y qué hago.

—Eso no es verdad.

Los celos se habían adueñado de mí. El fuego humeaba porque había dejado de atenderlo, y empecé a toser lastimosamente.

—A saber cuál es la verdad. ¿Cómo sé yo si cualquier cosa que me digas es verdad? Ni siquiera conozco tu verdadero nombre.

Isotta agitó las manos para dirigir el humo hacia la puerta y despejar el aire. A continuación, sacó poco a poco de la bolsa los productos que había traído a casa.

—Ni yo conozco el tuyo, pero ¿eso qué más da? Somos lo que hacemos ahora y en el futuro… Lo que hemos sido antes no forma parte de nuestras vidas.

Tenía razón, pero no me gustó. Busqué otro motivo de queja.

—Es peligroso que rondes por ahí sola.

Soltó una risotada cáustica.

—No más peligroso que para ti, por más que te vistas con ropa de hombre. Antes de conocerte me las arreglaba bien, ¿no?

—Y supongo que tu intención es volver a arreglártelas sin mí cuando llegue la primavera —prorrumpí. En realidad, temía la llegada de la primavera, porque implicaría tomar una decisión. Pese a toda la escarcha y el viento cortante, a mi jubón demasiado fino y a la precariedad de nuestro refugio —aunque sabía que este no duraría porque alguien descubriría dónde nos albergábamos y empezaría a acosarnos—, deseaba que el invierno no terminara nunca.

Como si Isotta oyese mis pensamientos, se quedó mirándome fijamente por un momento; después se sentó, me pidió que me sentara yo también y me cogió las manos entre las suyas.

—Si tengo que arreglármelas sin ti en primavera, lo haré. Pero eso no significa que no te quiera a mi lado. Es solo que… no puedo viajar con alguien que no confía en mí. Y… —Me dio un apretón en las manos y me las soltó—. Entiendo que tienes tu propio viaje que concluir, si ha de ser así.

Ese habría sido el momento de contarle mi viejo sueño: el de ser aprendiz en una imprenta y ayudar a hacer libros, como había hecho mi padre. Isotta no podía considerarlo indigno ni banal, porque adoraba los libros. Había dejado atrás su ejemplar de *Orlando furioso* solo porque era un estorbo para viajar, como los otros muchos preciados volúmenes que en otro tiempo había hojeado o a los que había accedido. Sin embargo, si le contaba mi plan y a ella le parecía estúpido o trivial, yo perdería toda esperanza. Una cosa era que mi madre lo hubiera despreciado, y otra muy distinta arriesgarme a que sucediera eso mismo con Isotta.

Si en lugar de buscar a la familia de mi padre en Nevers, seguía viaje con ella a España, ¿qué esperanzas tendría de encontrar un trabajo de aprendiz como ese? Los idiomas de Aragón y Castilla no eran desconocidos para Isotta, pero para mí eran mundos ignotos, y para trabajar en una imprenta, incluso en las tareas más básicas, necesitaría hablar en ese idioma.

Por tanto, transcurrió el invierno con la misma pugna y la misma frialdad dentro que fuera, ya que no veía como unir mi suerte a la de Isotta, y sin embargo tampoco soportaba dejar que se marchara.

Asomaron en la tierra los primeros tallos verdes y regresaron las golondrinas; pronto llegaron los días en que una podía aventurarse a salir sin capa o abrigo. Isotta estaba siempre preparándose para la marcha, dándole vueltas a cuál era la mejor manera de emprender el viaje, y a si una vez en el sur, qué convenía más, tratar de zarpar desde el puerto más cercano o seguir por tierra y cruzar de algún modo lo que sabíamos que eran unas montañas enormes. Lo único que podía hacerse era preguntar a la gente de pueblo en pueblo, de región en región, pero no todos aquellos con quienes pudiéramos cruzarnos

sabrían necesariamente la respuesta o se prestarían a ayudar a un par de desconocidos.

Continuaba sin decirme cuál era su destino final, por lo que deduje que confiaba poco en mí.

—No es eso —insistió—. Es porque, si no lo sabes, mantener el secreto no te causará problemas. —Sonrió y añadió—: ¡Serás tú quien tendrá que confiar en mí!

No parecía pesarle la idea de abandonar nuestra casita, pese a que nos había proporcionado comodidad y seguridad en un lugar extraño. Una noche, mientras me alborotaba el pelo, recién cortado por ella misma, tarea de la que se ocupaba con gusto, y me acariciaba la frente a oscuras en nuestro lecho tosco, dijo:

—Bradamante, si me acompañas en mis largos viajes, aunque sea solo parte del camino, tendrás que darte prisa mañana por la mañana, porque no quiero esperar más.

Me incorporé, pensando que soñaba.

—¿Mañana?

—Bueno, tampoco es que tengas muchas cosas que recoger. —Bostezó y empezó a vencerla el sueño.

En cambio, yo no pude dormir: durante toda la noche, la idea del viaje se revolvió y rondó de un lado a otro en mi cabeza, y escuché su respiración e intenté imaginar cómo sería si esa fuese la última noche que pasábamos juntas.

Con cuidado, en silencio para no molestarla, me levanté y empecé a llenar la bolsa con mis escasas pertenencias. Podía marcharme en ese momento y ponerme en camino, e Isotta seguiría durmiendo, al menos hasta el amanecer, y si yo viajaba lo bastante rápido, ella no tendría que saber nunca adónde había ido. Quizá ni siquiera se molestara en averiguarlo. ¿Vendría a por mí con el fin de reunirse conmigo?

Un rayo de luna penetró en la choza a través del resquicio de la puerta, contemplé el rostro dormido de Isotta y supe que no podía marcharme sin ella.

Despertó, como si sintiera esa luz posarse sobre ella, y dijo en voz baja:

—Deja los preparativos, Brad. Vuelve a la cama. Ya habrá tiempo por la mañana.

El Bearne, 1534

La reina de Navarra interrumpió la lectura en ese punto y dejó a un lado el relato. Hasta ese momento ella misma se había pasado la vida entera en movimiento, siempre en los caminos, y en una ocasión incluso había hecho una travesía por mar… En cambio, esas jóvenes habían viajado solas y sin protección. Se estremeció solo de pensarlo.

Ella conocía a todo el mundo, había estado en todas partes; sospechaba quién era la gran dama de la que había huido Isotta. Sin embargo, no podía echarle en cara ese deseo de libertad; su joven cautiva no tenía por qué temer ninguna intervención a ese respecto.

Algunos cortesanos decían que la vida de los pobres, el *menu peuple*, era mejor que la de las personas de alta cuna.

«Duermen profundamente por la fatiga del trabajo mientras que nosotros yacemos con la mirada fija en los doseles de nuestras camas.»

«Disfrutan de cada bocado cada vez que tienen oportunidad de llenarse el estómago mientras que nosotros estamos saciados y somos indiferentes a nuestros exquisitos manjares.»

«Y pueden entregarse a los deseos de la carne sin deshonra, ya que al no tener una reputación propiamente dicha, no pueden perderla.»

«Aun así, ponedles una pluma en la mano —pensó la reina de Navarra—, y conoceremos la verdad sobre su experiencia.»

La despreciable injusticia de que había sido víctima a manos de mi hermanastro…

No me gustan las guerras. Solo traen dolor y sufrimiento.

1520 - 1525

> El 7 de junio de 1520, que fue el día del Corpus Christi, alrededor de las seis, las siete y las ocho, pasado el mediodía, mi hijo y el rey de Inglaterra se reunieron en la carpa de dicho rey cerca de Guînes.
> …
> El día 9 de junio de 1520, mi hijo y el rey de Inglaterra se reunieron en el campo, cada uno con cincuenta hombres, y bebieron vino juntos, a eso de las cinco y media de la tarde… …
> El 23 de junio de 1520, el legado inglés ofició misa en campo abierto, ante los dos reyes…
> El 24 de junio de 1520, los dos reyes se separaron y se despidieron el uno del otro.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

En aquel valle había oro allí donde se mirase. Ni ingleses ni franceses habían escatimado nada en aquel despliegue. El coste era exorbitante, Margarita lo sabía muy bien, pero el trofeo anhelado —la firme amistad entre los dos reinos, una alianza en contra de Carlos V— tenía un valor incalculable. La reunión largamente esperada entre los dos grandes reyes —Enrique de Inglaterra, el octavo con ese nombre, y Francisco— por fin se había celebrado.

Margarita tendría que enfrentarse una vez más a Bonnivet. Entre los millares de personas que asistían a la reunión de los dos reyes, él se contaría entre los más destacados. Y Margarita nunca podría mencionar siquiera lo que había ocurrido en su magnífico castillo…

En cualquier caso, ella no siempre había podido eludirlo desde aquella noche. Bonnivet se había mantenido alejado de la corte solo el tiempo necesario para que se le curasen las heridas del rostro; así, ningún cortesano podría llegar a conocer su delito mediante preguntas incómodas. Pero seguía siendo el hombre de confianza del rey, o

incluso más: el hombre con quien se contaba, el hombre a quien se recurría. ¿Era ella la única que advertía cómo se sonrojaba y tartamudeaba Bonnivet en su presencia? ¿O cómo palidecía y enmudecía? Tal vez fuera vergüenza, o solo miedo a que ella lo denunciara.

Margarita no soportaba la idea de que rondara por allí durante todos los festejos y todas las reuniones diplomáticas que se avecinaban. Él era el responsable de todo eso, como lo era Volsey del lado inglés. Hombres ambos que no necesitaban ser reyes porque estaban ya muy cerca del trono… Volsey, casualmente, al igual que Bonnivet, llevaba años construyéndose un palacio imponente.

—Tanto poder y riqueza en un hombre que ha hecho votos —susurró Margarita al poeta Marot, que los había acompañado, su único consuelo.

Ella vio brillar la ironía en los grandes ojos oscuros de él, que no tuvo la audacia de expresarla.

—Lo sé, lo sé, yo también soy rica —añadió Margarita con cierto remordimiento—. ¡Pero yo no soy un hombre del clero!

—«Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios» —dijo Marot—. Es un planteamiento muy severo. —Sonrió—. Pero eso no tiene por qué preocupar a los pobres poetas.

—Muy gracioso. ¿Acaso no estáis bien remunerado?

—Ah, no me falta de nada. Bueno, quizá una cosa sí. —La miró con timidez.

Margarita optó por pasarlo por alto.

—En cualquier caso, difícilmente Volsey podría ser de otra manera, supongo. En una iglesia mundana, un cardenal es como un gran príncipe.

Los grandes hombres podían ser «tumbas blanqueadas», como se decía en las Sagradas Escrituras: hermosas por fuera, pero ¡qué distintas bajo la superficie! Si Marot hubiera tenido la menor noción de cómo era Bonnivet… Se enrojeció al pensar en cómo hablaban a veces los hombres.

—Todo consiste en causar impresión, ¿no? —afirmó el poeta—. Solo en eso.

Como ese valle artificial de oro: oro bajo la luz del sol, cuando este asomaba por encima de los campos en lo que parecía, a primera vista, una ciudad dorada, e iluminaba las vestimentas de hombres y mujeres que estaban cerca y lejos. Era una llanura situada a baja altitud entre Guînes, población en poder de los ingleses, y Ardres, en poder de los franceses. Y ahora resplandecía como una promesa… Tanto que al principio, por el oro y la plata de su indumentaria, pensaron que los ingleses los habían traicionado y acudían vestidos para el combate. Pero la ciudad dorada se componía de tiendas de campaña, solo provisionales, y junto al viejo castillo que se alzaba en el lado de Guînes había un palacio inglés improvisado de tela y madera, pintado

de modo que parecía de piedra. Tenía muchas ventanas para que entrase la luz, y dentro colgaban los más exquisitos tapices.

Frente al palacio había fuentes de las que manaban hipocrás, vino y agua, para que todos se sirvieran con copas de plata. Coronaban la puerta del palacio la imagen de un arquero y el lema: Qui j'accompagne est maître, aquel a quien yo acompaño es el amo. Una ambigüedad aterradora, porque Enrique podía inclinarse por un lado o por otro. Y ellos necesitaban que se decantara de su lado…

—En realidad, no tengo por qué asistir —había dicho Margarita a su marido en un intento de librarse cuando todavía iban de camino. Ya tenía muchas tareas de que ocuparse en su ducado de Alençon, por no hablar ya de su propio ducado de Berry, un regalo de su hermano, años atrás, cuando además la nombró par del reino: una gran responsabilidad.

Ni siquiera ella daba crédito a esa posibilidad; el duque se había echado a reír.

—No lo diréis en serio… Os encantan los festejos. ¡Esta será la mayor fiesta que tanto vos como cualquiera de nosotros hayamos visto! Planeada desde hace mucho tiempo, ¡y hasta ahora no habíais hablado de no asistir!

Margarita se irritó. ¡La consideraba una entusiasta de las fiestas! Tal vez lo había sido en otro tiempo. Sin embargo, desde el último y grave intento de Bonnivet de acceder a ella, se sentía menos predispuesta. Pero no podía explicar la razón a su marido.

—Me consideráis una mujer mundana —susurró cáusticamente.

—¿Cómo no ibais a serlo? En cualquier caso, reconoceréis que, aunque no fuerais la hermana del rey, siempre habéis disfrutado de los buenos espectáculos.

—Quizá no sea, pues, tan santa como vuestra madre —dijo Margarita, y de inmediato se arrepintió. Quería y valoraba a su suegra; ese áspero comentario era indigno. La duquesa viuda se proponía entrar en breve en un convento, tan poco le importaban a aquella buena mujer las ostentaciones mundanas.

Charles la miró con frialdad.

—No, no hay ninguna duda de quién sois hija.

—Si os referís a *mi* madre, a nosotros no nos podría haber tratado mejor.

Charles volvió la cara.

—Si voy, no es por el entretenimiento —insistió Margarita—. Voy adonde soy necesaria.

Luisa confirmó sus obligaciones cuando Margarita expresó su renuencia.

—No digas tonterías, ¡como si no fuera a notarse tu ausencia! La reina Claudia es una mujer desabrida en el mejor de los casos, y ahora que está encinta… Debes estar presente para ayudarla. —Luisa fijó una mirada gélida en su hija—. ¡Pon todo tu empeño en causar la mejor impresión en el rey inglés, cueste lo que cueste! ¡Es necesario

mantener a raya al odioso emperador Carlos! ¡La reina Catalina, como tía suya que es, ya lo favorecerá! Margarita, recurre a todos tus encantos para contrarrestar eso.

—¡Todos mis encantos! —Margarita sacudió la cabeza—. ¡Dudo que yo ejerza un gran efecto en el rey Tudor!

—Tiene fama de interesarse en las cosas más exquisitas… por ejemplo, la poesía. Hay más de una manera de cautivar a un hombre, Margarita, si es lo que debemos hacer. —Luisa hizo rechinar los dientes—. ¡Y desde luego no voy a permitir que esa tal Françoise de Foix asuma ese papel!

Luisa no podía por menos que sentir aversión por la querida de su hijo, pero eso se veía agravado por los lazos de sangre de la joven con la difunta reina Ana de Bretaña… ¡y por la manera en que la querida buscaba la promoción de sus hermanos militares! A lo que se unía el rumor de que había sido querida de otro hombre: ¡su primo, el condestable Borbón! Además, el hermano de Françoise había sustituido al Borbón como teniente general en Milán hacía solo unos años, cosa que sin duda no había complacido al Borbón. No, Luisa estaba esperando el momento de poner en su sitio a esa mujer.

¿Estaría Luisa al corriente de las murmuraciones con respecto a la querida de su hijo y Bonnivet? Margarita no se lo mencionaría, a pesar de que eso podría haber redundado en un castigo a Bonnivet. Tal vez ni siquiera fuera cierto. No causaría malestar sin motivo alguno a su hermano, que estaba perdidamente enamorado de esa mujer.

¡Y Margarita era cómplice de muchas cosas! Luisa se habría encolerizado si lo hubiera sabido… Margarita había escrito bonitas rimas de amor para que su hermano las grabara en las joyas que regalaba a su amante, a la vez que brindaba todo su apoyo a la pobre reina Claudia, ya embarazada de muchos meses, como si fuera su queridísima «hermana». Le resultaba halagador que él le hubiese pedido que se las escribiese, en lugar de recurrir a un poeta de mayor renombre o escribirlas él mismo. Aun así, era consciente de que eso estaba mal.

«¿Por qué —se preguntaba Margarita—, si el rey es el ungido de Dios, existe tal abismo entre cumplir la voluntad del rey y cumplir la voluntad de Dios?» Ella había vivido siempre en ese abismo, sin llegar a entenderlo del todo. Para su hermano, las normas eran, sencillamente, distintas.

Margarita, por supuesto, fue a ese Campo de Paño de Oro entre Guînes y Ardres: era inevitable. «Francisco me necesita…»

Los actos se prolongaron durante semanas, y lo que Margarita no vio, otros se lo contaron. Cómo los dos reyes, en su reunión, habían cabalgado el uno hacia el otro seguidos de cerca solo por dos acompañantes cada uno, uno a cada lado: Enrique, con sus duques, el de Norfolk y ese Suffolk que se había casado con su hermana María Tudor, anterior reina de Francia, y Francisco con el Borbón y Bonnivet como sus elegidos.

Los reyes, montados en sus excelentes caballos españoles, se inclinaron a un lado y se abrazaron; tras desmontar, se abrazaron otra vez. Entraron en la tienda de campaña destinada a las reuniones, donde acordaron y firmaron muchas cuestiones que dieron lugar al Tratado de Londres.

Decidieron que Francisco acudiría como invitado a la cena de la reina inglesa Catalina, y que, al mismo tiempo, la reina Claudia acogería en su mesa a Enrique junto con muchas damas, entre ellas Margarita y su séquito.

La joven doncella de honor Ana Bolena estaba entusiasmada; su familia inglesa iba a asistir a todas las celebraciones porque su padre era embajador. Recientemente, Ana había pasado del séquito de Claudia al servicio de Margarita.

—¡Volveré a ver a mi hermana María! —le dijo a Margarita, con un brillo en los ojos oscuros—. ¡Y a mi madre! ¿Y… quizá al mismísimo rey inglés? Me considero muy afortunada. ¡Vivimos tiempos extraordinarios!

Margarita sonrió; aunque a ella, a sus veintiocho años, la vida mundana ya le causaba hastío, no le podía reprochar a esa mujer más joven sus pequeñas alegrías, ni sus mayores ambiciones.

—¡Claro que veréis al rey! —exclamó—. Pero no puede decirse que no hayáis conocido ya al más excelente de los reyes.

—Tal vez el rey inglés algún día pueda compararse a él en cuanto al número de hijos varones —repuso Ana con descaro.

Margarita la miró, sorprendida. Era sabido que la reina Catalina había perdido más de un hijo varón, además de hijas, y era muy probable que no tuviera más. Pero Ana, en su estado de júbilo, mostraba una gran locuacidad; Margarita no podía reprenderla.

Aunque Margarita se había avergonzado cuando su marido se burló de ella, no era contraria a las diversiones. Incluso una joven sobria e inteligente como Ana podía desear las emociones de los festejos. Margarita se acordó de cómo era eso, el hecho de esperar los banquetes y los bailes, y, desde luego, Ana era una magnífica bailarina. Tal vez, cuando una mujer estaba más cerca de los treinta que de los veinte, empezaba a perder interés…

—¿Veréis, pues, a vuestra hermosa hermana? —le preguntó Margarita a Ana.

La presencia de María Bolena había sido reclamada en Inglaterra el año anterior. El semblante de Ana era una mezcla de orgullo… ¿y quizá consternación? ¿Qué ocultaba?

—Bueno —contestó Ana—, ahora es madame Carey, así que su vida ha cambiado mucho. —Se traslució cierta tirantez en el tono de Ana. Como persona con un gran dominio de sí misma, no dijo más. Margarita conocía esa sensación; como también sabía lo que, según los rumores, Francisco había hecho con María Bolena. ¿La protegería ahora de los hombres el matrimonio? Por lo visto, Francisco compartía el punto de vista de Bonnivet: que el matrimonio no era un obstáculo.

¿Cómo había abusado él de la joven María Bolena? Margarita no lo preguntaría, aunque flotaba en el aire, y Ana debía de conocer los detalles. En la corte francesa, la gente hablaba mal de la hermana de Ana, pero, claro está, siempre se culpaba a las mujeres —incluso a las muy jóvenes— cuando… y sobre todo si su belleza… Pero no solo en esos casos.

Margarita no era la guardiana de su hermano, aunque lo intentara. Últimamente, su principal querida lo mantenía muy ocupado, así que quizá eso era algo digno de agradecerse. Apartó de su cabeza a María Bolena. El rey inglés también tenía una querida, e incluso un hijo con ella, nacido el verano anterior. Con su verdadera esposa, Catalina, tenía solo una hija.

Fue un domingo cuando cada reina actuó de anfitriona del otro rey. Se dispararon salvas de artillería para anunciar que un rey abandonaba su alojamiento y se encaminaba hacia el alojamiento del otro, siguiendo ambos caminos distintos.

Todas las damas francesas iban vestidas de oro dentro de las carpas doradas; también vestía así el rey inglés Enrique cuando llegó, tachonados su capa y su cuello de piedras preciosas. Luisa lo recibió en la entrada principal y lo guio al interior. Se oyeron exclamaciones entre el grupo de mujeres que rodeaba a la reina Claudia. Esta, a punto de salir de cuentas, lucía un vestido cubierto de piedras preciosas con diamantes engastados en las mangas. Margarita y su madre también exhibían vestimentas suntuosas.

A Francisco se le trataría con la misma fastuosidad en la otra carpa. Para Margarita resultaba agotador. Aquello era el teatro de la diplomacia: una solo tenía que interpretar su papel.

Como hizo Claudia, que se levantó con su enorme vientre y su cuerpo menudo pero pesado, para dar la bienvenida a Enrique. Él se quitó el bonete, se arrodilló ante ella y le dio un beso. A continuación, besó a Luisa… y a Margarita. Aunque ese hombre, para su sorpresa, le causó repulsión, no debía exteriorizarlo en lo más mínimo. Solo un año mayor que ella, de mejillas sonrosadas y cabello de color rojo claro, Enrique era altísimo, como su hermano, pero extraño, y destilaba energía. Margarita sabía cuáles podían ser los efectos de una energía como esa si no se controlaba.

Francisco le había confiado la información recibida de sus espías. Después de conocer al terrateniente y poderoso condestable Borbón, el rey inglés había dicho: «Si yo tuviera un súbdito como ese, no permitiría que conservara la cabeza sobre los hombros durante mucho tiempo». Margarita se estremeció al pensarlo. ¿Era Enrique un déspota, además de lujurioso?

Tal vez las damas inglesas, en su palacio de Guînes, pensaban también eso de su hermano. ¿Irradiaba Francisco la misma vil jactancia y prepotencia indiferente? No, imposible. Él era mucho más espiritual y refinado; de eso estaba segura.

Por suerte, no se había casado con Enrique, ni con el hermano de

este, ni con el padre, aunque tiempo atrás había existido la amenaza. De pronto advirtió que la *petite* Bolena la miraba y esbozaba una leve sonrisa. Ana resplandecía de expectación, pero ¿ante qué?

«Supongo que en el fondo es una inglesa —caviló Margarita—, aunque haya adquirido los modales y una gracia totalmente franceses…»

Pero el rey inglés apenas se fijó en Ana. Besó al resto de las damas una por una, de la más a la menos importante, y acto seguido ocupó su asiento junto a Claudia. Margarita se sentó con ellos en la mesa principal. Solo de oír la voz del rey, contraía los dedos y sus uñas se convertían en garras, como le había ocurrido con Bonnivet.

Antes de servirse, cada nuevo plato se anunciaba con una melodía: la música era hermosa, los manjares empalagosos y suculentos. La mesa era un muestrario de animales muertos, como si el propósito fuera aniquilar todas las aves y bestias que Francia pudiera reunir y exponerlas ante Inglaterra. A Margarita se le revolvió el estómago solo de ver semejante despliegue, pese a que normalmente comía con buen apetito.

Luisa, que estaba en su elemento, bebió y comió en abundancia. También las jóvenes damas. El rey Enrique no les fue a la zaga. Solo Claudia, que velaba por su estómago, seleccionó la comida con delicadeza en su plato de oro mientras conversaba de trivialidades.

—Encandílalo con tu ingenio —instó Luisa a Margarita—. Asómbralo. No puede haber ninguna inglesa que sea como tú. La pobre Claudia, con su cara de luna, pronto ya no sabrá qué decir.

Pero, pese a todos los esfuerzos de Margarita, Enrique —dorado como el plato real, reluciente como las carpas y los toldos que llenaban el valle, sus mejillas de un rojo cada vez más intenso por efecto de la bebida— se limitaba a asentir con la cabeza y apretar sus pequeños labios. Margarita no le interesaba más que la pequeña Ana.

Era a Claudia a quien prodigaba miradas y obsequiaba con su elocuencia: ¡Claudia, la que tenía ya dos hijos varones, y más en camino! Daba igual. Eso era simple trabajo, no placer.

—Esfuérzate más —le susurró Luisa a Margarita al oído—. ¿Qué te pasa?

La comida, la música, el baile prosiguieron durante cuatro horas. Eso Margarita lo hacía, como siempre, por su hermano. Por su hermano y su reino, y se tragó la repulsión que le inspiraba Enrique cuando, a la hora del baile, ni siquiera las máscaras adornadas con piedras preciosas pudieron camuflarlo.

—Si bailas con esa rigidez no lo vas a complacer —la reprendió Luisa—. Fíjate en la *petite* Bolena, la gracia de sus movimientos. ¿Qué ha sido de tu antigua chispa, Margarita?

Por su hermano y por su reino, en los torneos que se celebraron más tarde, Margarita asintió con la cabeza y sonrió a los gallardos participantes que arriesgaron la vida en las justas.

—Está claro que no eres su tipo —musitó Luisa—. ¡Cómo se atreve a

mostrarse indiferente ante la Perla de todas las Princesas!

Por su hermano y por Francia, Margarita se sentó entre las reinas, las princesas y las damas de alta cuna que contemplaron la liza, e hizo acopio de suficiente determinación para entregar a Bonnivet su trofeo sin inmutarse, sin el menor asomo de miedo en la mirada, ni el menor atisbo de calidez o perdón que acaso él buscara cuando, como siempre, triunfó en las lides. «Pero conmigo no triunfasteis.» Las palabras se quedaron en los labios de Margarita como una bebida amarga que no podía escupir.

Gracias a Dios había otros hombres en su vida, hombres distintos de Bonnivet; distintos de Enrique, el octavo con ese nombre, distintos de su propio marido. Hombres como su Clément Marot, de pasión poética y resplandeciente intelecto. A Margarita le gustaban sus poemas íntimos —rebosantes de sentimiento y humor, a veces toscos y picantes—, mejores que los que escribía para las ocasiones públicas. Aun así, los poemas públicos eran siempre excelentes y muy solicitados, y complacían enormemente a su hermano, el rey.

CLÉMENT MAROT,
ACERCA DEL ESPECTÁCULO DE LOS REYES DE FRANCIA E INGLATERRA ENTRE ARDRES T GUÎNES

De dos grandes reyes, la nobleza y el poder
aquí desplegados nos llevan a entender
que la amistad exige el valor de un león,
para vencer y sofocar cualquier vieja rebelión, y que así florezca
la paz, ese absoluto placer.

Ni por apostura, sabiduría o porte,
nadie recuerda en tiempos pasados
haber visto tan gran perfección
en dos grandes reyes.

Y los festines, la pompa y los asistentes
superan en bondad el triunfo y la distinción
que antaño se vieron en el monte Pelión:
ya que de este surgió la guerra de Troya,
y aquí han nacido la paz y la concordia
entre dos grandes reyes.

No obstante, el emperador aguardaba en la frontera de Borgoña para reunirse también con Enrique. Esa gran alianza podía verse reducida a una amistad trivial a pesar de todo. Poco importaba la gran misa con la que Volsey había clausurado todos los actos, o el dragón volador, fruto de la unión del símbolo Tudor y de la salamandra de Francisco, que se elevó sobre la muchedumbre boquiabierta para señalar el final de ese Campo de Paño de Oro. Pese a haberse construido con aros de madera y lona, una simple cometa arrastrada por un carruaje, la

criatura flameaba y silbaba como ninguna otra que se hubiera visto antes.

—Es todo ilusionismo, ¿no? —susurró Marot mientras lo contemplaban—. Como mis poemas.

Margarita se disponía a contestar jocosamente, pero advirtió que él, pensativo, hablaba en serio.

—Es una señal muy apropiada de que todo es vanidad —comentó ella por fin.

Él sonrió.

—«Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu» —Volvía a citar la palabra de Dios.

¿No era ella también vanidad, con sus gemas, sus sedas y su oro? Después de toda esa diplomacia —todo ese derroche y gasto atroz—, no habían avanzado un ápice. El rey Enrique había forjado algún tipo de trato siniestro con su enemigo Carlos V.

«He ahí para qué sirve el encanto —pensó Margarita—. He ahí para qué sirve el valor de un león.»

Erasmo, ese gran defensor de la paz que ella tanto admiraba, tal vez no se hubiera dejado ver durante esos actos en el Valle del Oro, pero al menos Marot sí había estado allí. Su taciturna apariencia, tan sombría y atractiva, contradecía el vivo ingenio con el que provocaba a Margarita. Todo lo que ella pedía, él se lo concedía en forma de poesía. Cualquier otra cosa también se la concedería, pero ella no se lo pedía. Y, sin embargo, un hombre tan distinto de los demás, un hombre que nunca abusaría de ella…

CLÉMENT MAROT,
SOBRE MI SEÑORA LA DUQUESA DE ALENÇON

Mujer de elevado valor es mi señora,
de cuerpo bello, modesto, casto y erguido;
su firme corazón la ecuanimidad valora,
ajeno a los azares, ni muy alegre ni muy decaído.
Dotada de un espíritu y un ingenio angelicales,
es el espíritu más sutil que el cielo ha alcanzado.
¡Oh, vos, el mayor de los prodigios! Veréis, pues,
que yo, vuestro siervo, al más extraño
monstruo sigo: monstruo, afirmo, porque tiene, a decir verdad,
cuerpo de mujer, corazón de hombre, cabeza de ángel.

Al principio, su marido no concedía mayor importancia a la presencia de Marot, pero más adelante, pasado un tiempo desde el Campo del Paño de Oro, empezaron a oírse habladurías en la corte, y Alençon se irritó. «O duchesse excellente!», citaba de vez en cuando aquí y allá.

—¡Dama de resplandecientes virtudes! ¡Dama de gran corazón que tanto disculpa la intención y el significado del poeta! ¡Princesa

magnánima! En serio, ¿desde cuándo sois tan sensible al halago, mi señora? ¡Y viniendo del hijo de un sombrerero!

Eso era injusto, ya que Marot padre había abandonado tiempo atrás los sombreros por el arte de componer versos.

—Es una convención poética. Ahí hay más de lo que entendéis. Aunque observo que vos, que jamás habéis mostrado interés en los poemas, por lo visto habéis memorizado muchos de sus versos.

—Porque los oigo con gran frecuencia: chirrían, y por eso se me pegan.

Margarita arremetió.

—Tiene una capacidad enorme para jugar con las palabras.

Alençon esbozó una sonrisa mordaz.

—Sin duda, habréis advertido que yo, como hombre de acción que soy, y no un individuo ocioso que vive del pergamino y las bocanadas de aire, soy indiferente a esa clase de juegos.

Sin embargo, no era indiferente a las justas, y se complacía en exhibirse como cualquier otro hombre; se complacía en estar entre los grandes. Margarita, ahora que su querida madame de Châtillon se disponía a abandonar la corte, tendría que sobrellevar eso sola; solo ella conocía la auténtica verdad del matrimonio: que él era reacio a actuar como un hombre con ella. No era docto ni cultivaba el espíritu; tal vez por eso ella lo repelía. Muy bien: no lo necesitaba. Pero ¿cómo iba Margarita a fundar una familia? ¿Le preocupaba a Carlos que ella recurriera al «hijo del sombrerero»?

Siempre podría depositar su amor en todos los hijos de Francisco. A finales de ese verano, la reina Claudia dio a luz a su quinto hijo en Saint-Germain-en-Laye: otra vez una niña, llamada Magdalena.

Pero en otoño, cuando todos habían vuelto al palacio de Blois, aunque el bebé crecía bien, la muerte empezó a flotar en el aire. Cuando Margarita estaba en el gélido patio del castillo, dos damas se acercaron corriendo hacia ella y se detuvieron de repente. Llevaban los rostros cubiertos con paños.

—Es madame Isabeau… —dijeron con la voz entrecortada a causa del miedo.

Margarita quedó paralizada. Advirtió en sus ojos el temor a la muerte.

—Es la peste, madame la Duchesse.

Peccantem me quotidie, et non poenitentem, timor mortis conturbat me. A diario peco, y no me arrepiento, el miedo a la muerte me inquieta.

¿Qué espantoso pecado era la causa de aquel castigo? El día anterior esa querida dama de alcoba estaba perfectamente.

Margarita sintió el impulso de postrarse de rodillas y rezar, pero debían actuar.

—Preparaos. Nos vamos a Amboise. Hablaré con el rey y madame. —Las damas vacilaron; Margarita insistió—. Necesitamos un cambio de aires. Cargad lo mínimo posible, pero estad preparadas. ¡Coged vuestras pomas, todas vosotras, y llenadlas!

Pero al cabo de pocas semanas la peste también se había desencadenado en Amboise; se dieron media vuelta y regresaron a Blois, y Margarita y todo su séquito, junto con la comitiva del rey y la reina y la de Luisa, se encerraron en la parte del castillo donde la enfermedad no había llegado: una fortaleza dentro de la fortaleza. No había nada que hacer salvo esperar a que pasara. No era la primera vez que el cielo enviaba ese azote. Ese era el enemigo al que le traía sin cuidado si uno era rey o villano, cardenal o uno de esos civiles que van a la zaga de un ejército. La gran corte, siempre en movimiento, ahora debía detenerse mientras aquello durase.

Margarita no podía hacer gran cosa fuera de sus aposentos, pero disponía de mucho tiempo para escribir. Cuando no estaba escribiendo, leía y rezaba. Ante la oscuridad y la muerte, se abstrajo en sí misma, e incluso cuando partieron hacia Romorantin más adelante ese invierno, la corroían sus dudas interiores, por el peso del pecado, *timor mortis*, el miedo a la muerte…

—Ya basta de eso —dijo Luisa, malhumorada.

—¡Pero me preocupa también todo el revuelo en torno a Lutero!

—No pienses más en eso. El papa ha condenado sus ideas. ¡Dice que ese hombre es «un jabalí del bosque»! Desentiéndete de esa bestia.

—¡Una bestia! En efecto, le darán caza… No digo que sea luterana, *ma mère*… Vos misma lo sabéis. Pero también vos tenéis una mente inquisitiva.

Luisa adoptó una expresión remilgada.

—Cuidado con lo que dices y con lo que lees.

Era cierto que Margarita había leído muchos textos que, como bien sabía, el papa quemaría. La Iglesia indicaba a sus fieles qué debían pensar, pero ¿acaso no decían las Sagradas Escrituras que uno debía amar a Dios tanto con el pensamiento como con el corazón, el alma y todas sus fuerzas? Ella se negaba a dejar de utilizar el pensamiento. Leyó y releyó partes de las epístolas de san Pablo, luego caviló acerca del comentario de Lefèvre sobre esos textos, o lo que pudo entender de él.

Luisa la reprendía, y ya no tenía a madame de Châtillon para compartir esas preocupaciones. Pero hablaba del tema con su tía Filiberta de Saboya, que se mostraba abierta a las nuevas ideas. Filiberta era medio hermana de Luisa, nacida de una segunda esposa. Era más joven incluso que Margarita, así que se consideraban casi hermanas, cuando podían estar juntas, ya que Filiberta había contraído matrimonio en Italia casi al principio del reinado de Francisco, y había vuelto a Francia hacía solo un par de años tras enviudar no mucho después de la boda.

Por las noches, tras la cena, departían e intercambiaban ideas.

—Hay en esto algo verdaderamente nuevo —comentó Filiberta—, en la distancia entre la fe y las obras. —Tenía unos ojos de color azul claro y mirada alerta, pero de expresión más amable que la de Luisa—. Debemos proceder con cautela, supongo, ¿no?

—Lo sé, lo sé. Parecen ideas de Lutero, pero Lefèvre venía diciéndolo ya desde hacía tiempo, y estoy segura de que no es una herejía. Y san Pablo lo escribe claramente: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús…».

Filiberta asintió vigorosamente con la cabeza.

—«Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley». Entonces, ¿significa eso que todas nuestras buenas obras no valen nada, que nada puede salvarnos a los ojos de Dios?

Margarita estaba confusa. Si las buenas obras realmente no contaban para nada, eso podía inducir a la gente a hacer el mal, con indiferencia; pero también significaba que el perdón de las malas acciones era posible, y ella conocía no pocas malas acciones.

—Contradice las opiniones de los clérigos —afirmó Filiberta—. Aun así, esta nueva manera de pensar me convence, o como mínimo me estimula. —Dirigió una mirada interrogativa a Margarita—. Tal vez sea el tipo de cambio que las mujeres estábamos esperando. Me interesa saber qué piensas. Tú eres la que tiene una inteligencia más aguda.

—A ese respecto no sabría qué decirte. Pero, en cualquier caso, esto está muy por encima de nuestra inteligencia.

Luisa, que pasaba por allí, asomó la cabeza desde la puerta y frunció el entrecejo.

—¿Hay algo por encima de tu inteligencia, Margarita? —Era un reproche, quizá, o un amago de orgullo afectuoso—. Jóvenes damas, tenéis que planteaoros ir a dormir; se está haciendo tarde. Sean cuales sean los enigmas teológicos que creéis estar resolviendo, debéis pensar también en vuestra salud.

Así y todo, Margarita, después de esas cavilaciones, permaneció largo rato en vela en su cama de Romorantin.

Por la mañana temprano, se arrodilló en la fría capilla y se lo expuso todo al sacerdote. Este pareció tener prisa por acabar.

—Seguro que eso es todo. Os exigís demasiado. ¿No habéis acabado, hija mía?

—Es todo —mintió Margarita, y enseguida se preguntó si una se condenaba por lo que omitía. Era tanto…

—Debéis esforzaros en ser una esposa mejor para vuestro marido. —El sacerdote hablaba en tono firme, pero con delicadeza, usando tópicos; ¡debía de decirles eso mismo a todas las esposas penitentes! Le dio la absolución, pero a ella le pareció que no era suficiente.

«Justificados gratuitamente por su gracia… El hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.»

Margarita necesitaba saber más. Se sentía inútil, y aun contando con Filiberta para que la reconfortara, no le bastaba con lo que tenía.

«Dios, guíame —imploró con la cabeza sobre la almohada—. Envíame ahora a alguien capaz de enseñarme, a fin de que puedas

utilizarme solo para el bien.»

> El sexto día de enero de 1521, la festividad de los Reyes, a eso de las cuatro después del mediodía, un mal tronco golpeó a mi hijo en la cabeza cubierta por un casco, cosa que me provocó gran angustia; ya que si hubiera muerto, yo habría estado perdida: inocente fue la mano que lo golpeó, pero, por la indiscreción, también ella peligró junto con todas las demás extremidades.
>
> El día de la conversión de san Pablo, en el año 1521, mi hijo corrió un grave peligro de muerte.
>
> LUISA DE SABOYA, *Diario*

Encima de todo lo demás —la peste, el invierno, las lesiones de su hermano, tanto por lo que rezar y sin orientación de nadie—, ocurrió lo siguiente. Sin duda Carlos V atravesaría Italia para ser coronado emperador del Sacro Imperio Romano por el papa, y en su viaje por Italia, amenazaría la posesión francesa de Milán.

—Pues hay que impedírselo, cueste lo que cueste —dijo Luisa con tono reflexivo mientras atendía a su hijo, que se recuperaba en medio de las exuberantes comodidades de su castillo de Romorantin.

Algunos habían dado a Francisco por muerto, o al menos ciego, a causa del golpe que se le había infligido durante una actividad lúdica, cuando participaba en un juego callejero con unos nobles como parte de la Epifanía, en una diversión que había llegado demasiado lejos. Francisco siempre estaba jugando: en realidad nunca había dejado de ser un niño.

Pero parecía recobrarse de todo, aunque le llevara tiempo. Ni siquiera había castigado al hombre que había arrojado el tronco desde una ventana en su batalla simulada.

—Si quiero hacer el bufón, tengo que asumir las consecuencias —dijo.

«Un rey —añadió en broma—, nunca anda muy lejos del bufón.» Pero en ese momento hablaba completamente en serio.

—Tengo un plan en mente —planteó Francisco—, o más bien dos planes. Dividiremos la atención y las energías del emperador: lo mantendremos ocupado al norte y al sur. La naturaleza dispar de sus numerosas tierras será lo que nos permita causar su perdición.

Francisco no podía partir a la guerra como había hecho en Marignano. El golpe en la cabeza con el tronco de Navidad y una posterior herida en la pierna, también mientras jugaba, le impedían ir a cualquier parte por el momento. Le habían afeitado los largos bucles para que el cirujano le atendiera el golpe en la cabeza, por lo que se inició una moda de cabello muy corto entre los hombres de la corte francesa.

—Si fuera así de fácil dirigir a los hombres *por dentro* —le dijo Margarita a Marot.

—No queráis ver cómo son los hombres por dentro. —Marot hizo

una mueca de repulsión, pero de tal modo que los dos se rieron.

Los dos hombres a los que Francisco ordenó que lo ayudaran eran cruciales. Por el noreste, Lamarck invadiría Luxemburgo, en manos de Carlos V, a cambio de unos honorarios. Eso atraería la mitad de la atención del emperador y lo disuadiría de ir a Italia. En el sudoeste, existía la permanente y acuciante preocupación de Navarra, y de su soberano, el joven Enrique de Albret, deseoso de apoyo para reclamar esa parte más amplia de su reino, invadida por España desde hacía más de una década. Esa pugna sería el señuelo para el resto de las fuerzas del emperador. La operación por el norte y por el sur era una forma de ir a la guerra fingiendo no romper la *paz duradera*, al señalar a otros como causantes.

La táctica fracasó. La guerra siempre llevaba a más guerra, fuera quien fuese el vencedor o el perdedor… El emperador no tardaría en iniciar la invasión de Francia. Solo la poesía podía distraer a Margarita de su angustia.

DEL RONDÓ COMPUESTO POR MI SEÑORA, LA DUQUESA MARGARITA

Al imaginarlos desfilar con tal devoción,
mi corazón se llena de pesar, de aflicción,
por verlos partir en medio de tal euforia,
exuberantes bajo esos colores de gloria,
pese a peligrar su regreso sanos y salvos.
Me asombra que los hombres, en su ambición,
sean tan ciegos como para sumir en la desolación
al reino, los hijos, la hermana y la transida madre:
al imaginarlos desfilar.

Eran tantas las despedidas. Filiberta se marchaba —de regreso a Saboya—, un duro golpe, dado su reciente entendimiento mutuo y sus cavilaciones sobre la fe.

—Te echaré mucho de menos —dijo Margarita.

—Estamos unidas en Dios —susurró Filiberta, emocionada.

—Sí, lo sé. ¡Aun así, necesito consuelo humano! Estoy convencida de que, si no amamos a nuestros congéneres, no podemos entender el amor de Dios.

Filiberta la abrazó.

—Pues entonces recurre al ser humano que te fue dado por Dios y al que tú le has sido dada. Margarita, te exhorto a buscar la felicidad con tu marido. Dale una oportunidad.

La corte se trasladó a Dijon. La ciudad había sobrevivido a un asedio atroz antes del reinado de Francisco, pero había sido fortificada de nuevo: el Borbón había restaurado el orden y la había reconstruido. La primavera daba paso al verano, y la belleza de Borgoña, rebosante de color por las flores y los tejados, hacía más espantoso el inminente conflicto.

Su marido, Carlos de Alençon, se marchaba. Hasta entonces sus ausencias nunca habían preocupado a Margarita. ¿Cómo podía enmendar la situación? Estaba acostumbrada a vivir sin él. La distancia de sus respectivos sentimientos era culpa tanto de ella como de él. Pero perderlo por una campaña militar, precisamente cuando había decidido mejorar las cosas… Seguro que Dios velaría por él.

Ahora, por las noches después de cenar, intentaba captar la atención de Carlos. Según san Pablo, «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor». Apretando los dientes, se sentaba cerca de Carlos y sonreía ante todo lo que decía; cuando no estaba de acuerdo, callaba. Esa noche lucía uno de sus vestidos más hermosos; se había perfumado con toda clase de pomadas y polvos agradables.

Al principio, tuvo la impresión de que él no había notado nada, puesto que se comportó como siempre: cortés, comedido. Pero cuando se disponían a retirarse para acostarse, él le susurró al oído:

—¿Os parece que visite vuestra alcoba? ¿Sería de vuestro agrado?

Ella movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Se sintió aturdida, no de deseo, sino a causa de un ligero pánico: por el hecho de que se pudiera hacer eso sin quererlo en realidad; que pudiera ser tan sencillo, cuando antes Margarita nunca lo había atraído.

Si supiera lo que Bonnivet había hecho —y lo que casi había hecho —, tal vez su duque nunca volviera a su cama. Sentiría asco, repulsión. Debía quitarse eso de la cabeza y sonreír una vez más, como una mujer. ¿Por qué entraba eso en contradicción con ser ella misma?

Sus damas de alcoba se retiraron para acostarse.

Su marido la trató con amabilidad, con delicadeza, y la desvistió él mismo, una novedad que no mitigó el pánico. Pero no hubo nada distinto en los hábitos de alcoba que siguieron. La tocó brevemente, y el acto concluyó enseguida.

Algunos sostenían que una mujer debía sentir placer para concebir; Carlos no lo sabía o no lo creía. En opinión de Margarita, eso era poco probable. Había visto los resultados de demasiados actos deplorables entre los súbditos de sus ducados cuando acudían a ella en busca de ayuda; no solían ser mujeres a las que la carne hubiera dado placer.

Sin entusiasmo, también había probado todos los alimentos y medicinas que, según decían, predisponían el útero para la concepción, además de baños calientes. Y mucho antes de haber empezado en secreto a poner en duda la devoción a los santos, se había encomendado a santa Ana, madre de la Virgen María. No obstante, podía esforzarse más. Se decía que una debía contemplar imágenes de bebés saludables, de hijos hermosos, para que el acto diera fruto… Quizá su marido tuviera razón y ella fuera la culpable, por no cumplir su parte.

—Rezaré por vos todos los días mientras estéis en el norte —susurró junto a él con la cabeza apoyada en la almohada—. Deseo ser para vos la buena esposa que no he sido hasta ahora.

El duque se rio.

—¿No estaréis preocupada? No es esta mi primera campaña. ¿Qué diferencia hay esta vez?

Margarita vaciló. ¿Cómo podía explicarle al hijo de una madre tan devota su nueva concepción de la fe, su deseo de partir de cero? No se arriesgaría a que él la tomara por hereje.

—Me fuisteis dado como marido por Dios y yo os fui dada a vos —murmuró nerviosa—, y deseo plegarme siempre a la voluntad de Dios.

—Muy devoto por vuestra parte —respondió él, y se volvió hacia el otro lado. Al cabo de un instante, se dio la vuelta de nuevo e, irritado, se incorporó en la cama—. Sabéis qué os digo: me siento más cómodo en mis aposentos. Os dejo. Que durmáis bien, mi señora.

¡No había sido su intención alejarlo!

—Carlos, esperad.

Él, levantado ya de la cama, se ponía el camisón y las medias.

—Debéis… Debéis creer que siento afecto por vos. —¿Lo creía ella misma?

El duque pareció leerle el pensamiento.

—¿Estáis segura? Me pregunto si no tenéis el corazón totalmente en otra parte. Y no me refiero a ese insignificante poeta «de Cahors en Quercy», como se complace en decir a todo el mundo. El problema no es *él*, ¿verdad?

Carlos se refería a su hermano. No se atrevería a decirlo: rayaba en traición. Todos debían amar y reverenciar al rey. Ella no tenía por qué elegir entre su hermano y su marido. Hizo lo posible por tragarse la indignación. ¡Y llamar a Clément Marot «poeta insignificante»!

Aun así, sopesó sus palabras.

—No soy esposa de nadie más que de vos —dijo con cautela—. Y cuando regreséis, estaré aquí esperándoos como nunca antes.

Acercó la mano de Carlos a su boca y la besó. Pero él la retiró de inmediato.

La tregua en pleno verano entre su hermano y el emperador, y la mediación que Inglaterra, a través de Volsey, había propuesto ofrecer quedaron en nada. Se acabó la «paz duradera» de la cristiandad. Margarita ya no se fiaba de Volsey, si es que alguna vez lo había hecho, ni de los ingleses. Una vez más se habían marchado todos los grandes hombres de Francia; una vez más sus mujeres hicieron lo que podían hacer las mujeres: rezar y esperar.

En el ducado de Milán de Francisco, su gran trofeo, un rayo cayó en el castillo y, al prenderse el polvorín, una gran explosión se llevó a centenares de franceses. Una multitud de trabajadores los sacó de debajo de los escombros. Los enemigos de Francia sostuvieron que fue una señal: su dominación sobre Milán estaba condenada. Otros dijeron que no había sido un rayo, sino un acto de sabotaje.

Ahora el papa León se había decantado firmemente del lado del emperador, al considerar que era su mejor opción para aumentar el

poder y las tierras papales… y para combatir a Lutero, que causaba cada vez más problemas.

Al sur de Francia, las fuerzas que combatían por el joven Enrique de Albret fueron derrotadas: el emperador conservó Navarra. En el norte de Francia, Clément Marot, aquel «poeta insignificante», siguió al duque de Alençon a la batalla; Marot, que ensalzaba la paz en todos sus poemas. Mantuvo a Margarita informada en verso de sus actividades en el campamento militar, ya que su marido nunca contestaba a sus cartas.

Una carta mal compuesta y mal escrita
vuela por la voluntad de quien la escribe
camino de la más noble, de Margarita,
entre todos los que en este mundo viven…

Antes de marcharse los hombres, Marot había ido a verla y la había mirado con aquellos grandes ojos oscuros suyos, rebosantes de todo lo que se abstenía de expresar.

—Os mantendré *au courant*; sé lo mucho que lo echaréis de menos.

¿Fueron esas palabras una pulla mordaz? ¿Había advertido todo el mundo cómo trataba a su marido hasta fecha reciente? Pero no, la mirada de Marot era sincera, desconsolada. A Margarita se le aceleró el pulso. Ese poeta capaz de expresarse con términos tan excesivos en sus versos humorísticos, tan burlón, se comportaba con ella con tal comedimiento. Por mucho que Margarita le permitiera acercarse —incluso cuando Marot leía los poemas de ella en borrador y le sugería mejoras—, nunca actuaba con presunción.

«Si yo dijera una sola palabra…», pensó ella, no por primera vez. Pero eso estaría mal a los ojos de Dios, y estaría mal a los ojos de ella misma. Podía regocijarse de una manera plenamente aceptable con la poesía de Marot; en su devoción hacia ella, como señora suya, era lo que debía ser. Sobre todo, podía regocijarse en el interés que él había manifestado recientemente en los nuevos planteamientos acerca de las Sagradas Escrituras.

Margarita se despidió de él con tristeza, tanto por su marcha como por la de su marido.

Marot fue fiel a su promesa. En una larga epístola poética, le aseguró que al duque de Alençon sus hombres lo consideraban una persona de gran bondad. Pero esa parte era propaganda. Lo que le escribió en prosa era una versión más cruda… Margarita no podía borrársela de la cabeza.

> Nada vemos (mi soberana señora) que no sea lamentable… pobres mujeres desoladas que vagan (con sus hijos colgados al cuello) por parajes despojados de verdor por el frío del invierno… sus ciudades, aldeas y castillos… han sido incendiados… nos compadecemos de nuestros propios enemigos cuando pasan ante nuestros ojos. Y de

manera tan horrenda esa serpiente despiadada, la guerra, ha enturbiado el aire limpio y puro con el polvo de la tierra seca, con nitrato de potasio y pólvora…

Margarita ahora vivía solo para las cartas.

Había empezado a escribir a Guillaume de Briçonnet, un obispo entusiasta de los nuevos planteamientos, de la nueva fe. Se mantenía en estrecho contacto con Lefèvre, el autor de los comentarios, gran erudito y hombre de Dios cuyos enemigos lo consideraban el Lutero francés. Margarita confiaba en que Briçonnet le enviara a maese Michel, gran predicador, a instruirla y reconfortarla mientras el reino de su hermano acometía terribles guerras. Aún no conocía lo suficiente esa religión verdadera que se basaba en la fe y no en las obras, tan distinta de lo que le habían enseñado; necesitaba orientación, certidumbre. «Me veo obligada a involucrarme en muy diversas cosas que me atemorizan», había escrito a Briçonnet en su primera carta. No obstante, él parecía resuelto a mostrarse cauto en su trato con la corte, y por el momento maese Michel se limitaría a escribir a Margarita. Esta debía tener paciencia.

Ya no contaba con Filiberta, pero siempre tenía a su disposición a su madre.

Junto con Luisa, Margarita viajaba ahora en litera rumbo a Compiègne, tras haber esperado a que pasara el peligro en París; los franceses obligaban a retroceder al emperador.

Si Luisa temía el poder de Carlos V, no lo exteriorizaba; tenía la razón de su lado. Durante todo ese verano y gran parte del otoño, ella se había mantenido firme. Sin embargo, estaba muy exaltada por la muerte de la esposa del condestable Borbón, Susana, la hija de madame la Grande. Mujer de menos de treinta años, nunca había sido fuerte, pero su fallecimiento poco antes ese mismo año lo había cambiado todo. No era pena ni pesar lo que sentía Luisa: era su reacción ante la oportunidad.

Cuando se encontró a solas con Margarita en la litera, empezó a pensar en voz alta:

—Las guerras son inevitables pero caras. El dinero se evapora. Debemos utilizar cualquier medio a nuestra disposición… Tengo derecho a reclamar las tierras y los bienes de nuestra querida Susana, a quien tanto *echamos de menos*, al margen de lo que diga en su testamento. Son míos por derecho propio.

Margarita bajó el libro que estaba leyendo. Conocía esa expresión en los ojos de su madre: el cálculo, la planificación. Se le revolvió el estómago, y no por los baches de la carretera.

—No sé si…

Pero su madre prosiguió:

—¡Yo también soy una Borbón, por parte de mi madre, y la prima más cercana de Susana!

—Pero el condestable… No lo consentirá. Y tampoco madame la

Grande.

Luisa se echó a reír.

—No sería mi primer enfrentamiento con ella.

—Debe de existir una manera de recaudar fondos menos dañina, si es que es inevitable que la guerra siga.

—¡Menos dañina! *Ma fille*, tienes casi treinta años. A estas alturas deberías saber que, para que uno se enriquezca, otro ha de salir dañado: las riquezas no caen del cielo.

Margarita no sabía cómo proceder; quería decir, como san Pablo, que «nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar». Que «la raíz de todos los males es el amor al dinero». Que el deseo de riqueza acarreaba «destrucción y perdición». Eso era lo que ciertamente traía el dinero destinado a la guerra. Así y todo, ella misma —como había admitido ante Marot— vivía en la abundancia y reconocía su propia hipocresía, comparable a la de los monjes y las monjas laxos a los que ella siempre había instado a reformarse. ¿Quién era ella para hablar?

Durante los últimos meses le había planteado con cautela alguna que otra idea a su madre, dejando caer imágenes extraídas de las cartas de Briçonnet, a la vez que le leía algún que otro versículo y se lo explicaba desde la nueva perspectiva, como él le había enseñado. Ahora que el papa León era enemigo y todos comprendían la necesidad de contener el poder de Roma, Luisa podía mostrarse más receptiva a la renovación de la fe. Incluso Francisco podía abrirse al poder de Dios por mediación de Margarita…

Sin embargo, quizá ese momento con su madre en la litera no fuera la ocasión indicada para hablar demasiado abiertamente. Aun así, en el viaje pararían a visitar a Briçonnet en Meaux, donde era obispo y había realizado grandes progresos en el proceso de reforma. Tal vez él pudiera apartar el pensamiento de su madre de las ventajas que acaso obtendría de la aflicción de los demás.

El Borbón no solo lloraba la muerte de su esposa, sino que también sufría un agravio, ya que el mando de las tropas de vanguardia en el norte de Francia —por lo general, suyo— se le había otorgado ahora al marido de Margarita. Eso era hurgar en la herida. En cuanto Luisa reclamara las tierras y los bienes que su difunta esposa le había dejado, ¿no sería eso ya el colmo? Sin embargo, si se la contradecía, Luisa se empeñaría aún más en salirse con la suya.

—Deberíamos planteárselo a Dios en nuestras plegarias —sugirió Margarita, a sabiendas de que su madre no podía negarse a eso.

—Ya lo he hecho. —Luisa movió la cabeza en un gesto de asentimiento—. ¿Y acaso no nos dice Ovidio: «La fortuna ayuda a quienes se atreven a intentarlo»? Me rondan varias ideas por la cabeza, pero esto llevará su tiempo.

Con paciencia y determinación, aseguró Briçonnet a Margarita en

Meaux, a su debido tiempo podía convertir a la corte de su hermano y ser ella la portadora de un gran cambio espiritual y social. No obstante, debía andarse con pies de plomo, porque incluso a la hermana de un rey la podían acusar de herejía.

El círculo de partidarios que Briçonnet había reunido en torno a él en Meaux no quería romper con la Iglesia: quería ilustrarla, inundarla con la luz de la lectura de la palabra de Dios en su propio idioma. Lefèvre, en cuya obra se apoyaban, había recurrido a la nueva doctrina para devolver a la Biblia el sentido que tenía en las lenguas antiguas, los textos de antaño. ¿Qué mal había en ello?

Tras la visita a Meaux, Margarita tenía material de lectura muy diverso y poco común. Compartió las ideas de Briçonnet con sus damas —algunas de las cuales eran partidarias de la nueva fe— y pidió a sus escribas que hicieran copias de las cartas de Briçonnet para enviárselas a Filiberta. Luisa se mostró abierta a las posibilidades que habían visto en Meaux, pero solo hasta cierto punto: si podían serle útiles a su hijo…

Después de pasar por Meaux, llegaron a Compiègne y luego regresaron a París. Siempre en marcha; sin un momento de respiro. Mientras tanto, las fuerzas enemigas combinadas —España, el Imperio y el papa— habían en efecto expulsado a los franceses de Milán, tal como había augurado aquel rayo letal según la interpretación de la gente. Lo único que conservaba Francia en Milán era la ciudadela.

¡Milán, el gran trofeo de su hermano, conquistado en su primer año de reinado! Y, supuestamente, un Sforza volvía a estar al mando.

—El culpable es Lautrec —se lamentó Luisa entre dientes—. No puede esperarse nada bueno de los hermanos *de esa mujer*.

Era cierto que los dos hermanos militares de la querida del rey le habían fallado a Francisco. Pero Lautrec nada podía hacer con la falta de fondos para pagar a sus soldados, lo cual había provocado tal cantidad de deserciones que se habían visto superados en número. Y partir de ese momento de la guerra se sucedieron los desastres; incluso las pequeñas victorias quedaron anuladas.

Entretanto, Briçonnet presionaba a Margarita en sus interminables cartas, suplicándole su intercesión para atraer a Luisa y Francisco a la nueva fe, para «encender una gran hoguera». Pero eso no era tan fácil como conseguir la atención de sus propias damas y las de Claudia.

La petite Bolena, todavía una joven dama de compañía, era una de esas oyentes y lectoras interesadas. Por eso, Margarita se llevó un disgusto ese invierno cuando llegó una carta de Inglaterra reclamando el regreso de la joven.

—¡Un disgusto! —Luisa estaba indignada—. A mí me parece muy preocupante. Puedes tener por seguro que indica malas intenciones por parte de Inglaterra. —Puede que Volsey tratara de mediar, pero su amor por la paz no era superior a sus propias ambiciones—. ¡Están ordenando el regreso de los suyos por cuestiones de seguridad! Expresaremos nuestro descontento por medio de nuestros

embajadores.

Los ingleses insistieron en que no tenía que ver con planes de guerra, sino que se trataba solo de un matrimonio de conveniencia que Volsey tenía en mente para Ana. Tal vez la boda en sí fuera cierta. Quizá el gran número de estudiantes ingleses instalados en París que habían abandonado Francia rápidamente para volver a casa se debiera también a razones genuinas. Pero ninguno de los tres miembros de la Trinidad se llevó a engaño con respecto al panorama general. Y a finales de mayo del año siguiente, en efecto, Inglaterra envió un heraldo a la corte francesa en Lyon con el fin de anunciar la guerra.

El papa León había muerto ese invierno, y el cambio no había mejorado la situación. El nuevo pontífice, Adriano, había sido tutor del emperador en su juventud, así que difícilmente depositaría sus simpatías en Francia. Escaseaba el dinero. Los ricos debían contribuir con su aportación; la Iglesia debía entregar sus bienes valiosos: los tesoros de Dios se fundirían para sembrar el caos entre los humanos.

—Milán se acabó —dijo Luisa cuando llegó la noticia de la retirada final de Lautrec en primavera. Había intentado recuperar Milán, pero no había conseguido más que perder miles de hombres.

Una vez más, la causa de fondo fue la financiación insuficiente. Los mercenarios suizos del bando francés se sublevaron al no recibir la soldada y no obedecieron la orden de esperar del pobre Montmorency.

«Granujas y bribones nos están desangrando por todas partes», insistía Luisa, que aún mantenía su codiciosa mirada puesta en el legado de Susana de Borbón, pese a las objeciones de Margarita. «Nos agreden por un lado y por otro, y debemos defendernos», decía una y otra vez, a pesar de que sabía que ellos habían sido los primeros en atacar. Nada podía sacarla de eso.

Poco importó el júbilo de que Claudia diera a luz pocos meses antes a otro hijo, hermoso y sano. Un tercer varón: Carlos, duque de Angulema, su sexto *accouchement* en menos de siete años; una señal, donde las hubiera, de la aprobación de Dios. Poco importó que Margarita, en Lyon durante la época más cálida del año, estuviera pendiente de la ausencia de sus períodos, sus faltas y otros pequeños indicios esperanzadores.

—No hay hinchazón perceptible —declaró Luisa con escepticismo—, pero quizá aún sea pronto.

¿Podía ser, en medio de tantas desdichas y derramamiento de sangre, que Dios recompensara la fe de Margarita, sus esfuerzos por amar a su marido tal como le habían sugerido el sacerdote y Filiberta?

Ciertamente, la corte francesa necesitaba una buena noticia. En pleno verano, los ingleses causaron estragos en Bretaña y Picardía. Pese a sus propuestas de fraternidad, Enrique VIII se había aliado con el Emperador en contra de Francia y había enviado a Thomas Howard a saquear la campiña francesa, y este había prendido fuego a la localidad de Morlaix. ¡Howard, el tío de *la petite* Bolena! No era de extrañar que hubieran solicitado el regreso de Ana. Daba la impresión

de que los ingleses no quisieran conquistar territorio, sino destruirlo. Era un tiempo de fuego y sangre… y profanación.

«Es Lutero», se susurraba en la corte, en Saint-Germain-enLaye. Desde la difusión de la palabra de Lutero, la insatisfacción y los grupos subversivos iban en aumento en todas partes. Las damas apenas hablaban de otra cosa que no fueran los combates y los saqueos, a menudo obra de ejércitos que campaban a sus anchas.

Llegaron noticias extrañas de Poitou.

—«Tres hombres de camino a la guerra han robado en una iglesia —leyó Luisa en un despacho, y todas las damas bajaron la cabeza y rezaron en susurros—: ¡Y se han comido las hostias consagradas y se han llevado el cáliz que las contenía!»

Esos hombres habían ido a una taberna, y mientras se jactaban de su fechoría, empezó a salir humo de ellos, de sus cuerpos. Sus amigos huyeron horrorizados y, al volver, los encontraron reducidos a cenizas. Nadie se explicó cómo había sucedido, a menos que fuese un castigo de Dios.

—Ya ves lo que ocurre cuando se pone en duda la autoridad sagrada —señaló Luisa.

«Se refiere a la autoridad del rey», comprendió Margarita.

—No sé qué pensar de eso —comentó—. Tal vez alguien actuó como agente de Dios e infligió un castigo. Eso no parece natural, diría que es una superstición.

—¿No crees que Dios castigaría a los sacrílegos…?

¿Acaso su madre estaba advirtiéndole que no se aventurara a cultivar las nuevas ideas? Al principio, Luisa había escuchado con gran interés al predicador y maestro que Margarita por fin había logrado llevar a la corte, maese Michel, y había conversado sobre muchas cuestiones relativas a la doctrina. Se había mostrado muy abierta. Sin embargo, Luisa siempre estaba atenta a la administración de los asuntos mundanos, al *orden*.

Incluso Briçonnet, en sus cartas de dirección espiritual, instaba a la prudencia. Se habían presentado quejas con respecto a maese Michel; el propio confesor de Francisco lo había denunciado a la Sorbona. Los clérigos poderosos de Francia vigilaban como halcones ante la posible aparición de cualquier desafío.

> El 26 de septiembre de 1522, en Saint-Germain-en-Laye, Pierre Piéfort, hijo de Jean Piéfort, al frente del almacén de sal de Châteaudun, pariente de varios grandes personajes de la corte, fue quemado vivo después de cortársele la mano en la torre del castillo de Saint-Germainen-Laye por haberse llevado impíamente el *Corpus Domini* y el ostensorio de la capilla de dicho castillo, y el último día del mes mi hijo, a pie y destocado, acompañó la sagrada hostia y volvió a dejarla en su lugar original…
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

Los problemas de Margarita empezaron más o menos en las mismas fechas que la profanación y el castigo. Cuerpos humeantes de hombres y aldeas enteras arrasadas por el fuego en el norte, donde la guerra había causado devastación. Manos cercenadas y cuerpos quemados vivos, todo por tocar la sagrada hostia. Sangre por todas partes, y ahora este repentino dolor, sangre procedente de su interior. Una hemorragia imparable, y otra materia monstruosa que le indicó que ya no habría bebé, si es que alguna vez lo hubo. Las mujeres sabias que ayudaban en el parto en la corte le habían advertido que eso podía ocurrir.

—Probablemente haya sido por los incesantes viajes en litera —le dijo Margarita a su madre con tono inexpresivo—. Con las sacudidas, el niño no prende. Quizá por eso nunca he… —Pero no pudo completar la frase. La finalidad de esos viajes era siempre servir a su hermano; nunca paraba en un mismo sitio durante más de uno o dos meses, y a veces solo semanas.

—Dudo que sea por los viajes —replicó Luisa—. O bien la debilidad es tuya, razón por la cual deberías hacer penitencia, o la pérdida es por voluntad de Dios. Tal vez se nos castiga por la insubordinación de nuestro pueblo. La enfermedad del sacrilegio.

Después de aquello, Margarita casi no pudo moverse de la cama durante muchos días; luego su madre enfermó de gota otra vez, y fue Margarita quien cuidó de Luisa, pese a que apenas se había recuperado ella misma. Durante semanas permaneció sentada junto a su madre y le ofreció consuelo. En las dos peores noches temieron perder a Luisa.

Una de esas noches, Francisco se quedó con ella para que Margarita pudiera descansar un poco. Al día siguiente, aunque ella misma seguía enferma, volvía a estar en la alcoba de su madre.

—Me imagino lo que piensas —musitó Luisa con la cabeza sobre la almohada—. Hablo del castigo de Dios a los demás, y acto seguido caigo yo. Supones que lo merezco.

—Qué tonterías, mi señora madre. Dios os quiere aquí en la tierra para que impulséis la renovación de su gente, para que introduzcáis el cambio. Todos sabemos lo que es esta enfermedad, y debemos hacer lo posible por combatirla.

Margarita hojeó el nuevo comentario en latín a los Evangelios, obra de Léfevre. Este había estado trabajando en Meaux con Briçonnet en favor de la reforma. Pese a los ataques de la Sorbona, había recibido permiso del rey para publicarlo, quizá bajo cierta presión de la hermana del rey. Esta había enviado una copia a su tía Filiberta. Además, Léfevre estaba trabajando en la traducción al francés de los Evangelios.

—Este infortunio podría ser una señal —gimió Luisa— relacionada con tu obsesión por el nuevo pensamiento y la reforma.

—Pero Dios desea la reforma, *ma mère*… Ahora permitidme mover los almohadones para que estéis más cómoda.

—No quiero tu compasión.

Margarita se mordió la lengua. Repitió en su cabeza una frase del Evangelio según San Juan: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado». Eso significaba que debía amar a Luisa.

> El 15 de octubre de 1522, en Saint-Germain-en-Laye, tuve un grave ataque de gota y mi hijo me veló durante toda la noche.
>
> LUISA DE SABOYA *Diario*

No cabía esperar el consuelo de Briçonnet. El consejero espiritual de Luisa defendía la idea del castigo, no por la reforma, sino por no llevarla a cabo. «¡Ninguna muestra de acción de gracias tras retirarse el enemigo!» En el norte, los ingleses se habían retirado después de la devastación. La llegada del invierno los había expulsado. Briçonnet reprendió a Margarita: era ella quien debía propiciar el cambio espiritual en el reino.

Una de aquellas noches, mientras dormía tras cuidar de su madre, Margarita se incorporó de repente en la cama.

Una ayudante se asomó.

—¿Estáis enferma, mi señora?

—Solo ha sido un sueño —susurró—, o una pesadilla. He soñado con un engendro, una bestia horrenda como la que nació en Sajonia.

Esa clase de monstruos siempre la habían perturbado. Cuando hacía más de una década, en Rávena, los franceses vencieron a su enemigo —fue allí donde Gaston de Foix había perdido la vida—, la población vio una advertencia en el nacimiento de un extraño monstruo: un niño con cuernos y alas, de ambos sexos, con los pies desemparejados. Siempre que se acordaba de la muerte de Gaston, y de otros miles de personas, veía en su imaginación a ese niño.

La dama de compañía, consternada, se tapó la boca.

—¡Debe de ser una señal!

—Una señal…, ¿de qué?

—Algunos dicen que es por Lutero, según he oído… Que trae al mundo un terror monstruoso con su nueva religión.

Margarita movió la cabeza en un gesto de negación y se reclinó.

—No, era solo un pobre niño perdido.

No podía aceptar la palabra «monstruo», la palabra «ser», para una criatura nacida de carne y hueso, quizá incluso con espíritu. ¿Acaso Marot no había descrito a la propia Margarita como un monstruo? «Cuerpo femenino, corazón de hombre, cabeza de ángel…» En el sueño, ella daba a luz a ese engendro, tocado con una caperuza de monje hecha de piel y carne.

No le contó a su doncella que, en el sueño, al surgir la criatura en medio de un chorro de sangre, ella deseó amarla, pero esta pereció entre sus brazos. ¿Se marchitaría la nueva religión también entre ellos?

—En ese caso tal vez se trate de una pérdida vuestra. —La doncella intentaba tranquilizarla.

Margarita sabía que su reciente tragedia no era un secreto, pese a sus esfuerzos por acallarla. «La mujer que estaba encinta ya no lo está» era lo único que había escrito en sus cartas.

—Quizá —contestó ella—. Ahora vuelve a tu cama; estoy bien.

Cuando se lo contó a su madre al día siguiente, Luisa dijo: «¡Envidias a la reina, con su séptimo hijo en camino! Tu sueño es un castigo. Gracias a Dios, mi hijo es fuerte y fértil, pese a las carencias de la reina Claudia. Pero, claro está, ya sabes cómo era su madre…».

Una no podía elegir de quién era hija. Margarita se había descrito en todas sus cartas a Briçonnet como hija espiritual suya, pero él se oponía porque ella era de mayor rango. Cuando Margarita le escribió unos días más tarde, se despidió con amargura.

«Vuestra madre inútil.»

«Vuestra madre estéril.»

Su propia madre, una vez recuperada, no perdió ni un momento. Había dinero que recaudar, puesto que nuevas guerras parecían inevitables.

—Fallecida ya la duquesa viuda de Borbón, madame la Grande —dijo Luisa, ya que esa poderosa mujer había muerto en invierno—, no veo nada que me impida disponer de las tierras de los Borbones, dado que soy prima de su difunta hija Susana, y ella no tenía ningún heredero varón.

«Ningún heredero varón *vivo*», corrigió Margarita mentalmente, y recordó a los bebés muertos. Aun así, no se podía creer que su madre hubiera tenido algo que ver con *esas* pérdidas. Siempre había habladurías de personas que odiaban y, por consiguiente, hacían acusaciones, insinuaciones; pero nunca había habido ninguna prueba.

En voz alta, empezó a decir:

—Solo que Susana dejó sus posesiones al Borbón, y él…

—Ya hemos hablado de eso —la interrumpió Luisa—. Ella no tenía derecho a hacerlo; me corresponden a mí. Y el Parlamento lo interpretará igual que yo.

El caso judicial interpuesto por Luisa había llegado ya al Parlamento; pese a que era demasiado tarde, Margarita preguntó:

—Pero ¿es sensato? ¿No hay alguna otra manera mejor de resolverlo? ¿Ninguna otra respuesta sobre la mesa?

Luisa sonrió con acritud.

—El Borbón tuvo su oportunidad, y optó por rechazarla.

—¿Qué oportunidad?

—Yo lo habría aceptado, Margarita, ¡a pesar de ser aún un joven necio para una mujer de mi edad! Si hubiera mostrado agradecimiento, no habría tenido por qué perder nada.

—¿Él os ha rechazado? ¿Estabais dispuesta, después de tanto tiempo, a volver a casaros? —Se quedó estupefacta: el Borbón era poco más o menos de su edad, pero ¿como padrastro…?

Luisa se echó a reír.

—Digamos que me he cansado de esperar y he hecho otros planes. Pagará caras sus palabras.

Margarita se preguntó cuáles habrían sido esas palabras. No podía evitar el pleito de su madre para exigir la herencia del Borbón; no obstante, temía a dónde podía llevar eso… y a donde, de hecho, llevó a finales del verano de ese año, 1523.

Al principio, fue un verano de dicha. La reina Claudia llamó a su nueva hija Margarita. Siete partos, y seis niños vivos, ¡y Claudia aún no había cumplido veinticuatro años! Había demostrado que estaban en un error quienes la habían juzgado.

Pocos días después Lefèvre publicó su traducción al francés de los cuatro Evangelios… ¡por fin en su propia lengua!

Pero el verano, de pronto, se convirtió en un tiempo de hogueras. Se amontonaron pilas de libros considerados heréticos, se registró de arriba abajo la casa del editor, y los propios hombres —Berquin, que había traducido a Erasmo, tan apreciado por Margarita, e incluso maese Michel— se vieron amenazados, a menos que ella interviniera y se dirigiera a su hermano para suplicarle: «No permitáis que esos hombres sufran ningún daño».

Los doctores de la Sorbona incluso aludieron a ella de forma críptica, insinuando que una persona o personas de la corte debían de ser responsables de favorecer el error religioso.

—No agacharé la cabeza ante esa clase de ignorancia —le dijo Margarita a su madre cuando esta la previno—. ¡El mundo debe seguir avanzando!

Además, Francisco jamás lo permitiría; no podrían tocarla ni detenerla. Del mismo modo que ella, pese a su poder como hermana, no podía detener la guerra.

Francisco viajó a Lyon en agosto, dejando otra vez a su madre como regente, y esta y las otras mujeres se marcharon a Blois. Desde Lyon, él seguiría adelante para capitanear a sus hombres en los campos de batalla de Italia. Bonnivet había atravesado los Alpes con la vanguardia del ejército.

Pero el rey solo había llegado hasta Saint-Pierre-le-Moûtier cuando una carta confirmó lo que Margarita temía, lo que Luisa no dudaba, y a lo que Francisco venía siguiendo el rastro desde hacía ya algún tiempo: «Uno de los grandes personajes del reino, de sangre real» conspiraba con Inglaterra y con el emperador en su contra. El condestable Borbón los había traicionado.

—Sigo sin poder aceptarlo —dijo Margarita cuando su madre terminó de leer la noticia en voz alta.

—Sin embargo, conocíamos el riesgo desde hacía tiempo. Su presunción acabará con él.

El Borbón poseía experiencia y pericia militar, era un gran terrateniente, y estaba al frente de un gran número de personas en sus dominios, por no hablar ya de su riqueza. Había combatido al servicio

del rey Luis XII cuando Margarita era joven y Francisco ni siquiera era un verdadero delfín; había destacado en Génova y Agnadello, y en las primeras contiendas por Navarra. El rey Luis le había concedido muchos honores.

En Marignano, había sido un baluarte para el hermano de Margarita, justo al principio de su reinado. No podía olvidar las palabras de Francisco escritas desde el campo de batalla, llamando al Borbón «mi hermano, el condestable». Y el propio Borbón había perdido allí a su hermano menor, al servicio del rey Francisco.

Margarita se sintió aturdida: todo eso se volvía ahora contra ellos.

—Pero siempre ha servido a Francia… ¡Es nuestro primo!

—No puedes ser tan ingenua como para apoyarte en los lazos de *sangre*. —Su madre la miró con expresión gélida—. Cualquier hombre intenta adueñarse de lo que se pone a su alcance.

«Y cualquier mujer», pensó Margarita, pero no se atrevió a decirlo. Tomó conciencia de un hecho inquietante: «Mi madre ha desencadenado esta situación con su persistente codicia».

—Siempre he creído que los lazos de sangre lo eran todo para ti —osó decir.

Luisa le dirigió una mirada ladina.

—Dentro de nuestra trinidad, no lo dudo. ¡Conozco bien lo que ha salido de mis entrañas! Sería una necia si confiara más allá de eso. ¡Y tú también!

En cualquier caso, Margarita seguía conmocionada por la traición del Borbón. Si la confianza se desmoronaba tan plenamente, ¿con qué podía una contar? Y resultaba difícil vivir aislada en Blois cuando la acción transcurría en otro lugar; daba la impresión de que en toda Francia el suelo temblaba bajo sus pies. Francisco había planeado partir de inmediato con el resto de su ejército en cuanto llegara a Lyon; ahora debía permanecer en Francia para arrancar ese mal de raíz. Pero el Borbón, disfrazado de sirviente, huyó de Francia y pasó al territorio del emperador.

—Tanto mejor —dijo Luisa—. Ahora se ha sellado su destino.

Destino: era fácil llamarlo así, pero todos habían desempeñado un papel en aquello, y no solo Luisa con el pleito judicial. Cuando Francisco asignó el mando de las tropas de vanguardia a Carlos en la contienda dos años atrás, el Borbón envió una carta a Margarita implorándole que intercediera por él, dado que se lo trataba «injustamente».

«¿Soy yo la guardiana de mi hermano?» ¿Qué podía haber hecho Margarita? ¿Habría podido pedir al rey que degradara a su marido y devolviera el cargo al Borbón? No, claro que no.

La situación empeoró todavía más: mientras estaba aún en Blois, llegó otra carta.

—Me ha escrito a *mí* defendiendo su causa —dijo Margarita en voz baja a la vez que entregaba bruscamente el documento a su madre. El pulso le resonaba en los oídos; ¿por qué el traidor pedía su

compasión? ¿Y por qué no trasladaba la carga de la culpabilidad a quien le correspondía? Al fin y al cabo, a su madre no le pesaría en absoluto. En modo alguno Margarita podía contestar a esa carta.

Luisa la leyó en silencio, sin reflejar siquiera en su semblante las acusaciones.

—No esperaba esto… —empezó a decir Margarita.

—Sí cabía esperarlo… deberías haberlo previsto. Las personas viles siempre apelan a la vileza que esperan encontrar en los demás.

—¿No pensáis que el Borbón cree en su propia causa, que de verdad se siente tratado injustamente?

—Cree en su proximidad al poder. También tú estás cerca del poder. ¡Sabe bien que *conmigo* no tiene la menor posibilidad!

—¿No hay forma de evitar este desastre?

Luisa sonrió con los labios, pero no con los ojos.

—El desastre será todo para él. ¡Tu hermano ya está arrestando a los cómplices! Purgaremos Francia de todo aquel que esté de su lado, espera y verás… Las tierras y los bienes del Borbón me serán concedidos a *mí*. —Margarita tendió la mano para recuperar la carta, pero Luisa la sujetó con firmeza y negó con la cabeza—. ¡Cómo te subestima nuestro pariente! —exclamó, y lanzó las hojas con ademán orgulloso al resplandeciente fuego de la chimenea—. Que sus palabras se conviertan en ceniza, como él mismo lo será algún día.

Exactamente como Luisa había planeado, las herencias del Borbón se le concedieron a ella. Y los enemigos de Francia, pese a haber fingido amistad en el pasado, se apresurarían a aprovecharse de esa deserción. Con la llegada del otoño, los ingleses intentaron llevar a cabo la invasión desde el norte.

Charles Brandon, el duque de Suffolk —a quien Francisco había ayudado años atrás a casarse con María Tudor— comandó un ejército desde Calais y causó estragos a su paso mientras se aproximaba peligrosamente a París. Pero no aparecieron los hombres del emperador que Suffolk esperaba que acudieran en ayuda de la pérfida Inglaterra, y el tiempo, la peste y otros males se volvieron contra ellos.

Francisco, todavía en Lyon, envió a sus tropas para expulsarlos. Aunque los ingleses cometieron saqueos, se emborracharon con vino francés y contrajeron la enfermedad que la gente llamaba *mal de flux*: viruela, avariosis, fiebres, gonorrea. Las grandes heladas de mediados de noviembre se sumaron a las desventuras del invasor.

Pero el invierno también acarreó sufrimiento al corazón del reino. La reina Claudia enfermó, y después, su tercer hijo, Carlos. Y más tarde Luisa, con otro ataque de gota. Finalmente, la propia Margarita, quien, a pesar de ello, tuvo que cuidarlos a todos.

Francia se enfrentaba al mundo exterior y, sin embargo, Margarita solo podía luchar en el frente doméstico.

Mientras De Verrazzano, el florentino de Lyon, intentaba una vez

más cruzar los mares al servicio del hermano de Margarita con la esperanza de hallar una ruta a través del océano Oriental; mientras Francisco repelía la invasión del Borbón desde el sur haciéndose fuerte en la Provenza, y mientras en Lombardía las fuerzas francesas, bajo el mando de Bonnivet, padecían una vergonzosa derrota —y él resultaba gravemente herido—, Margarita permanecía confinada, como las otras mujeres, al entorno de las preocupaciones familiares.

Bonnivet se recuperaría; siempre se recuperaba, como ella había observado. ¡Debía de ser indestructible! Pero fue un año de muertes prematuras: primero, la pobre y querida Filiberta, y después, en pleno verano, la reina Claudia, que aún no había cumplido los veinticinco años. Margarita y Luisa volvían a Blois para estar con la reina cuando recibieron la noticia de que había muerto, velada solo por los sirvientes. Habían estado con Francisco en Bourges, desde donde él planeaba dirigirse a Aviñón para enfrentarse a las fuerzas del emperador comandadas por el Borbón; los ataques parecían llegar de todas partes.

Francisco padecería aún más la aflicción a causa de la lejanía. Había amado y cortejado a otras muchas; a Claudia solo le había dado hijos. Aunque, según rumores, también le había dado la avariosis, la causa de su profundo deterioro.

En vida, Claudia había sido infravalorada; en la muerte, la dejaron a la espera. Su cadáver descansó en la capilla del castillo de Blois, en cuya puerta de piedra se leían las letras L y A por sus difuntos padres. No se celebraría un gran funeral mientras el mismísimo reino se hallara bajo amenaza.

El Borbón sitió Marsella; Francisco lo repelió enviando soldados, y la población marsellesa resistió tan bien que Francia logró imponerse.

Pero la plaga llegó al castillo de Blois en forma de sarampión. Aunque Margarita hizo todo lo posible para ponerle freno, la pequeña princesa Carlota, de ocho años, lo contrajo y, después de luchar durante un mes, Dios se la llevó.

Margarita pensó: «¡Le dije a Francisco que siempre amaría y cuidaría de sus hijos como si fueran míos! Vaya una madre inútil».

Había ocultado la enfermedad de Carlota a su hermano; ahora debía transmitirle la espantosa noticia. También le había restado importancia ante su madre, que seguía indispuesta. En las noches oscuras de otoño, mientras su hermano cruzaba los Alpes —dispuesto a reunirse con Bonnivet al frente de un numeroso ejército y recuperar Milán—, Margarita, sumida en una dolorosa soledad, empezó a escribir.

La querida Carlota no volvería a hablar. Su resplandeciente cabeza de cabello dorado y rojizo nunca más aparecería junto a su tía, pronunciando palabras serenas que revelaban una madurez poco común en una niña de su edad. Sin embargo, escribir sobre ella —«el dulce hecho de escribir», como decía Margarita— podía traer a Carlota de regreso para consolar a su tía, para instarla a conservar la fe.

DIÁLOGO EN FORMA DE VISIÓN NOCTURNA

A mi señora Carlota, su sobrina
Respondedme, oh, alma viva y bondadosa,
quien, con la muerte, para los necios pavorosa,
se ha desprendido de su pequeña forma
cuando siquiera ocho años había cumplido,
causando gran dolor a sus seres queridos:
como en la triunfal corte donde moráis,
feliz junto a nuestro Rey y Padre estáis,
contad si cual hechizo os cautiva el amor,
respondedme.

Hablemos, Carlota, conversad con vuestra tía,
que aquí donde la dejasteis languidece, niña mía,
anhelando que el dolor me traiga la muerte,
porque para mí tan insensible es la muerte como la vida.
Deseo, pues, seguiros, para aliviar el dolor en mi huida,
respondedme.

El alma de mi señora Carlota responde…

¿Cuál sería, según ella, la respuesta de Carlota? Margarita hablaba consigo misma; la niña no podía ser más que una portavoz de su autoflagelación. Tomaría a Petrarca como modelo, su *Triunfo de la muerte*. La niña seguiría viviendo dentro de ella y hablaría a través de su poesía. Escribir podía insuflar vida a los desaparecidos, como cuando Cristo le dijo a la niña muerta: «Niña, a ti te digo, levántate».

Margarita no había conseguido convencer ni a su hermano ni a su madre para que se volcaran en Cristo desde lo más hondo de su corazón. Había enviado a maese Michel a predicar el Evangelio en uno de sus ducados, y este no había encontrado más que problemas. Ella *nunca* sería la portadora del cambio en la Iglesia al servicio de Dios. Había sido una presunción por su parte, una ingenuidad. Con un nuevo papa en Roma desde el pasado invierno —Clemente VII, otro Médici—, el panorama cambiaba por completo, y sus aspiraciones de reforma ya no convenían a su familia.

Había fallado a la reforma. Fallado a Dios, fallado a su hermano. Ni siquiera era capaz de cuidar de sus hijos: los cinco que quedaban, huérfanos de madre, su padre ausente otra vez a causa de la guerra. Margarita apoyó la cabeza en la mesa, donde su texto le devolvía la mirada, y sollozó. A continuación, cogió la pluma y siguió escribiendo. Rogó a Dios que Francisco encontrara las fuerzas de las que ella carecía.

Se hallaban en Lyon, instalados en el monasterio de Saint-Just —Margarita, su madre y todo el séquito de la familia—, a salvo tras sus

altas almenas y en su enorme basílica, mientras los hombres avanzaban hacia Milán. Luisa había hecho todo lo posible por disuadir a Francisco, pero había sido en vano. Él había asentado el cuartel general en Aviñón, más al sur.

—Es absurdo partir ahora, con el invierno por delante —masculló Luisa.

Envió mensajes de Lyon a Aviñón, rogando a su hijo que se detuviera. Lo mismo hizo Margarita, cuyo marido acompañaba al rey. En respuesta, Francisco se limitó a confirmar la regencia de Luisa durante su ausencia. Se mantenía firme en su propio camino.

Y recuperó Milán. Tomó la ciudad con rapidez y sin mayor problema, ya que el enemigo, mermado por la enfermedad y la fatiga, se retiró bajo el mando del Borbón traidor y el italiano Pescara, que estaba al frente de las tropas del emperador.

Luisa organizó celebraciones públicas en acción de gracias por toda la ciudad de Lyon, procesiones religiosas de júbilo: Milán volvía a ser francesa; su hijo, vencedor en Marignano al principio de su reinado, estaba en el centro de todo aquello. «¡No debería haber dudado de él!», dijo.

Mientras tanto, Margarita se sentía en su elemento entre los nuevos pensadores religiosos de Lyon, defendiéndolos y protegiéndolos cuando surgían conflictos con las autoridades eclesiásticas. Al atender esas cuestiones, debía hacer malabarismos para no ofender a Roma, que ahora estaba del lado de los franceses y no contra ellos: el papa Clemente quería su apoyo para los Médici en Florencia. Entre sus amigos y en las cartas que dirigía a su confidente Briçonnet, Margarita se jactaba de cómo el poder divino apoyaba a su hermano: «¡Hubo una peste en la ciudad y ni uno solo de nuestros hombres se contagió!».

Pero un día de las últimas semanas del invierno de 1525, a eso de la medianoche, llegaron inesperadamente dos mensajeros al monasterio de Saint-Just.

Luisa, pálida como el papel, despertó aterrorizada a Margarita.

—A esta hora no puede ser nada bueno.

Tambaleantes, con los dedos ateridos, se vistieron y fueron al salón, donde los hombres esperaban. Eran Montpezat, caballero de la cámara del rey, que había luchado junto a él en la victoria de Marignano diez años atrás, y el vizconde Adrian, secretario de Margarita.

—Decidnos lo peor —dijo en voz baja, puesto que su madre estaba paralizada.

—El rey… —empezó a decir Montpezat—. El rey ha sido derrotado, lo han vencido en Pavia, donde, como sabéis, había sitiado la ciudad a instancias de mi señor Bonnivet, pero fue un lamentable error. ¡Un error de Bonnivet, quiero decir!

Adrian intervino.

—Las tropas del emperador irrumpieron en el parque donde se hallaba acuartelado el rey, y han muerto miles de nuestros hombres… ¡Quizá sean diez mil! Diez veces más que en el otro bando.

—¡Pero el rey vive! —exclamó Margarita, atemorizada.

Comenzó a haber movimiento en los pasillos y las cámaras. Pronto todos se enterarían.

—El rey vive, sí. Su caballo cayó muerto bajo él, y aun así, siguió luchando. Está herido en la cara y las manos, aunque no reviste gravedad. Pero lo han llevado prisionero ante el emperador.

—¡No me hizo caso! —gimoteó Luisa. Margarita nunca había visto a su madre perder el control de esa manera—. No quiso creerme, ¡y se lo repetí una y otra vez! Debería haber atendido a sus consejeros de mayor edad y no sitiar la ciudad… en lugar de hacer caso al necio de Bonnivet, que deberá rendir cuentas por esto.

Montpezat tragó saliva, y los dos hombres guardaron silencio por un momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Margarita al instante.

—Mi señor de Bonnivet ha muerto, madame.

Luisa dejó de llorar. Margarita se tambaleó con una sensación de vértigo: Bonnivet, que parecía vivir bajo la protección de un talismán, hiciera lo que hiciera o causara daño a quien lo causara; envidiado por todos los demás hombres del rey. El favorito del rey.

—¿Muerto? —preguntó Luisa—. ¿Cómo murió? ¿Murió valientemente al servicio de mi hijo?

—Mi señor de Bonnivet no deseaba que nadie lo capturara ni le echara la culpa, madame… Se arrojó sobre su espada.

Luisa ahogó una exclamación.

—¿Han capturado a otros, pues, junto con mi hijo?

—Sí, entre ellos Montmorency, Chabot de Brion, Fleuranges y el joven rey de Navarra. Yo también fui capturado, y el rey pagó mi rescate para que pudiera actuar como enviado suyo. Vuestro medio hermano, René, el bastardo de Saboya, también ha sido hecho prisionero y está malherido. Pero muchos hombres de altas cualidades han muerto, madame, tantos que no puedo nombrarlos a todos. —Y ahí se interrumpió al ver que Luisa meneaba la cabeza y sollozaba.

—Pero ¿no mi marido? —susurró Margarita.

—No, mi señora duquesa, pero…

Adrian lo interrumpió.

—Vuestro marido escapó. Imagino que va de camino a casa.

Luisa, pese a sus sollozos y exclamaciones, no se perdía detalle.

—¡Escapó! ¿Cómo es posible cuando tantos otros murieron o fueron prendidos? ¿Por qué *él* no fue apresado junto con su rey?

—El duque puso a salvo a los últimos hombres, madame, cuando era ya evidente…

—¡Queréis decir que huyó! ¡Puso pies en polvorosa para salvarse!

Margarita intervino.

—Mi señora madre, eso es excesivo. Tenéis que sentaros y calmaros. Debemos rezar, debemos dar gracias por que el rey esté vivo. Tenemos que hacer planes.

Señora:

Para poneros al corriente sobre el resto de mis desventuras, os diré que de cuanto tenía solo me quedan el honor y la vida, que no peligra.

Y para que, en vuestra adversidad, esta nueva os proporcione un poco de consuelo, solicité que se me permitiera escribiros la presente misiva: lo que se me permitió de inmediato. Os ruego que no lleguéis a situaciones extremas vos misma, sino que hagáis gala de vuestra acostumbrada prudencia; porque albergo la esperanza de que al final Dios no me abandone. Y os encomiendo a vuestros nietos que son mis hijos, y os ruego que deis paso a este emisario para ir y venir desde España, ya que va de camino hacia el emperador, a fin de saber cuáles son sus deseos respecto al trato que he de recibir.

Y esto encomiendo humildemente a vuestra gracia. Vuestro muy humilde y muy obediente hijo,

francoys

Al cabo de unos días, Luisa volvió a ser la de siempre. Escribieron de inmediato a Francisco para subirle el ánimo y transmitirle esperanza y afecto, a la vez que planeaban su rescate. Luisa procuró hacer las paces con Inglaterra urgentemente, a sabiendas de que Enrique VIII se regodearía del cautiverio de su hijo. No debía permitirse que Inglaterra sacara partido.

Poco a poco, los supervivientes de la batalla de Pavia —causando estragos en su desorden, atacando y prendiendo fuego a su paso— se abrieron camino de vuelta a Francia. Al cabo de unas semanas, ya bien entrada la Cuaresma, Carlos de Alençon llegó por fin a Lyon.

Margarita fue la primera en recibirlo en cuanto él cruzó la puerta de la ciudad. Aunque extenuado y demacrado, por lo demás estaba indemne. Si bien el invierno había dado paso a la primavera, aún parecía cargar sobre sí mismo con el frío y la oscuridad.

Tras despedir a sus damas, Margarita le dio la bienvenida con frialdad, sin convicción, y lo condujo a un salón tranquilo.

—Mi señor y esposo, no tengo palabras. Doy gracias a Dios por que estéis ileso.

Carlos se desplomó en un asiento.

—¡Dios quisiera que me hubiesen hecho prisionero junto con el rey!

—Lo entiendo. Claro que lo entiendo. Pero mi señora madre…

—Me imagino bien lo que la *Régente* tendrá que decir. No me quedaba otra opción que venir aquí. Eso no significa que esté deseoso de verla.

—Señor, no podéis culparla. ¡Los comentarios que hemos oído…!

¡Las canciones que canta la gente sobre los soldados que regresan!

—Sobre los que *abandonamos* al rey —dijo Carlos, y torció los labios de modo que apenas le salieron las palabras—. Señora, si no hubiera ordenado a los hombres la retirada, ¿cuántos miles más…? Ya no era posible.

Margarita apoyó el dedo en los labios de él; hacía tanto tiempo que no lo tocaba que tuvo la sensación de que su piel ardía. Sin embargo, él no tenía fiebre.

—Supongo que nadie que no estuviera allí lo entenderá plenamente —dijo ella—. ¡Yo misma no lo entiendo! ¡Me cuesta creer que le dierais la espalda a mi hermano y vuestro rey! Pero lo más sensato es que no expliquéis así lo ocurrido. Creedme, será mejor para nosotros que mostréis desconsuelo. Actuad… ¡como si hubierais preferido morir antes que ver apresado a vuestro rey! ¡Sé que así me sentiría yo!

Pese a su horror, Margarita le ofreció un refrigerio y se aseguró de que estaba en condiciones de ponerse en pie. A continuación, debía anunciar su llegada; no podía retrasarlo más.

Carlos pasó una hora en presencia de Luisa para recibir sus reproches. Esta vez no hubo gritos ni llanto, pero las palabras de Luisa fueron más afiladas que la espada de un soldado.

Margarita se mantuvo circunspecta, distante, mientras él permanecía con la cabeza gacha. Su madre no estaba dispuesta a aceptar ninguna súplica en defensa de Carlos. Además, ella, aunque intentara ser una buena esposa, también sentía una amarga decepción.

Finalmente, Luisa le ordenó que desapareciera de su vista. Su yerno comería aparte, y no debía importunarla en unos momentos en que necesitaba centrar toda su atención en el reino y en la liberación de su hijo.

Margarita asintió. Se disponía también a marcharse cuando su madre le hizo una seña.

—Es una lástima que no tomara la salida más noble, como nuestro querido Bonnivet, el pobre.

«Pobre» y «querido», ahora que ya no estaba.

¡Bonnivet, quien pretendió violarla! Nunca podría pronunciar esa palabra. En otro tiempo, en su afán de venganza, deseó su muerte, pero ahora habría llorado a gritos por él en su consternación y lástima. Nunca volvería a aparecer, nunca. Y, sin embargo, ni siquiera ahora podía delatarlo…

Bonnivet seguiría siendo objeto de las alabanzas de la gente en cuanto su «error» en Pavia se olvidara, o tan pronto como la culpa recayera de algún modo en su marido.

Se le aceleró el pulso, pero, antes de que pudiera protestar, Luisa siguió hablando.

—No me sorprende que Alençon sucumbiera a la presión. Nunca ha destacado por su vigor, como tú has comprobado de sobra. Sabemos que no es muy *hombre*, y su debilidad física ahora salta a la vista.

Luisa se sentó y empezó a examinar los asuntos que tendría que

plantear ante el Consejo. Se encontraría con la oposición, dijo, de personas en París a quienes disgustaba que una mujer gobernara mientras el rey permanecía cautivo. No tenía tiempo ni energía para dedicar a los inútiles, ni siquiera para llorar la muerte de su medio hermano René, al principio preso con el rey y ahora muerto a causa de sus heridas, un mes después de la batalla.

Margarita se sentó frente a ella.

—¿Debilidad física?

—Salta a la vista que tu marido no es un hombre sano. Quizá padece algún tipo de herida interna o ha estado expuesto a un aire viciado. No te sorprenda si de pronto empeora. —Luisa no miraba a Margarita a los ojos.

—Dios no lo quiera. Ya hemos visto suficientes desgracias, ¡y eso no podemos permitírnoslo! Debemos centrarnos en Francisco.

—Exacto. En realidad, Alençon siempre ha tenido un papel secundario. Apenas se le echaría de menos.

—No me refiero a eso —susurró Margarita, atemorizada ante la insensibilidad de su madre—. La cuestión es que debemos seguir adelante; solo así ayudaremos al rey.

Luisa sonrió con frialdad.

—Bueno, todos nosotros estamos en manos de Dios, como tú te complaces en recordarme tan a menudo.

No mucho tiempo después, Carlos de Alençon empezó a quejarse de dolores en el pecho. Al día siguiente, se quedó en la cama. Margarita llamó a los médicos, pese al desdén de su madre. Los médicos tenían sus dudas; diagnosticaron una pleuresía, provocada tal vez por la humedad y la tensión que había padecido en Italia y en el viaje de regreso.

—¡Pero son simples remordimientos! —dictaminó Luisa cuando los médicos salieron de la habitación—. Deja que se compadezca de sí mismo. —Su rostro reflejaba la misma dureza que los muros del monasterio en torno a ella.

—Es mi marido —protestó Margarita—. Como esposa…

—Como esposa eres mucho menos útil para mí y para tu hermano de lo que serías si fueras libre.

A Margarita se le cortó la respiración. ¡Su madre ya estaba tramando cómo utilizarla en un segundo matrimonio!

—Yo no puedo pensar así. Debo hacer todo lo posible por ayudar a Carlos, por salvarlo.

—¿No para ayudar y salvar a Francisco…?

—¿Por qué no puedo hacer las dos cosas?

Cuanto mayor era la frialdad de su madre, más se avivaba el deseo de Margarita de proteger a su marido enfermo.

Pero Luisa tenía muchos planes; eran como espinas en la carne de Margarita.

—¡Si fueras libre, podríamos ofrecerte al Borbón en matrimonio! Así se resolvería la mitad del problema: Borgoña sería suya y a la vez

continuaría siendo nuestra. O podríamos ofrecerte al mismísimo emperador, por vil que sea. ¡Y te darás cuenta de lo útil que eso podría ser para nuestro pobre César cautivo! Qué obsequio serías.

—¡Tengo un marido vivo! —Margarita volvió el rostro y se negó a escuchar. «Dios me perdone y perdone a mi madre», pensó.

Se pasó noche y día sentada junto al lecho de Carlos, enjugándole el sudor, tranquilizándolo y leyéndole pasajes de la Biblia, a petición de él. Luisa se mantuvo a distancia: «¡Con la regencia sobre mis hombros, no puedo arriesgarme a enfermar!». Envió a ayudantes con medicinas específicas que ella misma había preparado.

Las medicinas tuvieron un efecto curioso. Los días posteriores, una o dos veces, Carlos pareció remontar; incluso se levantó de la cama y comió con Margarita. Pero de pronto regresó a su lecho, y un día, casualmente el día del cumpleaños de Margarita, dijo:

—Tengo la muerte en el pecho.

—Carlos, no. ¡Por favor! —Lamentó que él hubiera ingerido las medicinas de Luisa.

Carlos llamó a Luisa para que le concediera su perdón; y ella por fin acudió. Él le besó la mano, pero ella permaneció callada y lo observó, después de haber hecho salir a Margarita de la habitación.

Cuando llegó el obispo, entró precipitadamente y le dio a Carlos la extremaunción. Margarita aguzó el oído desde el pasillo.

—Como no pude morir en combate ni ser tomado prisionero junto con el rey —musitó Carlos a Luisa—, nada me retiene ya aquí, aparte de vuestra hija, a quien os ruego que cuidéis cuando yo me haya ido. ¡Ay, Margarita! —llamó—. No me dejéis.

Ella se apresuró a entrar.

—No os dejaré.

Luisa hizo una seña a Margarita para indicarle que volviera a salir.

—Vete, vete —masculló—, no hay nada que hacer.

Pero Margarita no quiso marcharse. Observó al obispo mientras acercaba un crucifijo de madera a Carlos para que lo besara. Luego se inclinó hacia su marido, lo besó y lo rodeó con los brazos, susurrándole palabras de consuelo. Al cabo de un momento, sintió que las últimas fuerzas lo abandonaban y vio que había muerto.

4

De cómo Bradamante vuelve a ser Josse, y del don de Dios al pueblo de París

Vagamos, pues, durante mucho tiempo por las diversas tierras de Francia, en dirección al sur, donde se alzaban las montañas, a veces con buen tiempo y a veces con un tiempo atroz, con buena y mala fortuna, encontrando amigos y con mayor frecuencia estafadores entre nuestros compañeros de viaje. No entraré en detalles a este respecto, por ser algo muy corriente y sin interés.

El lugar exacto en el que abandoné y perdí a Isotta, en el linde de otros reinos, no lo revelaré por el bien de su seguridad. Quien me lee conocerá ya los posibles caminos para entrar en Castilla y Aragón desde Francia y Navarra, y prefiero ocultar el rastro de Isotta a que se la obligue a volver a la gran casa de la que huyó. Tras haberla traicionado ya una vez, como ahora me consta que hice, no quiero comprometer otra vez su seguridad: que Dios la acompañe y vele por sus esperanzas. Contaré muy por encima la forma en que la abandoné y la perdí, porque es un hecho doloroso.

Cerca del final de nuestro viaje juntas, nos unimos a un grupo de peregrinos. En caso de que hubiera guardias o vigilancia cuando llegáramos a las tierras del emperador, podíamos cruzar con esa gente y ser aceptadas.

Aún no sabía —a esas alturas— si quería abandonar Francia. Menos aún sabía si quería compartir a Isotta con otros desconocidos. Mis temores y mis celos no habían disminuido. Los hombres en peregrinación disfrutaban caminando al lado de Isotta, se arrimaban demasiado a ella para mi gusto y le consultaban sobre cuestiones religiosas, más por el sonido de su voz y el brillo de sus ojos que por un auténtico fervor, de eso no me cabía duda.

Por las noches le pedían que cantara. Yo admiraba su voz, pero no cuando cantaba para ellos. Había uno que tocaba el rabel cuando Isotta cantaba y que parecía sentir especial afecto por ella, y otro que le regaló un pequeño espejo de peregrino que antes le había entregado a él su padre. Dijo que en una ocasión había captado el poder de una reliquia sagrada y podía proyectarlo sobre una persona.

—Si tan valioso es, ¿por qué lo regala? —pregunté en un susurro a

Isotta, con acritud—. Eres demasiado indulgente con esos hombres.

—¡Brad, me parece que te pueden los celos! Ya sabes que no me interesan demasiado sus ideas de peregrinos. ¿No dice nuestro Señor que podemos encontrarlo en *cualquier* sitio? «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.» Además, he oído decir a los nuevos pensadores que estas peregrinaciones son una superstición.

—Pero no tenemos que ser verdaderas peregrinas —dije.

—No, solo tenemos que cruzar. Y en estas regiones fronterizas viajamos más seguras en grupo, ya que los caminos están plagados de ladrones y rufianes, ¡por no hablar de los hombres del emperador!

Compartimos nuestra comida con los caminantes, y también ellos nos ofrecieron buenos víveres, y oímos sus historias, y por las noches dormimos en refugios de peregrinos y paramos con ellos en lugares de la ruta donde deseaban rezar o visitar sitios dignos de verse.

En uno de los últimos pueblos franceses, el grupo entró en una pequeña iglesia, pero yo opté por quedarme fuera, en la escalinata. Allí, sorprendida, dije:

—Mira, Isotta, ¿qué significará esto?

S	A	T	O	R
A	R	E	P	O
T	E	N	E	T
O	P	E	R	A
R	O	T	A	S

Estaba grabado en la piedra exterior del muro de la iglesia.

Isotta lanzó una exclamación y trazó con el dedo cada uno de los surcos. De nuevo sentí una punzada de envidia, porque si bien yo sabía leer, Isotta sabía leer y escribir, como me recordó el movimiento de su dedo.

—Parece latín —dijo—, pero es misterioso. Fíjate en que se lee lo mismo en todas direcciones. Ya he visto esto antes en mis viajes, incluso en Italia. Algunos dicen que es un ensalmo de protección, y para niños abandonados. Una duquesa me dijo que servía para ahuyentar los peligros en el alumbramiento; ya sabes, cuando nacen los bebés. Bueno, en cualquier caso, daño no puede hacer.

—Me da escalofríos, como si fuera algo impío. —Me sentía ofendida, malhumorada, molesta aún por las atenciones que los hombres le habían dedicado—. Y en cuanto a los bebés, ¿quién los quiere? —Cogí

un pequeño guijarro, le di vueltas en la mano varias veces y después lo lancé; luego repetí los mismos gestos con otro.

Isotta se rio de mí.

—¡Quizá yo sí tenga bebés algún día! No lo descartaría. Siempre ha formado parte del futuro que imagino… Bradamante, no puedes decir que no por adelantado a nada bueno de lo que la vida tiene que ofrecer.

Cerré la mano con fuerza en torno a la siguiente piedra, apretando hasta que la noté caliente.

—Puede que *tú* tengas bebés. ¿Cómo harás para tenerlos?

Se volvió hacia mí con súbita irritación.

—¿Por qué no habría de tener bebés?

Callé por un momento. La respuesta era evidente y demasiado horrenda para contemplarla: se proponía casarse algún día. Hasta entonces yo no había concebido esa posibilidad. ¿Pensaba acaso que ella pasaría toda su vida conmigo, tal como estábamos?

Cogí mi bolsa y me la ceñí. Estaba tan dolida, tan conmocionada, tan obcecada, que estallé y dije:

—Bueno, España nunca ha formado parte del futuro que yo imaginaba.

Tonta de mí, me pregunté qué peregrino habría conquistado su corazón. ¿Era el del pequeño espejo o el del dulce rabel? Habíamos reñido antes, normalmente por mi culpa, pero ninguna de las dos se había marchado nunca. Eso empecé a hacer yo en aquel momento.

Esta vez no me escaparía furtivamente en la oscuridad como me lo había imaginado aquella última noche en la región de Clermont, donde vivíamos en nuestra acogedora choza. Parecía haber pasado toda una vida desde entonces.

—Bradamante, no seas tonta.

Isotta menguó a mis espaldas pese a que procuré no mirar atrás cuando me llamó.

—Los peregrinos pronto se pondrán en marcha otra vez, y nosotras debemos ir con ellos… ¡Venga, olvida esta pelea!

Pero de nada servía, me dije. Me bullía la sangre en la cabeza. Más adelante en el camino, fuera donde fuera, Isotta se convertiría en la novia de alguien y le daría hijos, ¿y cómo podía yo echárselo en cara si era lo que de verdad quería? Sin embargo, al mismo tiempo, no podía presenciarlo. No había ningún sitio para mí en ninguna parte. Tenía que seguir adelante.

—¿Crees que te esperaré hasta que se te enfríen los ánimos? —preguntó Isotta alzando la voz.

Tenía razón al hablar de enfriarse, porque las lágrimas contenidas me abrasaban la visión y sentía el aliento caliente mientras avanzaba a zancadas, sin fijarme en las flores del camino: las de color azul intenso en forma de campana y los delicados capullos morados estrellados que ella había ido cogiendo uno tras otro cuando llegamos a esa región. Mientras desandaba el camino, todo me recordaba a Isotta y nuestras

andanzas por aquellas sendas. Ahora, cuando intento recordar su cara, veo sus manos llenas de flores…

No sé si esperó a que regresara a la iglesia con el extraño recuadro de palabras que iban en todas direcciones. Decidí no volver nunca más. Había sido un error, me dije, pensar que unir mi vida a la de otra persona saldría bien. Incluso las mejores personas —e Isotta era la mejor que yo había conocido, comprendí al calmarme y reflexionar sobre mi huida—, incluso la mejor persona tenía en mente mejores objetivos que ser *mi* acompañante. ¿Qué insignificante contribución podría haber hecho yo? ¿Tanto me había engañado en mi presunción como para esperar un lugar central en sus planes?

Así pues, apreté la mandíbula, cerré el corazón y me dirigí hacia el norte durante un corto trecho.

Cuando desperté al amanecer del día siguiente, lo que había hecho se me vino encima, como si el cielo fuera un tejado desplomado por efecto de un aguacero y yo tuviera que soportar su peso. ¡Debería haberle expresado mis sentimientos! Debería haberle dado la oportunidad de tranquilizarme, de demostrar si de verdad me quería a su lado o si concebía algo distinto para su vida venidera.

Con gran malestar en las entrañas, volví hacia el último pueblo francés donde los peregrinos se habían detenido. Viajé más deprisa que nunca, ensayando en mi cabeza las explicaciones que le daría.

Pero Isotta ya no estaba allí, claro. ¿Acaso no me lo había advertido?

La tensión se apoderó de mí y me enfurecí. ¿No era eso prueba de que yo no le importaba, como había deducido? Lo único que había conseguido era perder otro día. Así que me di media vuelta y me encaminé de nuevo hacia el norte; recuperé mi primer objetivo, la idea de encontrar a la familia de mi padre, tal como Isotta buscaba a los suyos.

Era más difícil orientarme sola, y más peligroso. Pero me mantuvo firme la llamarada de vergüenza que me sobrevenía al recordar sus palabras: que los bebés siempre habían formado parte del futuro que imaginaba. No me quedaría donde no se me necesitaba; donde era, de hecho, un obstáculo. No obstante, me sentí como si me hubieran amputado una parte de mí misma y el alma escapara de mí.

Crucé valles y escalé extraños montes escarpados. Circundé bosques. En un pueblo llamado Brive-the-Brave me trataron bien, pero más allá, las tierras altas estaban llenas de pantanos y surcadas por ríos, y a veces creía que me había extraviado, incapaz de ver nada a causa de las brumas matutinas.

Se acercaba de nuevo la época oscura del año cuando por fin me aproximé a la ciudad de Nevers, el destino que había deseado durante tanto tiempo. ¡Por fin posé de nuevo la mirada en el gran río Loira! Había islas entre donde yo me encontraba y la ciudad. Unas

embarcaciones se mecían en sus aguas, igual que en Ruan, más al sur, cuando estuve allí con Isotta. Pero apartaría ese tiempo de mi cabeza, ya que lo había dejado muy atrás y había reanudado mi plan. Por mucho malestar que me causara a veces, ya era demasiado tarde y me hallaba muy lejos para arrepentirme de haber seguido mi camino.

Más allá de los dos primeros puentes que daban acceso a la ciudad amurallada se hallaba la torre de una catedral sobre un pequeño promontorio. Era el hito en el que me había fijado a lo lejos para orientarme. No tenía la menor idea de dónde vivía la familia de mi padre, pero antes debía rebasar la muralla.

Fuera, me coloqué a la par de un muchacho que cargaba con unos palos; llevaba dos cestas, y tras unos minutos de charla, dijo: «Si vas a seguir hablando conmigo, bien puedes cargar con una de estas». Así fue como atravesé los sucesivos puestos de las puertas de la ciudad sin percances. Expliqué que buscaba a mis parientes; me dio indicaciones para llegar a la vivienda de una anciana, no muy lejos de la catedral, que conocía a todos los vecinos de la ciudad.

La mujer me sirvió gachas calientes y murmuró algo sobre los viejos tiempos. Al final dijo:

—La familia Poulain, dices. No recuerdo a tu padre, pero sí conozco a una viuda Poulain, aunque ahora que lo pienso, hace tiempo que no la veo por la ciudad. Pero vive en otro barrio.

Me explicó cómo llegar a la calle, situada al norte de la ciudad, en la parte que se encontraba por encima de la zona pantanosa y que ella calificó de *malsaine* por el aire corrompido del lugar.

Cuando localicé unas fachadas como las que la mujer había descrito, supe que tenía razón. Esas viviendas, estrechas y casi sin ventanas, parecían estar allí desde hacía siglos y llevaban mucho tiempo sin restaurarse. Con todo, allí debía de haberse criado mi padre. No iba a darme media vuelta movida por el miedo. Algún tipo de bienvenida me depararía en cuanto anunciase mi apellido.

Llamé con los nudillos a la puerta de la casa de aquella Poulain, pero nadie apareció. No obstante, la puerta cedió bajo mi mano, así que la empujé. Pese al hedor que me asaltó, miré dentro.

Allí, en la habitación de la entrada, yacían en el suelo una mujer y una niña acurrucada junto a ella. Al instante supe que no debía seguir adelante, porque vi que no había vida en ellas. Presentaban un color y unas marcas que indicaban, incluso a esa distancia, que la peste se las había llevado. Si aquellas dos eran en efecto los últimos miembros de la familia de mi padre, nunca lo averiguaría.

Si me echaba a correr en el acto, podía abandonar esa ciudad y encontrar mi libertad, pero sabía bien qué debía hacer. Es cierto que una voz débil y egoísta le habló a mi oído interior: «Vete antes de que te atribuyan a ti el contagio, y no confíes en nadie. Porque esto es lo que pasa cuando acudes en busca de la ayuda de otros».

Sin embargo, hasta el momento correr solo me había traído penalidades y pérdidas: la pérdida de mi hogar, si es que podía

llamarlo así, y la irreflexiva pérdida de mi única amiga Isotta. Una pérdida irreparable.

Debía alertar a las autoridades. ¿Qué sentido tenía valerse por una misma, incluso llegar a un destino anhelado, si una no protegía del sufrimiento y la muerte a aquellos con quienes se cruzaba? ¿Y si me envolvía ya el aire pestilente?

Cerré la puerta para que el aire se quedara dentro y me dirigí apresuradamente a una iglesia cercana. La silueta de aquella mujer y su hija se me habían quedado grabadas de tal modo que las veía incluso con los ojos cerrados.

—No es la primera vez —me dijo el sacerdote, y retrocedió rápidamente para evitar la cercanía—. La ciudad ya se ha vaciado antes en los últimos años y los campos se han llenado de moribundos. El pregonero ha perdido a su familia, y yo pensé que eso podía ser el principio. Y ahora esto… Deberíamos haberlo visto venir. Tendrían que haber cerrado las puertas. ¡En tiempos así, los forasteros como tú no deberían entrar! Y ahora hay que mantenerte aislado por temor al contagio.

—Pero no me he acercado a ellas.

—Lo bastante cerca para *verlas* es ya demasiado cerca. Espera al fondo de la iglesia mientras mando a buscar a los sargentos y los concejales. La casa del Señor debería mantenernos a salvo… —En ese momento pareció que dudaba—, aunque he visto a muchos caer también en lugares sagrados. Si bien en tales casos podemos decir que es el castigo por el pecado.

—¿No puedo salir de la ciudad? Como habéis dicho, yo aquí soy un forastero.

Frunció el entrecejo.

—¿Y llevar la enfermedad contigo a dondequiera que vayas?

Podría haber huido en cuanto me dio la espalda, pero sabía que debía quedarme.

Vinieron a por mí. Me retuvieron durante todo un mes en una casa de Nevers cerrada a cal y canto, junto con otros de quienes se sospechaba que habían tenido contacto pero no mostraban síntomas de la enfermedad: las mujeres en un espacio; los hombres, incluida yo, en otro. Yo fui una de las primeras personas que llevaron allí.

Fuera, la peste se extendió con rapidez. A los afectados, pero aún vivos, se los trasladaba a una torre en la muralla; cuando allí ya no cupo nadie más, otros fueron abandonados a su suerte en los campos a las afueras de la ciudad. Los cadáveres —nos contaban los viejos, porque conocían la rutina— los meterían en sacos y los etiquetarían con el año en curso, para que quienes por casualidad se cruzaran con ellos conocieran el riesgo. Nevers había pasado por eso muchas veces.

A diario temía dar muestra de los indicios de la peste, como algo que estuviera oculto e incubándose para erosionarme de pronto desde dentro. Sin embargo, al anochecer seguía siendo yo, sana y salva.

Fuera, mientras la pestilencia iba a más y se extendía, los *maraults*,

yendo de casa en casa, retiraban a los muertos y limpiaban sus moradas. Los nobles se trasladaron de inmediato a sus fincas.

—Veámosle el lado bueno —bromeó uno de mis compañeros de reclusión—. Al menos dormimos a cubierto en los días fríos. Podría haber sido peor.

—Eso lo dirás tú. Yo tenía una buena casa a la que ir —dijo otro con un suspiro—. Ni siquiera sé si seguirá habitable cuando esto acabe. La han marcado y tapiado, pero ¿detendrá eso a los ladrones? ¡No lo creo!

—Peor lo tenemos los que nos dedicamos al comercio. Yo debería estar de camino a París. —El hombre que hablaba movió la cabeza en un gesto de negación y se rio con amargura—. Ahora ya ni siquiera querrán mi género… ¡Y traía muestras del mejor papel!

—¿Sois impresor? —le pregunté.

Me miró sorprendido; ninguno de ellos se había fijado realmente en mí hasta ese momento.

—No, me dedico al comercio del papel. Tenemos fábricas cerca de París. He estado en las papeleras de Auvernia, y me detuve aquí solo para visitar a mi hermana, que por desgracia se ha ido con Dios por culpa de esta maldita enfermedad.

—Lo siento.

Algunos murmuraron palabras de condolencia; otros permanecieron inmóviles, aturdidos e indiferentes. Poco podía hacerse salvo rezar, cosa que varios hacían ruidosamente, y esperar el pan que nos traían a diario y nos entregaban a través de una trampilla próxima a la puerta.

Interrogué a ese viajero sobre las papeleras y lo que sabía del mundo de la impresión. Se llamaba Narcisse Tachet. Jovial, optimista por naturaleza, irritado por los acontecimientos pero seguro del camino que debía seguir, rechazaba las ideas macabras pese a la pérdida de su hermana. Le intrigaron mis amplios conocimientos.

—Soy hijo de oficial impresor —expliqué—. Habría sido aprendiz…

—¡Si el azote de Dios no se hubiera interpuesto! —exclamó otro, y se rio de mí—. ¡Habría sido, debería haber sido! Lo llaman *trousse-galant*, ¡ya que se impone a cualquiera, sea villano o dama, aprendiz o impresor! También lo llaman el «don de Dios», el don de saber cuál es nuestro lugar. Nos llevará a todos al mismo final, ¡el final que tenemos a la vista ante nosotros!

—Necedades —dijo Narcisse—. Eso lo dirás por ti. Si nos hubiésemos contagiado, a estas alturas ya se nos habría llevado… —Me miró de arriba abajo, en actitud paternal y tranquilizadora—. Y más a un muchacho tan poca cosa como tú. No te preocupes, seguro que conseguirás trabajo, pero no en Nevers.

—¿Adónde debo ir, pues?

—Debes probar en París o Lyon, donde hay imprentas. Mis muchachos (¡porque tengo unos hijos maravillosos!) me precedían en este viaje, así que me esperan más dificultades en el futuro. Los caminos estarán encharcados y poco transitables cuando salga de aquí.

Permanecí cerca de él, al considerarlo mi mejor protección, porque le gustaba hablar y no hacía muchas preguntas. Y cuando los demás me acosaban por mi timidez y mis remilgos —por utilizar el excusado en lugar de orinar en baldes como la mayoría de ellos—, se ponía de mi lado.

«¡Al menos este joven tiene modales!», decía hasta que me dejaban en paz.

A modo de lecho, disponíamos de sacos de paja; ninguno olía muy bien, pero eran mejor que el suelo desnudo. Acerqué mi saco al rincón próximo al suyo para que pudiéramos conversar sin impedimentos. Era el peculiar tipo de amistad de los cautivos, que nunca surgiría de otro modo. Por Narcisse supe a cuánto ascendía la dotación de dinero para encontrar un puesto en una imprenta, a menos que uno trabajara sin cobrar; que algunas imprentas, como el antiguo taller de mi padre, de hecho albergaban y daban de comer a los aprendices pese a pagarles poco o nada, según las circunstancias.

Gracias a Dios, ninguno de nosotros enfermó, y faltaba poco para que nuestro confinamiento llegara a su fin. Tal vez Narcisse me permitiera acompañarlo, al menos mientras nuestros caminos coincidieran.

—París es adonde quiero ir —dije en tono soñador a la vez que me vencía el sueño en la oscuridad.

Cuando la luz del amanecer entró por la exigua ventana, Narcisse me despertó con un susurro.

—¿Estás herido? —Los otros compañeros de reclusión seguían dormidos.

Yacía ensangrentada. Mi calzón húmedo mostraba la mancha.

Consternada, me incorporé. Era cierto que la noche anterior me había sentido indispuesta, pero había procurado no darle importancia, a sabiendas de que pronto me liberarían y estaría fuera de allí. En ese momento me di cuenta de lo que me había sobrevenido, tardíamente, porque tenía ya dieciséis años y sabía de muchachas a quienes les pasaba eso a los catorce o los quince. Isotta me había dicho que el retraso no era motivo de preocupación, sino una libertad útil. Yo había pensado que quizá nunca me llegara.

—¿Es la avariosis? ¿Estás enfermo? —No pudo evitar retroceder, por miedo a que lo contagiara.

Moví la cabeza en un rápido y nervioso gesto de negación, pero no pude hablar.

—Tendré que informar —dijo.

—No.

—¡Pero debo hacerlo! Tienen que sacarte de esta casa.

—Por favor, callad —rogué—. No es nada malo. —Sin embargo, sabía que eso seguiría unos días y que necesitaría ayuda. No me quedaba otra elección—. Voy a tener que contaros esto en confianza. —Y le expliqué que me había llegado la primera menstruación.

Pensé que Narcisse se escandalizaría, o se enfadaría al sentirse

engañado, pero se rascó la barba y volvió a tenderse un rato en su colchón. Finalmente dijo:

—También tengo unas hijas maravillosas… Mira, llevo en mi morral un calzón de reserva que puedes usar, y puedo darte un paño viejo, y no se hable más.

—¿No diréis nada a los demás?

Se encogió de hombros.

—No es asunto mío. He visto de todo a lo largo de la vida. Tus razones tendrás.

—Quiero ser impresora, como mi padre. —Lo mejor era un motivo sólido y práctico: Narcisse entendería eso. No tenía por qué saber la razón por la que había huido de Lyon vestida de hombre. Ahora eso formaba parte de mí, igual que el cabello corto que inicialmente me cortaron para avergonzarme. No permitiría que la regla fuese una circunstancia que me definiera.

—Entiendo. —Los demás empezaron a removerse y despertar. Narcisse se inclinó hacia delante y habló en voz baja—. En algunos sitios, hacerte pasar por hombre te traerá problemas con la justicia. Pero si a *la Pucelle* Juana de Arco le pareció bien, también me lo parece a mí.

Aunque no sé qué fue de él más adelante, lo cierto es que Narcisse me sirvió entonces de gran ayuda. Gracias a que él, que sabía cómo llegar a París, a su mula y su carreta, y al *billet de santé* —el permiso que los dos llevábamos para indicar que no teníamos la peste—, recorrí el camino hacia mi nuevo hogar.

En el viaje hacia el norte, por los caminos embarrados más allá de Nevers, me tropecé en los primeros días con un objeto extraño pero valioso. De un metal caro, con piedras preciosas engastadas y redondo como una fruta, contenía lo que parecían mil aromas. Lo limpié de tierra y se lo enseñé a Narcisse.

—*Parbleu*, ¡una poma magnífica! ¡Qué buena vista! Es increíble que hayas encontrado eso en medio de este lodazal. Eso que tienes ahí es de mucho valor.

—Pero ¿para qué sirve?

—Las damas refinadas las usan para repeler los malos olores. Alguien ha huido de la ciudad y tal vez se le ha caído por descuido, ¡o por terror! Eso cuesta una fortuna. ¿Lleva grabado un nombre o unas iniciales? ¿No? Si tú no lo quieres…

Arrugué la frente.

—Si la dama refinada en cuestión tenía la peste, esto me condena, a mí o a cualquiera que se la quede.

¿Vivía siquiera aún la dama? ¿O había encontrado refugio y eso era el don de Dios que ella me había dejado?

—Por otro lado, podría protegernos. —Él siempre prefería ver el lado positivo—. Ha estado al aire libre y la lluvia la ha limpiado…

Cuando lleguemos a París, podríamos venderla y repartirnos las ganancias. Al fin y al cabo, nos hemos ayudado mutuamente.

Era cierto que me había dado ropa y había guardado el secreto. En cuanto él se quedara su parte, tal vez el dinero restante alcanzara para permitirme pagar la dotación de aprendiz.

—Pero cualquier comerciante al que se la lleve pensará que es un objeto robado, y me veré en apuros.

—Necedades. Conozco a varios que no harían preguntas. Tú déjalo en mis manos.

Fue toda una experiencia llegar a una ciudad tan grande, quizá cinco veces mayor que la mía, según me había prevenido Narcisse. Por la repulsión que me habían inspirado el patíbulo y las estacas en las puertas exteriores de Lyon, donde se exhibía a los malhechores ajusticiados, en París me tapé los ojos por miedo a ver a quienes habían sido castigados ante las murallas. Había uno o dos expuestos en la carretera incluso antes de que llegáramos a la puerta llamada Bordelle.

Aunque sabía que los augurios eran supersticiones, me estremecí por si esas figuras colgadas, antes hombres, presagiaban mi propio destino. Narcisse había dicho que en algunos sitios podía tener problemas con la justicia por abandonar la vida y la indumentaria de una chica a cambio de mis nuevas costumbres. Aun así, no me veía como una delincuente.

Narcisse se había reído de mis recelos, y en ese momento interpretó mis estremecimientos como emoción.

—Si de verdad quieres ver dónde cuelgan a los maleantes, es al otro lado de la ciudad, fuera de las murallas. Allí vi una vez con mis propios ojos al gran Semblançay, el que administraba los caudales del rey, ¡que al final contrarió a la señora madre de Su Majestad! El burgués puede llegar a barón y construirse un castillo, y así y todo mecerse algún día en una horca.

Yo no sabía de quién me hablaba, pero me grabé sus palabras y lo que dijo a continuación.

—En cualquier caso, ahora prefieren la hoguera, ¡y más por herejía que por malversación! Aquellos que escriben libros… ¡Incluso los nobles! Pero también aquellos que los hacen. El oficio de tu difunto padre es de lo más incendiario e incendiable.

Pareció muy complacido con su juego de palabras, pero no sonreí. Pensé que una ciudad como aquella podía llegar a ser una prisión previa a la muerte, una gran pira si se prendía fuego, y, sin embargo, fría como una tumba dentro de sus murallas.

—No tendrás miedo, ¿verdad? No debería asustar a una muchacha… o un muchacho, o lo que quieras. ¡La muerte es lo último en lo que debes pensar!

La puerta de la ciudad por donde entramos, próxima a la iglesia de Saint Étienne, no parecía un lugar de muerte, sino un hervidero de vida: canciones, campanas, ruido y voces de vendedores, olores tanto

fétidos como gratos, el hedor de los desechos y el aroma de las castañas asadas, colores suficientes para saciar la vista. Una vez dentro de la ciudad, me fijé en no pocos rincones donde podía pasar la noche hasta que encontrara alojamiento.

En París, pues, nos separamos, pero no antes de que Narcisse vendiera la bola de oro y plata de dulce fragancia a un mercader entendido en un callejón oscuro, y luego repartiera el dinero conmigo. Puede que se quedará él con la mayor parte, porque se le vio en exceso satisfecho, y no paraba de silbar y tararear. Pero lo mismo da, puesto que soy una sola persona y él un hombre con una familia a la que alimentar, quien a causa de la peste había perdido a una hermana y un mes de tiempo de trabajo. Y el objeto dorado, ya de entrada, nunca fue mío. Si yo se lo discutía, él podía revelar la verdad sobre mi persona.

Además, me dio los nombres y direcciones de dos o tres dueños de imprentas y me deseó toda la fortuna que iba a necesitar. El tiempo corría en mi contra: empezaba a ser demasiado mayor para que alguien me aceptara. No obstante, contaba con las nociones que había aprendido de mi padre para darme ventaja en cuanto a las aptitudes exigidas.

Los dos primeros talleres a los que me dirigí no necesitaban más trabajadores. El tercero fue muy distinto.

La imprenta de madame Arnould, El Signo del Hombre Salvaje, se hallaba en la rue des Carmes, al sur del gran río, y cerca de las universidades que solicitaban cada vez más libros y material impreso. No se contaba entre las sugerencias de Narcisse, pero en el segundo lugar al que acudí se compadecieron de mí o quizá simplemente querían quitárseme de encima. El caso es que me enviaron a la imprenta de madame Arnould, un establecimiento que necesitaba un ayudante y que se encontraba en una situación desesperada.

—Se llama Arnould, pero el dueño murió, y su viuda mantiene viva la actividad. Es muy posible que te acepten si demuestras tu utilidad.

¡La imprenta de una mujer! Eso se me antojó una señal esperanzadora, pese a que yo conservaba mi forma de vida masculina y pese a que ella ejercía el oficio bajo el letrero de su difunto marido: El Signo del *Hombre* Salvaje…

La viuda Arnould me evaluó con la mirada.

—Eres un poco mayor para ser aprendiz —dijo por fin—, pero si de verdad sabes leer y escribir, eso lo compensaría en parte.

—Sé leer, pero no escribir… todavía.

—Bueno, aquí estarás demasiado ocupado con las tareas básicas como para que te andes con prisas para aprender a escribir, ¡pero ya veremos! ¿Y el latín? ¿Y las letras griegas?

Agaché el rostro. No tenía sentido mentir para que luego me descubrieran enseguida; aun así, debía defender mi causa.

—Mi padre tenía esos conocimientos —contesté, lo que era en parte verdad—, y yo aprendí mucho de lo que él sabía.

Pero madame apenas me escuchó; no era el latín y las letras griegas,

sino la moralidad, lo que le rondaba por la cabeza.

—No te pasarás media noche fuera en busca de placeres, porque no queremos complicaciones, y un chico guapo como tú es de los que agradan a las jovencitas.

Pensé en Isotta, la única jovencita que me había importado, en el coste de seguir mi propio camino, de llegar hasta allí… ¡para ser aprendiz de imprenta!

—No, esos no son mis hábitos. Conmigo no tendréis esa clase de complicaciones.

—¿Y eres una persona de buen carácter? No quiero tener que aguantar a individuos descontrolados, ¡por más que nuestra *enseigne* sea el Hombre Salvaje! Si frecuentas las tabernas, ya puedes quedarte allí.

—Pues no. No bebo y soy sensato. Además, tengo ahorros para obtener el puesto. —Tendí la bolsa del dinero para demostrarlo.

Aceptó toda la suma sin objetar, y a partir de esa primavera tuve por fin un hogar, no solo uno en sentido físico, sino también un hogar para mis más profundos anhelos. Para mí, dormir en un colchón de paja no era nada nuevo, y aunque todavía no cobraba, tenía asegurados el sustento y la bebida. Al principio, me complacía el mero hecho de barrer, fregar y limpiar lo que se derramaba, envuelta en los olores familiares de la tinta y el papel de algodón y las máquinas, y el golpeteo de las prensas mientras las páginas se cubrían de nuevas palabras y se colgaban a secar sobre nuestras cabezas.

Pasaría un tiempo, como pronto entendí, hasta que se pudiera dar algún uso a mis «letras», porque en mis comienzos me ocupaba de trabajos básicos y se me iba el día entero en tareas menores y recados. Poco a poco me dejaron mirar mientras los cajistas convertían hileras de letras en frases, las sacaban de la *casse*, o caja, y las introducían en el componedor, y luego añadían las frases a textos más largos, todo invertido como si se viera en un espejo. A menudo me acordaba del extraño recuadro con la inscripción SATOR que había visto en el muro de la iglesia, en el sur, donde había dejado a Isotta, pero enseguida me obligaba a olvidarlo. Eso siguió siendo para siempre un enigma, mientras que estas otras letras se invertían solo para acabar en el sentido correcto.

Los tipógrafos eran otra cuestión. Cuando los observaba trabajar, la viuda Arnould me decía: «¡Tendrás que desarrollar un poco más de músculo si quieres poner a prueba tu brazo en eso!». Sin embargo, pronto aprendí a entintar las fuentes con eficiencia solo con ver cómo aplicaban los hombres las bolas entintadoras, y a ayudarlos a colgar las hojas una vez impresas.

También prestaba atención a los *correcteurs*, que solo trabajaban en determinados días y eran hombres de cierta erudición; en su mayoría me pedían que los dejara en paz y no los molestara con tantas preguntas. Solo un hombre llamado Marin, alto, desaliñado y taciturno, a veces me contestaba con una sonrisa, sin apartar la mirada

de las páginas, cuando yo preguntaba lo que él llamaba «lo imposible»: «Tienes un gran afán de aprender, Josse, pero no todo el mundo sabe explicar». Reuní mucha información de nuestras conversaciones mantenidas codo con codo, pese a que a menudo me reclamaban para las tareas prácticas,

Otra cosa que pronto aprendí: que aunque madame era nominalmente la jefa de la casa a fin de mantener el apreciado nombre de su marido y asegurarse la clientela, en realidad eran los otros hombres de su familia quienes dirigían el taller. Su hermano Odet y su hijo Achille, unos cinco años mayor que yo, supervisaban entre ambos a los oficiales y los aprendices y tomaban las decisiones difíciles sobre los libros que aceptaban.

Desde los primeros días, Achille no me quitaba el ojo de encima, resuelto aparentemente a descubrir mis fallos. «Mi madre está muy impresionada contigo… No entiendo por qué —me dijo un día mientras yo limpiaba las fuentes—. Pero, claro, ¿qué va a saber ella, una mujer? Este es un oficio de hombres, y tú debes demostrar qué clase de hombre eres, si en tus sueños aspiras a llegar a ser oficial y no digamos ya *maître*. *Madame ma mère* es demasiado blanda. Las cosas no eran así en los tiempos de mi difunto padre.

De hecho, madame Arnould apenas sabía leer y tenía que firmar los contratos con un simple signo. Arnould era la imprenta de una mujer solo en apariencia.

Las palabras de Achille me indignaron, pero callé, porque intuí sus celos, un pecado deplorable que yo también había padecido en mi propio detrimento, y por tanto no me permití exteriorizar mis sentimientos. Yo no necesitaba demostrar mi hombría; mi objetivo era aprender a imprimir y hacer libros.

Teníamos más trabajo del que podíamos asumir: no solo los libros grandes con plazos más largos encargados por las universidades, proyectos que nos llevaban muchos meses y requerían la vista fina de muchas personas, sino también panfletos, obras populares, carteles y textos más baratos en francés. Sin embargo, Achille me asignaba tareas mecánicas, mientras que yo habría preferido estar con los cajistas, observando cómo formaban las líneas a partir del material escrito a mano, y la velocidad y cuidado con que pasaban de un idioma a otro, de un tipo de letra a otro. Pero esa labor, por lo visto, no era para mí, pese a que sabía leer.

Ni siquiera me lamenté ante mis compañeros de trabajo, a pesar de que ellos, cuando dejaban las herramientas y se marchaban a las tabernas al final de la jornada —contra las advertencias de madame— ensartaban quejas grandes y pequeñas a cada trago de cerveza o vino. Yo me sentaba gustosamente con ellos pese a la suciedad y el alboroto de tales establecimientos. Procuraba beber lo menos posible sin llamar la atención, porque sabía que con la bebida la gente bajaba la guardia, y yo no podía hacerlo nunca. Al igual que los hombres de Nevers, se burlaban de mí por mi tendencia a la privacidad y la discreción,

porque tampoco allí podía comportarme como ellos para hacer aguas.

Pero había situaciones peores. Cuando luego iban a casas de mala fama, cosa que yo no habría deseado hacer ni aun pudiendo, pretextaba que mi renuencia se debía a un voto especial, una promesa que había hecho a Dios, lo que daba lugar a muchas risas ante la idea de que yo planeaba en secreto hacerme monje.

—Pero, por lo que yo he oído de un tiempo a esta parte —bromeaba uno de mis colegas—, ¡esos monjes serían los primeros ante la puerta del burdel!

Uno o dos de ellos se rieron tontamente, y otros sonrieron; todos los demás guardaron silencio. Los monjes siempre habían sido blanco de mofa, aunque solo fuera de palabra; pero en los últimos tiempos las burlas podían dar pie a acusaciones de herejía, de estar entre aquellos que atacaban a la Iglesia.

Algunos decían que Marin, el *correcteur*, estaba a favor de la nueva religión, y era cierto que expresaba muchas ideas de libertad. Era hijo de un obispo que no debería haber tenido descendencia, y si bien, gracias a eso, Marin había recibido una educación, su padre no lo había reconocido formalmente. Esas circunstancias habían forjado sus opiniones sobre la hipocresía clerical, ya que las fechorías de su padre habían dado forma a su propia vida, y él no era responsable de su propio nacimiento.

Marin tampoco frecuentaba los burdeles, como yo había observado, y por esa razón los demás no se fijaban tanto en mí.

—En cualquier caso, nuestro Josse no tiene interés ni en el claustro ni en ninguna *catin*. Ni en una ni en una docena —dijo Marin un día—. Será maestro impresor, y nada se interpondrá en su camino… No hay tiempo para el ocio ni la laxitud, ¿eh, Josse?

Era una buena manera de disculparme, ya que mi afán por el trabajo también era motivo de burla entre los demás. Yo sonreí, remisa como siempre cuando algo no me inspiraba confianza, me despedí y volví a mi saco de paja en el suelo de la planta baja de la imprenta a pasar la noche.

Cuando llegué, oí mucho ajetreo y premura entre lamentaciones en las plantas superiores.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté a la criada que bajó corriendo a por paños y vasijas de agua.

—Maese Odet ha contraído fiebres —susurró—. Tiene un color extraño.

Por su descripción, supe que era la peste, quizá del mismo tipo que yo había dejado atrás cuando llegué a París. Pero yo no había podido ser la portadora: de eso hacía muchos meses y nunca había presentado síntomas de la enfermedad, como atestiguaba mi documento.

—¿Sobrevivirá?

Se me aceleró el corazón. Compadecía a Odet, pese a que apenas lo conocía. No temía por mí: por aquel entonces había concebido la extraña idea de que nada de eso podía llevárseme. Mi temor era por

los oficiales y los otros aprendices, y por la propia imprenta. Si se trataba de la peste, tal vez nos obligaran a cerrar, tapiaran el local, nos echaran y no tuviéramos ningún sitio adonde ir. ¿Y cómo se las arreglaría la pobre madame, tras haber perdido ya a su marido, si se quedaba también sin hermano? Por mucha antipatía que su hijo Achille me tuviera, yo no albergaba malos deseos hacia su familia.

Mientras la criada y yo estábamos allí, Achille bajó y la apremió a regresar a la habitación del enfermo. Pareció sorprendido al verme.

—¡No te has ido de juerga con los demás! —Se frotó la corta barba—. A primera hora de la mañana nos iremos de aquí, a la casa de mi tía, más allá de la muralla de la ciudad. Había oído decir que esta plaga se acercaba, pero no pensaba que apareciera en nuestra casa, al menos no tan pronto.

—¿Se cerrará el taller?

Negó con la cabeza.

—No me refiero a ti y a los demás. Me refiero a mi madre y a mí. Será mejor que estemos en el campo. Ella no quiere dejar a mi tío, pero ya habrá quien cuide de él. —Achille agitó el cabello y me miró desde lo alto de su nariz—. Tú y los demás hombres podéis terminar los trabajos encargados. Así os ganaréis la manutención.

El pobre maese Odet falleció al cabo de unos días; el resto de la familia Arnould había huido. Todos los nobles y ricos de la ciudad que disponían de medios o tenían una segunda o tercera casa hicieron lo mismo.

Ordinances made and published to the sounding
of trumpets throughout the crossroads of this town
of Paris, to avoid the dangers of plague



Edicto promulgado y publicado al son de las trompetas en las esquinas de esta ciudad de París para evitar los peligros de la peste.

Conocíamos las normas. Estaban impresas —aunque no por obra nuestra— y colgadas en las calles, después de vocearlas los pregoneros en todos los cruces de la ciudad.

Las casas de los contagiados debían señalarse con cruces en las ventanas y las puertas; aquellos que vivían en ellas, pero no estaban enfermos, debían llevar un bastón blanco adondequiera que fueran, para mantener a los demás a distancia.

A todo aquel que eliminara las cruces sin permiso, se le cercenaría la

mano por la muñeca.

Los prebostes recorrían la ciudad, acompañados de arqueros para respaldarlos, y separaban a los enfermos de los sanos.

Se cerraron los baños públicos; las mantas, las colchas, las pieles y las lanas no debían entrar en París ni trasladarse de una casa a otra, porque tal vez contuvieran el aire nocivo.

Los mendigos debían mantenerse alejados de las iglesias para permitir que las personas sanas entraran y salieran libremente, porque ahora solo podían salvarnos las plegarias y las misas.

Los cirujanos debían dejar de verter sangre en el Sena. Las lavanderas no debían colgar la ropa en las ventanas que daban a la calle.

La peste siguió su curso, y aunque hubiéramos tenido trabajo —aunque hubiera habido gente en la calle, deambulando por la ciudad para encargar libros y panfletos—, nadie habría querido el género de una casa de la que se había adueñado la peste. Eso puso fin a los trabajos de impresión en El Signo del Hombre Salvaje, en la rue des Carmes.

El Bearne, 1534

Margarita encendió otra vela para ver durante la noche. Recordaba bien los años de la peste y que se la llamó «don de Dios». Pese a que eso era fruto de un humor cáustico, tenía algo de verdad. Si el sufrimiento era realmente un don, los últimos diez años habían estado bien servidos.

> Tanto da que seas villano o dama, aprendiz o impresor.
> Tanto da que seas rey y tu hermana te devuelva la vida,
> y aun así la apartes de ti.
> Tanto da que seas la madre del rey, y que presagien tu destino los cometas y planetas.

Repitió las palabras en voz alta para sí, y una de sus damas, pensando que la había llamado, se asomó a través de la cortina.

La reina de Navarra le indicó con un gesto que volviera a la cama.

¿Y si ella, años atrás, hubiera podido viajar vestida de hombre? En todo caso, no había permitido que el hecho de «ser mujer» la detuviera…

1525 - 1535
De una carta de madame Margarita sobre su hermano el rey en cautividad

A mi primo, el mariscal de Montmorency

… Muy cierto es que durante toda mi vida envidiaré no ser capaz de ejercer por él un cargo como el vuestro, pues, aunque mi voluntad de hacerlo supera la que vos podáis poseer, el destino me ha perjudicado a ese respecto porque, al ser mujer, resulta difícil.

Pero confío en que Dios, que ve mi deseo, me reserve la hora en que me llegue el turno, tras lo cual la vida, la muerte y todo aquello que puede ser temido o deseado será gustosamente sa- crificado por él… Vuestra buena prima,

Marguerite

España, a finales del verano. El tiempo, como todo lo demás, nunca era de fiar. Al principio, le había impedido zarpar, pero por fin se hallaba de nuevo en tierra firme: en territorio extranjero. Unos buques los habían trasladado a todos desde el sur de Francia hasta la costa española: Margarita, los consejeros de su hermano, algunas damas suyas y trescientos jinetes. Luego había partido desde Barcelona en su litera camino de Zaragoza.

Atravesaron un paisaje de marrones secos y verdes aceitunados; de inmensos cielos que deberían haber inducido a pensar en la libertad pero no lo conseguían, porque Francisco estaba allí prisionero. Margarita solo podía pensar en su hermano, desalentado, destrozado después del viaje por mar desde Génova y a su llegada al mundo del emperador.

—Nunca pensé que vería este lugar con mis propios ojos —dijo a Aymée de la Fayette, su más íntima dama y compañera de viaje. Aymée también había enviudado recientemente, contándose su marido entre los caídos en Pavia. Pero qué distinto su destino al de Carlos…

—Yo tampoco. Al menos vos habláis el idioma.

En efecto, en la corte francesa, Margarita había hablado en español con los diplomáticos a lo largo de los años. Ahora le era de gran utilidad, en todas partes.

—Ya sabéis qué diría mi madre… —Esbozó una sonrisa sarcástica.

—«Todas tus dotes están al servicio de tu hermano.» —Aymée mantuvo una expresión impasible, pero su tono traslucía también sarcasmo.

—Bueno, sean cuales sean, voy a necesitarlas. Tratar con el emperador no será fácil. Sus enviados dijeron que él quería a los ministros de Francia y España, ¡no a esta *mujer*!

Pero solo alguien de muy alta cuna podía negociar la liberación de un rey, y Francisco quería que fuera Margarita. Su madre, como *Régente*, debía quedarse, para visitar todos los rincones del reino y recabar lealtades con la intención de prevenir cualquier invasión oportunista. No era momento para que Luisa abandonara Francia. Solo podía hacerlo su hermana.

—Mi señora —dijo Aymée con cautela—. Me preocupa que esto sea una argucia que vuestro hermano ignora. ¡Es posible que el emperador trame haceros prisionera también a vos!

Margarita se encogió de hombros.

—A mí no me da miedo. ¡Y tengo mi salvoconducto!

Recorrían la carretera hacia Madrid, escoltadas por el gran don Ugo de Moncada, sus hombres y todo el séquito de ella. Los españoles las recibieron en todas partes con honor, pero eso no le reportó mucha alegría.

—Ya sabéis lo que piensan los cortesanos en todas partes, madame. Puede que también aquí lo piensen.

—¿Acaso tiendo yo a escuchar las habladurías, Aymée?

—¡Todo el mundo dice que vais a intentar casaros con el emperador! Que os proponéis utilizar *vuestra belleza* para resolver el asunto.

Margarita adoptó una actitud burlona.

—¡Tengo treinta y tres años, y nunca he sido una belleza! Y este hombre, nuestro peor enemigo, solo tiene veinticinco. ¿Cómo pueden pensar algo tan absurdo?

Aun así, se ruborizó, porque esa posibilidad también se le había pasado por la cabeza a Luisa. En el trayecto del curso del Ródano abajo para acompañar a Margarita y a su cortejo hasta la costa, Luisa había planteado la idea de nuevo. «¡El emperador nunca habrá conocido a una mujer de tu inteligencia y talante! Eso basta para deslumbrar a cualquier hombre. Debes ganártelo.»

—Sin duda, puedo hacer algo más por mi hermano que *ofrecerme en matrimonio* —añadió Margarita, y Aymée asintió con la cabeza—. Una

mujer posee la misma inteligencia que un hombre, o más. Recurriré a todo mi poder de persuasión; de lo contrario, ¿para qué ha de valerme mi educación?

Procuraba mostrarse segura de sí misma. Sin embargo, por las noches, durante el viaje, apenas dormía. Cuando conciliaba el sueño, despertaba aterrorizada en repetidas ocasiones. Oía exclamar a su difunto marido, muerto desde hacía seis meses: «No me abandones». O soñaba que su madre le acercaba un crucifijo a los labios que temblaba y parecía un frasco con una medicina infame.

De día apartaba esos pensamientos. Aun así, lo sabía. Lo sabía.

Pero no sabía, aunque lo sospechaba, que la Facultad de Teología y el Parlamento de París se esforzaban por todos los medios en limpiar Francia de «herejes». ¡Luisa lo permitía! El mismo día que Margarita zarpó, prohibieron la valiosa traducción del Nuevo Testamento de Lefèvre; quemaron a un hombre en la Place de Grève, un antiguo seguidor de los nuevos pensadores de Meaux. Todo aquello en lo que ella creía se estaba desmoronando durante ese viaje.

Un jinete se aproximaba a lo lejos, anunciaron los escoltas.

—Alguna treta del emperador —sugirieron.

Pero el mensajero que por fin se acercó llevaba una carta de Montmorency, cautivo junto con Francisco. «Madame la Duchesse, vuestro hermano el rey está gravemente enfermo.»

Los detalles estaban desdibujados: solo entendió la palabra «enfermo». Era grave. Podían perderlo. *Ella* podía perderlo.

—En adelante, apretaremos el paso.

Sus damas, ya agotadas, vacilaron. Los caballeros temían por su seguridad. ¡No podían ir más deprisa!

—Iré a caballo.

Aymée intentó disuadirla, pero Margarita no quiso saber nada más de la litera.

—¡Los demás seguidme como podáis, pero yo voy a adelantarme!

Cabalgó con el mismo ímpetu que cualquiera de los hombres, una docena de leguas al día, hasta que por fin llegó a Madrid una tarde de septiembre, con su vestido blanco de viuda polvoriento y el rostro sucio y reluciente de sudor. No era así cómo se había planeado su llegada, pero en ese momento la diplomacia quedaba descartada. No esperó a estar presentable; fue derecha a buscarlo.

El emperador se hallaba a medio camino en la escalinata de su fortaleza, rodeado de nobles, para recibir a Margarita. Su lúgubre atuendo le confería un aura oscura; tenía una mirada gélida. Aquellas mejillas enjutas tal vez fueran un reflejo de la devota abnegación por la que se lo conocía. Pero Margarita sabía muy bien que él no simpatizaba con la clase de religión que *ella* profesaba. En el acto sintieron un rechazo mutuo.

—Desearéis ver de inmediato a vuestro hermano, el rey —dijo Carlos en francés, su lengua materna—. Todo acabará bien.

Margarita lo siguió a la luz de la antorcha hasta la torre donde se

hallaba recluido Francisco, dentro del gran alcázar con vistas al río Manzanares. En cuanto vio a su hermano, se le olvidó todo lo demás. Francisco, enorme pero exangüe, yacía en la pequeña habitación amueblada de forma austera y con barrotes en las ventanas.

—¡*Monseigneur* Francisco! —Margarita se acercó rápidamente a él, pero los ojos vidriosos de su hermano no la reconocieron. Se volvió hacia el emperador—. ¿Cuánto tiempo lleva en este estado?

—He tenido noticia muy recientemente…

Retrocedió airada y dio órdenes a los sirvientes: agua, medicinas, paños y los médicos franceses… ¡ya mismo!

El emperador no sentía verdadera preocupación por la salud de su hermano; sencillamente, no quería que un cautivo tan valioso muriera. Había estado todo el tiempo con su corte en la capital, Toledo, ¡sin dignarse a visitar a Francisco hasta el día anterior!

Margarita tomó asiento junto a su hermano.

—Mi señor, vuestra *mignonne* está aquí con vos. ¡Soy yo, Margarita! Aunque no me oigáis, seguiré hablando. No os preocupéis, no me separaré de vos hasta que os recuperéis.

Le tocó la frente a Francisco: una fiebre extrema. «Exactamente igual que cuando permanecí sentada junto a la cama de mi señor el duque de Alençon mientras él pugnaba con la medicina de mi madre.» La sangre le zumbaba en los oídos; ese podía ser el precio que debían pagar.

Francisco se revolvió en la cama, sus amplias facciones céreas y bañadas en sudor.

—Me marcharé por el momento —dijo el emperador, y Margarita se sobresaltó. Había perdido todo sentido del protocolo: se había olvidado de su presencia; de sus damas, que aún no habían llegado, de su séquito… Solo existía esa habitación.

Durante los tres días siguientes permaneció junto al rey, rodeados los dos por los capitanes, siempre presentes. Centenares de viejos soldados estaban apostados fuera, y en el cambio de guardia sonaban las trompetas y el redoble de los tambores. Francisco no oía nada de eso. A veces perdía el conocimiento por completo; respiraba con dificultad, porque tenía la nariz tapada; en otros momentos, parecía despertar. Los médicos insistieron en que no podía hacerse nada más.

«¡Todo mi poder de persuasión! —Margarita pensó en la vanidad que la había llevado hasta allí; ahora su orgullo recibía su castigo—. El poder sobre la vida y la muerte, eso es lo que necesito.»

Recitó todos los salmos que recordaba; leyó en voz alta las Sagradas Escrituras. Junto a la cama de Francisco se hallaba el libro de las epístolas de san Pablo que ella le había enviado desde Francia, con la esperanza de que, si se acogía por fin a la fe verdadera, tal vez Dios lo liberara.

—Id a buscar lo necesario para levantar un altar —ordenó a los sirvientes.

—Madame, él no podrá… No es capaz de hablar, y menos aún de

tragar.

—¡Obedecedme! Debemos comulgar.

Montaron de inmediato el altar en la celda, y el sacerdote acudió a pronunciar la misa. En el momento de la elevación del Sacramento, el rey, aturdido, alzó de pronto los brazos desde su lecho de enfermo. Margarita rompió un fragmento de su porción de la sagrada hostia y se lo ofreció con cuidado. Cuando se lo introdujo entre los labios, recordó los labios resecos de su marido al besar el crucifijo antes de morir, pero apartó la imagen de su mente.

Esa noche, todavía junto a su hermano, pero mientras se sumía en su propio duermevela, oyó hablar a Francisco.

—*Ma soeur*, ¿de verdad eres tú?

Se había incorporado, sonriente, aunque tenía la cara muy sucia: una especie de flujo manaba de su nariz, como si se le hubiera reventado algo dentro. Pero ya no tenía fiebre, y había recuperado la lucidez. Volvía a mostrar su alegría natural de siempre.

Un médico le dijo a Margarita:

—La acción de tragar la hostia debe de haber desobstruido el canal, y ahora la sustancia nociva ha desaparecido.

—Es obra de Dios —dijo ella—, aunque hubiese una causa física.

—Pero he fracasado —les dijo Margarita a dos de los embajadores de su madre, el arzobispo de Tournon y Jean de Selve, en una cámara privada en la casa de su anfitrión, don Diego de Mendoza—. He pasado días en Toledo desde la milagrosa recuperación del rey, horas a solas con el emperador, intentando hacerlo entrar en razón, pero es imperturbable. Está resuelto a quedarse Borgoña, ¡y eso es lo único que no podemos darle! No consiente liberar al rey si no es a cambio de ese territorio.

—¡Pero habéis tratado la cuestión con su hermana Leonor, la reina viuda de Portugal! ¿No mostrará más compasión por nuestro caso, siendo también mujer…?

Margarita apreciaba al arzobispo por su fortaleza y sentido de la diplomacia, pero ¿qué sabía él de las mujeres? ¡Como si estas pudieran tomar sus propias decisiones!

Negó con la cabeza.

—Lo que ella opine es intrascendente, puesto que solo puede obedecer a su hermano. Además, él la ha apartado de Toledo; la tiene escondida en un convento en algún sitio.

—Sí, ya lo hemos advertido —comentó el arzobispo—. Aun así, vuestras palabras habrán hecho mella en ella. La reacción de Carlos puede interpretarse como una señal de que cree que la habéis convencido. Habéis ensalzado ante ella las virtudes de vuestro hermano.

—Bueno, pienso que ella preferiría a mi hermano como esposo mucho antes que al Borbón; por ese lado no hay problema: será fácil

convencerla de que ame al rey. ¿Quién no lo amaría?

Los dos embajadores emitieron susurros de conformidad.

—¿Y ella comprende… ya se lo habréis dejado claro, como el rey, vuestro hermano, antes ha sugerido, que cualquier heredero que pudiera dar a Francisco se quedaría con Borgoña, resolviendo así el problema del emperador?

Jean de Selve tosió con delicadeza.

—El emperador se opondrá a la idea de que un futuro heredero Valois pueda algún día entrar en sus muchos dominios. Aun así, es un ofrecimiento importante. Si no hay matrimonio, insistiremos en que deje ir al rey a cambio de rehenes, ya que solo un tribunal de pares en Francia le permitiría quedarse con Borgoña.

Margarita dudó.

—Su canciller, Gattinara, es el gran obstáculo para nosotros. Ese hombre no se cree nada de lo que decimos. Si se sale con la suya, el emperador dominará el mundo entero. Quiere todas las tierras que en otro tiempo tuvieron sus antepasados, o creyeron poseer. Los deseos de Francia le traen sin cuidado.

—¿Queréis retiraros? Pensamos que quizá *deberíais* hacerlo.

Ella vaciló.

—Me defrauda su falta de honor. Ya no sirven de nada mis negociaciones con el emperador o sus hombres.

El arzobispo inclinó la cabeza.

—Madame, no creo que podamos llamarlo fracaso cuando, por mediación del Todopoderoso, le habéis salvado la vida al rey. Lo dice él mismo.

—Fue obra de Dios. Mi función es estar aquí al servicio de mi hermano. No puedo abandonarlo.

Los embajadores cruzaron una mirada, y el arzobispo movió la cabeza.

—Con el debido respeto, madame, no es prudente que os quedéis más tiempo. Vuestro salvoconducto no tardará en expirar, ¡y quién sabe qué puede hacer el emperador con vos y el rey a su disposición! Debéis regresar a Francia.

Margarita protestó, pero sabía que tenían razón.

A cambio de su libertad, Francisco firmó el Tratado de Madrid. Se comprometía a entregar a sus dos hijos mayores como rehenes hasta que cumpliera las condiciones, pero el horror no acababa ahí. Además, debía renunciar a todas sus pretensiones en Italia; explicarle a Enrique de Albret que se olvidara de la Alta Navarra; perdonar al Borbón su traición y devolverles a este y a sus cómplices todo aquello de lo que se los había despojado. Y casarse con la hermana del emperador, Leonor.

—Ciertamente es absurdo y se ha firmado bajo presión —le dijo Luisa a Margarita, ya en Lyon—. ¡Si no lo cumple, no hay deshonor! Pronto

estará de camino a casa. En cuanto se encuentre en Francia, podremos olvidarnos de casi todo este asunto. Solo debemos entregar a los niños, pero es un honor para ellos servir de esa manera a su padre.

Los niños, como Margarita sabía, no tendrían nada que decir acerca de ese *honor*.

—Y la boda… bueno, ¿no es tan fea como su odioso hermano? ¡Al fin y al cabo nuestro César no necesita más herederos! Y entorpecerá los planes del emperador de formas que él ni siquiera imagina. Piensa que nos ha ganado la partida; tendrá que pensárselo dos veces. No quiso casarse contigo, ¡pero verá a nuestras familias unidas y notará las consecuencias!

Margarita estaba acostumbrada a la determinación de su madre. En cuanto Luisa supo que su hijo se había recuperado, volvió a comer y dormir, pese a su sufrimiento a causa de la gota.

Era necesario conseguir su regreso, aunque hubiera que entregar a los dos niños. El país sin él, como Margarita sabía, era como un cuerpo sin cabeza. En el viaje de regreso a Francia, la multitud se había congregado en todas partes a su derredor, entre lloros y rezos, creyendo que llevaba al rey de vuelta a casa.

—Como si yo fuera Juan el Bautista para su Cristo —dijo a Luisa. Si al menos Margarita pudiera usar eso para que Francia lo viera como el reformador de la Iglesia de Dios… O para que su hermano lo viera.

—¡He recibido tan pocas noticias tuyas y tardaban tanto en llegar…! —le reprochó Luisa.

—Creedme, lo intenté. Sospecho que impedían el paso a los mensajeros en el camino. El correo…

—¡Bah, a mí me lo vas a contar! En París, falsos mensajeros se presentaban a lomos de sus asnos, con capuchas verdes como si fueran auténticos.

Insistían en que Francisco había muerto, anunciándolo como una noticia verdadera. «¡El rey ha muerto, los sabios lo ocultan, pero los necios pueden revelarlo!» Como si las autoridades hubieran conspirado para mantener su muerte en secreto… Y la gente siempre se creía las ideas conspiratorias.

—En todos los cruces —prosiguió Luisa— y en el mismísimo Parlamento. Y ya sabes los problemas que ha dado el Parlamento a lo largo de este último año y las falsas noticias podrían haber causado disturbios.

—¿Quiénes eran esos impostores? ¿Y quiénes los enviaban?

—No lo sé. Ordené castigos severos, pero esos individuos desaparecieron en las calles de la ciudad y nadie pudo encontrarlos.

Permanecieron sumidas en un silencio solemne durante un rato.

Por fin Luisa suspiró.

—Lástima que no hayas podido conseguir su fuga —reprochó otra vez, y Margarita movió la cabeza en un gesto de hastío. Aunque hubiera muerto en el intento, su madre habría pensado que no se había esforzado lo suficiente.

—Nos descubrieron; el plan ni siquiera llegó a ponerse en marcha. En cuanto el emperador se enteró, ¡difícilmente podía quedarme en Madrid! Aun así, lo habría hecho aunque fuera ocupando el lugar de Francisco…

Luisa entornó los ojos.

—Hablando de fugas audaces, ¿cómo van las cosas con De Albret?

Margarita se ruborizó. Su madre se refería al joven Enrique de Albret, el desposeído soberano de Navarra, cuya familia había perdido más de medio reino a manos de los españoles hacía diez o doce años. A diferencia de su difunto marido, Carlos, el sorprendente Enrique se había mantenido firme al lado del rey durante el atroz sitio de Pavia, y también había permanecido cautivo durante muchos meses. Enrique se había fugado de su prisión de Italia y había regresado indemne a Francia en Navidad, así, sin más. Astuto, temerario y vigoroso, se había presentado en Saint-Just en Lyon.

—Parece conforme —dijo Margarita a su madre—. Por lo que hemos hablado.

—¡Es mucho mejor hombre que el inútil innombrable de nefasto recuerdo!

Margarita se mordió el labio y rezó en silencio.

—Sí, dos hombres muy distintos.

—Todavía eres bastante joven, querida mía. Serías reina de Navarra, y aunque el territorio no sea gran cosa, ¡es inmensamente superior que ser duquesa! Por medio de tus hijos, en el supuesto de que los tuvieras, Navarra podría unirse a Francia. Serviría a tu hermano, porque ahora De Albret es el mayor de sus vasallos, y necesitamos que esté claramente de nuestro lado. No podemos arriesgarnos nunca más a que vuelva a ocurrir lo del Borbón. —Luisa casi escupió al pronunciar ese nombre.

Margarita desvió la mirada. Luisa conocía de sobra su propio papel en la desafección del Borbón. Pero Margarita también era consciente del papel que ella misma había desempeñado: *Notre Trinité*, el triángulo perfecto, y solo uno podía ocupar el ápice.

—No hay prisas —dijo Margarita.

Luisa frunció el entrecejo.

—Pero cada vez tienes más años. Y sería un golpe para el emperador. En cualquier caso, ¿por qué no sigues trabajando en ello? Yo, desde luego, lo voy a hacer.

Sin embargo, Margarita tenía otras tareas más apremiantes, y consistían en parte en deshacer lo que su madre había hecho. Con excesiva frecuencia, Luisa había considerado útil «aplastar la herejía» cuando convenía a sus objetivos políticos; a ese respecto, madre e hija no coincidían.

Antes de partir hacia España, Margarita temía que la Facultad de Teología y el Parlamento aprovecharan la ocasión, ausentes los dos hermanos, para perseguir a todos los hombres en quienes ella confiaba. Los que siempre habían ostentado el poder consideraban una

herejía todo lo nuevo; lo erradicarían, o lo *quemarían*, en particular, en la diócesis de Meaux, donde Briçonnet tenía su base, pero también en otros sitios. Margarita ya no se carteaba con él, pero no había abandonado a sus hermanos espirituales. Se mantenía en contacto con todos, y cada vez eran más.

Antes de marcharse de Francia, había buscado lugares seguros para sus correligionarios, por ejemplo, en Estrasburgo, más allá de la frontera de Francia, donde el Parlamento no podía acceder a ellos. Francisco solo había dado una orden durante su cautiverio: que el Parlamento no actuara más contra ellos hasta que él volviera a Francia. Tal vez Margarita tuviera que recurrir a sus dotes de persuasión para hacerle entender a su hermano lo que él realmente deseaba, con respecto a Dios y la Iglesia, pero, en todo caso, él no la contrariaría.

Ahora que Francisco volvía a casa, Luisa tenía planeado procurarle una nueva amante real, también para mostrarle lo que él *deseaba*.

—Esta vez no podemos permitirnos un desastre como el de la familia Foix —caviló. La última amante del rey había recibido palizas de su marido celoso; Francisco lo había amenazado con ejecutarlo si eso se repetía. Luisa no quería volver a pasar por una situación semejante.

—He pensado ya en una joven dama, pero veamos cuál es tu opinión. Esta servirá para sustituirla.

Anne de Pisseleu d'Heilly, de dieciocho años, era una de las damas de compañía de Luisa. Era una muchacha de una belleza delicada y, mejor aún, de gran inteligencia. Era la mujer ideal para ponerla al alcance del rey, de manera sutil, como por accidente, para que creyera que la había descubierto él mismo.

—Mucho más maleable —dijo Luisa—, y afín a mí.

En marzo, los dos hijos mayores del rey debían entregarse como rehenes a orillas del río Bidasoa, en el lejano sudoeste, entre Francia y España. Luisa y Margarita aguardarían en Bayona, en el lado francés, acompañadas de sus muchas damas. El delfín Francisco solo tenía ocho años, y su hermano Enrique, duque de Orleans, poco menos de siete. Fue casi insoportable verlos alejarse, pero el rey debía regresar a toda costa.

«Debo mantenerme firme —se dijo Margarita con determinación—. Estoy siendo débil porque mi infancia fue distinta.»

Diana de Poitiers, una de las damas de Luisa, pareció leerle el pensamiento.

—Admiro a vuestro hermano, mi señora duquesa, por ser capaz de hacer algo así. *Yo* no habría tenido fuerzas.

Margarita escrutó su rostro, pero la expresión de Diana, imperturbable, no revelaba nada. ¿Osaba criticar a Francisco, aunque fuera implícitamente? Existía cierta tirantez entre ellas, no solo porque el padre de Diana había estado implicado en los planes de traición del Borbón, sino también porque —y eso podía no ser cierto— se

rumoreaba por todas partes que cuando se prendió a todos los cómplices, Diana, para salvar la cabeza de su padre, «ofreció su honor a cambio» al mismísimo rey. Eso podía ser falso. ¡Francisco nunca propondría semejante trato!

Tal vez Diana destacara por su belleza, pero Margarita se estremeció al mirarla. No por lo que acaso Diana hubiera hecho; fue por la acusación contra su hermano, la *vileza* del rumor y el recuerdo de lo que ella había padecido con Bonnivet. El hecho de que Francisco pudiera ser igual al hombre a quien él había llamado *mignon*, que se había arrojado sobre su propia espada al ver arruinado su honor.

Margarita suprimió un asomo de emoción. Las familias reales no podían permitírsela, y menos en relación con sus hijos, que pertenecían tanto al reino como a ellos. Su madre siempre había sido una excepción.

—Por el bien de los niños, debemos contenernos —respondió Margarita por fin—. No les ocurrirá nada malo. No debéis atemorizarlos abandonándoos a los sentimientos.

Diana esbozó una sonrisa enigmática.

—Lo entiendo. Pero el pequeño tenía solo cinco años cuando perdió a su madre.

—El rey es lo primero —dijo Margarita, impasible. Sentía lo mismo que Diana, pero no estaba dispuesta a reconocerlo.

Todas las damas, con actitud tensa y solemne, se despidieron de los niños y los animaron a ser fuertes. Pero Diana, ella misma madre de dos hijas, ella misma apartada de su casa a una edad temprana para casarse, y que ahora tenía solo veintiséis años, se inclinó y susurró algo al pequeño Enrique, el duque de Orleans, en respuesta a lo cual él se irguió con porte más orgulloso. De pronto, Diana le besó la frente, y los niños se marcharon.

En el río Bidasoa, según informaron los enviados, se había instalado un pontón en medio del cauce, y sendas embarcaciones partieron de cada orilla al mismo tiempo para reunirse e intercambiar a los pequeños rehenes por su padre. Lautrec y sus dos institutrices viajarían con ellos. En el pontón, dando la espalda a España, su padre los abrazó antes de cruzar el río hasta Francia.

De vuelta en Bayona, algunas de las damas lloraban. Luisa las reprendió y les recordó sus obligaciones para con el rey.

—Seguro que no será por mucho tiempo —le dijo Diana a Margarita en voz baja—. Quizá sea solo por unas semanas. ¡Están en manos de Dios, ellos y su futuro!

Margarita eludió su mirada, aquellos ojos serenos de color azul grisáceo que nunca mostraban lo que pensaba realmente; incluso su brillo era fruto de un cuidadoso esfuerzo. ¿Acaso esa mujer, una devota creyente en apariencia, pensaba de verdad en Dios?

—Bueno, *todos* estamos en manos de Dios —repuso Margarita.

Diana de Poitiers tal vez tuviera razón: quizá fuera por poco tiempo.

Poco después de partir los niños, el rey francés renegó del resto de lo que había «prometido». La familia real presionó al papa Clemente en busca de su apoyo en aquel asunto, y lo consiguió. Margarita le escribió, como también a Volsey y a Enrique de Inglaterra.

Fuera del imperio nadie quería que Carlos V extendiera su control; todos coincidieron en que un acuerdo firmado bajo coacción podía incumplirse, o como mínimo alterarse, para que fuera más justo. ¿Por qué no pagar una gran suma por el regreso de los niños? ¡En modo alguno había que entregar el ducado de Borgoña!

Francia, el papa, Milán, Venecia, Florencia y al final Inglaterra se unieron para oponerse a las pretensiones del emperador en Italia. En la primavera de 1526 se constituyó la Liga de Cognac. Los combates prosiguieron entre esa Liga y el emperador durante todo el año, aunque esta vez Francisco no estuvo en el campo de batalla.

En casa, Margarita libraba su propia batalla. Ese mismo año, un tiempo antes, la Facultad de Teología había acosado a Louis Berquin —no por primera vez, ya que en el pasado le habían incautado sus libros: sus ejemplares de los textos de Lutero y Melanchthon, así como su propia obra—, pero ahora se proponían llegar más lejos. A finales del año anterior, el Parlamento había prohibido imprimir la traducción de las Sagradas Escrituras; ahora las autoridades habían prendido a Berquin, acusado de hereje.

Incluso el preferido de Margarita, el poeta Clément Marot, había sido arrestado y encarcelado por herejía… Pero eso no iba a tolerarse. ¡Gracias a Dios, por millonésima vez y por miles de razones, su hermano había vuelto!

DE LA EPÍSTOLA DE MAROT AL REY,
PARA QUE LO LIBERE DE LA PRISIÓN

…
Señor, os ruego que, haciendo uso de vuestra potestad,
escribáis a vuestros hombres para ordenar mi libertad.
…
Muy humildemente a vuestra gracia ahora solicito
que me disculpéis si a vos me dirijo, contrito,
recurriendo a una rima de tan poca sustancia,
y perdonadme si, dadas las circunstancias,
no acudo a plantear mi petición en persona:
no he podido desplazarme hasta vuestra zona.

En verano, sus predicadores exiliados estaban ya en Francia. Mientras tanto, Francisco había enviado al gran erudito y traductor Lefèvre a ejercer de tutor de sus hijos y a catalogar su biblioteca en el castillo de Blois; allí, el Parlamento y la Facultad difícilmente podían tocar a Lefèvre, aunque no parecían dispuestos a ceder con respecto a Berquin. Pero a finales de año, por insistencia de Margarita, el rey sacó a Berquin de la prisión por la fuerza y lo llevó al palacio del Louvre.

Al mes siguiente, justo después de Navidad, se confirmó el compromiso de Margarita con Enrique de Albret. Su hermano aprobó el enlace, y aunque Enrique la preocupaba en ciertos sentidos, puesto que compartía pocos de sus intereses, debía admitir que era muy atractivo. ¿Acaso estaba mal que eso la complaciera? Y lo conocía, aunque no íntimamente, desde hacía mucho tiempo. Se casarían en enero.

—Parece que los tratados de paz traen la guerra, y los contratos de matrimonio que deberían unir traen… la ruptura —dijo Marot a Margarita—. Corren tiempos difíciles.

Habló a continuación de su propio período bajo custodia, y de los encarcelamientos de Berquin y los demás. ¡Eso le proporcionaría material para muchos poemas! No se trataba solo del resurgimiento de la guerra y la persecución de la supuesta herejía; además, acababa de perder a su padre, Jean Marot, que hasta entonces había sido poeta en la corte del rey. Por esa razón, Marot había solicitado audiencia con ella, para despedirse.

Margarita accedió y le expresó sus condolencias.

—¿Desearéis, pues, ocupar su lugar al servicio de mi hermano, como esperabais?

—Eso sería lo normal, pero… —Bajó sus ojos oscuros—. En cualquier caso, me parece que, ante la inminencia de vuestra boda, tal vez no deseéis… —Dejó la frase inacabada.

—¡*Maese Clément*! —bromeó Margarita con delicadeza, atreviéndose a llamarlo por su nombre de pila, ya que, ante aquello, el único camino era el humor. No preveía esa clase de emoción, ni en él ni en ella misma; debía sofocarse incluso antes de que surgiera. ¿Por qué se declaraba *justo en ese momento*, cuando él iba a marcharse y ella a casarse?

Pero nunca habría existido un momento adecuado. Él era plebeyo, hijo de un sombrerero convertido en poeta del rey, y ella la hermana del rey. Su afinidad debía restringirse a la poesía. Esta no era una cuestión menor, pero ¿cómo podía ponerse a la altura del mundo real de los príncipes, los sacerdotes y los papas?

—Tendréis damas entre las que elegir —dijo Margarita—, ¡tantas como flores crecen en los jardines del palacio! No debéis dejaros llevar por el sentimentalismo con respecto a *una* de ellas, sea quien sea, si hay alguien en *mi* corte a quien teméis echar de menos.

Marot fijó una mirada ardiente en ella.

—¡Ya sabéis quién es!

—Pero serán muchas las que os interesaren en vuestro nuevo cargo junto al rey. Puede que incluso encontréis una con la que contraer matrimonio… Hay muchas encantadoras. ¿Acaso no dice mi hermano: «Una corte sin damas es como un año sin primavera»?

—Tan hábil como cualquier poeta. —Marot sonrió.

—Cualquier *otro* poeta —se apresuró a corregirlo Margarita—. Bien sabéis que mi hermano ha compuesto excelentes rondós.

—El rey es un hombre de letras de gran talento, cierto. Como lo es su hermana.

—¿Un *hombre* de letras, *moi*? Bueno, supongo que eso está un peldaño por encima de ser un monstruo.

—Sabéis que no quería decir…. Era una metáfora. Ese es uno de mis mejores poemas.

—¿Uno de…? —Margarita sabía que era de vital importancia tratar el tema con ligereza: sin escenas, sin exhibición de sentimientos. Aun así, el corazón le latía con tal fuerza que pensó que él también debía de darse cuenta—. Espero ver y oír otros incluso mejores en cuanto estéis instalado con el rey.

Él hizo ademán de despedirse.

—¡Clément! —dijo ella, sintiéndose culpable por el alivio de verlo marcharse: un primer marido tal vez hubiera tolerado la devoción de Marot hacia ella, pero el segundo, recién comprometido y tan ávido como el joven Enrique de Albret, quizá no lo aceptara—. No penséis que os perderé de vista solo porque abandonéis mi casa. Siempre os… apreciaré, siempre velaré por vos y anhelaré vuestros poemas.

—Y yo los vuestros.

—He aprendido mucho de vuestro dominio de ese arte.

De pronto él hizo una reverencia, le dio las gracias y abandonó la cámara.

CLÉMENT MAROT,
SOBRE SÍ MISMO

Lo que era ya no lo soy,
ni jamás volveré a serlo.
Mi hermosa primavera y mi verano,
ya ambos atrás han quedado.
Amor, tú has sido mi soberano,
por encima de todos los dioses te he servido.
Ay, si volviera a nacer,
cuánto mejor lo podría hacer.

La boda de Margarita y Enrique se celebró en Saint-Germainen-Laye, en la iglesia en la que Francisco se había casado con Claudia hacía muchos años. A finales de enero habría ocho días de banquetes, justas y otras diversiones.

Ya muy entrada la noche, Margarita se encontró emparejada por fin en el baile con su marido, mucho más vigoroso porque era once años más joven que ella. Aunque en otro tiempo se había reído de la idea de casarse con el joven emperador, Enrique era más joven aún. Ahora Margarita no lo lamentaba.

Sonriéndole, intentó mantener una conversación intrascendente.

—¡Esto es agotador! La cantidad de diversión que una puede soportar tiene un límite. ¡Con tantas parejas de baile!

El rey de Navarra asintió, siempre con un asomo de ironía en sus ojos azules y su radiante sonrisa, siempre con la insinuación de que detrás de todo se escondía una gran broma que los demás no podían adivinar.

—Yo, personalmente —dijo—, prefiero los juegos solo para dos. —Y le agarró el brazo un poco más fuerte.

Margarita se echó a reír y acometió el baile, pero estaba realmente exhausta.

—¿Ya es suficiente? —preguntó Enrique en voz baja—. Creo que a estas alturas ya podemos retirarnos.

Después de la fiesta, la alcoba. Un grupo de sus damas la acompañaron formalmente hasta la puerta, y ella entró.

Las lecturas en otro tiempo picantes de Margarita; los numerosos *serviteurs* que la adoraban, de manera falsa o sincera; los anteriores coqueteos; las atrevidas rimas que Marot había concebido y utilizado para provocarla y entretenerla; o incluso los dieciséis años de matrimonio anteriores, en los que la carne había escaseado… ahora no contaban para nada. Ignoraba qué debía hacer para atraer a su nuevo marido, para complacerlo, como sabía que era su obligación. Estaba tan poco preparada para Enrique de Albret como si volviera a ser una simple doncella.

Él ya la esperaba. Se quitó el jubón y, pese al frío, se quedó sin más ropa que el calzón. Tenía el pecho amplio, terso y musculoso, como inducían a pensar sus veinticuatro años, pero con alguna que otra cicatriz; heridas recibidas «en combate al servicio de mi hermano», se recordó Margarita. Eso lo hacía aún más deseable. Ella se quedó junto a la cama, esperando que la prepararan y desvistieran, pero nadie acudió.

—¿A qué esperáis? —Enrique se rio—. ¡Les he pedido que se marcharan!

Tras atraerla hacia sí, le desabrochó el vestido y las mangas, y le arrancó el tocado para soltarle los abundantes rizos de color castaño claro.

Ella retrocedió, vacilante; en aquello no intervenía la honra ni la vergüenza. Aunque Enrique se comportaba con la avidez de un seductor, era al fin y al cabo el marido que Dios le había dado.

—¡Hela ahí! ¡Duquesa! ¡Reina! No hay ninguna diferencia: está hecha igual que cualquier otra mujer. —La besó entre los pechos. Se los recorrió con los labios y ascendió hacia los hombros; deslizó sus manos bajo la falda—. Puede que vuestro hermano sea un gran hombre, pero os aseguro que mi reino será lo bastante extenso para una mujer como *vos*…

No pudieron evitar reírse.

Enrique la examinó como si no fuera más que una frontera que cruzar, totalmente a su disposición. Sin preguntar, sin previo aviso, la tumbó de un empujón en la gran cama envuelta de colgaduras y cubierta de almohadones, y él se colocó encima. Margarita no tuvo

tiempo de pensar ni de rezar ni de prepararse. Y para su vergüenza —aunque no demasiada—, no pensó ni por un momento en tener un hijo, en sus obligaciones o el cumplimiento de los votos. Ni siquiera la imagen de Carlos, el duque de Alençon, a menudo presente en sus pensamientos, asomó a su mente enfebrecida. Enrique se encargó de que así fuera.

Cuando por fin la dejó dormir, Margarita se sumió en un sueño profundo y plácido. Y durante los meses siguientes se sucedieron muchas noches como esa…

«Por fin —pensó ella—. Por fin.»

—¡El traidor ha muerto! —Luisa estaba eufórica.

Margarita apenas podía desentrañar la noticia. Principios del verano de 1527: se hallaban en Vincennes, donde a su hermano le gustaba cazar. Ella siempre recordaría ese instante como el paso de una flecha a través de los alegres primeros meses de su segundo matrimonio…

—Sabíamos que el Borbón marchaba hacia Roma con sus miles de soldados extranjeros. Pero antes de que llegara siquiera el día de la batalla, lo abatieron de un disparo de arcabuz. ¡Dios nos ha vengado, *ma fille*!

—¿El Borbón? —A Margarita le retumbaba la cabeza. El Borbón, el traidor, sí, pero al que su familia había llevado a la desesperación: su propio pariente. Luisa prefería recordarlo de otra manera. Aun así, era cierto que el Borbón había tomado decisiones erróneas: ¡su familia no tenía la culpa de eso!—. ¿Y qué ha sido de sus tropas en Roma? ¿Las han repelido? ¿El papa está a salvo?

—¡Aquí tienes! —Luisa le entregó los despachos con gesto enérgico y se sentó, al parecer, aturdida.

El papa había estado del lado de Francia en la Liga de Cognac desde hacía un año, pero al final los había abandonado. Sin embargo, ni siquiera la tregua que posteriormente había firmado con el emperador, a falta de apoyo financiero del rey francés, lo había librado de aquello…

En las semanas siguientes, el panorama pasó a ser más cruento, aunque no más claro. El Borbón había perdido el control de sus tropas famélicas, sin paga, incluso antes de que lo derribara un arcabuzazo disparado desde las murallas de Roma. El papa se había visto obligado a esconderse en el Castel Sant'Angelo, donde permanecía.

Fuera de esa fortaleza, los soldados imperiales —alemanes y españoles— habían saqueado la ciudad, asesinando a hombres, mujeres y niños. Torturaron a la gente para apoderarse de su dinero y sus bienes, por todas partes violaron a mujeres: monjas, nobles y plebeyas por igual. Las iglesias fueron profanadas y despojadas de sus tesoros; los cadáveres se amontonaron en las calles; la peste azotó a los supervivientes. Algunos decían que ya habían muerto diez mil personas.

La guerra había estado presente en la mayor parte de la vida de Margarita, pero el Saqueo de Roma fue peor que cualquier otra cosa que hubiese llegado a su conocimiento, pese a que había vivido siempre cerca de la maquinaria del desastre. Todo ello la aterrorizó, sobre todo porque había corrido el rumor de que, entre los alemanes, había muchos *luteranos*, que aprovecharon la oportunidad ante la perspectiva de derrocar al papa. ¡La palabra de Dios —la nueva fe— no debía incitar el caos y las matanzas!

Intentó hablar de ello con su madre y su hermano, pero estos ni se inmutaron.

—Podemos sacar partido de esto, como de todo lo demás. —Luisa, tras asimilar la magnitud de lo ocurrido, estaba ya más tranquila—. Reforzará nuestra alianza con Inglaterra, y ahora podemos lograr que se procese al Borbón en ausencia.

—¿En *ausencia*? —repitió Margarita con voz débil, asqueada.

Luisa no pareció reparar en el semblante de su hija.

—Bueno, *ahora* no puede comparecer ante el Parlamento, ¿verdad que no?

—¡Un juicio póstumo! —exclamó Francisco con aire pensativo—. Podría ser muy útil.

—Exacto. Pensadlo: todo lo que ha hecho el Borbón, y lo que podría exigirse, legalmente, a cambio. La rebelión y la invasión deberían saldarse con todas las posesiones, incluso con su título. A él ya no le sirven en el otro mundo.

Francisco se recostó en su asiento y, satisfecho, sopesó la situación.

Margarita no sabía qué decir; por mucho que la horrorizara la idea, no podía disculpar las ofensas del Borbón a su madre y su hermano.

—Cierto es que no le sirvieron de gran cosa en *este* mundo —dijo por fin.

Fueran cuales fuesen sus dudas, Margarita se puso de todos modos al servicio de los intereses de su hermano: buscó el apoyo de los ingleses en su oposición al emperador. No sería la primera vez que tuviera que ayudar a «encandilar» al cardenal Volsey. Antes de poder siquiera poner los pies en el reino meridional de su marido —¡su nuevo territorio como reina consorte!—, tenía una misión diplomática que cumplir en el norte de Francia. Se reunirían con Volsey en Amiens, para contribuir a ejercer presión sobre el emperador, sobre todo con el objetivo de que los dos hijos de Francisco regresaran de España.

Margarita era una experta en esa clase de conversaciones, pero esta vez dio pábulo a las habladurías. Como es natural, abrazó a Volsey, ya que lo conocía desde hacía años… «¡Pero de pronto Su Alteza tuvo a bien besar al apuesto conde de Derby!», decía en uno de los despachos, que Margarita había leído, aunque pocos lo sabían.

¿Por qué no iba a besar a un hombre si lo deseaba? ¿Si lo cortejaba en interés de su hermano?

Allá ellos si querían especular sobre lo «apasionada» que la encontraba el rey de Navarra en su cama. Ese era un regocijo al que

tenía derecho: ¡démosles buen material para las habladurías! Todos en la corte, y probablemente también entre el *menu peuple*, comentaban el cambio que se había operado en ella desde la boda… Pero a Margarita no le importaban sus chismorreos.

Años atrás, en el Campo del Paño de Oro, alterada como estaba tras el asunto con Bonnivet, fue incapaz de deslumbrar cuando lo necesitaba. No permitiría que ese recuerdo la llevara a tropezar de nuevo en la esfera pública. ¿No era ahora dueña de su propia carne? «Procura que los ingleses estén de nuestro lado», dijo su hermano.

Llegaban de Inglaterra otros rumores en cuanto a las verdaderas razones de los ingleses para aliarse con Francia contra Carlos V. El rey Enrique VIII pretendía apartar a su esposa, la reina Catalina, tía del emperador, que no le había proporcionado un heredero varón. Todas las damas de la nobleza estaban escandalizadas. No era más que un chisme, pero ¡qué ocurriría de ser cierto! Repudio, divorcio o anulación: eso podía ocurrirle a cualquiera. Si hubiera al menos una forma de garantizar un hijo varón…

—Mi primer hijo será una niña —dijo Margarita resueltamente una mañana a su dama de compañía Aymée mientras la vestían y peinaban.

—Mi señora, no tenéis motivos para temer. ¡Podéis conservar la esperanza! —Aymée fijó la mirada en la cintura de Margarita.

—Conservo la esperanza. No estoy encinta… todavía. Pero ese es mi deseo, y Dios me dará una hija.

—Bien. —Aymeé pareció vacilar, pero a todas luces no deseaba disgustarla—. ¿No es verdad que en Navarra, como ocurría antes también en el ducado de Bretaña, una mujer podía heredar el trono por derecho propio?

Margarita sonrió y tendió los brazos para que le enfundaran las mangas.

—Sí, pero no lo digo por eso. Quiero una hija porque sí. ¡Eso no tiene nada de malo!

—Igual que mi señora la duquesa de Angulema os tiene a vos. —Aymeé se refería a Luisa. Pretendía reconfortarla, como Margarita sabía, pero aun así la desconcertó, por el hecho de percibir cómo se veía su *triángulo* desde fuera.

—Bueno, ninguna hija mía tendrá que ver lo que yo he visto —dijo con aire enigmático.

Esa hija nació al año siguiente, a principios del invierno de 1528, en Saint-Germain-en-Laye; no en el reino de Enrique de Albret, sino en el de su hermano, aunque Enrique también estaba con ella en Francia. Esta vez no hubo hemorragias, no hubo pérdidas, no hubo sueños con monstruos. Un bebé hermoso llegó al mundo a media tarde, después de un parto que duró toda una noche y todo un día, porque Margarita estaba débil a causa de una tos severa que había arrastrado durante los últimos meses del embarazo.

Llamaron a la pequeña Juana, por el difunto padre de Enrique,

Juan.
—Tendría que haber nacido en mis tierras —musitó Enrique cuando se quedaron a solas—. ¡Y criarse allí, para conocer a su gente!
—Ya habrá tiempo para eso —lo tranquilizó Margarita, y se apresuró a cambiar de tema—. ¡Y será una súbdita leal de mi hermano el rey! Como también de vos. ¡Lleva a nuestros dos países dentro de sí! Además, ¿no queremos que hable bien el francés?
A finales del año anterior —cuando por fin recorrió el reino de su marido, recibida en todas partes como reina—, Margarita se había llevado una sorpresa al descubrir en sus tierras del Bearne que apenas entendía la lengua de la población. Tendría que aprenderla. Era un alivio estar de nuevo en el norte.
Esa región sudoccidental era un territorio extraño, abrupto y hermoso, pese a que muchos creían que las montañas eran lugares diabólicos. Ella se había acostumbrado: eran la forma en que Dios nos recordaba lo diminutos que éramos los humanos.
Pero durante su estancia allí, cuando Enrique se marchó para administrar varios lugares bajo su control, Margarita se quedó espantosamente sola. Y más tarde también insegura, porque él, a su regreso, empezó a comportarse de una manera distinta en la mesa y en la cama. Era algo apenas perceptible, como cuando alguien que había visitado tierras extranjeras traía consigo una nueva apariencia. Tenía un aire más *mundano*, como su hermano. «Como Bonnivet», comprendió. Eso significaba que había otras mujeres. Le constaba que así era, pero no sabía muy bien por qué.
Lástima: tampoco podía decirse que ella no supiera cómo se comportaban los reyes. Mientras él siguiera mostrándose ardiente con ella por las noches, no se quejaría.
«¡Estoy plenamente satisfecho! —insistía Enrique cuando ella lo presionaba—. Eres la más importante, porque eres la mujer idónea para mí. Y con tu apoyo sin duda recuperaré el resto de mi reino.»
Ella habría preferido que esa última frase no hubiera formado parte de la respuesta, pero no protestó. En todo caso, andaba muy ocupada con los asuntos de su hermano.
—Estoy cansada todo el día —no tardó en confiarle a Luisa.
—Es normal; te sentirás mejor en cuanto tu hija se instale en otra parte.
Eso no la sorprendió, pues era la norma. Aun así, Margarita había pensado que tal vez pudiera tener a su hija cerca de ella durante un tiempo.
—Tú nos tuviste siempre contigo —le recordó a su madre—, y te afligiste cuando el rey mandó llamar a Francisco.
—Mi hijo se marchó de Amboise para hacerse hombre en la corte, y me dejó muy sola. —Margarita había visto escrito ese mismo pensamiento hacía ya dieciséis años en el diario de su madre, lleno de detalles para los astrólogos. «Muy sola —volvió a pensar ahora—, pese a que yo estaba con ella.»

—Te traté con mano dura, así que daba igual; tú, en cambio, eres blanda, ¡quieres salvar a todo el mundo! Sin embargo, es en Francisco en quien debes pensar, y no ser egoísta.

Margarita esbozó una sonrisa de amargura.

—¿Egoísta por querer tener a la vista a mi propia hija? Quiero cuidar de ella.

Pero Luisa prosiguió:

—No puedes servirle si estás ocupada con la maternidad… Por no hablar de tus obligaciones para con el rey de Navarra. —Eso era una consideración secundaria donde las hubiera.

—¿No me dijiste una vez: «Un marido puede no significar nada en absoluto»?

—Y lo mantengo. Tu hermano va primero.

Margarita hizo una mueca.

—Seguro que puedo atender tanto a mi marido como a mi hermano. —¿Qué sabía su madre de placeres conyugales?—. En cuanto a mi hija, incluso si la crían otras, la mantendré en mis dominios, donde nadie pueda interferir.

La pequeña Juana pronto quedó al cuidado de Aymeé, para que la dama de confianza la criara en su propia finca de Longraye, en Normandía, a un día de viaje de la costa norte, y a unos cuantos días más del castillo de Margarita en Alençon. Al menos así Margarita podía ver a Juana en ocasiones especiales que reclamaban su presencia en el ducado. Su hija se encontraba, pues, en el norte de Francia, no en el reino de su marido, y ni siquiera en las zonas francesas meridionales en las que él era soberano. Pero aunque Juana se hallara en el reino de Francisco, esa era una parte de Francia que controlaba Margarita.

Durante todo el año del nacimiento de Juana, Francia había penetrado en Italia en su lucha contra el emperador, aunque Francisco permaneció en su propio territorio. Pero la enfermedad había causado estragos en las tropas francesas, y su jefe, Lautrec, murió de repente como consecuencia de ello. Posteriormente, los genoveses, hasta entonces sus partidarios, se habían pasado al bando del emperador, con el consiguiente desastre.

Los dos jóvenes príncipes languidecían aún como rehenes en España.

—Estoy en conversaciones —dijo Luisa a Margarita— con la regente Margarita de Austria, que hablará en nombre de su sobrino en cuanto a ese asunto. También el emperador quiere poner fin a esta cuestión… tiene ya problemas más que suficientes con los luteranos en sus tierras y no puede permitirse continuar con estas guerras. Veamos, a lo largo del próximo año, si nosotras, las mujeres, podemos encontrar una solución. ¡Tiene la ventaja añadida de que los hombres pueden salvaguardar su orgullo!

—Pero ¿él nunca renunciará a Borgoña…? —Margarita ya se había enfrentado a la fría determinación del emperador: no cejaría.

—Partamos del hecho de que no conseguirá Borgoña y trabajemos desde esa perspectiva. Mira, la regente Margarita y yo nos criamos en

la misma casa: sabemos cómo tratarnos. Y eso es más de lo que se puede decir de los hombres.

El dinero y la cuestión de la herejía también eran problemas en Francia: enfrentamientos, disensión, destrucción de imágenes. Francisco tenía que reafirmarse como muy cristiano rey. Los conservadores, observó Margarita, tenían excesiva influencia sobre su hermano. Montmorency, por supuesto, lo convenció de que reforma equivalía a «sedición», de que era un desafío a su autoridad real. El rey había organizado una gran procesión después del último ataque a la estatua de la Virgen…

Luisa había enviado un mensaje a Margarita: «Debes asistir a la procesión. De lo contrario, se rumoreará que apruebas ese punto de vista».

Pero Margarita no se encontraba bien: poco tiempo antes había descubierto que estaba encinta: «¡He dejado claro que no quiero la menor perturbación!», había contestado.

Ella anhelaba la reforma y el cambio; secretamente consideraba que en las palabras de Lutero había mucha verdad. Pero no deseaba ver violencia y subversión como consecuencia de la nueva fe.

Su marido planteaba las mismas dudas que su madre.

—Recordad lo que ocurrió con los campesinos alemanes hace menos de cinco años… Y ya veis cómo agraváis vos la situación: vuestro Berquin es un caso recalcitrante de subversión.

—¡Pero es también *vuestro* Berquin! —Margarita había llevado al excelente erudito, acosado año sí, año no por la Sorbona, a la casa de su marido para mayor seguridad.

—A mí no me metáis en eso. Se está cavando su propia tumba y caerá en ella. ¡No entiendo por qué no se calla o deja de lado ya la pluma!

—Porque es un hombre de principios. Distingue la diferencia entre verdad y error.

Margarita sabía que perdía el tiempo intentando persuadir a Enrique de Albret. Al principio, había tenido la impresión de que simpatizaba con la nueva religión, o al menos no se oponía activamente, pero, al igual que su hermano, toleraba la innovación solo cuando no interfería con el poder.

La pasión perduraba entre ella y Enrique, pero era cada vez más la pasión de las parejas que tienen disputas enconadas y luego las resuelven por medio de la carne. Era como si una parte de sí misma se hubiera escindido y observara desde fuera todo lo que ocurría entre ella y el rey de Navarra.

En una ocasión, cuando yacían en la cama, ya tarde, intercambiando anécdotas escandalosas, como hacía con su hermano en su juventud, le contó a Enrique —con nombres y lugares falsos, e incluso situando lo sucedido en un pasado lejano— una anécdota tejida a partir de lo que Bonnivet le había hecho mucho tiempo atrás. Revistió de una tenue capa de ficción lo que estuvo a punto de ser una violación en toda

regla. Tal vez pudiera desahogar su vergüenza oculta en los brazos de su legítimo marido, despertar su compasión. Relató todos los detalles principales: la malévola argucia de la trampilla; el hecho afortunado de que su antigua dama de compañía estuviera cerca para ahuyentar al agresor. Esperaba la indignación de su marido.

—¡Ja! —exclamó Enrique con desdén—. Un caballero así no es digno de comentario alguno. De haber sido un hombre de un mínimo valor, no habría permitido que una vieja se interpusiera en su camino.

Margarita se quedó helada.

—¿Qué sugerís que debería haber hecho?

—Debería haber echado a la vieja de un golpe y completado su tarea con la joven. Si hubiera tenido el menor sentido del honor o del coraje.

Ese era, pues, el hombre con quien se había casado: ese era el rey de Navarra, y ella era su reina. Ese era el hombre a quien permitía penetrarla, cada noche, como para compensar tantas noches de arrobo que en otro tiempo había deseado y no había conocido.

—No obstante, podríais escribir un relato gracioso a partir de eso —comentó Enrique—. En ese gran libro que tenéis pensado escribir y del que a menudo habláis.

—¿El gran libro que tengo pensado…?

—¡Vuestro Decamerón francés, claro! Si es que llegáis a poneros en ello alguna vez.

Margarita se dio la vuelta y fijó la mirada en la oscuridad.

—Sí, ciertamente tiene su interés. —No debería haber esperado empatía, delicadeza, comprensión: no más por el sufrimiento sexual que por la supuesta herejía.

Más adelante, esa primavera, su protegido Louis de Berquin fue arrestado de nuevo. Margarita envió una carta tras otra a su hermano, y apeló a todo aquel que pudiera interceder. No podía creer que su influencia en cuestiones religiosas no prevaleciera: en el pasado siempre había surtido efecto. Había salvado antes a ese mismo hombre. Contaba con Francisco.

—¡Berquin es un gran hombre! —le dijo a su marido.

—Ah, pero tu hermano le ha hecho el favor de designar personalmente a la mitad de los jueces —dijo Enrique—, y ahora el proceso debe seguir su curso.

—Pero…

—No hay peros que valgan. Como veis, señora, no tenéis tanta influencia sobre vuestro hermano como creéis.

Las autoridades de París decidieron el destino de Berquin. Despojado de todo honor, expresaría su arrepentimiento ante el pueblo y suplicaría misericordia por sus escritos, que se quemarían delante de él en la place de Grève. Luego lo llevarían a Notre Dame, donde le perforarían la lengua y le estamparían en la frente la flor de lis con un hierro candente. ¡Prisión a perpetuidad!

Se dijo que veinte mil personas se congregaron en París con la

esperanza de presenciar todo aquello. Pero se vieron privados de ese drama. Berquin apeló, y el tribunal actuó con premura, antes de que pudiera enterarse la Trinidad, por temor a una nueva interferencia real que lo impidiera. No se informó a Luisa en Blois, ni a Margarita, ni al rey, quienes tardarían días en enterarse de cuál había sido el desenlace inmediato de su protegido.

Berquin fue trasladado en una carreta hasta la place de Grève, donde ya habían instalado la leña y la estaca, y allí murió en la hoguera. La hermana del rey debía andarse con cuidado.

Habían llegado a Cambrai para reunirse con la regente Margarita y negociar la paz.

—No debes, de ninguna manera nimia ni sutil, politizar esto en nombre de Navarra —recordó Luisa a su hija cuando Enrique no las oía—. Haremos las concesiones que sean necesarias, pero no cederemos en cuanto a Borgoña.

Margarita se tragó su respuesta: «Como si eso fuera posible…».

—Ya sabéis dónde reside mi lealtad —se limitó a responder.

En efecto, era injusto que Francia no hubiera cumplido la promesa de ayudar a Enrique a recuperar todo su reino. Pero ahora debía asumir el hecho de que tenía que hacer malabarismos para atender los intereses de su hermano y los de su marido. Y no cabía duda de cuáles debían anteponerse, aunque en presencia de Enrique debía aparentar siempre que estaba de su lado.

Cuando Margarita se sentía culpable por ese engaño, se recordaba lo que él había dicho: que el violador frustrado tendría que haber «completado su tarea». Podía compartir el lecho con Enrique, podía incluso sentirse atraída por él carnalmente, cosa que no debía evitarse. Pero nunca, jamás, podrían compartir su ser interior, su espíritu.

Margarita y Luisa llegaron a Cambrai en verano, tras viajar en litera rodeadas por la guardia suiza. Las acompañaba un séquito formado por numerosos sirvientes, más las carretas cargadas con sus bienes, los adornos necesarios para reafirmar la gloria y el poder del rey de Francia, pese a que la negociadora sería su madre, junto con la tía del emperador.

Ya no quedaba elección: el ejército francés había sido aplastado una vez más en el norte de Italia, y el papa se había aliado con el emperador.

Muchos grandes señores se habían sumado también al contingente de Luisa, incluidos Suffolk por Inglaterra, Montmorency, que era el gran maestre desde hacía unos años, y otros hombres en representación de Francia, pero Francisco se mantuvo a distancia, en la localidad de Saint Quentin, para que las damas trataran el asunto entre ellas.

El resultado fue limpio y determinante. Francia podía conservar Borgoña, pero debía renunciar a todas sus pretensiones en Italia.

Francisco recuperaría a sus hijos varones, sanos y salvos, a cambio del pago de dos millones de escudos. Y, tras ser puestos sus hijos en libertad, se casaría con la hermana del emperador, Leonor de Austria. Debía devolver las posesiones del Borbón a sus herederos.

—Eso último es un tanto molesto —le dijo Luisa más tarde a Margarita—. Pero podemos dar largas.

Una vez cerrado el trato, se organizaron banquetes, bailes y entretenimientos teatrales, y se lanzaron monedas de oro y plata en las calles para estimular la respuesta jubilosa del pueblo, a fin de dorarle la píldora para cuando se iniciara el esfuerzo recaudatorio. Exposiciones, danzas, cantos, poesía: era necesario dar la impresión de que se había ganado, cuando sencillamente se había llegado a un acuerdo por medio de concesiones. Las damas habían mediado en representación de sus hombres…

Marot señaló el acontecimiento con un poema rebosante de alusiones clásicas. En contraste con las diosas de *El juicio de Paris*, que lucharon por la manzana dorada, estas damas habían puesto fin a la guerra.

> Aquí en la tierra vemos a tres deidades,
> no aquellas que después de las bacanales
> trajeron a nuestro mundo reñida guerra y discordia:
> estas tres, en cambio, mediante la paz y la concordia,
> se apartaron del dios Marte y sus crueldades…

A principios del año siguiente fueron a recoger a España a los dos príncipes, según lo acordado en la Paz de las Damas de Cambrai. Habían pasado cuatro años ausentes. Margarita no pudo asistir, porque estaba otra vez encinta; su madre no le permitió viajar a Bayona.

—¡Pero no puedo perderme la llegada de los niños! —Había ido en barco a Blois por el Loira a fin de reunirse con el grupo dispuesto a partir.

—¡Pon los pies en alto! ¡En mi vida he visto barriga más grande! —dijo Luisa sin ambages cuando Margarita llegó al palacio a principios de la primavera—. Las mujeres deben conocer sus limitaciones.

—¡Vos sois una mujer! —Margarita se echó a reír—. ¡Y nunca os habéis privado de nada por eso! Lo que decís es absurdo, y lo sabéis muy bien.

—Es tu obligación para con tu marido y el hijo que está por nacer. —Como si a Luisa le hubiera importado alguna vez su marido o los bebés.

Margarita la miró de soslayo, para tantearla.

—¡Los hijos de mi hermano son más importantes que los míos!

Luisa no se inmutó. Asintió, satisfecha, pero insistió: el viaje era demasiado peligroso.

Al final, débil y pesada, Margarita esperó en el castillo de Blois. De camino a Bayona, Francisco se detuvo para cazar en Blois, y el marido

de Margarita se presentó con la pequeña Juana en una de sus infrecuentes visitas. También Enrique viajaría al sur, sin Margarita. Tales momentos deberían haber sido muy valiosos, pero su delicada hija, de cabello claro y complexión frágil, era para ella como una desconocida. ¿Serían los príncipes como desconocidos para su padre después de tanto tiempo?

Tras marcharse el grupo, Margarita escribió una carta al gran maestre Montmorency, solo medio en broma, para asegurarse de que mantenía a Enrique de Albret alejado de las damas españolas. Le preocupaba también la posibilidad de que pensaran que Enrique iba allí con el objetivo de reconquistar la alta Navarra.

—*Ma soeur*, puedes supervisar mis reformas —le había dicho Francisco. Había encargado unas hermosas obras en el castillo que le conferirían un aspecto más elegante, inspirándose como siempre en los ideales italianos. Se sentía especialmente orgulloso de la escalera de caracol, y ahora había solicitado un diseño nuevo para los jardines—. En cuanto vean en qué he convertido Blois, nadie recordará a *ningún* rey que haya vivido allí antes que yo. —También se había gastado una fortuna en su palacio de Fontainebleau.

Sí, Blois era un lugar hermoso, limpio, bien ventilado y saludable para una mujer encinta. Margarita cuidó con agrado a algunos de los niños que también se habían quedado atrás. Pero resultaba frustrante estar excluida de los acontecimientos, no poder ayudar, y saber que apartarían de ella a su bebé, igual que a Juana.

Dividía su tiempo entre las actividades relacionadas con la Iglesia, todavía instando a la reforma, y la necesidad de atender los relatos que le llegaban o le transmitían sobre agravios cometidos contra mujeres: monjes, sacerdotes, oficiales. «Ocultan el demonio bajo sus hábitos», decía a sus damas.

¿Y qué decir de la historia que se había filtrado ese último año desde Inglaterra, por medio de los enviados de Enrique VIII? No solo quería apartar a su reina, ¡sino que además quería hacerlo por Ana Bolena! Enrique había enviado al hermano de Ana, Jorge, para tratar con los franceses sobre su *gran asunto*: querían el apoyo del rey de Francia.

Las *dames d'honneur* de Margarita negaron con la cabeza.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Margarita se encogió de hombros.

—¿Qué consecuencias tendrá eso en las relaciones con el papa? Por no hablar de cómo afectará al emperador, ya que es sobrino de la reina rechazada.

¿Qué papel había desempeñado la joven Ana en todo eso? Margarita la veía aún como la muchacha que había sido en los tiempos de la corte de damas de Claudia. Ana la había encandilado con la franqueza de sus brillantes ojos negros…

Ahora Margarita tenía mucho tiempo para abandonarse a los recuerdos, a las meditaciones. Dedicaba sus horas de soledad a escribir

una carta tras otra, y pronto empezó a trabajar en un ambicioso poema. Trataba de su impotencia para cambiar sin la gracia de Dios: la forma en que se veía dominada por sus muchos pecados, cómo se entrelazaban estos con su vida. Esos pecados eran como volutas de culpabilidad que la asfixiaban…

> Demasiado bien su raíz en mí percibo,
> sin embargo, en el exterior nada concibo
> que no sea rama o flor, hoja o fruta,
> y todo en torno a mí de esa raíz brota.
>
> Si creo que veré mejor en otra dirección,
> enseguida una rama obstruye mi visión;
> si de pronto abro la boca dispuesta a hablar,
> cae en ella una fruta amarga, imposible de tragar.
> Si mi espíritu despierta con la intención de oír,
> unas hojas en mis oídos se lo van a impedir…

Podía tardar mucho en escribirlo, en medio de sus numerosas obligaciones; quizá necesitaría medio año para acabarlo, tal como lo concebía. Pero ya tenía en mente un título, *El espejo del alma pecadora*, y las primeras estrofas. Y no sería solo el espejo de sus propios pecados y su arrepentimiento, sino una obra rebosante de las nuevas ideas sobre la fe.

Conocía a un buen impresor, uno que se había refugiado en su ducado de Alençon tras la horrenda ejecución de Berquin, a quien él había publicado. Estaría dispuesto a imprimir ese *Espejo*. Margarita consideraba que así podía llegar a más personas, muchas más de las que habían leído sus poemas distribuidos en copia manuscrita. No le convenía firmar con su propio nombre, por razones de seguridad.

Su bebé llegó en el precioso mes de julio, no mucho después de que Francisco, todavía ausente, se casara con Leonor. Lo llamaron Juan, de nuevo por el difunto padre de Enrique. Al principio, parecía que se desarrollaba bien, pero el día de Navidad, mientras la familia estaba reunida en el antiguo castillo de Margarita en Alençon, lo perdieron a causa de una enfermedad fulminante. No tenía aún seis meses.

De cara al mundo exterior, se mostró valiente. Cuando cerraba los ojos, solo podía ver al bebé. Sumida en una amarga aflicción, recordó lo que antes había dicho irónicamente: «Los hijos de mi hermano son más importantes que los míos».

Después de esta triste circunstancia, muchos comentaron que la reina de Navarra había cambiado y vestía siempre de negro. Se arrodillaba a rezar salmos en susurros, porque en esos momentos le costaba encontrar sus propias palabras.

> Sálvame, oh, Dios, porque las aguas me han llegado hasta el cuello.
> Me encuentro hundido en profundo pantano, y no hallo dónde poner

el pie. He caído en aguas abismales, y me cubre la corriente…

En verano del año siguiente, Margarita fue al palacio de Saint-Germain para cuidar de su madre, que ya tenía cincuenta y cinco años. Las reformas de hospitales y los asuntos religiosos habían tenido ocupada a Margarita —el mejor remedio para el dolor—, pero Luisa la necesitaba más. No era solo la gota; padecía problemas respiratorios. Le hacía falta un cambio de aires.

—Iremos a Fontainebleau —propuso Luisa—. Seguro que allí me recuperaré.

Sin embargo, a pesar de las vistosas ornamentaciones a cargo de pintores italianos contratados por el rey, el palacio de Fontainebleau se vio cercado por la misma peste que acababa de llegar a París; en otoño tuvieron que marcharse. La plaga afectaba a muchas poblaciones y regiones, y Francisco estaba en Chantilly con Montmorency.

Margarita escribió primero a Montmorency, pues temía comunicárselo directamente a su hermano, por si el mal aire de la peste se transmitía en sus cartas. Aun así, al agravarse el estado de Luisa, Margarita suplicó por fin a Francisco que fuera. Pero no fue posible.

—Entonces iremos nosotras a Romorantin en cuanto encontremos una ruta —dijo Margarita para consolarla—. Los médicos opinan que eso será menos peligroso. No podemos exponernos a la peste además de todo esto.

Habían llegado hasta Grèz, solo a tres leguas al sur, cuando se vieron obligadas a detenerse. Luisa tenía dolor de estómago y apenas podía caminar. Pero lo más preocupante era su forma de hablar, y su voz entrecortada: casi no podía respirar.

«Es inútil», decía, sin aclarar a qué se refería. O gemía y profería palabras soeces, adoptando un comportamiento impropio de ella. A veces hablaba con una amargura lúgubre, y de pronto se reavivaba y volvía a ser ella misma.

Margarita siguió escribiendo a Francisco. «Si estuvierais aquí, ¡si se pudiera conseguir que comiera algo! Nadie más podría convencerla.»

Pero Francisco no fue. También él tenía que mantenerse en marcha a causa de la peste. Viajar por Francia, una constante para el rey y la corte, se había convertido en un enigma a vida o muerte, como estar atrapado en un laberinto o en una prisión menguante.

En momentos de lucidez, cuando remitía la amargura, Luisa mostraba que entendía lo que le estaba ocurriendo. No era la peste: no podía serlo, porque Margarita permanecía a su lado día y noche y seguía bien de salud. No, era que todo llegaba a su fin.

Los lugareños habían visto un cometa en el cielo nocturno unos días antes, y Luisa creía saber lo que eso anunciaba.

—Tengo que confesarme —gritó desde su cama.

Margarita corrió a su lado.

—No es necesario, ¿no? Permitidme… Permitidme que os ayude a poneros más cómoda.

—Es inútil. Es inútil. Ya no puedes hacer nada más por mí. ¡Todo es fútil!

La propia Margarita se quedó sin aliento. Luisa era precisamente la única que no podía morir. Resultaba inconcebible.

—¡No debéis rendiros! —exclamó Margarita. El extraño giro en la actitud de su madre la alarmaba. Lamentaba todas las ocasiones en que había aconsejado resignación, aceptación de la voluntad de Dios —. Debéis luchar… Debéis aguantar, ¡pensad en Francisco!

Eso fue una mala sugerencia; Luisa empezó a jadear y ahogarse.

—Quiero que el sacerdote oficie misa en mi cámara.

Era incapaz de levantarse de la cama.

El sacerdote, siempre a mano, la bendijo y le llevó la hostia, pero Luisa no pudo tragarla.

—Tómala tú por mí —susurró a Margarita.

Administraron a Luisa la extremaunción y los clérigos le leyeron pasajes de las Sagradas Escrituras.

En medio de la lectura, elevó su débil voz.

—Ay, hijo mío, ¿*nunca* volveré a verte? —gimoteó—. ¿Cómo puedes fallarme precisamente ahora? ¡Hijo mío! Ni siquiera un beso de despedida… ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Margarita intentó apaciguarla, le acarició la cara y los hombros, pero no sirvió de nada.

Luisa apartó la cabeza como si hubiera decidido algo.

—Dios mío, tú has querido que fuera así por bien nuestro, porque ni él ni yo podríamos soportarlo. Nos amamos demasiado para eso. —Dicho esto, se serenó. Le dijo a Margarita—: Sería mejor que salieras de mi cámara. —La hija protestó, pero Luisa se mantuvo firme—. Os quiero tanto a ti y a tu hermano, que no podré concentrar la mente en Dios si estás aquí.

Esas fueron las últimas palabras que Margarita oyó decir a su madre. Pero cuando se volvió, vio a Luisa acercar los labios para besar el crucifijo, tal como había hecho el moribundo duque de Alençon, y, para su sorpresa, la vio tenderse de nuevo por fin con una sonrisa.

CLÉMENT MAROT
DE MI SEÑORA LA REGENTE, MADRE DEL REY

Aquella que tantos esfuerzos dedicó al reposo de muchos,
reposa ahora ella misma, ¿por qué, pues, tanto llanto escucho?
El descanso que ella os proporcionó ahora debéis respetar,
sin perturbar el suyo, pues este es el momento de acatar.

Mensajeros, un sinfín de ellos. Poemas en francés y en latín de muchos grandes hombres, loas, panegíricos de todos los países vecinos, de

amigos verdaderos y falsos. También misivas que enviar. Margarita flotaba, sin rumbo.

¡Las malas lenguas preguntaban dónde estaba el poema de la reina de Navarra!

«Está transida de dolor, como es natural», insistían sus amigos de la corte.

Si era el dolor, lo sobrellevó con sus propias fuerzas; Enrique no era la clase de hombre a quien una acudía en tales ocasiones.

Su hermano tenía a Leonor, que había sido coronada en la primavera que acababa de concluir, y a la que él eludía cuanto podía. Llevaba consigo a todas partes a su querida, Anne de Pisseleu d'Heilly, para el consuelo terrenal menor. Pero se apoyó sobre todo en Margarita en esa situación extrema.

—Quiero que madame tenga un funeral propio de las reinas de Francia —dijo Francisco—. No debe faltar nada. Era más que una duquesa; era la *Régente* y *Mater Regis*. Estaba por encima de todos y de todo. Así lo ordenamos.

Francisco no podía parar de hablar de ella. Acaso los reyes de Francia no asistieran a los funerales, pero él visitó a su madre, para presentarle sus respetos, allí donde yacía dentro del ataúd cerrado en la abadía de Saint-Maur. Sobre una cama cubierta de paño de oro y armiño, se exhibía la efigie de Luisa con su capa ducal y un cetro en la mano. Posteriormente, este se sustituiría por una rama de olivo, en alusión a su papel en la Paz de las Damas dos años atrás. A continuación, el cuerpo real de Luisa y su doble desfilarían en una procesión, acompañados por obispos y cardenales y príncipes, a través del corazón de París, primero hasta Notre Dame y luego hasta Saint-Denis.

De momento, sus dos formas yacían en la capilla ardiente. Un velo blanco cubría el rostro de cera de la efigie. Cuando el ayudante lo retiró, las facciones parecían tan reales que el rey se desvaneció y cayó al suelo. La larga cola púrpura de su capa se extendió en torno a él como una sombra.

Allí donde iba su hermano, Margarita lo acompañaba, con o sin Enrique de Albret. Francisco se lo exigía. Ella había asumido las funciones de su madre, y llenaba los huecos que no podían colmar la reina ni la querida.

Pero impuso un límite el siguiente otoño, el de 1532, cuando Enrique VIII acudió a reunirse con Francisco primero en Boulogne y luego en Calais, donde esperaba la pretendida novia del rey inglés, Ana Bolena, a quien ahora se había convertido en marquesa de Pembroke y concedido muchas ricas tierras en Inglaterra y Gales.

—¡Se propone elevarla por encima de la condición de simple doncella de honor que, como sabemos, era! —había dicho Francisco con una sonrisa unos meses antes al visitar a Margarita en su castillo

de Argentan. Lo acompañaba Montmorency, pero por las tardes paseaba a solas con su hermana, como tenía por costumbre en otro tiempo con su madre y la reina Claudia—. ¡Eso sí es un ascenso! Vaya con esas muchachas. Vaya con esa familia Bolena.

—Callad, mi señor y hermano. —Margarita temía las reminiscencias, por los rumores sobre él y María Bolena que habían corrido mucho tiempo atrás.

Francisco la malinterpretó.

—No tienes por qué preocuparte; estoy preparado para asumir esta situación. Pero resultará muy extraño que mi hermana no esté presente en una reunión crucial.

Ya en los últimos años, los franceses habían obtenido apoyo teológico para el caso de Enrique; ahora debían reforzar el apoyo de este a los franceses ante el emperador.

Francisco entrelazó un brazo con el suyo.

—Me acompañarán el gran maestre Montmorency y el almirante Chabot de Brion en un pequeño intercambio de honores para corroborar nuestro lazo. ¿Por qué no nos concedes tu presencia?

—¡Imposible! No es nada personal —le aseguró Margarita—, y, ciertamente, entiendo por qué conviene que les proporcionemos no poca ayuda. Pero, como vuestra reina Leonor *no puede* estar presente, siendo como es sobrina de la reina repudiada…

—Enrique no quiere verla. ¡Dice que detesta la forma de vestir de los españoles más que al diablo! Y *yo* desde luego no la echaré de menos —dijo Francisco con una sonrisa de hastío.

Margarita se volvió hacia él.

—¿Qué es, mi señor, lo que os molesta tanto con respecto a la reina Leonor? —Aún podía hacerle esa clase de preguntas sobre asuntos que él no podía tratar con nadie más, y menos ahora que Luisa ya no estaba.

—Es… No sé cómo decirlo. En pocas palabras, la encuentro demasiado ansiosa. Demasiado ardiente para mi gusto.

Margarita enarcó una ceja.

—¡Eso no parece propio de vos!

—Es algo que me disuade. Prefiero *la chasse*, como tú deberías saber. Y tengo ya herederos de sobra sin necesidad de incorporar la línea genealógica del emperador. No te preocupes, *ma mignonne*, no he perdido mi antiguo… brío. ¡Como tampoco nuestro hermano inglés, por lo que se ve!

—Esta situación es lo último que habría esperado de Inglaterra. Nuestra Ana era una jovencita seria y devota. ¡Pero a mí ya se me considera muy poco ortodoxa! No me explico cómo esperan que dé mi apoyo… Desde luego que no puedo ir a ver a *la petite* Bolena, marquesa o no. Esta vez tendréis que dejarme al margen.

Francisco suspiró.

—¿Ahora que sois reina de Navarra habéis olvidado cómo complacer a vuestro César? No te preocupes, lo digo en broma. Si de

verdad no puedes…

—Lo siento. *Sire*, ¿de verdad Enrique va a casarse con ella? ¿No sería bigamia?

Francisco se encogió de hombros, se rio y le dio un apretón.

—¡Quizá él cambie la definición!

Los hombres de Enrique estaban promulgando leyes para asegurarse de que, en Inglaterra, la Iglesia se sometía al rey; saltaba a la vista que él quería salirse con la suya.

—¿Y eso no implicará una ruptura total con Roma? —preguntó Margarita en un susurro. Aunque deploraba todo lo que tenía de indebido la forma de proceder de Roma, y aunque la gente insinuaba que ella era una hereje, la idea de separarse de la Iglesia católica le resultaba aterradora y de una gran trascendencia, ¡y más por un motivo como ese!

—No hace falta que digas nada más —dijo Francisco para consolarla —. Mira, pienso que el papa, en cuanto tenga ante sí ese matrimonio como un hecho consumado, hará lo que sea necesario. Puede que no le quede más remedio. Como diría *notre chère madame* de santo recuerdo, podemos sacar provecho de esto. Necesitamos de nuestro lado toda la flexibilidad posible, incluida la de Inglaterra, si no queremos que Italia quede eternamente fuera de nuestro alcance.

En algún momento entre la reunión con Francisco en Calais y principios del año siguiente, Enrique se casó con Ana Bolena, resuelto a convertirla en reina de Inglaterra, en el lugar de Catalina.

Fue también a comienzos de 1533 cuando Margarita decidió reimprimir su largo poema *El espejo del alma pecadora*, esa vez no solo para su propio ducado de Alençon, sino para publicarlo también en París. A pesar de las aflicciones, que habían operado un cambio en ella, sabía que debía volver a la acción. Había llegado el momento de perseverar en la reforma de la Iglesia de Francia. La poesía podía ser su instrumento para promover el cambio.

No deseaba llegar tan lejos como Inglaterra, pero la situación que se había producido allí bien podía servir de apoyo, como también la liga formada en los últimos dos años entre los príncipes luteranos para resistirse al emperador. Su hermano tenía tratos útiles con ellos por razones políticas, pero ¿no podía eso favorecer también el proyecto religioso? Estaba presionando a Francisco al respecto con gran insistencia. Muchos de los hombres a quienes ella ascendía en el seno de la Iglesia eran de mentalidad afín, y, gracias a las imprentas, podían compartir esa mentalidad. El poder de la verdadera palabra de Dios iba en aumento. Y —un pensamiento culpable— su madre ya no estaba allí para andarse con ambigüedades. Y tampoco para oponerse. Si Margarita podía guiar a su hermano, ¿qué impediría que la nueva comprensión de la fe prendiera vivamente en el reino de Francia?

Pero ahora Francisco no estaba con ella. Había pasado el invierno en el Louvre, su principal palacio parisino, y asistido a los festejos y banquetes que precedían la Cuaresma, y posteriormente se había

trasladado a Picardía. Sin embargo, Margarita y su marido permanecían en la ciudad, donde ella tenía grandes planes para fomentar el amor a Dios, una reforma abierta de miras.

—Ha llegado el momento de que Roussel se ocupe de esto —le dijo a Enrique mientras se disponían a entrar a oír su sermón. Gérard Roussel era el predicador y guía personal de Margarita.

—Bueno, es posible que haya llegado el momento, pero ¿está preparada la gente? —preguntó Enrique a la vez que echaba un vistazo alrededor, rígido y no muy convencido, al entrar junto a ella en el gran salón, que haría las veces de capilla improvisada en el Louvre. Estaba atestado de nobles y dignatarios, pero había también muchos desconocidos de todos los rangos—. ¡No os extrañe si algunos de los presentes son espías de la Facultad! Puede que las cosas no vayan tan sobre ruedas como creéis.

La Facultad de Teología no toleraría la presencia del predicador de Margarita en las iglesias normales. Allí, dentro del palacio, ella podía hacer su voluntad.

—Solo tenéis que mostraros abierto y confiado —le dijo a Enrique al oído—. Cuando la gente nos vea aquí como rey y reina, se sentirá más motivada, se mostrará receptiva. —Saludó con la cabeza y sonrió a la muchedumbre que llenaba el salón.

Enrique se encogió de hombros.

—Atenderán a su propio rey —comentó sombríamente, y se quedó en silencio.

Pero Margarita también estaba pensando en su marido. Cuando Enrique viera cómo enardecía Roussel a quienes lo oían en París, ¿las palabras de este no despertarían también su corazón más que las devociones que realizaban ambos en privado? Al amar a Dios, ¿no acabaría amándola también a ella con más exclusividad y se dejaría de coqueteos con otras mujeres con las que no existía ni amago de amor? Solo la gracia de Dios podía reparar eso. Margarita seguía convencida: el amor a Dios no podía separarse del amor entre humanos, y esa idea se canalizaría a través de los sermones de Roussel.

Ya en el pasado había instalado con frecuencia a predicadores afines en sus propios dominios: en el ducado de Alençon, por supuesto, y en Berry, el ducado que su hermano le había concedido. La nueva teología florecía en la universidad de allí, en Bourges. Pero París era otra cuestión.

—Sin embargo, en París hay grandes mentes, tanto dentro como fuera de la Facultad —dijo Margarita cuando tomaron asiento en el salón. No todos eran tan estrechos de miras ni tan retrógrados como el horrendo Noël Béda, que había intentado acallar al gran Erasmo durante años y parecía ver herejes en todas partes.

Béda era solo el más estridente, el más avasallador: sus rígidas posturas eran agresivas. Él y los de su calaña aborrecían la idea de que el vulgo pensara por su cuenta, y más aún en lo que se refería a las Sagradas Escrituras. Pero ese era un tiempo apasionante, un momento

histórico lleno de avances en el mundo de la erudición. ¿Por qué la gente temía destapar la verdad? Su hermano y su marido —ambos, hombres inteligentes y cultos— necesitaban tan solo un pequeño empujón…

Después del sermón, no pudo evitar repasarlo todo con Enrique.

—Ha sido impresionante —reconoció él—. Vaya concurrencia.

—Bueno, ¿cómo no iba a disfrutar la gente oyendo los textos de las Sagradas Escrituras y las explicaciones en su propia lengua en lugar del monótono latín, que no significa nada para ellos?

Margarita se aseguró de que Roussel volviera a hablar cada semana, y en cada ocasión tuvieron que buscar un salón más amplio o abrir las puertas a los pasillos por el gran número de asistentes: cuatro mil, cinco mil cada vez.

Del libro de Margarita, *El espejo*, se vendieron numerosos ejemplares, y salieron a la luz nuevas ediciones. El impresor Augereau era un hombre de fe. El nuevo volumen también incluyó un texto de Marot, junto con un poema de él: el salmo 6 rimado en francés. Ya casado y tras publicar su primera colección impresa de poemas, un gran éxito, Marot era firme partidario de la reforma, demasiado partidario, según algunos, pero perfecto para Margarita. El salmo-poema de Marot encajaría perfectamente en su propio libro; todo ello constituía una audaz declaración.

Esa vez sí constaba el nombre de la autora en el libro. Ya no se avergonzaría de sus convicciones religiosas. No era necesario ser luterano o de otra corriente cismática para creer que uno se salvaba por medio de la fe: ¡eso era patrimonio de todos los creyentes!

—El caos, un caos absoluto —le dijo Enrique al leer la noticia que acababa de entregarle un mensajero—. No solo están atacando a Roussel y a los demás predicadores, ¡sino que ahora me acusan a *mí* de herejía! Esto está yendo demasiado lejos —le espetó a Margarita, pálido de ira, como si ella tuviera la culpa. Ahora la situación ya no le parecía tan impresionante.

—¿Y qué se supone que habéis hecho vos? —Margarita le arrebató el despacho de las manos. El regente del Colegio de Navarra, parte de la universidad de París aunque debía su nombre a los antepasados de Enrique, lo señalaba a él específicamente.

Pronto llegó a su puerta otro mensajero, esta vez con obras de teatro y sátiras representadas en París en las que se ridiculizaba a los reyes de Navarra por sus tendencias luteranas.

—Bastante grave es que el caos reine en la ciudad desde hace semanas con esa absurda guerra de carteles y facciones —se lamentó Enrique—. ¡Con sus estúpidas listas de errores y sus incendiarios sermones contra Roussel! El necio de Béda, de aquí para allá a lomos de su mula, con la intención de sublevar a la gente. ¡Pero insultarnos a nosotros personalmente! —Tras despedir al mensajero, señaló con gesto amenazador a Margarita—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Margarita se desplomó en una silla y cerró los ojos.

—Escribiré al rey para pedirle ayuda.

—Os referís al rey de Francia —dijo Enrique, y salió moviendo la cabeza con un gesto de negación.

Francisco intentó contentar a las dos partes. Roussel fue arrestado y confinado en la residencia de Margarita, y el rey permitiría que el juicio contra él siguiera adelante. Pero Béda fue expulsado de París, por el momento. No era una cuestión de religión, insistió el rey, sino de mantener la paz. Los dos bandos habían contribuido con sus carteles y había disturbios por todas las calles de la ciudad…

—Ya *sabía* que actuaría —le dijo Margarita a su marido ya entrada la noche, juntos en el gran y suntuoso lecho donde acababan de yacer. Al menos ese apartado de su vida en común no se había alterado, al margen de que Enrique yaciera en otros lechos—. Sabía que esto se resolvería.

—No es que sea la solución ideal.

—Cierto, pero, como es lógico, Francisco debe mostrarse imparcial ante la opinión pública. Defenderé a Roussel y presionaré en su favor, ya lo veréis. Llevo mucho tiempo gestionando esta clase de situaciones.

Enrique adelantó el labio inferior y entornó los ojos.

—Dais por supuesto que Francisco siempre os apoyará, pero hay límites. Pese a que sois mi esposa y reina consorte de Navarra, él nunca ha dado ningún paso para recuperar el resto de mi reino.

—Eso ya llegará —mintió Margarita a medias. Tal vez llegara, si le convenía a Francia—. Tenéis que comprender la profundidad de nuestra relación, la de mi hermano y mía. Es totalmente sólida, porque los tres fuimos siempre...

—Ahora sois *dos*. Puede que él se aviniera a la voluntad de vuestra madre, pero no siempre se someterá a la *vuestra*; y, además, ¡ya veis lo que ocurre en su ausencia! Para ser una mujer tan docta como vos —le recorrió el cuello hasta la mejilla con un dedo— y que aprende tan *deprisa*, a veces sois muy ingenua.

«Lo que ocurre en su ausencia…» No tardarían en suceder desastres que pondrían eso a prueba. Se había producido un sacrilegio en el propio ducado de Margarita; aún se estremecía al recordarlo. Dos hombres habían robado las esculturas de Nuestra Señora y santa Claudia y las habían colgado del canalón de una casa. La culpaban a ella de eso, como sabía, pero no era su intención causar una escisión en la Iglesia. Había dejado bien clara cuál era su posición, sobre todo ante su hermano.

«En cuanto a esa perturbación en Alençon —reflexionó—, le diré que ya nos ocuparemos de eso en los tribunales de allí.»

Cuando tuvo lugar la siguiente atrocidad, Francisco seguía ausente, y en esta ocasión Enrique de Albret lo acompañaba; se hallaban en el sur de Francia para asistir a una importante reunión con el papa, relacionada en parte con la nueva situación de Enrique de Inglaterra.

Ese verano Enrique había coronado a la reina Ana, ya encinta.

Margarita había transmitido cortésmente su enhorabuena a Inglaterra; no podía hacer otra cosa, y tal vez en todo aquello Francia tuviera algo que ganar. Durante su estancia en el sur, Francisco haría lo posible por defender la causa inglesa ante el papa, que amenazaba con excomulgar a Enrique si no restituía a su reina anterior…

Aun así, Margarita no había ido al sur con su hermano y su marido. Otra vez embarazada, y con su hija pequeña Juana de visita, se había quedado en París con la esposa y los hijos de Montmorency. No confiaba ya en él, enemigo de los reformistas, pero necesitaba su buena voluntad para que se tratara justamente a Roussel.

Y ahora más problemas: esta vez el conflicto no surgía de los «luteranos» que odiaban las imágenes, sino de la Facultad de Teología. ¡Habían incluido el *Espejo* de Margarita en su lista de libros heréticos!

Los miembros del Colegio de Navarra celebraron una reunión.

«Habría que meter a la reina de Navarra en un saco y tirarla al río», había comentado un monje, según se dijo.

Volvieron las sátiras. En verano, se habían improvisado representaciones teatrales contra Margarita en las calles y se habían pegado por toda la ciudad carteles con retratos groseros de ella. Pero en otoño se puso en escena una obra en el mismo colegio, con Margarita y Gérard Roussel, a quienes se insultaba, como protagonistas.

Lo único que podía hacer era apelar a su hermano, pero este seguía aún en el sur. En verano, Francisco había recibido a una embajada otomana, incluido el gran Barbarroja, que era gobernador de Argel y vasallo de Suleimán, sultán de sultanes. Por más que Francisco fuera el muy cristiano rey, no se detenía ante nada para conseguir aliados contra el emperador.

En otoño estaba en Marsella, presidiendo la boda de su segundo hijo, el duque de Orleans, con la sobrina del papa, Catalina de Médici, duquesa de Urbino, ambos novios de catorce años de edad. Se había cumplido la predicción de Francisco sobre la utilidad de la huérfana, medio francesa y medio Médici. Ese acuerdo había exigido grandes esfuerzos; vincularía a la familia de Francisco con la del papa.

No obstante, no tardó en recibir noticia de Margarita sobre los sucesos de París, y arremetió contra los agresores con rotundidad. Los arqueros de la guardia fueron al Colegio de Navarra a realizar arrestos, pero no se pudo identificar al autor de la obra, así que prendieron a los actores. En cuanto a la Facultad, el rey asustó a sus miembros con una carta oficial. El rector se retractó; las facultades de Letras y Medicina se pusieron del lado de Margarita y Teología, al fin, tuvo que disculparse.

«No nos referíamos a la hermana del rey.»

«Solo examinamos el libro porque al principio se publicó de forma anónima.»

«Fue únicamente porque no aprobamos las traducciones de las Sagradas Escrituras.»

(¡El salmo de Marot había dado en el blanco!)
«Fue, simplemente, porque faltaba el permiso de publicación.»
«¡En realidad, íbamos tras el libro de Rabelais, ese *Pantagruel*!
«Nosotros, los cincuenta y ocho teólogos abajo firmantes, reconocemos que nunca hemos leído ese libro de la reina de Navarra.»

Vergüenza pasen esos hombres
y suprimidos sean sus nombres,
todos enemigos míos.

Marot lo dejó claro: Dios estaba de su lado. Margarita encargó a Augereau otra reimpresión de su *Espejo*, que no recortó, sino que amplió con nuevo material que deseaba añadir.

«Dios me ha situado en el lugar que me corresponde, hermana de un rey y reina consorte —dijo a sus amigos radicales—. Si los hombres religiosos y doctos de Francia no pueden proteger a sus fieles, *yo* sí puedo.»

Esos amigos incluían al joven Juan Calvino, antes estudiante de Derecho en la Universidad de Bourges, que había huido de París rumbo a Angulema y después al castillo de Margarita en Nérac, para refugiarse de las autoridades francesas. Por aquel entonces también vivía allí Lefèvre; ella lo había trasladado desde Blois. Utilizó toda la influencia a su alcance. Todos ellos eran hombres de gran visión, aunque, de momento, incomprendidos.

Hacia el final del invierno, en los inicios de 1534, su hermano regresó a París, y la Facultad volvió a las andadas. Enviaron a un representante al Louvre para rogar a Francisco que «defendiera la fe cristiana» en el reino. Margarita no asistió a la reunión, pero desde sus aposentos cercanos oyó a su hermano salir airadamente de la cámara y llamar a Montmorency.

—Sabía que esto traería complicaciones —le dijo a su marido, quien apoyó una mano en su brazo.

—Quedaos al margen —susurró él.

Ella negó con la cabeza.

—Montmorency es parte del problema, lo vea o no mi hermano, y debo hacer frente a esta situación sin tratar de esconderme.

A continuación, salió corriendo en busca de su hermano, que departía con el gran maestre. Los dos se volvieron a mirarla, boquiabiertos, como si les faltaran las palabras.

Francisco se dirigió hacia ella y la rodeó con un brazo.

—Mi hermana nunca hará nada contra mis intereses —dijo, y después de casi estrujarla con su abrazo, se alejó a zancadas.

Cuando el rey se hubo marchado, Montmorency no ocultó su desprecio, ni siquiera en presencia de los cortesanos y un diplomático que observaba atónito la escena. Pese a haber mantenido una estrecha relación desde la infancia, el gran maestre envidiaba a Margarita; esa situación se venía gestando desde hacía mucho tiempo, hasta que ella

misma no pudo ya negarla. Al igual que Bonnivet, al igual que el Borbón, Montmorency era un hombre ávido y aspiraba a la máxima cercanía de la persona de mayor poder, y ella siempre se interponía.

—Una vez más, un hombre ha ido a la prisión por vos —dijo él entre dientes.

—¿Qué se supone que he hecho yo?

—La Facultad sostiene, y no sin fundamento, que promovéis y apoyáis a los herejes.

Margarita dejó escapar una risotada sarcástica.

—No necesito defenderme de semejante disparate. El propio papa…

—Todos sabemos que contáis con el favor del papa —repuso Montmorency con desdén. De nuevo manifestaba su envidia, como católico practicante tradicional que era. El papa había consultado a menudo a Margarita por carta; incluso la había eximido del ayuno por su embarazo y le había escrito para elogiar su fortaleza espiritual.

Margarita no iba a comportarse como si tuviera que disculparse por algo.

—Al igual que mi hermano el rey, haríais bien en recordarlo. No lo olvidéis, mi señor, gran maestre: puede que seáis su servidor, ¡pero yo soy su *hermana*!

Montmorency palideció; le temblaron las manos.

Adoptando un gesto que a menudo empleaba su madre, Margarita se recogió ligeramente la falda como si el mismo suelo que él pisaba estuviera manchado y se marchó en busca de su hermano.

> Tras regresar a nuestras naves, vino su capitán, vestido con una vieja piel de oso negro, en una barca con tres de sus hijos y su hermano, que se acercó a la cubierta, como de costumbre, y pronunció un gran discurso, enseñándonos el crucifijo mencionado y haciendo la señal de la cruz con dos dedos, y luego abarcó con un gesto toda la tierra que nos rodeaba, como dando a entender que toda esa tierra era suya y que no debíamos plantar el crucifijo mencionado sin su permiso.
>
> JACQUES CARTIER, informando sobre su viaje
> al otro lado del océano al servicio del rey Francisco

Margarita tenía que haber sabido que, para Francisco, el crucifijo era un símbolo de la conquista, y que enviaba a sus hombres, como ahora hacía, a reclamar tierras para Francia en el Nuevo Mundo. Era un símbolo de codicia y ganancias, mientras que para ella todo eso representaba una pérdida.

Al perder a su bebé —¡otro niño perdido!— debería haber sabido que estaba cambiando su suerte.

Debería haberlo sabido cuando su hermano, ese verano de 1534, después de ordenar la creación de dos comisiones para investigar el

sacrilegio en su ducado, impuso su autoridad a los tribunales de Alençon y no se detuvo ahí. «¿Qué se propone?» Margarita intentó disuadirlo, pero él se mantuvo firme: los hombres de Alençon debían ser castigados por la destrucción de esas esculturas: azotados y ejecutados. Margarita supuso quién había convencido a Francisco de eso. El envidioso Montmorency reafirmaba su primacía… ¿Por qué le hacía caso el rey?

Margarita seguía en el norte de Francia en otoño, una estación fría que trajo nuevas conmociones cuando parecía que las cosas ya no podían empeorar para los fieles de Dios. Cuando regresaba de rezar después de una misa temprana, se le acercaron varios mensajeros con pésimas noticias, todos a la vez.

Poco después llegó un ejemplar roto del abominable cartel que había aparecido durante la noche por toda Francia, en París y en otras muchas ciudades, como también en la puerta de la cámara de su hermano mientras él dormía en el castillo de Amboise.

True articles upon the horrible, great & intolerable abuses of the papal Mass: invented directly against the holy Supper of Jesus Christ.

I invoke heaven and earth as witness to the truth against this pompous and proud papal Mass, by which the world (unless God soon remedies it) will be totally destroyed, ruined, lost and wrecked …

> Verdaderos artículos sobre los horribles, grandes e intolerables abusos de la Misa Papal: inventados directamente contra la Santa Cena de Jesucristo.
>
> Invoco a los cielos y a la tierra como testigos de la verdad contra esta pomposa y soberbia Misa Papal, por la cual el mundo (a menos que Dios pronto lo remedie) quedará totalmente destruido, arruinado, perdido y aniquilado…

Los artículos abarcaban toda una hoja, una lista de cuestionamientos del Sacramento de la Comunión: primero, segundo, tercero, cuarto…

—¿Qué hacéis? —Enrique se hallaba en el umbral de la puerta de la cámara de Margarita, donde esta recogía apresuradamente sus cosas y se preparaba para marcharse.

—Debo hablar con mi hermano, en persona.

Enrique apoyó una mano en su brazo.

—Es demasiado tarde para eso. Ya habéis hecho más que suficiente, como todos han visto. Ha llegado el momento de que os mordáis la lengua.

Ella se zafó y siguió reuniendo sus pertenencias.

—No lo entendéis: las cosas empeorarán… Debo intervenir.

—No lo permitiré.

—¡Vos no lo permitiréis! Señor y esposo mío, creo que estamos más allá de eso.

—Tengo instrucciones del rey. —Agitó una carta ante Margarita, y ella se quedó paralizada—. El Parlamento ya ha iniciado las represalias, ¡sin esperarlo a él! Vuestro hermano se hará cargo del asunto, como corresponde al muy cristiano rey.

Margarita le arrebató la carta. Debían viajar inmediatamente a sus tierras en el sur y mantenerse alejados de la corte de Francisco… ¡y no volver! Enrique debía ocuparse de sus obligaciones como gobernador de Guyena, y podían proceder a recorrer Navarra y sus otros dominios por orden del rey francés.

Margarita no reconoció a su hermano en esa carta.

—Todo esto es un error —dijo con la boca seca—. Este cartel no puede ser obra de los fieles: ¡es un ardid de los conservadores! Para *aparentar* que nuestra gente… Debo hacérselo entender a Francisco.

—A mí me suena todo muy luterano. Estoy seguro de que él ya lo entiende. ¡Sencillamente se insulta a la Iglesia, a nuestro Señor, y al mismísimo rey de Francia! Ahora él ve que hay traidores en su misma corte, de lo contrario, ¿cómo han podido colgar el cartel en la puerta de su cámara?

—Ese caso ha sido obra de un rebelde extremista —insistió Margarita—, y no de una de las personas que yo he protegido. ¿Por qué me aparta a *mí*? ¡Entre los nuestros nadie se manifestaría así contra la Misa! Ni siquiera Lutero…

—No hablemos más de Lutero. Vuestro hermano quiere que os marchéis. Partiremos hacia nuestras casas del Bearne y Navarra hoy mismo, señora, y no se hable más. Dejad que vuestro hermano gobierne su reino como debe y aceptad vuestro lugar junto a mí como mi reina. Hoy trazamos la línea.

Barthélemy Mollon, hijo de zapatero, paralítico, quemado vivo en el cementerio de Saint Jean.

Jean Du Bourg, rico pañero en el Signo del Caballo Negro, mano cortada por la muñeca y su persona quemada viva en la Fuente de los Inocentes, por negarse a dar los nombres de sus cómplices.

Impresor de la calle Saint-Jacques que había impreso y vendido libros de Lutero, quemado vivo en la place Maubert.

Albañil, quemado vivo delante de la iglesia de Santa Catalina.

Librero que encuadernaba y vendía libros de Lutero, quemado vivo en la antedicha place Maubert.

Vainero de la calle Vannier y un sastre de las inmediaciones de Saint Avoye, luteranos ambos, condenados a la confiscación de sus bienes y después a ser quemados vivos, pero retenidos en el tribunal porque estaban dispuestos a dar los nombres de otros.

Aprendiz de escribiente y sirviente de monsieur de Carriez, bienes confiscados, quemado vivo ante el Temple.

Aprendiz de iluminador, quemado vivo en la plaza junto al puente de Saint Michel.

Aprendiz de sombrerero, azotado desnudo y desterrado, y su hermano, también luterano, huyó al monte.

Durante tres días, al son de las trompetas, en los cruces de parís, se enumeraron los nombres de setenta y tres luteranos que habían huido y a quienes se ordenó comparecer en persona, y en caso de incumplimiento, se los desterraría de Francia, se les confiscarían los bienes y se los condenaría a ser quemados vivos.

Entre ellos: Caroli, sacerdote de Alençon, Christophe Hérault, maese Girard, el médico, y maese Clément Marot…

En cuanto Margarita recibió noticia de dónde se hallaba Marot —ya camino del sur—, envió a unos hombres a que lo llevaran a su castillo de Nérac, donde estaría a salvo y nadie podría acceder a él.

—No estéis tan segura —dijo Enrique.

5

En el que Josse aprende aa escribir, y cómo los llevan al Bearne

Cuando la pestilencia provocó el cierre provisional de la imprenta de los Arnould, algunos trabajadores regresaron a casa con sus familias, bien en París o bien en el campo; yo no tenía a nadie. Como otros, viví durante una temporada en los campos fuera de las murallas, y después, cuando ya hacía un tiempo que había remitido la plaga, volví a las calles de París.

Al principio, no estuve sola, ya que había otro aprendiz y un oficial sin morada propia que antes dormían en el taller de los Arnould y ahora iban a la deriva. Cuidábamos unos de otros, buscábamos trabajos ocasionales, alimentos rebuscados en la basura y cobijo entre las sombras. Permanecíamos atentos por si surgía alguna imprenta donde abundara el trabajo, sin competir entre nosotros, sino en auténtica fraternidad.

Al no aparecer dicha imprenta, el otro aprendiz se unió a una banda de vagabundos, se convirtió en ladrón y se despidió de nosotros. Ahora éramos dos.

Barthélemy, el oficial, de cuarenta años y viudo, se sintió profundamente tentado de irse con él.

—De todos modos, somos vagabundos —me dijo una noche fría mientras lamentábamos nuestra suerte y hablábamos de nuestros planes para el día siguiente—. Si continuamos así, ¡nos echarán y apalearán! Al menos sacaríamos algo de nuestros padecimientos. ¿Qué elección nos queda?

—Siempre hay elección —contesté. Visitaba a diario las librerías y pedía noticias; no estaba dispuesta a rendirme después de todo lo que me había supuesto llegar hasta allí. Siempre llevaba encima, como recordatorio, la pequeña fuente de imprenta que había encontrado entre los escombros del taller de mi padre, la letra latina **I**—. ¡Y tú, que estás más avanzado en el oficio, tienes aún más oportunidades que yo! Mañana probaremos en El Signo del Caballo Alazán, vengas o no conmigo.

—Allí ya has preguntado —dijo Barthélemy con hastío.

—Pues preguntaré otra vez.

Pensaba que el nombre de ese establecimiento era un buen augurio, dado mi encuentro mucho tiempo antes con el caballo mágico Bayard. Y si así fue, que lo juzgue quien lee estas páginas, ya que si bien ese establecimiento no accedió a ayudar con trabajo, cuando cruzaba de nuevo el umbral de la puerta para reunirme con el oficial que me esperaba fuera, oí una voz que me llamaba por mi nombre.

Miré alrededor, y allí estaba Marin, el *correcteur*, cargado de libros.

—¡Y también Barthélemy! ¿Y los dos sanos y bien? No sabía qué había sido de vosotros desde la última vez, hace más de un año.

—Ni nosotros sabíamos de vos —dije yo, y le contamos todo lo que nos había acontecido desde que los Arnould abandonaron París.

Marin se empeñó acto seguido: debíamos instalarnos en su morada y dejar de vivir a la intemperie. Estaba seguro de que podía encontrarnos trabajo de nuestro oficio, porque él hacía correcciones para más de una imprenta.

—Pero no tenemos con qué pagar nuestro sustento —dije, y miré a Barthélemy.

Él se encogió de hombros e hizo un mohín.

—Será mejor que la indigencia —susurró.

Marin insistió.

—Vosotros haríais lo mismo por mí. Los que nos ganamos el pan con nuestro trabajo debemos mantenernos unidos. ¡Ojalá los del gremio de la imprenta tomáramos plena conciencia de eso! Entonces todos estaríamos protegidos.

Barthélemy suspiró.

—Qué joven sois, maese Marin, pues todavía mantenéis semejantes ideales.

—Conservaré las mismas opiniones cuando envejezca, si Dios quiere —contestó Marin. Apoyó la mano en mi hombro y añadió—: Y albergo la esperanza de que se imponga la fraternidad en quienes vengan detrás.

Me aparté para eludir su contacto.

—No soy tan niño. ¡Tengo diecisiete años!

Pese a que era solo unos años mayor que yo, se echó a reír, y el oficial se rio también.

Marin habitaba en una morada limpia y cálida, pero exigua, y yo, por razones obvias, no deseaba compartir cama. En un espacio reducido sería mucho más difícil mantener mi identidad de Josse en lugar de Jehane; no podía olvidar cómo me había descubierto Narcisse, aunque desde aquella primera vez yo apenas había notado mis reglas, que eran escasas.

—Debemos quedarnos solo por un tiempo —dije, incómoda, a Barthélemy—. Y debemos encontrar la manera de compensárselo. —No me gustaba la dependencia: recibir la ayuda de alguien que no me debía nada.

—¡Habla por ti! Puede que por el momento dependamos de él, pero eso es un peldaño por encima de la vida de un ladrón común, que es

como podríamos haber acabado si él no hubiera aparecido. ¡Desde luego yo iba camino de eso!

Pero yo padecía por cada cucharada de la sopa de Marin, y cada vez que apoyaba la cabeza en el saco blando donde dormía unas pocas horas en un rincón de su vivienda; Barthélemy ocupaba el otro. Marin dormía arriba, en una habitación pequeña bajo el tejado. Pese al escaso mobiliario, en una mesa de su habitación tenía unos cuantos libros, algunos recién impresos y otros obra de un escribano. Otros los guardaba en un cofre bajo llave, pues alcancé a verlos alguna que otra vez cuando sacaba alguno o lo devolvía a su lugar.

Siempre que intentaba compadecerme ante Marin por lo que me parecía un abandono desconsiderado por parte de su padre, el obispo descarriado, me decía: «¡Ah, pero me considero incomparablemente rico por tener estos libros!».

Eso yo lo entendía, pero no era justo que nos mantuviera cuando a él no lo mantenía nadie más que su propio trabajo, por más que fuera un trabajo intelectual.

—Tiene que haber alguna tarea en la que pueda ayudaros —dije una noche mientras cenábamos.

Marin se detuvo a pensar por un momento.

—Si es porque todavía te sientes en deuda, no hay necesidad. Pero si es por el deseo de estar ocupado, de aprender y trabajar por el simple hecho de trabajar, ciertamente, sí, podrías ayudarme. Necesito copiar unos textos…

Bajé la vista al suelo.

—No sé escribir —dije.

—Pero sabes leer.

—Sí.

—¿No te gustaría, pues, aprender a escribir? ¿Cómo te las arreglarás si no sabes?

Me eché a reír.

—No hablo en broma —dijo Marin—. Tengo aquí material para enseñarte. He dado clases de escritura a niños y los resultados han sido buenos.

Barthélemy tosió en el otro extremo de la mesa.

—Josse no puede pagaros ni siquiera el pan, ¡mucho menos por unas clases de escritura! Yo aprendí por mi cuenta, y lo hago bastante bien, ¿y cómo es que le dieron empleo si no es capaz de formar las letras?

Me ruboricé, pero Marin no vaciló.

—Vos también podríais enseñar lo que sabéis, Barthélemy.

El hombre se encogió de hombros.

Marin prosiguió.

—Josse, serás de gran ayuda cuando aprendas, ya sea para mí si te sientes obligado, o en algún puesto que encuentres en una imprenta. Escribir siempre es necesario. Ya tienes hecha la mitad del trabajo, porque conoces las letras. ¡Aunque tendremos que encajarlo entre mi trabajo en el Caballo Alazán y la composición de mis propias obras!

—¿Vuestras propias obras? —Barthélemy se reía ahora entre dientes —. ¡Dios nos asista, pero si vivimos en una casa literaria! Demasiado elevado para personas como yo. ¿Son vuestras memorias?

Marin siempre estaba de buen humor.

—Seguro que tenéis historias más picantes que las mías, Barthélemy. No, escribo poesía, casi exclusivamente. Pero no os aburriré con eso. ¿Queréis conseguir trabajo otra vez? ¿Qué me decís? ¿Barthélemy, Josse?

Barthélemy rehusó el ofrecimiento, por lo que me sentí presionada; la idea de sesiones a solas con Marin me atraía y a la vez me inquietaba. Al fin y al cabo, ¿qué sabía de ese joven? ¿Podía trabajar tan cerca de él, aunque fuera solo de vez en cuando?

Sin embargo, dormía ya bajo su techo. Fijé la mirada en sus grandes ojos castaños y solo vi claridad. Así pues, aspiré hondo y asentí.

—Aunque eso aumenta mi deuda con vos, monsieur —dije—, el ofrecimiento es demasiado bueno para rechazarlo.

Así que en los ratos libres trabajábamos juntos durante horas para que yo aprendiese caligrafía, al principio con el material del propio Marin y luego con libros impresos de los que copiar. Los libros contenían palabras tanto en italiano como en latín, puesto que Marin me enseñaba la letra más moderna que conocía, de sus muy preciados tomos.

Virtus omnibus rebus anteit profecto :~

—Por fin te queda como es debido —dijo un día Marin, y me sonrió.

—¡Pero sigo sin saber qué significa!

—Es de una comedia romana y dice que, sin duda, la virtud lo supera todo.

—Pero ¿qué significa aquí exactamente *virtus*? Sé que la palabra latina *vir* quiere decir «hombre». No es lo mismo que nuestra *vertu*, ¿verdad?

Barthélemy, que estaba comiendo en el rincón de la habitación, tosió y farfulló:

—¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Formando esas letras o estudiando latín? ¿A ti qué más te da?

—*Necesitamos* el latín en la imprenta —adujo Marin.

Me encogí de hombros.

—Solo quiero saber qué tiene que ver con los hombres. ¡Puesto que, según dicen, es en las mujeres en quienes debe esperarse la *vertu*!

Marin se echó a reír.

—Quizá todos deberíamos prestar más atención a nuestras palabras. Josse, esa palabra en otro tiempo se refería solo a los hombres, pero las palabras cambian, ¿no? En la obra de la que procede esa frase, la pronuncia una mujer, y alude tanto al valor de un hombre como a la virtud de una mujer.

—¡Entonces se propone engañar! —exclamó Barthélemy en tono de mofa—. Hombres de virtud en el sentido de valor, lo acepto, pero ¿la virtud de las mujeres? Eso no lo he conocido en todos los días de mi vida.

—¿Hablas mal de tu difunta esposa, pues? —dije fríamente, y el ocioso oficial enmudeció y dejó de masticar.

—Vamos, vamos —terció Marin, como siempre intentando poner paz—. Ya has escrito suficiente por hoy, Josse, y estoy seguro de que Bathélemy no alberga mala intención. Viejo, si el muchacho tiene un elevado concepto de las mujeres, nadie debería tratar de desilusionarlo.

—Y, sin embargo, vos mismo no tenéis mujer —dijo Barthélemy sin alzar la mirada.

—Pues así es. Pero no por despecho o desconfianza. Como tampoco es así en el caso de Josse, de eso estoy seguro. En lo que a mí se refiere, considero que las cualidades no corresponden a ninguno de los dos sexos o pertenecen a los dos por igual. Como escribe san Pablo: «No hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús».

En ese momento sentí aprecio por él. Poseía exactamente la misma honestidad de juicio que Isotta, y despertó dentro de mí las mismas sensaciones. También me sonrojé al oír que no tenía mujer, y por la manera en que me considerara semejante a él. Me habría complacido oír más.

Pero Barthélemy lo miró y enarcó una ceja.

—¿Sois, pues, uno de esos que lee las Sagradas Escrituras en nuestro propio idioma francés, pese a la prohibición de la herejía?

Marin, sin reaccionar, siguió recogiendo el material de trabajo. Al cabo de un momento, dijo:

—¿Creéis, Barthélemy, que la verdad se restringe a una lengua difícil y que solo las personas cultas pueden acceder a ella? ¿O nos ha puesto Dios a todos juntos en esta tierra para que vivamos y comprendamos nuestras vidas?

—Eso es demasiado elevado para que yo tome una decisión al respecto. Sé cuál es mi lugar, pero, claro, yo no soy hijo de un obispo. Lo único que temo, maese Marin, es el humo que huelo ya en torno a vuestros elegantes zapatos de puntera cuadrada.

—Hablas en acertijos, Barthélemy —dije, helada pese a su sonrisa.

—¡Me refiero a la hoguera, Josse, a esas llamas que prenden bajo los herejes! Hoy día toda cautela es poca. Esa clase de material de lectura no es para mí.

Tal vez el hombre de mayor edad no lo reconociera, pero siempre que Marin se marchaba a la imprenta, él volvía sobre el tema. Rebuscaba en distintas partes de la habitación, lo revolvía todo y mascullaba para sí.

—¿Qué crees tú que contienen esos libros que esconde? —me preguntó de pronto un día, señalando el cofre cerrado con llave de

Marin.

—Creo que no es asunto nuestro.

—Lo es si vivimos bajo el mismo techo. Supongamos que es algo herético…

—Marin es un hombre bueno y amable —afirmé con un cosquilleo en el cuello—. Siento un gran respeto por él. Lea lo que lea, no me cabe duda de que será por el bien de los demás.

—Y, sin embargo, como te digo, esconde cosas. Las personas que esconden cosas son embusteras.

—Eso es absurdo. —No estaba del todo segura, pero no iba a exteriorizarlo. Si Barthélemy supiera que nací niña, también a mí me consideraría embustera—. Es porque los libros son valiosos; los guarda por seguridad.

Barthélemy dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

—¿Por seguridad? Me temo que es mejor quedarse totalmente al margen de esos asuntos. Aun así, si veo la llave en algún sitio, voy a echar un vistazo yo mismo. No pienso correr riesgos. —Hizo ademán de empezar a revolver de nuevo.

Me levanté y me interpuse en su camino.

—Si lo haces, advertiré a Marin.

Barthélemy soltó un resoplido.

—Ya ves en qué queda la fraternidad en el oficio. Pero tú no fuiste un auténtico aprendiz por mucho tiempo, ¿verdad?

—Sin embargo, pronto volverá a serlo.

Los dos nos sobresaltamos: Marin había entrado sin que nos diéramos cuenta mientras discutíamos. ¿Qué habría oído?

—Josse —dijo—, el Caballo Alazán tiene un gran volumen de material que imprimir y necesitan otro aprendiz; esta es tu oportunidad de volver al oficio. Barthélemy, ¡ahora están pidiendo a gritos un hombre de tu edad y aptitudes!

Nunca he vuelto a ser tan feliz como cuando me aceptaron en el Caballo Alazán. Marin estaba también allí casi todos los días; así que nos hacíamos compañía, como siempre. Pero para mí lo más importante era el trabajo: la emoción de ver las líneas dispuestas a la perfección, respirar el aire denso de la imprenta que había respirado desde mis primeros días cuando mi padre aún vivía, y sentir las hojas colgadas por encima de nosotros como algo a medio camino entre la tierra y el cielo. Y deleitarme después en los suntuosos libros que se componían.

Allí no se perdía el tiempo, no era una ocupación mecánica como aquella a la que me había visto restringida cuando trabajaba para los Arnould; ahora en verdad formaba parte de la empresa. Los Bellette, los dueños del taller, eran mucho más francos y cordiales; no había ningún Achille de quien preocuparse, y los días pasaban deprisa.

Barthélemy permanecía extrañamente callado, contento de volver a trabajar, supuse, y cauto en sus modales en presencia del nuevo grupo. Aunque seguíamos alojados en casa de Marin, el Caballo Alazán nos

daba bien de comer y proporcionaba a los hombres un espacio donde dormir, e incluso esperaba que lo utilizáramos.

Aun así, una noche, al cabo de unos meses, me sorprendió encontrar a Barthélemy liando su hatillo cuando Marin no estaba; se proponía abandonarnos a nosotros y al taller.

—¿Adónde vas?

Vaciló y, después, señaló la puerta con la barbilla.

—No puedo seguir formando parte de esto.

—¿Qué tiene de malo el Caballo Alazán? ¿Has encontrado un sitio mejor? ¿Que pague más…?

Cogió un panfleto y me lo tendió bruscamente: *Seis sermones sobre los santos*.

—¿Qué tiene esto de nuevo? —pregunté con un gesto de indiferencia.

—No es lo que tú piensas. Léelo y verás. —Lo dijo como si pudiera contagiarle la peste.

Lo leí por encima: una diatriba contra las prácticas erróneas, que calificaba de supersticiones.

—¿Es de Marin?

—Fíjate en la marca de la imprenta.

Le di la vuelta.

—No la veo.

Asintió con la cabeza.

—¿Dónde crees que los están imprimiendo?

Me senté lentamente.

—En *nuestro* taller… ¿Es eso lo que quieres decir?

—Reconozco el trabajo: el papel y la fuente. Incluso la tinta. Y me lo dio otro oficial. ¡Por eso hay tanta actividad en el taller de los Bellette! Lo siento, Josse, pero yo me marcho. Y tú deberías pensártelo mejor antes de volver allí.

Nada que yo dijera, ninguna duda que expresara, podía retenerlo. Me dio una palmada en el hombro, me deseó lo mejor y se marchó en plena noche.

La herejía, de por sí, ya era un problema. Yo no creía realmente que el Caballo Alazán fuera sospechoso o que el propio Marin estuviera implicado en alguna mala acción. Lo veía solo como un pensador ferviente, un hombre que seguía los dictados de su conciencia y buscaba la verdad al margen de su propio beneficio. Para mí eso no podía ser herejía. Pero de pronto me pareció impropio seguir alojándome en su casa sin la presencia de una tercera persona y cuando todos los demás dormían en el Caballo Alazán. Impropio porque, sin él saberlo, yo era mujer, además de hombre; las dos cosas, pues, o quizá ninguna… Pero valoraba mucho su compañía y le agradecía todo lo que me había enseñado. Ahora que sabía escribir, había entrado en otro territorio totalmente distinto.

Así que temía tener que decírselo, pero debía actuar. También le debía una explicación, aunque no fuese del todo cierta y pudiese

ofenderlo, a mi único y verdadero amigo.

Aguardé el momento oportuno, después de la larga jornada de trabajo en la imprenta. Nos detuvimos al pie de la escalera, sin saber cómo seguir.

—No es por vuestro compromiso con las nuevas ideas sobre la fe —dije—. No las entiendo del todo, pero eso, en cualquier caso, me atraería, no me repelería. —Yo ya había dedicado un tiempo a ayudarlo a copiar cartas de predicadores de ideas afines, para compartirlas con la gente. ¿Eso nos convertía en herejes?

Marin habló en voz muy baja, ya que incluso en el Caballo Alazán, que simpatizaba con la causa, convenía extremar la cautela.

—Te interesa esta forma de pensamiento.

Se me ocurrió que tal vez toda su amistad fuera un medio para atraerme a sus creencias. Pero su expresión era franca, y su buena voluntad parecía auténtica.

—Bueno, a diferencia de Barthélemy, a mí no me dan miedo. Es solo que… ahora que él se ha ido, y estoy yo solo…

Para mi sorpresa, Marin movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

Titubeé.

—No…, sigue —dijo.

—Creo… Creo que debería alojarme aquí, en el Caballo Alazán, con los otros aprendices. No es justo que durante todo este tiempo vuestro criado tenga trabajo de más, y como no aceptáis ni siquiera la pequeña suma de dinero que yo podría aportar…

Preveía una protesta, alguna objeción, pero Marin desvió la mirada y guardó silencio por un momento. Su expresión decía que no se creía mis motivos. Y tenía razón.

—Sí, es lo mejor. Tiene más sentido.

Me quedé mirándolo, boquiabierta. Volvió a apartar la vista.

—De todos modos —dije, sin saber cómo arreglarlo—, seguiremos viéndonos en el trabajo.

—Por supuesto. —Se dispuso a marcharse—. En cualquier caso, Josse, si alguna vez vuelves a necesitar algo, ¡ya sabes dónde encontrarme!

Le di una suave palmada en el brazo.

—Habláis como si nos despidiéramos para siempre. —Sentí pánico: quizá en realidad le traía sin cuidado si me quedaba o me iba.

—No, por Dios. Además, si se me llevaran, al menos ya puedes escribirme.

A partir de entonces, por las noches soporté los suspiros y ronquidos de mis compañeros de trabajo, Michel y Gabriel, apodados los Arcángeles por más que no eran en absoluto celestiales, así como del oficial Romain. Pese a que los dueños de la imprenta despedían cierto tufo reformista, los muchachos de abajo eran tan revoltosos como los que había conocido en El Signo del Hombre Salvaje e igual de aficionados a la bebida.

Por tanto, en la Cuaresma del año siguiente, cuando Marin nos animó a todos a ir a escuchar a un predicador eminente en el Louvre —como se sabía que era hijo de un obispo, a menudo lo admitían en lugares que estaban por encima de nosotros—, yo fui la única interesada entre los trabajadores jóvenes.

Los Arcángeles se mofaron.

—¡Lo seguirías al mismísimo infierno! —dijo Gabriel—. De aquí a nada te habrá convertido en un luterano chiflado.

—Confío en Marin más que en ningún otro hombre —repliqué, y tomé conciencia de ello a la vez que lo decía.

—¡Desde luego! —respondió Michel, y soltó un resoplido—. No bebes, no vas con mujeres, pero confías ciegamente en tus congéneres, en uno en particular. Ahora que lo pienso, ¿no habrá algo extraño entre vosotros dos?

Noté cómo me subía la sangre a la cara, pero entre los hombres había aprendido a sonreír y disimular cuando daban en el blanco, e incluso cuando no.

—Bueno, veré el Louvre por dentro —comenté en broma, apelando a su envidia terrenal—, y eso es más de lo que llegaréis a ver vosotros.

A Marin lo complació sobremanera que yo fuese a escuchar a Roussel.

—Es limosnero de la reina de Navarra —susurró—, y tenemos grandes esperanzas depositadas en ella. Esto no se parecerá a nada de lo que conoces.

Nunca antes, cierto era, había visto un lugar tan regio ni a tal muchedumbre: ¿era posible que todos hubieran ido a escuchar las nuevas ideas? Ni siquiera pudimos entrar en el salón principal, porque se amontonaban dentro miles de personas, tanto de alto como de bajo rango, así que nos quedamos en la galería contigua, y allí alargamos el cuello para ver al predicador y a la gente por una puerta ancha. Lo que no alcanzábamos a oír nos llegaba repetido por la concurrencia como algo que flotara entre las olas. También se repartieron folletos entre la multitud. Nadie sabía quién los había enviado; era como si hubieran caído del cielo.

Cogí uno: *Contra la venta de bulas*. Marin debió de ver algo en mi expresión, porque dijo:

—No tengas miedo, Josse. No hace falta que seas luterano para ver lo que no va bien en la Iglesia. Podemos cambiar las cosas desde dentro sin lucha ni destrucción, estoy convencido. —Señaló hacia el centro del gran salón—. Como lo está la propia reina de Navarra.

—¿Es esa? —Me puse de puntillas, pero apenas distinguía a una gran dama de otra entre las que estaban sentadas en primera fila, y menos aún veía sus caras.

—Todos los afligidos pueden acudir a ella en busca de consuelo —dijo Marin, y a continuación guardamos silencio mientras el predicador concluía con una oración. Cuando salíamos, Marin añadió —: Y la reina de Navarra da a conocer su visión a través de sus

poemas. Tengo su libro en casa, *El espejo del alma pecadora*, escondido en el cofre. Si en algún momento tienes tiempo, deberías leerlo.

—Me gustaría —dije, y aunque era verdad, volví a preguntarme si el afecto de Marin hacia mí no sería acaso solo el afán de captar a mi alma pecadora—. Pero ahora estamos muy ocupados; dudo que encuentre el momento para leer.

En los meses siguientes tuvimos rachas de mucho trajín, pero una vida de trabajo en la imprenta era mucho más jubilosa que la ociosidad, y yo estaba justo donde quería estar, por distinta que fuese de mis compañeros.

A modo de promesa para conmigo misma, saqué del bolsillo la pequeña fuente de imprenta, la letra latina **I**, y la coloqué entre las hileras de letras que pertenecían a esa casa: ahora yo formaba parte de ella para siempre. Ese año siguió su curso, y después otro, pero a mí nada se me antojaba rutinario, porque cada día me aportaba nuevos conocimientos y logros. A esas alturas había adquirido las mismas aptitudes que cualquier otro: mi padre habría estado orgulloso de mí. Y mi amistad con Marin se fue consolidando.

Cada vez que quedaba atrás momentáneamente una temporada de mucho agobio y se terminaba un encargo de muchos ejemplares, los trabajadores se corrían sus juergas, como de costumbre, antes de que llegara el siguiente gran pedido, tal como sucedía en los tiempos en El Signo del Hombre Salvaje. Era finales de verano, y el aire seguía agradable y despejado, y todos se disponían a emprender la excursión a la taberna.

Busqué razones para quedarme, pero los Arcángeles no aceptaron excusas. Sus bromas eran bien intencionadas; no así las del oficial Romain.

—El joven Josse se considera demasiado santo para nosotros —dijo con frialdad mientras se ponía el jubón y la capa para protegerse del fresco de la noche.

—¡No es eso, en absoluto!

—¿Qué es, pues? ¿Estás muy acostumbrado a la *alcurnia*? ¿No eres tan ordinario como nosotros, tus compañeros? Sueles frecuentar los aposentos reales, me han dicho, a donde vas a escuchar los delirios de los luteranos.

Marin intervino.

—Dejad tranquilo al muchacho. No ha hecho daño a nadie. Vamos, Josse; os acompaño, y si se exceden con la bebida y empiezan a hablar como esos borrachines de la Sorbona, ya me encargaré yo de enmendarles la plana.

Me agarró del brazo y me guio, manteniendo a distancia al malhumorado oficial. Cuando llegamos a la taberna, se sentó a mi lado y me defendió de otras pullas que me lanzaron mis colegas. Me llegaba el olor de su camisa e incluso de las manchas de tinta, de modo que el hedor del establecimiento no me afectaba; era como cuando me alojaba en su casa, y me sentí a salvo.

Debimos de permanecer allí demasiado tiempo, o eso supuse, porque al cabo de un rato las paredes, los taburetes y el banco parecieron cambiar de forma, mecerse y reblandecerse como en un sueño, y yo ya no podía mantenerme erguida. Las últimas palabras que oí fueron: «Creo que nuestro Josse ha rebasado su límite», a lo que siguieron unas carcajadas antes de que el salón se oscureciera.

Aunque perdí la facultad de moverme por mí misma, no me dormí ni perdí del todo el conocimiento. Sentí que me cogían y me acarreaban, y en un primer momento intenté zafarme, sin saber a dónde me llevaban.

Pero me fallaron las fuerzas y vi solo un techo, luego el cielo nocturno, y luego otro techo. Por lo visto, yací mareada durante un rato, y una voz conocida me hablaba de vez en cuando, pero no entendía qué me decía, ni era capaz de responder.

Al despejarme, vi que estaba en la morada de Marin, tendida en una cama. Me incorporé y traté de levantarme, pero me apresuré demasiado y volví a desplomarme.

Marin apareció en la puerta. Una sonrisa se desplegó en su cara.

—¡Ya estás otra vez con nosotros! Qué alivio. No intentes moverte demasiado deprisa; te marearás.

Permanecí un rato sin habla, hasta que dije:

—Había algo raro en mi bebida.

Marin asintió, pero no dijo nada.

—No había bebido demasiado. Seguro que me… ¿Era veneno?

Él se encogió de hombros.

—No tienes esa clase de enemigos, ¿no? Quizá alguien lo consideró una buena broma, o quizá la bebida estaba en malas condiciones y no te sentó bien.

Me acercó una taza con una infusión de hierbas; la cogí, pero vacilé y no bebí.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Solo hoy.

—¿Me habéis traído vos? ¿Habéis cargado conmigo en brazos…?

Él volvió a asentir, y por primera vez vi una expresión de bochorno en su rostro, por lo general sereno y juicioso.

Lo entendí de inmediato.

—En ese caso deberíais permitirme marcharme —dije, y volví a levantarme. La furia crecía dentro de mí, como si me hubieran engañado, como si todo aquello fuera a llevarme a la perdición. Me asaltó una oleada de malestar, y estuve a punto de caerme. A mi pesar, me hundí de nuevo en la cama.

—Josse, espera, por favor. Todavía no estás lo bastante recuperado.

—No deberíais haberme tocado.

Él tragó saliva.

—No podía dejarte donde estábamos… Fue inevitable…

—¿Y los demás qué?

Aunque Marin no diera a conocer lo que ahora sabía sobre mi

secreto, yo podía perder mi puesto en la imprenta. El vértigo que me invadió ante esa idea fue tan intenso como lo que había bebido.

—Soy el único que se ha acercado a ti.

—¿*Cuánto* os habéis acercado? —prorrumpí.

—No en ese sentido —contestó Marin—. Conociéndome, deberías saber que…

—¿Quién conoce a nadie? No nos conocemos en absoluto, ni remotamente. —Marin se acercó, pero yo levanté la mano para detenerlo—. Ya no confío en vos.

—Josse, hemos llegado a esta situación solo por haberte atendido. No había mala intención. Respeto totalmente tu honra.

—Como debe ser. Aun así, habéis descubierto algo que lo cambia todo.

Exhaló un suspiro.

—¡No cambia nada! Los dos somos las mismas personas que éramos ayer. A decir verdad, siento por ti la misma estima que sentía antes, y que siento desde hace mucho tiempo. Y si acaso, lamento haberme enterado, ya que te predispone contra mí de esa manera.

Me detuve a pensar en ello por un momento.

—No tengo nada contra vos —dije—. Os aprecio demasiado para eso. Dadme un tiempo para que lo asimile.

Marin tenía su lado impulsivo.

—Dices que me aprecias. ¿Entiendes, pues, mis sentimientos? Hasta ahora no he… Lo que sepa o no sepa no cambia las cosas. Josse, no quiero separarme nunca de ti. —Se sentó a mi lado, y aunque me aparté un poco, me cogió la mano.

No la retiré. Pero dije:

—Me he preguntado si vuestros *sentimientos* se debían solo al posible creyente que hay en mí; si vuestra bondad y afecto surgían del deseo de salvar mi alma.

—Ni qué decir tiene que me preocupa tu alma. Sin embargo, debes saber que no es esa mi intención.

—Así y todo, no debería quedarme aquí, sino volver al Caballo Alazán.

Marin dejó escapar una leve risa.

—Josse, hoy es fiesta. La imprenta está cerrada.

Le había pedido tiempo a Marin, y, sin embargo, como se vio, tiempo era precisamente lo que no teníamos.

Volvimos a trabajar en El Signo del Caballo Alazán, y nadie notó la diferencia. Si alguno de mis compañeros había, en efecto, echado algo en mi bebida aquella noche —y yo albergaba mis sospechas de quién podía ser—, nadie sacó el tema a relucir ni preguntó dónde había estado yo después. Quizá se arrepentían.

En todos los sentidos, seguimos como antes, y Marin, en el taller, mantuvo su palabra sobre el descubrimiento involuntario acerca de mi

persona. Yo dormía junto a los demás en mi saco, en la planta baja, y me tomaba sus provocaciones con buen humor.

Así era la vida, pensaba yo: trabajo productivo, aprendizaje, la compañía de mis iguales, todo conforme a una pauta fiable que se prolongaría durante el resto de mis días. No había prisa por examinar esos *sentimientos* que Marin había despertado, ya que, en todo caso, ¿cómo íbamos a casarnos a no ser que yo viviese como mujer? Según la Iglesia, bastaba con pronunciar unas palabras para contraer matrimonio, pero los reformistas no aprobaban esos actos clandestinos. No había prisa por resolver nuestra situación, cosa que, a mi juicio, podía hacerse a mi propio ritmo. Solo había cambiado aquello que se volvía cada vez más profundo, cada vez mayor, hasta que un día yo fuera primer oficial y luego por fin maestro, como en un relato que se lee de principio a fin en un libro.

Pero no es así como se desarrollan los relatos. La pauta no es fiable, y los cambios se producen contra nuestra voluntad. ¿Cómo podía yo ser feliz cuando otros eran torturados, les cortaban las manos, les arrancaban la lengua y los quemaban vivos, y todo por su adhesión a la nueva fe?

Eso para mí eran abstracciones, hasta un día de finales de otoño en que Marin no se presentó en la imprenta cuando debía. El joven maestro Bellette también desapareció.

—¡A lo mejor Josse puede explicar la ausencia de su *confrère* preferido o incluso antiguo compañero de cama! —dijo Romain con su habitual sarcasmo.

Pero yo estaba demasiado preocupada para defenderme.

—Ha ocurrido algo —insistió *maître* Bellette, nuestro jefe, mientras se paseaba por el taller—. Hubo agitación en las calles. Vengo de casa, pero he descubierto que mi hijo no estaba en su cama al amanecer. ¡Me temo lo peor! Me han dicho que lo han arrestado por herejía, y a Marin también. ¿Nos habrán denunciado falsamente? Si es así, vendrán a por mí, pese a que soy inocente. Tendremos que cerrar el taller y pasar desapercibidos.

—Pero ¿por qué? —Romain, horrorizado, temía a todas luces tanto por su paga como por su seguridad—. ¿Por qué iban a delatarnos?

—Es por el escándalo del cartel, que nos acusa a todos los impresores, y debo limpiar nuestros nombres. Sabe Dios adónde los habrán llevado. —De pronto se detuvo y me señaló—. Josse, tú sabes escribir las letras. Debemos presentar una petición en su nombre. ¡Debemos actuar sin demora! Yo te diré lo que debes hacer, pero tengo que ir a averiguar dónde retienen a mi hijo, si es que está retenido, o si se esconde en algún sitio porque ha huido.

—¿Y Marin?

—También Marin, en el supuesto de que esté con mi hijo y no sea el traidor que ha traído esta desgracia sobre nuestras cabezas.

—¡Él jamás haría una cosa así! Es un hombre de corazón puro y sincero.

Romain esbozó una sonrisa de desdén.

—¡Como tú estás en situación de saber más que todos los demás!

Celos: como Barthélemy, como Achille antes que él. Como yo misma cuando conocí a Isotta y la perdí, porque no podía conformarme con lo que tenía, porque no podía confiar: ni en ella ni en nadie. Debía eliminar los celos de mi vida como si fueran una fea mancha de tinta. No podía permitirme perder al único auténtico amigo que me quedaba, como había perdido a la primera. Dios la bendiga, dondequiera que esté…

Sin hacer caso a Romain, seguí a *maître* Bellete al gabinete donde estaba dispuesta a escribir lo que él me dictase.

—Cuando las acabes, las entregarás aquí y aquí. —Me dio las direcciones de los agentes de personalidades poderosas cuya intercesión tenía la esperanza de conseguir—. No te detengas hasta que estén en las manos debidas.

—Quiero ir con vos en busca de los hombres desaparecidos —protesté.

Guardó silencio por un momento y finalmente negó con la cabeza.

—Me serás de más ayuda aquí si escribes.

Escribí, pues, en nombre de *maître* Bellette al obispo de París o a su oficina. El obispo en esos momentos estaba en Roma, a donde había ido a defender la causa del rey inglés Enrique, según me dijeron, ante el nuevo papa, ya que el papa anterior acababa de morir. Pero ¿qué sé yo del amplio mundo?

Escribí a Jean Morin, el alguacil de París, como se me indicó, para protestar por el error del arresto de los hombres, pese a que él mismo se había manifestado feroz enemigo de la causa.

Escribí al Real Colegio, y escribí a aquellos hombres de la Sorbona, por pocos que fueran, conocidos por su afinidad con el nuevo dogma y por no perseguir a los presuntos herejes.

> Y, por mi propia iniciativa, ya que Bellette no se atrevió a decírmelo, os escribí a vos, mi señora la altísima e ilustrísima reina de Navarra, en quien depositamos grandes esperanzas como pecadores pero creyentes, para solicitaros, a través de vuestros servidores, que intercedáis ante vuestro hermano, el muy cristiano rey, de quien soy súbdita y servidora, en nombre de mis amigos y hermanos de la imprenta, que no son herejes sino solo fieles oyentes de la Palabra de Dios.
>
> Y os he hablado de ese buen hombre, hijo de obispo, de lo que no tiene culpa alguna, y de su deseo de cumplir la voluntad de Dios.
>
> Y habéis respondido a mi petición de ayuda, que ahora yo os ruego una vez más, por orden vuestra.

El Caballo Alazán se vio obligado a cerrar, como si sus trabajadores se hubieran marchado igual que en los tiempos de la peste. Algunos buscamos refugio dentro, pues no teníamos ningún otro sitio a donde

ir. Pero yo no podía dormir, sabiendo que Marin estaba encerrado en una horrenda mazmorra o —si su padre no reconocido el obispo había respondido por él, puesto que también a él le había escrito discretamente—, en el mejor de los casos, en una austera *pistole*.

Esos eran los lugares de los que me hablaron mis compañeros de trabajo, aunque nunca supe cómo podían haber visto el interior de una cárcel. En todo caso, ¿qué sabemos de los demás? Llegaban historias y más historias sobre azotes, desgarros, sobre la penitencia honorable que era lo mejor a lo que los herejes podían aspirar: una especie de humillación pública en la que los despojaban de sus vestimentas y los descalzaban. Eso era lo que yo sabía que les había ocurrido a los rebeldes de mi ciudad natal de Lyon, no por motivos religiosos, sino por la falta de cereales.

—Y luego, si no tienes suerte, aún cabe la posibilidad de que te quemen de todos modos —me dijeron en susurros los Arcángeles.

Despierta todavía mucho después de adormilarse los otros, oí entrar al dueño de la casa y corrí a su encuentro con el único plan que se me ocurrió.

—Si conseguís que entremos en la prisión, gustosamente me cambiaré por vuestro hijo. Somos de edad y estatura similares, y nadie notará la diferencia.

Maître Bellette se quedó atónito, pero no por tanto tiempo como para no plantearse las posibilidades.

—¿Hablas de un soborno? ¿A un guardia? ¿Y eres consciente de que quizá nunca saldrías de allí? ¿Qué quieres de mí a cambio? ¿También dinero? ¡No llegarás a gastarlo! A mí eso me parece una locura.

—El otro hombre, Marin, es para mí como un hermano, y estoy dispuesto a ir a donde quiera que él vaya, o al menos intentaría consolarlo. De otro modo, mi vida no tiene sentido. Si conseguís que entre allí, podréis sacar a vuestro hijo y enviarlo a algún lugar seguro, incluso fuera de Francia. No hay tiempo que perder. Las cartas que ya hemos enviado tal vez den resultado, pero eso tardará demasiado.

Hasta entonces yo ya había perdido mucho tiempo en la vida. Sabía lo que tenía que hacer.

Así que, en plena noche, entré en la hedionda prisión, un lugar húmedo junto al río Sena, y más en esa época del año, donde retenían a aquellos buenos hombres. El maestro abrió su bolsa ante el vil guardia, un hombre irritable y soñoliento a quien le traía sin cuidado tener a un prisionero o a otro, siempre y cuando pudiera rendir cuentas del número que le habían entregado. Volvió a correr el cerrojo y no nos prestó más atención.

Yo habría cambiado mi vida por la de Marin, pero sabía que él no lo aceptaría. En cualquier caso, el soborno no era posible sin la colmada bolsa del dinero de *maître* Bellette, y a él quien le interesaba era su hijo. Pronto padre e hijo se adentraron rápidamente en la noche, jurando que rezarían por mi alma y pidiendo que Dios me perdonara y me recompensara. Consideré que ocupar el lugar de aquel joven no era

pecado ni delito. Los príncipes, según yo había oído, se casaban por poderes hasta que llegara el momento oportuno, y yo del mismo modo permanecería cautiva por poderes hasta que llegara el momento de la verdadera justicia.

Marin me miró en el *cachot* como si soñara despierto.

—¡Josse!

—Sí, pero aquí debes llamarme Bellette *fils*. —Sonreí—. Y aunque, por tanto, soy tu maestro, también soy tu compañero de celda y comparto tu destino. En cierta ocasión, Marin, una verdadera amiga me dijo, «Dos son mejor que uno»; lo pone en las Sagradas Escrituras.

—¡Pero tú no has hecho nada!

—Tonterías —dije en broma—. De hecho, he estado muy ocupada. Incluso he escrito en tu nombre a la reina de Navarra…

Yo sabía que debía arrancar a Marin de su estupor; habitaba en él ese noble aunque aterrador ideal: «Da igual si muero por mi causa». Muchos de los nuevos creyentes pensaban así. Pero eso no podía ser, porque Marin debía vivir. Todos debíamos vivir, o la reforma no sería posible.

Me miró con los ojos desorbitados.

—Sin duda nadie saldrá en mi defensa… En nuestra defensa.

—He probado con todos —dije. Me estrechó contra sí, pero yo lo aparté con delicadeza—. O los carceleros se extrañarán.

—Pero no puedes quedarte aquí. Si estuviera solo…, ¡pero debo sacarte de aquí! No debes sufrir por un error que he cometido yo.

Alcé la mano.

—Pero he leído en el Libro de Ruth: «No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que solo la muerte hará separación entre nosotras dos».

—Nada nos separará —musitó Marin.

Pero por mucho que él pensara y buscara alguna treta para fugarnos, nuestra situación parecía imposible. Entrar furtivamente en cautividad era una cosa, pero salir furtivamente era otra muy distinta.

Parecía que habían pasado días, aunque nos dábamos cuenta solo por la necesidad y la fatiga, ya que casi no llegaba la luz al lugar donde nos retenían. Y aunque al principio, cada vez que aparecía alguien, era un alivio que no se nos llevaran repentinamente para someternos a una muerte atroz, teníamos que hacer acopio de toda nuestra fe para no temer que el silencio entre una y otra aparición significara que nos habían abandonado. La escasa comida y agua de que disponíamos estaban sucias, el suelo era duro y apestaba a orina, y los celadores permanecían indiferentes a nuestros padecimientos, pero nos teníamos el uno al otro.

No mucho tiempo después, los guardias nos sacaron de allí sin explicación alguna, y nosotros y otros como nosotros, atados, fuimos

conducidos ante un grupo de hombres extraños que anunciaron que se nos obligaría a hacer la a*mende honorable*.

—¿Eso es todo? —susurró Marin.

—¿Deseabais más? —le dijo un escribiente con aspereza.

Marin bajó la cabeza.

El aire frío y la luz de París nos resultaron extraños después del tiempo que pasamos en las cavernas de aquella gran prisión. Nos desataron y obligaron a desfilar con los otros «criminales», a avanzar de rodillas por el pavimento delante de la gran catedral, a suplicar perdón a gritos y a reconocer las fechorías en las que no habíamos participado.

Si en algún momento se nos pasó por la cabeza echar a correr, pronto comprendimos que era poco recomendable. Algunos de los hombres y mujeres que recibieron ese trato lloraron e intentaron escapar, pero los guardias los prendieron y azotaron, y a saber qué otras cosas peores les sucedieron.

Nos separaron hasta que casi nos perdimos de vista, nos despojaron de nuestros jubones, calzones y zapatos, y nos obligaron a sostener velas de cera encendidas mientras completábamos la penitencia ante la muchedumbre que nos abucheaba. Una mujer entre el gentío, enrojecida y sudorosa pese a ser principios del invierno, apareció corriendo junto a mí y me apedreó mientras yo, temblando de frío con mi fina camiseta, avanzaba a tumbos como buenamente podía. «¡Mirad la sangre de los herejes! —se burló cuando una pedrada me alcanzó y me abrió la ceja—. ¡Y fijaos en esa forma antinatural! ¡No es un hombre, sino una doncella, o un hombre y una doncella a la vez, un monstruo como cualquier luterano! ¡Monstruo!»

Mientras otros se congregaban alrededor de ella, intenté cubrirme el pecho, parcialmente expuesto, con un brazo, ya que la vela goteante me obstaculizaba y, al volverme, vi otra vez a Marin, que trataba de abrirse paso hacia mí, y a dos guardias que se acercaron para apartarlo, y aunque mi primer impulso fue llamarlo, lo vi indicarme con un gesto que todo iba bien antes de desaparecer entre la multitud. Al cabo de un instante, lo vi: envuelto en una capa, montaba en un gran caballo alazán perfectamente adecuado a su estatura y su tamaño; se volvió hacia mí, consternado, mientras los hombres se marchaban a caballo con él, que les hacía señas para que volvieran a por mí…

—¿Maese Nicolas Bellette?

Agotada y mareada, tardé un momento en darme cuenta de que un guardia se dirigía a mí, según suponía él, por mi nombre. Fijé la mirada en él y asentí.

—Se os exiliará como a maese Marin. Se os ordena que vayáis al soberano territorio del Bearne, donde se decidirá vuestra suerte.

¡El Bearne! ¡En el sur! Lejos de París… Hacia uno de los palacios de mi señora, la excelentísima reina de Navarra, y en la frontera del país. Gracias a Dios, mi carta había llegado a su destino. No supe si expresar

mi gratitud al guardia o si temerlo y resistirme a él cuando se me llevó, todavía en paños menores, alejándome del ruido y el caos.

Pero de nuevo la mujer enrojecida y desdeñosa corrió a nuestro lado.

—¡Ese no es maese Nicolas! —gritó—. Mirad con vuestros propios ojos a esa criatura que lleváis bajo vuestra custodia. ¡Esto es obra del diablo! Brujería o engaño.

El guardia la apartó de un empujón y ella se fundió entre la turba con un grito, pero el daño ya estaba hecho. El guardia inspeccionó en el acto mi cuerpo bajo la camiseta como si fuera mercancía robada.

—¿Sois realmente una doncella disfrazada de hombre? — preguntó con frialdad—. ¿No tenéis vergüenza ni virtud? No puedo dejaros ir como Nicolas Bellette si no lo sois.

No respondí. El corazón me latía con fuerza, no por miedo sino por la alegría de ver escapar a Marin. ¿No iba ahora camino del «exilio» y la seguridad del Bearne? Me había indicado con un gesto que todo iba bien antes de perderlo de vista; por lo tanto, era mi amigo, el caballo Bayard, quien lo llevaba. Eso era lo único que importaba.

—Si no dais respuesta, no vais a ninguna parte. Así sea.

Arrojada junto con mis calzones y mis zapatos de nuevo a la celda en espera de mi destino, me aferré a la imagen de Marin de camino al sur. Si ya no podía estar con él, podía al menos rezar por él en su viaje, como sin duda él habrá estado rezando por mí.

Si es así, en alguna medida sus oraciones han sido atendidas, puesto que conocéis el resto de mi historia hasta la fecha y ordenasteis a vuestros hombres que me trajeran a mí también al Bearne, al sur, aunque retenida como infractora de la ley en esta fortaleza de vuestro palacio, en espera de juicio como impostora y por mi forma de vestir asexuada. Como habéis pedido mi historia para fundamentar vuestra decisión, no he omitido nada de importancia.

Si merezco la libertad y puedo partir en busca, una vez más, de mi verdadero amigo —si es que él no está aún en el Bearne—, os corresponde a vos, mi lectora, decidir, disculpando mi franqueza si en algo ofende y cualquier asomo de ignorancia en mis formas, puesto que soy lo que se conoce como *menu peuple* y me alegro de serlo, y me han dicho que estáis siempre dispuesta a atender a los pobres.

Y os pido que recéis por mí y recibáis mis respetos como la más humilde súbdita de vuestro hermano, y os deseo una larga vida y buena salud.

Josse Poulain, también conocido como Jehane, aquí, en el castillo de Pau, en este invierno próximo al año 1535.

El Bearne y otros lugares del sur, 1535

Incluso antes de iniciarse todas las ejecuciones, Margarita había visto llegar a la gente —al principio un goteo, luego más bien un torrente impetuoso— que huía de París y las otras ciudades del norte con la esperanza de que ella les diera refugio.

Margarita de Navarra, de la queja de una persona
bajo cautiverio

Y vos, Francisco, que sois de mi corazón la mitad,
amigo por entero, mecenas en el arte de la amistad,
mi Jonatán, mi fiel Acates,
mi veraz Pólux, mi sincero Orestes,
al verme caída en desgracia, así tratada,
hermano mío, ¿es que no vais a decir nada?
Ay, incluso sin oíros puedo adivinarlo:
como vos y yo compartimos un solo corazón,
si en mi cuerpo una mitad pasa padecimientos,
la otra mitad, dentro de vos, sin duda está gimiendo.

Margarita había ido a recibirlos primero a Nérac, a los pocos que podía acoger, y después les indicó que siguieran adelante, porque pudiera ser que ni siquiera sus castillos fueran lugar seguro: la ola se había desatado. Ya no se podía confiar en que las cosas fueran como antes; no reconocía a su hermano en medio del terror que ahora consentía.

Ni siquiera a su propio marido. Arrodillada, había estado rezando con Roussel y los demás en sus aposentos, junto con Juana, de seis años, un pequeño consuelo en momentos como esos. De repente Enrique irrumpió en la habitación —¿quién le había informado de lo que estaban haciendo?—, alzando un báculo por encima de la cabeza en actitud colérica.

Los predicadores se disculparon y, al salir, dirigieron reverencias al rey de Navarra.

Enrique se acercó a ella a zancadas.

—Esto es intolerable, y todo en presencia de Juana. ¡Vos, madame, ya no intervendréis más en cuestiones de doctrina! ¡Y basta ya de esos perros vagabundos luteranos que siguen vuestros monstruosos pasos!

Antes de que Margarita pudiera contestar, la abofeteó con fuerza en la mejilla.

Luego blandió el báculo en dirección a su hija, que permaneció rígida, impávida.

—¡Jovencita, ni se te ocurra plantearte ideas sobre esta bazofia, o recibirás parte de lo mismo! Se ha terminado, todo tiene su límite.

Margarita se sentó en el suelo. Le palpitaba la mejilla a causa del golpe; la tendría amoratada durante semanas. Enrique la había tratado con dureza antes, pero no con tal gravedad, y nunca delante de su hija. Se atrevió a lanzar una mirada a Juana, que, inmóvil, la miraba y respiraba profundamente para mantenerse firme mientras los ojos se le arrasaban en lágrimas.

Enrique tiró el báculo con estruendo.

—Vamos a recorrer nuestros dominios, y espero que actuéis plenamente de conformidad con vuestras funciones, ¿lo entendéis? Esta mentalidad de rescatadora no puede continuar; vuestro deber es para conmigo, vuestro rey y esposo. ¡A estas alturas deberíais ya saber lo que vale la palabra de vuestro hermano! Y le mostraremos a nuestra hija que no somos simples vasallos de Francia, sino reyes de nuestro propio reino, y como tales preservaremos nuestra dignidad.

Acto seguido, se marchó, resonando sus botas como golpes de espada en el suelo lustroso.

—Creía que mi señor y padre, el rey, era amigo de Roussel —empezó a decir Juana—. Y de mi tío. Me habíais dicho que…

Margarita levantó un dedo.

—Las cosas han cambiado.

Juana descargó una patada en el suelo.

—Pero mi señora madre, ¡vuestra cara!

—Se nos insta a poner la otra mejilla —musitó Margarita—. Quizá sea el mandato más difícil de cumplir.

Juana arrugó la frente y guardó silencio, pero hizo una genuflexión ante su madre, que seguía acurrucada.

—*Ma fille* —dijo Margarita con un inusual tono de afecto.

—¿Sí, mi señora?

—El tiempo del Señor no es el mismo que el nuestro. Recuerda: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Hay tiempo de callar, y tiempo de hablar».

—Ya lo sé —contestó la niña—. Aprendí todo eso leyendo las Sagradas Escrituras: «Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz».

Margarita sonrió entre las lágrimas.

—Ruego a Dios que el tiempo de guerra haya terminado. Ven aquí, Juana.

Después de abrazar a su hija, la envió de regreso con la niñera. Juana pronto volvería a casa lejos de sus padres. Tal vez por el momento fuera lo mejor. Margarita tenía que ocuparse de las labores de gobierno: Estados provinciales que convocar; ese recorrido que iban

a emprender… Y entretanto, su supervisión de aquellos que habían huido de París, además de su supervisión de las ideas de Francisco: escribiría cartas sin cesar. No se rendiría.

La ira de Enrique lo hacía aún más apremiante, y cuando estuvieran en camino, ¿qué más podía hacer? Se imaginó viajando de ciudad en ciudad, de condado en condado, llegadas formales, banquetes, recepciones, obsequios del pueblo para honrarla y darle la bienvenida, mientras otros, su propia gente, sus verdaderos hermanos y hermanas, se enfrentaban a las llamas y la horca. ¡Su impresor de la calle Saint Jacques, que había publicado su *Espejo* con el propio nombre de Margarita, quemado en la hoguera en la place Maubert el día de Nochebuena! El rostro de Augereau se le aparecía por las noches cuando intentaba conciliar el sueño. Se acordaba de él cada vez que volvía a leer lo que le había escrito la joven aprendiz de impresor.

Todo aquello que había sido el objetivo de su vida era ahora humo espeso elevándose por encima de las ciudades, bosques y praderas de Francia, asfixiando al mismísimo cielo.

Su hermano el rey podría haber impedido todo eso —podía impedirlo aún— si de verdad fuera ese su deseo. Margarita no debía aceptar la derrota. Siempre había conseguido, como su madre antes que ella, encauzar a Francisco en la dirección necesaria y volvería a hacerlo. Mientras tanto, protegería a quienes pudiera, al margen de lo que dijera Enrique.

En cuanto a Marot, valiente y resuelto como siempre, pero afligido y disgustado, Margarita le había encontrado un asilo en casa de Renata, la hermana de la difunta reina Claudia, lejos de allí, en Italia, donde ella se había casado con el duque de Ferrara.

—Exiliado de Francia y de Navarra —dijo Marot en un tono inexpresivo cuando Margarita le entregó las instrucciones y las cartas necesarias—. Y de todo lo que es importante para mí.

Mantuvo la mano cerca de la de Margarita por un momento, pero ella la retiró.

—Vuestro hijo estará bien aquí, en mi casa.

—No me refería solo a mi hijo.

Margarita guardó silencio por un momento, pero decidió no contestar.

—A este respecto no tenemos otra opción: si os quedáis más cerca, os perseguirán. Pero *la Duchesse* Reneé es una gran protectora y amiga de la reforma; no hay lugar mejor para vos.

Él inclinó la cabeza.

—Soy consciente de eso, y os lo agradezco. Perdonadme.

Margarita desvió la mirada.

—No hay nada que perdonar.

—Yo no participé en el asunto de los condenados carteles.

—¡No es necesario que me lo digáis! Tengo la total certeza de que ha sido una argucia de nuestros enemigos. Puede que hayan manipulado a un reformista desorientado… Ellos lo presionaron. Os

conozco, Clément. Pero ahora debéis marcharos. Id con Dios.

—Puede… Puede que nunca volvamos a vernos.

Margarita sonrió.

—Prefiero no creer que vaya a ser así.

Tenía ya amplia experiencia en cuanto a decidir qué no deseaba creer: ¡cuál había sido la respuesta de su hermano a todo aquello!

En enero, el responsable de los carteles, quienquiera que fuese, actuó de nuevo: esta vez fueron panfletos, por todo París, y en el *petit traicté* se repetía la proclama contra el Sacramento de la Comunión. Por consiguiente, su hermano el rey promulgó un edicto para prohibir las imprentas. Estableció un tribunal para procesar y castigar a los herejes que le remitían sus inquisidores.

Y organizó una descomunal procesión expiatoria por las calles de París, de la que a Margarita la informaron sus hombres: el mayor despliegue, el más deslumbrante e imponente visto hasta la fecha. Acompañado por toda la nobleza, su reina y el séquito de damas montadas a caballo, el clero exhibiendo todas las reliquias, los principales hombres de los gremios y las personas importantes de París, el rey Francisco escoltó la Sagrada Hostia bajo su palio real, portado por sus hijos y otros príncipes, desde la iglesia de Saint Germain hasta Notre Dame. Allí el rey y la reina oyeron misa, y después cenaron en casa del obispo. Para conmemorar el día, quemaron vivos a seis luteranos.

—No quiero oírlo —dijo Enrique cuando estaban alojados en Bayona, a orillas del río Adur, no lejos del ancho e indiferente mar—. Como no podéis hacer nada al respecto, ¿de qué sirve dar vueltas a los detalles? ¿Queréis arder junto a ellos?

—No digáis estupideces —repuso Margarita, abandonando su habitual contención a causa de un miedo profundo.

Si su marido era capaz de abofetearla, ¿qué no le haría su hermano? Deseaba tener noticias de Francisco, pero cuando por fin le escribió, no reclamó su presencia junto a él, como siempre hacía en tiempos de crisis. ¿Cómo podía desterrarla cuando él era la mitad de su corazón y ella la mitad del suyo?

Enrique reaccionó con desdén.

—Si aquí hay alguna *estupidez*, madame, procede de vuestra afición a mimar a los herejes. En mi propio reino y en mis tierras soberanas, como pronto veréis, nadie se atreverá a esa clase de estupideces.

Ella bajó la mirada, consciente de que no estaba en situación de hacer otra cosa. Se veía atrapada entre dos reyes, sin espacio de maniobra.

En primavera, partirían en su viaje por las tierras de Enrique y de ella: una larga ruta a través de Navarra hasta Foix para la convocatoria de los Estados provinciales; luego a Tolosa, y de allí a Rodez, donde Margarita sería coronada condesa de Rodez. En todo momento permanecerían en el sur, fuera del alcance de su hermano, quedándose al margen de todo lo que él debía hacer para sofocar el conflicto

religioso del que la gente la culpaba a *ella*, al menos en parte. Hasta que transcurriera tiempo suficiente. Y después, seguro que Francisco la llamaría de nuevo a su lado, donde le correspondía estar. En adelante Margarita haría lo que fuera necesario para recuperar la confianza de su hermano.

Pidió a los criados que prepararan su magnífica litera, revestida de terciopelo negro, y las mulas en las que montarían los pajes. Una de sus damas iría con ella en la litera durante todo el camino y le sostendría el escritorio portátil para que pudiera trabajar durante el viaje. Por más que le hubieran advertido que por el momento se quedara al margen de la teología, ya era hora de que se planteara empezar a desarrollar sus propios relatos, por ejemplo, un libro de cuentos picantes, ingeniosos y escandalosos… sazonado con los oportunos elementos de devoción, como era debido.

Si cultivaba esa idea, tal vez recobrara el favor de su hermano. ¿Acaso no le gustaban a él esas atrevidas *nouvelles* cuando eran jóvenes? Ese proyecto le encantaría. Se reiría a carcajadas y tal vez algún día viera sus propias faltas como en un espejo, aunque Margarita describiría sus virtudes si llegaba a incluirlo como personaje.

Hablaba del tema desde hacía tiempo, pero nunca se había puesto manos a la obra. Y aún le llevaría muchos años. Pero ahora lo iniciaría. Si esa extraña aprendiz de Lyon pudo escribir su relato, habiendo aprendido las letras hacía poco, ¿por qué no iba a hacerlo la reina de Navarra?

Margarita no esperaba un relato como el de esa joven cuando le ordenó que lo escribiera. Pensaba que su texto no sería más que un ruego, una breve justificación. Ahora se daba cuenta: tal vez escribir era la única manera de abordar las verdades de la vida, todo aquello que una no había sido capaz de contar. Tal y como la aprendiz había relatado la agresión del hermanastro; tal y como ella misma nunca había contado el comportamiento de Bonnivet, sus numerosos atentados contra su honor, una historia quizá demasiado familiar para la mayoría de las mujeres, si no todas.

Así que cuando el rey y la reina de Navarra se marcharon de Bayona, cerca de la costa, y regresaron pasando por Pau, Margarita pidió que sacaran a la joven aprendiz de los calabozos bajo el castillo de color claro con torretas achatadas, situado en lo alto del monte junto al río Gave y el barranco, y la llevaran a su presencia. Por encima, el gran muro de montañas los contemplaba como para recordarles que se hallaban a los pies de Dios. Margarita deseaba que cambiara ya la estación; ese crudo invierno de muerte y persecución *debía* remitir.

Había reflexionado largamente no solo sobre el relato de la joven, sino también sobre la persistencia demostrada al escribirlo a petición suya.

«Es una historia real: solo vos podréis juzgar si además es veraz.»

Ese extraño ser andrógino, pensó Margarita, ya había languidecido

tiempo suficiente en cautiverio. Quizá no pudiera salvarlos a todos, pero sí a algunos. Tal vez si mostraba misericordia, Dios atendiera a su vez sus plegarias y se apiadara de su gente…

La aprendiz Josse, también conocida como Jehane, se arrodilló ante la reina de Navarra en una suntuosa sala decorada con tapices y terciopelo rojo, tan impresionada por lo que la rodeaba que ni siquiera alzó la vista.

—Puedes levantarte —dijo Margarita—, ya que, tras leer la historia de tu vida, he visto que, pese a tus errores, tal como los cuentas, no has cometido ningún delito que merezca un castigo mayor.

Josse abrió mucho los ojos.

—¿Queréis decir con eso, excelentísima señora, que quedo en libertad?

—Con las siguientes condiciones —prosiguió Margarita—. Viajarás con mi séquito entre los sirvientes de camino a Rodez. Eso es ya un largo viaje. Pero desde allí continuarás sola hasta Lyon, donde te reunirás con tu madre, si aún vive, y de algún modo harás las paces.

Una expresión de consternación asomó al rostro de la aprendiz, pero enseguida se desvaneció.

—¡Hacer las paces!

—Sí. Abandonaste a tu madre de manera precipitada y sin permitirle que te ayudara en tu aflicción. Fuiste impulsiva, pero dejarse llevar por los impulsos es propio de jóvenes, aunque lamentablemente no es un rasgo exclusivo de ellos. Si lo consigues, demostrarás que eres digna de la libertad que ahora te concedo.

La aprendiz asintió.

La reina de Navarra prosiguió.

—Sobre todo, no contemplarás la idea de casarte sin que lo sepa tu madre, puesto que eres la única pariente que le queda. «Honra a tu padre y a tu madre», nos dicen los mandamientos, y san Pablo añade que es «el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra».

La joven encorvó sus anchos hombros como en un gesto de desesperación.

—No pienso en casarme. Ni siquiera sé qué ha sido de mi único verdadero amigo.

—Si te refieres a maese Marin, el hijo del obispo y poeta, ya no está con nosotros.

La aprendiz se encogió.

Margarita se apiadó al instante; se acordó de su propio poeta, de camino al destierro en Ferrara.

—No temas. Marin ha sido enviado a Ginebra, donde está protegido. ¡Una ciudad magnífica para impresores, pensadores y escritores! Ginebra no está muy lejos de Lyon, si deseas reunirte con él, pero deberás seguir sola sin mi séquito. Será arduo, pero no tan peligroso para ninguno de los dos como quedarse aquí en Francia…

De nuevo, la aprendiz se postró de rodillas ante la reina y se deshizo

en palabras de agradecimiento.

—… por el momento. Confío en que Dios ayude a nuestro país, Francia, a alcanzar plena comprensión a su debido tiempo… En cuanto a la fechoría de tu hermanastro, tu voz ha sido oída. Si deseas exigir justicia, estoy dispuesta a ayudarte. Pero ahora debes prepararte para marcharte de aquí.

La aprendiz asintió con actitud solemne.

—Disculpad, madame, pero ¿debo cambiarme de indumentaria para viajar? Si se me permite, preferiría seguir vestida como ahora.

—Te conseguiremos unos zapatos nuevos, porque esos están tan gastados que no servirán. En cuanto al resto, ¡me trae sin cuidado cuál sea tu atuendo, vístete de bufón de la reina si quieres! Como dicen las Sagradas Escrituras, «el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón…». Aquí tienes a las criadas, que te enseñarán tu alojamiento. Partiremos mañana.

—Que *madame la Reine* disfrute también de una larga vida aquí en la tierra —dijo la aprendiz.

Epílogo y notas históricas

El relato de la aprendiz de impresor Jehane/Josse es totalmente ficticio.

La historia de la vida de Margarita es, en general, cierta, con muchas licencias de la imaginación. Según el escritor Brantôme y otros, algunos de los incidentes incluidos en sus narraciones son veladamente autobiográficos.

Seis meses después del final de nuestra historia, el rey Francisco I le pidió a su hermana Margarita que regresara a la corte, tras promulgar el Edicto de Coucy para perdonar a los presos y exiliados por razones religiosas, poniendo fin a la persecución… por el momento.

Clément Marot siguió exiliado, pero continuó escribiendo y llegó a ser el poeta francés más importante de su época. Se puso música a sus traducciones en verso de los Salmos, que pasaron a constituir el salterio hugonote.

La hija de Margarita, Juana, llegó a ser reina de Navarra por derecho propio tras la muerte de su padre y supervisó la publicación póstuma de la versión oficial del famoso libro de cuentos de su madre, *El heptamerón*, del que algunos elementos se reproducen, adaptados, en la presente narración. Me he inspirado en gran medida en los escritos publicados de Margarita (por ejemplo, el relato de la monja incluido en esta novela es una reelaboración del cuento 72 de *El heptamerón*).

Juana llegó mucho más lejos que su madre en la ruptura con la Iglesia católica y encabezó a los hugonotes en las guerras civiles o guerras de religión que salpicaron la segunda mitad de su siglo, en las que murieron posiblemente entre dos y cuatro millones de personas. Su historia se narra en la novela posterior a esta: *The War Within Me*.

Mis fuentes son tantas que no puedo enumerarlas todas, pero este libro está muy en deuda con las siguientes obras históricas y biográficas:

Arrighi, L. (1524). *La operina di Ludouico Vicentino, da imparare di scriuere littera cancellarescha*. Roma, s. n.

Brantôme, P. de Bourdeille; Vigneau, H. (1857). *Oeuvres de Brantôme*. Nueva ed. París, A. Delahays.

British History Online, Versión 5.0. *Letters and papers, Henry VIII*. https://www.british-history.ac.uk/search/series/letterspapers-hen8

Broomhall, S. (2002, 2018). W*omen and the book trade in sixteenthcentury France*. Oxford, Routledge.

Broomhall, S. (Ed.) (2018). *Women and power at the French court, 1483-1563*. Amsterdam, Amsterdam UP.
Cartier, J.; Michelant, H. V. y Ramé, A. (1867). *Relation originale du voyage de Jacques Cartier au Canada en 1534: documents inédits sur Jacques Cartier et le Canada (nouvelle série)*. París, Tross.
Chéreau, A. (1873). *Les ordonnances faictes et publiées à son de trompe par les carrefours de ceste ville de Paris pour eviter le dangier de peste, 1531. Précédées d'une étude sur les épidémies parisiennes*. París, Librairie Léon Willem. (N. B. Las ordenanzas relativas a la peste incluidas en el relato de Josse se basan en este libro.)
Cholakian, P. F. & R. C. (2006). M*arguerite de Navarre: mother of the Renaissance*. Nueva York, Columbia UP.
Davis, N. Z. (1975). *Society and culture in early modern France: eight essays*. Stanford, CA, Stanford UP.
Déjean, J.-L. (1987). *Marguerite de Navarre*. París, Fayard.
Freer, M. W. (1854). *The life of Marguerite d'Angoulême, Queen of Navarre, Duchess d'Alençon and de Berry, sister of Francis I, King of France*. Londres, Hurst and Blackett.
Frieda, L. (2018). *Francis I: the maker of modern France*. Londres, Hachette.
Gascon, R. (1971). *Grand commerce et vie urbaine au XVIe siècle: Lyon et ses marchands (environs de 1520-environs de 1580)*. París, Mouton.
Jourda, P. (1930). *Marguerite d'Angoulême, Duchesse d'Alençon, Reine de Navarre*. París, Champion.
Knecht, R. J. (1994). *Renaissance warrior and patron: the reign of Francis I*. Cambridge y Nueva York, Cambridge UP.
Knecht, R. J. (2002 [1996]). *The rise and fall of Renaissance France, 1483-1610*. Londres, Wiley.
Knecht, R. J. (2004) *The Valois: Kings of France, 1328-1589*. Londres, Hambledon.
Lalanne, L. (Ed.) (1854). *Journal d'un bourgeois de Paris sous le règne de François Ier, 1515-1536*. París, Renouard. (N. B. La lista de los ejecutados o perseguidos por herejía como consecuencia del asunto de los pasquines se adaptó a partir de una descripción que aparece en este libro, pp. 444-447.)
Le Fur, D. (2015). *Marignan, 1515*. París, Perrin.
Louisa of Savoya. (A partir de 1522). *Le journal de Louise de Savoie*. Consultado en http://www.histoirepassion.eu/?1459-1523Le-journal-de-Louise-de-Savoie-mere-de-Francois-1er
Pettegree, A. (2010). *The book in the Renaissance*. New Haven, Yale UP.
Quilliet, B. (c. 1998). *La France du beau XVIe siècle*. París, Fayard.
Reid, J. A. (2009). *King's sister, queen of dissent: Marguerite of Navarre (1492-1549) and her evangelical network*. Leiden & Boston, Brill.
Roelker, N. L. (1968). *Queen of Navarre: Jeanne d'Albret, 1528-1572*. Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.
Sadlack, E. (2011). *The French queen's letters: Mary Tudor Brandon and the politics of marriage in sixteenth-century Europe*. Nueva York,

Palgrave Macmillan.
Sala, P. (1501-1560). *Les Prouesses [ou Hardiesses] de plusieurs roys, dédiées au roy François Ier,* París, BnF, fr. 584 y fr. 10420.
Wellman, K. (2013). *Queens and mistresses of Renaissance France*. New Haven, Yale UP.
Williams, H. N. (1916). *The pearl of princesses: the life of Marguerite d'Angoulême, Queen of Navarre*. Nueva York, Brentano's.

Además de varias obras de Margarita de Navarra:

Cholakian, R. & Skemp, M. (Eds.) (Trad.) (2008). *Selected writings: a bilingual edition*. University of Chicago Press.
Franc, A. (Ed.) (1896). *Les dernières poésies de Marguerite de Navarre*. París, Armand Colin.
Génin, F. (Ed.) (1841). *Lettres de Marguerite d'Angoulême, soeur de François Ier, reine de Navarre*. París, Jules Renouard.
Génin, F. (Ed.) (1842). *Nouvelles lettres de la Reine de Navarre adressées au roi François Ier, son frère*. París, Jules Renouard.
Martineau, C. et al. (Eds.) (1975-79). *Correspondance 1521-1524*. [con Guillaume Briçonnet]. Ginebra, Droz.
Mathieu-Castellani, G. (Ed.) (1999). *L'Heptaméron*. París, Le Livre de Poche.
Dialogue en forme de vision nocturne. https://gallica.bnf.fr/ ark:/12148/ bpt6k706153.image#

Esta novela incluye citas breves de la Santa Biblia, para la que se ha utilizado la edición de Reina Valera de 1960.

Agradecimientos

Escribí esta novela con el apoyo de una beca del Departamento de Administración Local, Deporte e Industrias Culturales de Australia Occidental.

Todas las traducciones son mías excepto las de las citas bíblicas.

Expreso mi agradecimiento al pueblo de los noongar y honro a sus ancianos pasados y presentes, en particular aquellos en cuyo territorio escribo, donde lindan las regiones noongar de Yued, Whadjuk y Ballardong.

Reconozco y respeto la continuidad de su presencia y su cultura.

Doy gracias sinceras a John Kinsella por su inquebrantable apoyo, y a los demás de nuestro grupo de escritura: Nathan Hobby, Siobhan Hodge, Miriam Wei Wei Lo, Cass Lynch y J. P. Quinton; también a Dennis Haskell, por darme aliento en los comienzos y por creer generosamente en este proyecto. Estoy muy agradecida a Barry Scott y a todos los demás en Transit Lounge, así como a Kate Goldsworthy. Por último, expreso mi especial gratitud al personal de la Biblioteca de la Universidad de Australia Occidental.

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9788410260382
Conversión a formato digital: www.acatia.es